

**CUADERNILLO DE**

# **LENGUA 6º AÑO**

**Profesora: Bárbara Soria**



**Alumno/a:**



CICLO LECTIVO: 2025

DOCENTE: Bárbara Soria

CURSO Y DIV.: 6° "A" y "B"

ESPACIO CURRICULAR: Lengua y Literatura

*"Entre otras cosas, escribo para que no suceda lo que temo; para que lo que me hiere no sea; para alejar al Malo. Se ha dicho que el poeta es el gran terapeuta. En este sentido, el quehacer poético implicaría exorcizar, conjurar y, además, reparar. Escribir un poema es reparar la herida fundamental, la desgarradura. Porque todos estamos heridos".*

**Alejandra Pizarnik**

**Contenido transversal:** Entramado textual: Propiedades textuales, coherencia, cohesión, adecuación y corrección. Fases de comprensión lectora: Lectura exploratoria, Lectura analítica y estrategias de representación de la información.

## **PRIMER CUATRIMESTRE**

### **Unidad 1: Acercamiento a textos literarios y no literarios**

- Texto no literario. Artículo de divulgación científica. Características principales. Función social del artículo de divulgación científica. Lectura y análisis.

- Texto literario: hacia una definición de literatura. Géneros literarios. Rasgos principales y recursos utilizados. Función poética o estética. Lo connotativo y denotativo. La intertextualidad. El concepto de canon literario. Literatura y sociedad. Relaciones intertextuales: texto espejo y texto imagen.

### **Unidad 2: La escritura como medio y arma de combate**

- Escritura y recepción. Política y literatura. La generación romántica de 1837 en la cultura y en la política. Lectura y análisis de *El matadero* de Esteban Echeverría (texto completo). Intertextos: *Rosas* de Jorge Luis Borges y *Maestras argentinas*. *Clara Dezcurre* de Roberto Fontanarrosa.

- Dicotomía Civilización y Barbarie. La mitificación del caudillo. Lectura y análisis de *Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas* de Domingo Faustino Sarmiento



(capítulos seleccionados: “*Aspecto físico de la República Argentina y caracteres, hábitos e ideas que engendra*” e “*Infancia y juventud de Juan Facundo Quiroga*”). Vida y obra del autor. Intertextos: *Civilización y barbarie* de Daniel Moyano y *Lo vernáculo y lo europeo* de Víctor Massuh. Proyecto áulico: *Sarmiento y las redes sociales*.

- Literatura gauchesca: Definición. Características. Contexto histórico. Lectura y análisis de *Martín Fierro* de José Hernández (Primera parte). Intertextos: “*El gaucho*” y “*Biografía de Tadeo Isidoro Cruz*” de Jorge Luis Borges. Textos para polemizar: “*El guacho Martín Fierro*” de Oscar Fariña.

### **Unidad 3:**

- Cruce entre literatura y periodismo. Non fiction. La narrativa testimonial urbana: Roberto Arlt. Lectura y análisis de *Aguafuertes porteñas* seleccionadas: “*Silla en la vereda*”, “*El origen de algunas palabras de nuestro léxico popular*”, “*El idioma de los argentinos*”, “*La muchacha del atado*”, “*La tragedia del hombre que busca empleo*”, “*Padres negreros*”, “*La inutilidad de los libros*”.

- El texto teatral: características del género. El teatro argentino del siglo XX: su evolución desde 1900 hasta la actualidad. Posmodernidad: La sociedad posmoderna. El sujeto posmoderno. Lectura y análisis de *La nona* de Roberto Cossa.

### **Unidad 4: La nueva narrativa argentina: desde Borges hasta Enríquez**

- El cuento fantástico argentino: Jorge Luis Borges y Julio Cortázar. Lectura y análisis de cuentos seleccionados: “*Las ruinas circulares*”, “*La biblioteca de Babel*”, “*Emma Zunz*”, “*Los dos reyes y los dos laberintos*” de Jorge. L. Borges y “*Continuidad de los parques*”, “*La noche boca arriba*”, “*Axolotl*” de J. Cortázar.
- Nueva narrativa argentina del siglo XXI: Características de la literatura post- crisis. Lectura de cuentos seleccionados de Mariana Enríquez.

### **Criterios de Evaluación**

El examen es escrito y oral; ambos eliminatorios. El alumno aprueba con 6 (seis) tanto en el examen escrito como en el oral. Debe presentarse a rendir con el uniforme del

**PROGRAMA DE EXAMEN**  
**Colegio Dr. B. A Houssay Educación Secundaria**

---



establecimiento, traer su cuaderno de la materia completo, hojas ralladas y lapicera azul o negra.

Además de los exámenes, el alumno es evaluado durante todo el año de manera procesual. Los criterios tomados en cuenta para su calificación son:

- Entrega de tareas solicitadas por la profesora en tiempo y forma.
- Trabajo individual y grupal constante en el aula.
- Participación asidua en las clases.
- Porcentaje de asistencia.
- Cuidado de presentación personal.
- Cuaderno completo.

## CONTENIDO TRANSVERSAL

Entramado textual: Propiedades textuales, coherencia, cohesión, adecuación y corrección. Fases de comprensión lectora: Lectura exploratoria, Lectura analítica y estrategias de representación de la información.

### “EL TEJIDO DE LAS PALABRAS: PROPIEDADES TEXTUALES” COHERENCIA COHESIÓN, ADECUACIÓN Y CORRECCIÓN

#### Introducción

- 1- Observamos el video de Lizy y reflexionamos y anotamos en el cuaderno las conclusiones:
  - a. ¿Qué sucede con el discurso de Lizy? ¿Se comprende lo que quiere decir?
  - b. ¿Hay ideas expresadas con claridad? ¿Por qué?
  - c. Si alguien debe desarrollar una respuesta en un examen y se presenta con esta respuesta, ¿Logrará rendir con éxito? ¿Por qué?

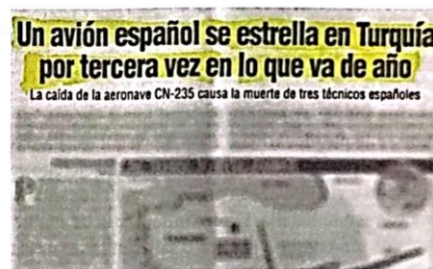


- 2- Resolvemos las actividades que se presentan en la siguiente ficha.

Para reirse mejor

La coherencia textual

👁️ Lean los siguientes textos periodísticos y determinen si realmente expresan lo que han intentado decir:

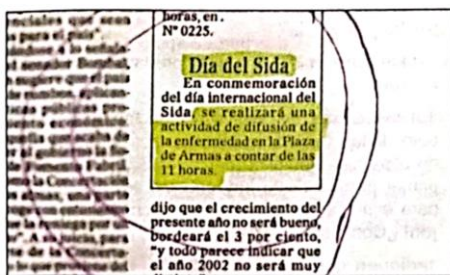


(No me pienso subir en ese avión, no vaya a ser que se estrelle por cuarta vez...)

- ¿Qué efecto produce la lectura de estos textos?
- Indiquen para cada caso si la incoherencia se produce por el vocabulario o la sintaxis.
- Reformulen los textos coherentemente.

Lean los textos humorísticos siguientes y descubran en qué reside el humor.

(Yo procuro aislar mis preocupaciones en los días nublados...)



(Yo por si acaso no participo, no sea que me contagie algo)

Profesor: ¿Cuántos corazones tenemos nosotros?

Alumno: Dos, señor profesor.

Profesor: ¿Dos?

Alumno: Sí, el mío y el suyo.

Sociales

#### Degollado en fiesta familiar

Con motivo de realizarse el bautismo del primogénito de la familia Cacacho, se organizó una fiestita familiar, íntima diríamos, para lo cual se procedió a degollar un lechón y hacerlo a la parrilla. (Revista *Hortensia*)

## SISTEMATIZACIÓN

Al realizar las actividades anteriores pudimos evidenciar la importancia de la coherencia para que los textos puedan cumplir con su objetivo comunicativo. Ahora vamos a estudiar las PROPIEDADES TEXTUALES.



La palabra texto proviene del latín "textum" que significa tejido. Un texto es un entramado lógico de ideas, es decir una red de palabras y oraciones vinculadas entre sí por su significado y relaciones gramaticales. También se lo puede definir como una unidad de comunicación, por lo que la forma y finalidad que adopte depende de las intenciones del sujeto comunicante.

Para que un texto tenga sentido, esté organizado y logre su propósito comunicativo es necesario que posea algunas características a las que denominamos **PROPIEDADES TEXTUALES**.

### 1. COHERENCIA

La **COHERENCIA** es una propiedad que nos permite concebir a los textos como unidades semánticas, es decir, unidades con sentido. Un texto es coherente cuando las ideas están ligadas entre sí, se dirigen a un mismo fin o intención comunicativa (proponer, persuadir, entretener, advertir) y se relacionan con el tema global o general.

Para ello es importante que las ideas tengan una relación de jerarquía que nos permita clasificarlas en principales y secundarias. Además, deben estar ordenadas y vinculadas de forma tal que permitan un desarrollo progresivo del contenido. A esto le denominamos progresión temática. De esta manera, el lector al finalizar su recorrido tiene la capacidad de entender íntegramente de qué se trata el texto que lee.

### 2. COHESIÓN

La **COHESIÓN** es una propiedad que consiste en relacionar internamente todas las ideas entre sí mediante diversos procedimientos lingüísticos léxicos y gramaticales, es decir, permite conectar los elementos textuales y aporta a la comprensión de cada parte del texto. La cohesión permite materializar en el lenguaje las ideas pensadas, ordenadas y vinculadas mediante la coherencia, es por eso que estas dos propiedades van de la mano.

Para que un texto sea cohesivo, es necesario:

- Emplear correctamente los signos de puntuación.
- Evitar repeticiones innecesarias de palabras o enunciados.
- Utilizar conectores de discurso (también llamados marcadores discursivos) para unir las ideas entre sí. Y procurar que dichos conectores sean variados.

Para lograr cumplir con estas premisas debemos reconocer y utilizar los recursos de cohesión léxica y los recursos de cohesión gramatical.

### RECURSOS DE COHESIÓN LÉXICA

| RECURSO                        | CONSISTE EN   | EJEMPLO   |
|--------------------------------|---|---|
| <b>SINONIMIA</b>               | El uso de palabras de significado semejante, para evitar repeticiones.  | El gobierno entregará 54 casas en un departamento alejado de San Juan. Esas viviendas están destinadas a familias de escasos recursos.          |
| <b>ANTONIMIA</b>               | El uso de palabras de significado opuesto para generar contrastes.  | Su fuerza residía en la fortaleza física, su debilidad en la falta de ética.  |
| <b>HIPERONIMIA E HIPONIMIA</b> | La relación de inclusión que se establece entre palabras de significado genéricos (hiperónimos) y otras de significado específico (hipónimos) | El <b>colectivo</b> llegó a la estación dos horas tarde. La empresa explicó que el <b>transporte</b> público se atrasó debido a un desperfecto. |

## RECURSOS DE COHESIÓN GRAMATICAL

| RECURSO                      | CONSISTE EN   | EJEMPLO  |
|------------------------------|---|--|
| <b>ELIPSIS</b>               | La omisión de palabras o expresiones que ha aparecido antes en el texto porque el lector las puede reponer sin problemas.   | -Los animales pasteaban en el monte.*Tenían hambre y sed.<br>-Yo llevaba las flores y ellos, * el incienso.  |
| <b>REFERENCIA PRONOMINAL</b> | Uso de un pronombre en lugar del sustantivo.  | -Mi padre es comerciante. <b>Él</b> tiene un negocio en casa.<br>-El perro mordió un hueso, luego <b>lo</b> enterró.   |
| <b>CONECTORES</b>            | <p>Palabras o expresiones que se utilizan para relacionar las ideas de un texto.</p> <p><b>Aditivo:</b> Introduce una idea que se suma a la anterior. Ej.: y (e), ni, además, también.</p> <p><b>Opción:</b> Presenta alternativas o posibilidades dentro de un texto. Ej.: o (u), bien, ya sea, o bien.</p> <p><b>Concesivo - Adversativo:</b> Marca una diferencia o contraposición entre ideas. Ej. Pero, no obstante, sin embargo, sino, si bien, aunque.</p> <p><b>Causa:</b> Indica la relación entre causa y efecto. Ej.: porque, a causa de, ya que, por ello, como, por esto.</p> <p><b>Consecuencia:</b> Introducen una relación de consecuencia. Ej.: Así que, en consecuencia, por lo tanto, de esta manera, de este modo.</p> <p><b>Tiempo:</b> Indica el orden temporal de las ideas o acciones. Ej.: Cuando, mientras, luego, después, antes que, más tarde, previamente, ahora, anteriormente, posteriormente.</p> <p><b>Orden:</b> Enumera ideas o elementos de manera ordenada Ej.: En primer lugar, en segundo lugar, a continuación, finalmente.</p> <p><b>Ejemplificación:</b> Proporciona ejemplos para ilustrar una idea. Ej.: Por ejemplo, así, como muestra.</p> <p><b>Reformulación:</b> Aporta información adicional para aclarar una idea. Ej.: Es decir, en otras palabras, o sea.</p> <p><b>Comparativos:</b> Establecen una relación de similitud o diferencia. Ej.: Como, igual que, más que, a diferencia de, en cambio.</p> | <p>El viento sopló <b>y</b> cayeron las hojas</p> <p>¿El viento sopló <b>o</b> cayeron las hojas?</p> <p>El viento sopló, <b>pero</b> no cayeron las hojas.</p> <p><b>Porque</b> sopló el viento, cayeron las hojas.</p> <p>Sopló el viento, <b>por lo tanto</b>, cayeron las hojas.</p> <p><b>Mientras</b> soplaba el viento, cayeron las hojas.</p> <p><b>En primer lugar</b>, sopló el viento, <b>en segundo lugar</b>, cayeron las hojas.</p> <p>Existen muchos deportes extremos; <b>por ejemplo</b>, el paracaidismo y el alpinismo.</p> <p>María tiene una gran experiencia en diseño gráfico, <b>es decir</b>, domina completamente los programas de edición de imágenes.</p> <p>Pedro es alto, <b>igual que</b> su padre.</p> |

### 3. ADECUACIÓN

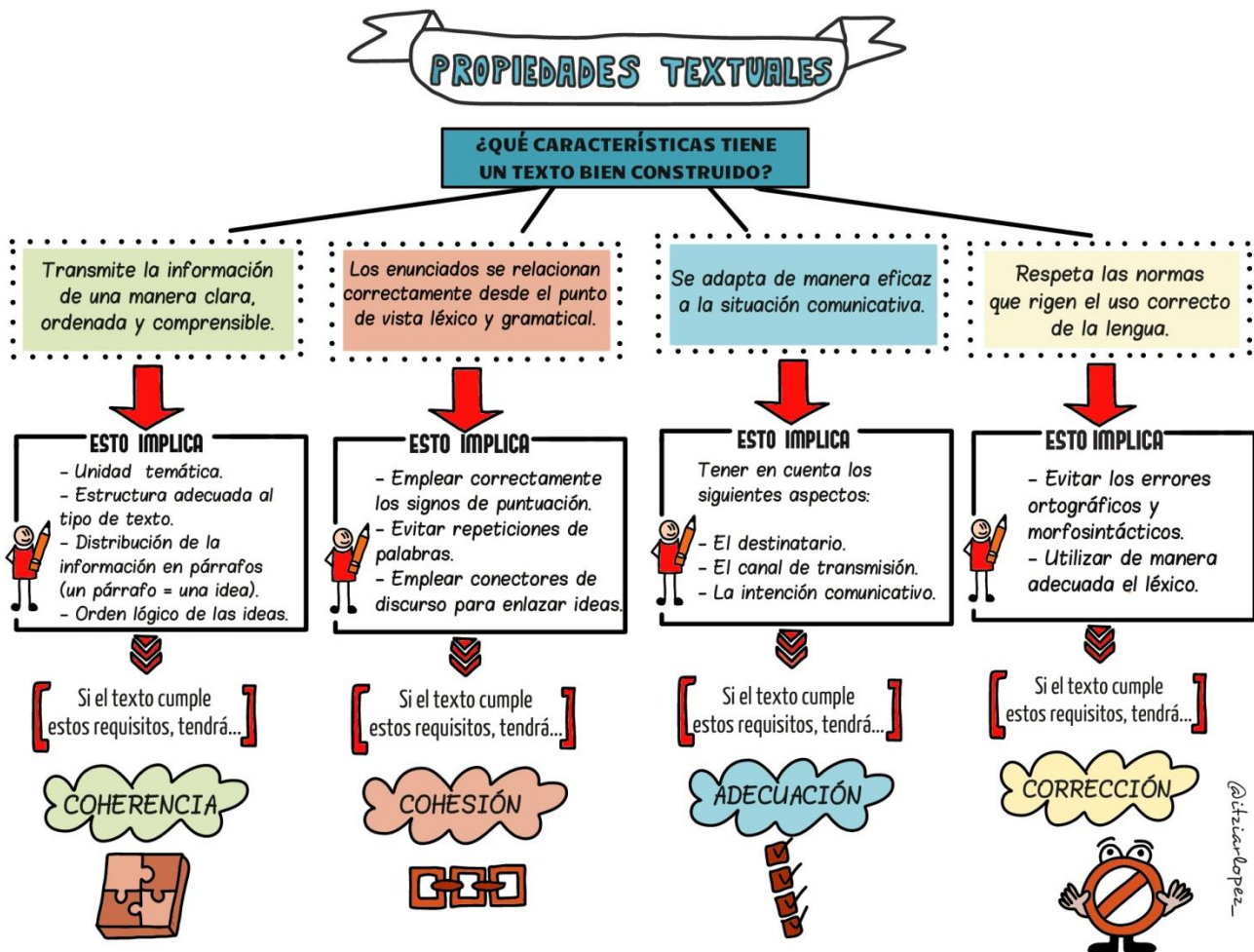
La **ADECUACIÓN** es la propiedad que tiene un texto para adaptarse a la situación comunicativa. Así, cada situación comunicativa requiere un uso apropiado del lenguaje, el cual viene determinado, entre otros, por los siguientes factores:

- La relación entre el emisor y el receptor, lo que determinará, por ejemplo, el uso de un registro lingüístico determinado (formal o informal).
- El canal de transmisión. No hablamos igual que escribimos: la lengua escrita nos obliga a ordenar más las ideas y a decirlo todo explícitamente para evitar malentendidos.
- La intención comunicativa (informar, describir, narrar, argumentar). Así, por ejemplo, si queremos informar, intentaremos ser objetivos; en cambio, si lo que pretendemos es persuadir, seremos subjetivos.

### 4. CORRECCIÓN

La **CORRECCIÓN** consiste en respetar las normas ortográficas y morfosintácticas que rigen la lengua. Se debe emplear, además, un léxico preciso, rico y variado, evitando palabras no adecuadas para la norma de nuestra lengua. Esta propiedad implica un proceso de revisión continua a lo largo de la producción del texto.

### EN RESUMEN



@itzika-lopez

## ACTIVIDADES

1- Lee atentamente y responde las siguientes consignas.

Los niños se alegraron al abrir los regalos que estaban junto al árbol de navidad. Los árboles son plantas de tronco leñoso, grueso y elevado que se ramifica a cierta altura del suelo formando la copa. A mí me gustan mucho los pájaros. Mañana hará frío.

- ¿Qué características tiene el enunciado presentado en el cuadro?
- ¿Podemos decir que las ideas están correctamente relacionadas? ¿Hay una idea principal e ideas secundarias o todas se encuentran en el mismo nivel?
- ¿La información es comprensible? ¿Podemos especificar que qué trata?
- ¿De qué propiedad textual carece principalmente?

2- Coloca números en la columna de la derecha para ordenar los párrafos y construir un texto coherente.

|   |  |
|---|--|
| Su origen se remonta a los pueblos guaraníes, que utilizaban las hojas del árbol como bebida, objeto de culto y moneda de cambio. Durante las largas travesías por la selva, los conquistadores españoles notaron que los guaraníes tenían mayor resistencia luego de tomar esta bebida sagrada.                                |  |
| El <i>mate</i> es una infusión hecha con hojas de yerba <i>mate</i> ( <i>ilex paraguariensis</i> ). Esta nativa de la Selva Paranaense, que en estado silvestre puede alcanzar una altura de entre 12 y 16 metros. Para facilitar su cosecha, las plantas son podadas hasta dos veces al año a una altura promedio de 2 metros. |  |
| Asimismo, el 30 de noviembre de cada año se celebra el <b>Día Nacional del Mate</b> , en conmemoración del nacimiento de Andrés Guacurarí y Artigas, según lo establecido por la Ley 27.117, impulsada con el fin de promover el reconocimiento permanente de nuestras costumbres.  |  |
| En la Argentina, llamamos <b>mate</b> a la infusión que se prepara con sus hojas, como también al recipiente donde se la toma, siendo el más utilizado el de calabaza.  |  |
| <b>El mate</b>  |  |
| La Ley 26.871 sancionada en 3 de julio de 2013 declaró al mate como <b>infusión nacional</b> , disponiendo la promoción y difusión de sus tradiciones en eventos y actividades culturales, sociales o deportivas de carácter oficial.   |  |
| Más tarde los jesuitas introdujeron el cultivo en las reducciones y contribuyeron a su difusión y comercialización, al punto tal de que la infusión se hizo conocida entonces como <b>té de los jesuitas</b> .  |  |
| Nuestro país es hoy el principal productor y exportador mundial de yerba mate. El cultivo se localiza en Misiones y nordeste de Corrientes. En 2019 la producción de yerba mate molida y envasada para el mercado interno fue de casi 277.332.014 millones de kg.   |  |
| Según datos del <b>Instituto Nacional de la Yerba Mate (INYM)</b> , en la Argentina se consume un promedio 6,4 kg por habitante por año y la yerba mate está presente en <b>más del 90% de los hogares</b> .  |  |
| Su consumo es altamente beneficioso para la salud, ya que contiene vitaminas del grupo <b>B</b> , posee un gran poder antioxidante, produce un efecto energizante y ayuda a reducir el colesterol malo (LDL) y los triglicéridos.   |  |

3- Lee los siguientes enunciados y sustituye el término que aparece repetido usando el recurso cohesivo que está entre paréntesis:

- Me recibió amablemente en la casa. Su casa era grande y espaciosa. (SINÓNIMIA).
- Mi hermana ha iniciado sus estudios en la Universidad. Mi hermana va a estudiar Medicina (ELIPSIS).
- Le hemos regalado un ramo de rosas en su cumpleaños. Le encantan las rosas (HIPERÓNIMO).
- Fueron tres los concursantes que pasaron a la final, pero solo uno de los tres concursantes consiguió el premio que todos deseaban (REFERENCIA PRONOMINAL).

- 4- Completa los espacios en blanco con los conectores del cuadro para lograr unir adecuadamente las ideas en el siguiente texto. (Pista: presta atención a los conectores que empiezan con mayúsculas, estos irán al comienzo del párrafo o luego de un punto seguido)

|                         |               |                   |             |                      |                        |
|-------------------------|---------------|-------------------|-------------|----------------------|------------------------|
| <b>A causa</b>          | <b>Además</b> | <b>así que</b>    | <b>Como</b> | <b>En conclusión</b> | <b>En primer lugar</b> |
| <b>En segundo lugar</b> |               | <b>Finalmente</b> |             | <b>No obstante</b>   | <b>sin embargo</b>     |

Varias son las razones que me han llevado a tomar la decisión de abandonar la ciudad e irme a vivir al campo.

\_\_\_\_\_ estaba harto de respirar ese aire contaminado de Barcelona. Aquí, en la sierra madrileña, siento el placer de hinchar mis pulmones del aire fresco. \_\_\_\_\_, desde que vivo en Cercedilla me he aficionado al senderismo y he mejorado mi forma física.

\_\_\_\_\_ ya no soportaba las prisas de la ciudad. En mi anterior trabajo, iba corriendo a todas partes, y \_\_\_\_\_, nunca llegaba a tiempo. \_\_\_\_\_ del estrés, tenía la tensión alta, y solía dormir mal por las noches.

\_\_\_\_\_ aquí tengo una gran sensación de libertad. \_\_\_\_\_ trabajo a distancia y mis jefes nunca me ven, me pongo a trabajar cuando quiero y, a veces, lo hago en pijama. \_\_\_\_\_, no suelo hacer el vago. Ahora soy mucho más productivo y eficiente, y gasto menos, \_\_\_\_\_ ahora gano más dinero.

\_\_\_\_\_, me alegro mucho de haber abandonado Barcelona.

Pregunta para reflexionar: ¿Cómo influyen los conectores en la comprensión del texto?

- 5- Convierte las siguientes oraciones en un texto cohesionado utilizando los recursos que consideres oportunos y reescríbelo.

**El ladrón entró en el banco. El ladrón llevaba una pistola en la mano. Al ladrón no se le podía ver la cara. El ladrón tenía la cara cubierta con un pasamontaña. Los clientes del banco se asustaron. Los clientes se agruparon en una esquina del banco obedeciendo las órdenes del ladrón. El cajero no se asustó. El cajero hizo sonar la alarma del banco. La policía se presentó en el banco inmediatamente. El ladrón salió huyendo. La policía detuvo al ladrón.**

Preguntas para reflexionar:

- ¿Qué errores afectan la coherencia del texto?
- ¿Cómo reestructuraste las ideas para que sean más claras?

6- Lee el siguiente texto y luego realiza las actividades que se encuentran a continuación.

## Las redes sociales: una nueva forma de comunicación

Las redes sociales son plataformas digitales que permiten a los usuarios comunicarse, compartir información y crear contenido en línea. Entre las más utilizadas se encuentran Facebook, Instagram, TikTok y Twitter. A través de ellas, las personas pueden enviar mensajes, \*publicar fotos y videos, \*seguir cuentas de interés y \* participar en comunidades virtuales.

El impacto de las redes sociales en la sociedad es significativo, ya que \*facilitan la difusión de noticias, \*la educación a distancia y\* la interacción entre personas de diferentes partes del mundo. Sin embargo, su uso excesivo puede generar problemas como la desinformación, la dependencia digital y la falta de privacidad.

- Subraya un hiperónimo con color azul y sus hipónimos con color rojo.
- ¿A qué sustantivos se refieren los pronombres subrayados? Señalen con una flecha los referentes.
- En el texto hay varias elipsis marcadas con un \*, digan que palabras están elididas en cada caso.

7-

Ordenen las oraciones siguientes para formar un texto coherente. Reescribanlo en sus carpetas en tres párrafos.

Les ofrecemos algunas ayudas para descubrir cómo se utilizan los recursos de cohesión para que el texto tenga coherencia.

- Comiencen con la oración que expresa la idea global de la que se va a hablar.
- En la segunda oración se ejemplifica lo expresado en la idea global.
- En la tercera se utiliza el recurso de la referencia para no repetir una palabra de la segunda oración.
- En la cuarta se utiliza un hipéronimo para no repetir los hipónimos de la tercera.

- En la quinta oración se explicitan las consecuencias por medio de un conector.
- En la sexta se utiliza un conector adversativo para objetar lo afirmado en la quinta.

### *Cara a cara*

Pero no hay que olvidar la importancia de un abrazo, de un beso o tan sólo de mirarse a los ojos.

Por ejemplo, los juegos en red son la "perdición" de los más chicos; mientras que las redes sociales son la nueva tendencia entre los adultos.

También usan estas redes sociales para hacerse de amigos con los que sólo se comunican mediante chat o para buscar pareja, otra tendencia que va en aumento.

Internet se ha convertido en una de las formas de ocio más extendidas en el mundo, tanto que ya tiene más adeptos que la televisión.

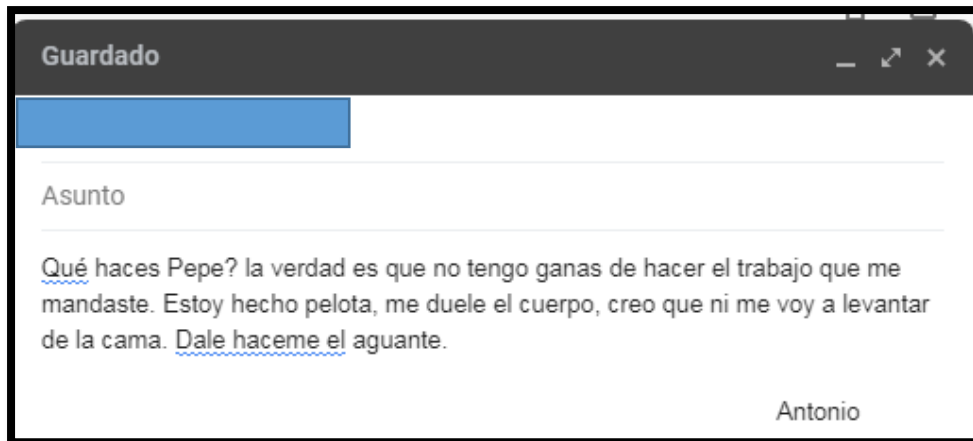
Por eso la vida privada comienza a convertirse en pública, y la comodidad de refugiarse en casa, en pijama y sin tener contacto físico con la otra persona, termina encerrándonos cada vez más.

Para ellos, tanto Facebook como Twitter son el escenario perfecto para anunciar un matrimonio, un noviazgo, un cambio de trabajo o simplemente para contar qué están haciendo en ese momento.



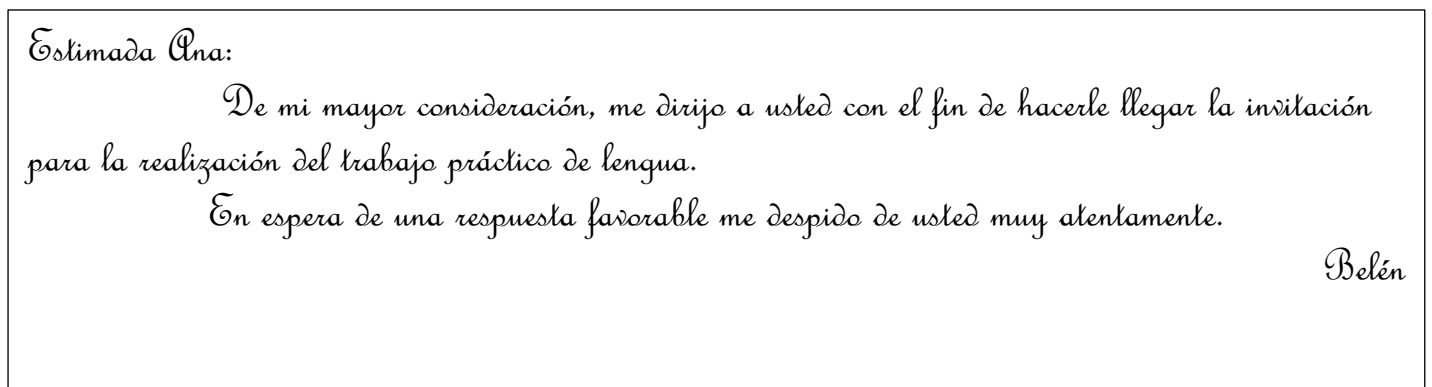
8- Analiza las siguientes situaciones comunicativas y luego responde:

I- Antonio le escribe un correo electrónico al gerente de su empresa para avisarle que está enfermo.



- ¿Qué opinas de este mensaje? ¿La forma en que se dirige Antonio a su jefe es adecuada? ¿En un ambiente de trabajo formal es oportuno este registro informal?

II - Belén le escribe una carta a su compañera para preguntarle si quiere realizar el trabajo de lengua con ella.



- ¿Qué opinas de la carta de Belén? ¿Es necesario enviar una carta a una compañera a la que puede ver asiduamente? ¿Qué opinas del registro formal empleado, es necesario cuando existe confianza con el receptor?

III- Una periodista realiza una entrevista a una persona que fue testigo de un accidente automovilístico con el fin de recuperar los datos necesarios para una noticia del diario.

**PERIODISTA:** - ¿Cómo fue el siniestro? ¿Quién circulaba de norte a sur por esta calle? ¿Cuál fue el vehículo que impactó?

**TESTIGO:** - La verdad es que yo vi todo pero escuché el estruendo y me asusté mucho. Luego comenzaron a temblarme las piernas y el corazón se me empezó a acelerar.

- ¿Qué te parece la respuesta del testigo? ¿Es oportuna? Si la intención de la periodista es informar, ¿Le servirá este testimonio?  
- ¿De qué propiedad textual carecen los tres textos de este punto?

9- Presta atención a los siguientes carteles y luego responde:



- a. ¿Los autores de estos carteles han logrado su objetivo comunicativo? ¿Por qué?
- b. ¿Qué influencia crees que tiene la ortografía en la comunicación?

10- En las siguientes oraciones hay algunos problemas. ¿Qué propiedad textual está ausente? ¿Cuáles son los errores presentes? Identifícalos y corrígelos.

- No ce que aré.
  - Las carta ha sido muy emotiva.
  - Creo de que tiene venticuatro años.
  - ¿Por qué no vinistes ayer a klase de Lengua?
  - Espero que haiga escuchado.
-

# LOS PARATEXTOS: CLAVES PARA INTERPRETAR UN TEXTO

## ¿Qué son los paratextos?

Los paratextos son todos aquellos elementos que acompañan a un texto y ayudan a interpretarlo antes, durante o después de la lectura. Funcionan como una guía que orienta al lector y le da pistas sobre el contenido, la estructura, la intención del autor y permiten hacer inferencias e hipótesis durante la lectura exploratoria.

## Clasificación

### Paratextos

#### Verbales: compuestos solo por palabras.

- **Título** → Anticipa el contenido y el tema del texto.
- **Subtítulo** → Complementa o aclara el título.
- **Fuente** → Indica el lugar o medio en que se publica el texto.
- **Epígrafe** → Frase o cita breve que acompaña una fotografía o ilustración.
- **Copete o bajada** → Resumen del texto, se encuentra debajo del título.
- **Volanta** → Se ubica encima del título y anticipa la información que se desarrollará en el titular y la noticia.
- **Notas al pie** → Aclaran términos o referencias que pueden ser desconocidos.
- **Glosario** → Explica términos técnicos o especializados.
- **Referencias bibliográficas** → Indica las fuentes utilizadas en la obra.

#### Icónicos: contienen elementos visuales.

- **Ilustraciones o imágenes** → Refuerzan el contenido con representaciones visuales.
- **Fotografías** → Aportan evidencia gráfica o ejemplos visuales.
- **Diagramas y esquemas** → Organizan visualmente la información para facilitar su comprensión.
- **Gráficos y tablas** → Presentan datos de forma clara y comparativa.
- **Cuadros informativos destacados** → Resaltan datos clave o explicaciones adicionales.
- **Tipografía especial** → Enfatiza información importante (negrita, colores, tamaño de letra).

Este diagrama muestra un artículo de prensa titulado "Historias de crímenes: la literatura policial" con varios paratextos etiquetados:

- Título:** "Historias de crímenes: la literatura policial"
- Copete o bajada:** "Crímenes misteriosos y malos se resuelven: historias sospechosas y un detective. Pistas falsas y verdaderas. Intriga y suspense. Entramos en el mundo del policial."
- Banda:** "78 GÉNEROS DISCURSIVOS Y TIPOS TEXTUALES • EL POLICIAL, DETECTIVE Y SUSPICIOSOS • POLICIAL DE TRINIDAD Y REGRIO 79"
- Subtítulo:** "Dos tipos de relatos policíacos"
- Imágenes:** Portadas de libros como "The Hound of Baskervilles" y "Hannu".
- Epígrafes:** Citas breves como "La policía de los siglos..." y "El policial según la crítica..."
- Cuadros:** Tablas de información como "Las detectives más famosas" y "El pensamiento detectivesco".
- Recuadros destacados:** Secciones de texto con bordes decorativos que resaltan ideas clave.



# UNIDAD 1: ACERCAMIENTO A TEXTOS LITERARIOS Y NO LITERARIOS


## TEXTO NO LITERARIO: ARTÍCULO DE DIVULGACIÓN CIENTÍFICA

Un **artículo de divulgación científica** es un texto escrito con el propósito de comunicar conocimientos científicos a un público amplio y no especializado. A diferencia de los artículos académicos o especializados, que están dirigidos a expertos en un área determinada, los de divulgación buscan hacer accesibles conceptos complejos mediante un lenguaje claro y atractivo.


Características principales:

- **Lenguaje claro y accesible:** Utiliza un estilo comprensible, evitando tecnicismos innecesarios o explicándolos de manera sencilla.
- **Finalidad informativa y educativa:** Su objetivo es transmitir conocimientos científicos de manera comprensible y estimular el interés del lector.
- **Rigor científico:** Aunque se simplifican los conceptos, la información debe ser veraz, basada en investigaciones y fuentes confiables.
- **Estructura organizada:** Generalmente presenta una **INTRODUCCIÓN** atractiva, **DESARROLLO** con explicaciones claras y una **CONCLUSIÓN** que refuerza la idea principal.
- **Uso de recursos explicativos:** son estrategias discursivas que permiten aclarar, desarrollar o profundizar una idea para facilitar su comprensión. Son fundamentales en textos expositivos y de divulgación, ya que ayudan a que el lector entienda conceptos complejos.
- **Recursos gráficos:** Puede incluir imágenes, gráficos o esquemas que complementen la información y ayuden a su comprensión.


Según Loffleer-Laurian existen distintos tipos de discursos cuyo objeto es la ciencia:

 Discurso teórico o discurso científico especializado


Hecho por expertos y para expertos, y publicado en papers y libros escaso tiraje.

Discurso de semi-divulgación científica 

Hecho por expertos para lectores menos expertos, pero con cierto conocimiento de la materia.

 Discurso de divulgación científica

Hecho para el gran público por periodistas relativamente especializados y publicando en artículos de revistas y diarios de gran tirada.

Géneros explicativos didácticos 

Su objetivo es transformar el "saber sabio" en "saber enseñado" a través de selección, la simplificación, la **ejemplificación**.

Activar Windows  
Ver configuración para activar Windows.

## RECURSOS EXPLICATIVOS

**1- Definición:** Consiste en explicar el significado de un término o concepto de manera precisa. Expone los rasgos esenciales -los genéricos y los diferenciales- de un objeto, fenómeno, etc. que se supone desconocido para el receptor. Para definir generalmente se usa el verbo prototípico “ser” conjugado, pero también puede funcionar otros como significar, consistir, designar, representar, llamar, todos conjugados.

Las categorías básicas de una definición son el tema base (término a definir) y su expansión descriptiva (significado). Los rasgos expresados en la expansión descriptiva son:

- **Rasgos genéricos:** se relacionan semánticamente con el término a definir a través de un proceso de hiperonimia, es decir, un sustantivo que presenta rasgos genéricos de otros.
- **Rasgos diferenciales:** son especificaciones sobre el concepto que se define (características, partes, funciones, etc.)

En una definición puede presentarse en primer lugar el término a definir y luego los rasgos diferenciales o primero los rasgos y después el término definido.

*El ADN es una molécula que contiene la información genética de los seres vivos.*

|      |             |          |                      |
|------|-------------|----------|----------------------|
| TEMA | VERBO "SER" | RASGO    |                      |
| BASE | CONJUGADO   | GENÉRICO | RASGOS DIFERENCIALES |

**2. Reformulación:** Es la estrategia que permite repetir una idea con otras palabras para hacerla más comprensible. Puede hacerse mediante paráfrasis, explicaciones o resúmenes. Se introduce con expresiones como “es decir”, “en otras palabras”, “dicho de otro modo”, “o sea”.

*La mitocondria es la encargada de suministrar energía a la célula. Es decir, funciona como su central energética.*

**3. Ejemplificación:** Consiste en presentar casos concretos que ilustran una idea general, facilitando su comprensión. Se introduce con expresiones como, *por ejemplo, así, tal como, entre otros.*

*Los mamíferos son animales de sangre caliente que alimentan a sus crías con leche. Por ejemplo, los perros, los gatos y los seres humanos pertenecen a esta categoría.*

**4. Analogía:** Es un recurso que compara un concepto desconocido con otro más familiar para hacer que su significado sea más claro. Se basa en las semejanzas entre dos elementos.

*El sistema circulatorio funciona como una red de carreteras: las arterias y venas son los caminos por donde viaja la sangre, transportando oxígeno y nutrientes a todo el cuerpo.*

Estos recursos ayudan a que los textos expositivos sean más accesibles y efectivos en la transmisión del conocimiento.

## Trabajamos con el texto “El cambio climático, un enemigo silencioso que gana terreno cada día alterando los ecosistemas en la cadena trófica de las especies”

### Lectura exploratoria

1. Completa la siguiente ficha con los datos del contexto de producción.

|                                |
|--------------------------------|
| <b>Título del texto:</b>       |
| <b>Autor:</b>                  |
| <b>Espacio de publicación:</b> |
| <b>Fecha de publicación:</b>   |

2. Identifique los elementos paratextuales e indique la función de cada uno.
3. c. Marque con una cruz la opción correcta. ¿Para qué fue escrito este texto?
  - para informar
  - para convencer
  - para dar instrucciones
4. ¿A qué discurso pertenece el texto? Marque con una cruz la opción correcta.
  - didáctico
  - científico
  - divulgación científica
5. ¿Cuál es la trama o modalidad discursiva de este texto? Marque con una cruz la opción correcta.
  - Argumentativa
  - Narrativa
  - Expositiva
6. ¿A qué área de la ciencia puede pertenecer este texto?
7. ¿Qué recurso de cohesión se usa en el título?



## El cambio climático, un enemigo silencioso que gana terreno cada día alterando los ecosistemas en la cadena trófica de las especies

por [Carlos Andrés Ruiz Sánchez](#) | Abr 30, 2023 | [Medio ambiente](#) | [0 Comentarios](#)



El cambio climático conlleva ya a estas alturas un aumento de la frecuencia, la intensidad y la duración de las sequías y también un incremento de la temperatura –en Cataluña ha aumentado **1,6 °C desde 1950**–, y esto hará que la zona del Mediterráneo sea cada vez más árida. (Peñuelas, 2017). Y el cambio climático está afectando a la cadena trófica.

En la actualidad el cambio climático representa el primer reto para los ambientalistas, ecólogos y biólogos, pues la vida como la conocemos se ve alterada, al cambiar uno o dos grados la temperatura global altera por completo el rango de temperaturas limitantes que puede soportar una especie para adaptarse y sobrevivir en un hábitat y en un ecosistema. Por ejemplo si en África tenemos un calor en exceso esto provocaría que los lagos y lagunas en oasis se sequen provocando un déficit del agua como recurso de subsistencia al desaparecer una especie depredada por otra depredadora como si en un efecto domino se tratara todas las especies que se alimentan unas de otras irán desapareciendo, al desaparecer una sola especie, por otro lado un calor excesivo puede provocar que una especie desaparezca al sobrepasar los límites de tolerancia permisibles en temperatura, al no adaptarse al cambio climático.

La productividad en el sector pesquero ha disminuido, por ejemplo, en parte debido al calentamiento de las aguas. Los rendimientos de los cultivos importantes, como el arroz, el maíz y el café, han descendido en respuesta al aumento de las temperaturas y el aumento de la variabilidad de las precipitaciones durante las últimas décadas. El calentamiento de las temperaturas también ha provocado la propagación de plagas y el aumento de los casos de brotes de enfermedades. (Dasgupta, 2016)

El cambio climático ha transformado los ecosistemas marinos, terrestres y de agua dulce en todo el mundo. \*Ha provocado la pérdida de especies locales, el aumento de enfermedades y \*ha impulsado la mortalidad masiva de plantas y animales, dando lugar a las primeras extinciones provocadas por el clima. (Unidas, 2022).

Los combustibles fósiles (carbón, petróleo y gas) son, con diferencia, los que más contribuyen al cambio climático mundial, ya que representan más del 75 % de las emisiones mundiales de gases de efecto invernadero y casi el 90 % de todas las emisiones de dióxido de carbono.

A medida que las emisiones de gases de efecto invernadero cubren la Tierra, atrapan el calor del sol, lo que conduce al calentamiento global y al cambio climático. El mundo se calienta ahora más rápido que en cualquier otro momento de la historia del que haya registros. Con el tiempo, las temperaturas más cálidas están cambiando los patrones climáticos y alterando el equilibrio normal de la naturaleza. Esto plantea muchos riesgos para los seres humanos y todas las demás formas de vida de la Tierra. (Unidas, Causas y efectos del cambio climático, 2022).

El cambio climático acarrea inviernos más fríos y veranos más cálidos como producto del exceso de emanación de gases a la atmósfera que provocaron una degradación de la capa de ozono en los hemisferios todo esto acompañado con la deforestación de vastas extensiones de bosques que contribuyeron a agravar el problema, el planeta al no tener la misma capacidad de depurar estos gases en la atmósfera como CO<sub>2</sub> y otros más gracias a la fotosíntesis que es un cambio de CO<sub>2</sub> por O<sub>2</sub> que realizan las plantas fisiológicamente, estos gases se acumulan en la atmósfera y contribuyen a que una mayor cantidad de radiación solar se absorba en lugar de refractarse de regreso al espacio, esto origina como consecuencia el derretimiento de los glaciares en los polos Norte y Sur que contribuye con la subida del nivel del mar provocando inundaciones en zonas costeras y alterando el hábitat y ecosistemas de los animales que viven en los polos.

#### **BIBLIOGRAFIA:**

Dasgupta, S. (21 de Noviembre de 2016). *MONGABAY*. Obtenido de MONGABAY: <https://es.mongabay.com/2016/11/cambio-climatico-vida-medioambiente-tierra/>

Peñuelas, J. (26 de julio de 2017). *SINC (ciencia contada en español)*. Obtenido de SINC (ciencia contada en español): <https://www.agenciasinc.es/Noticias/El-cambio-climatico-ya-amenaza-los-ecosistemas-mediterraneos-terrestres>

Unidas, N. (21 de Mayo de 2022). *Biodiversidad: nuestra defensa natural mas fuerte contra el cambio climático*. Obtenido de Biodiversidad: nuestra defensa natural mas fuerte contra el cambio climático:

<https://www.un.org/es/climatechange/science/climate-issues/biodiversity#:~:text=El%20cambio%20clim>

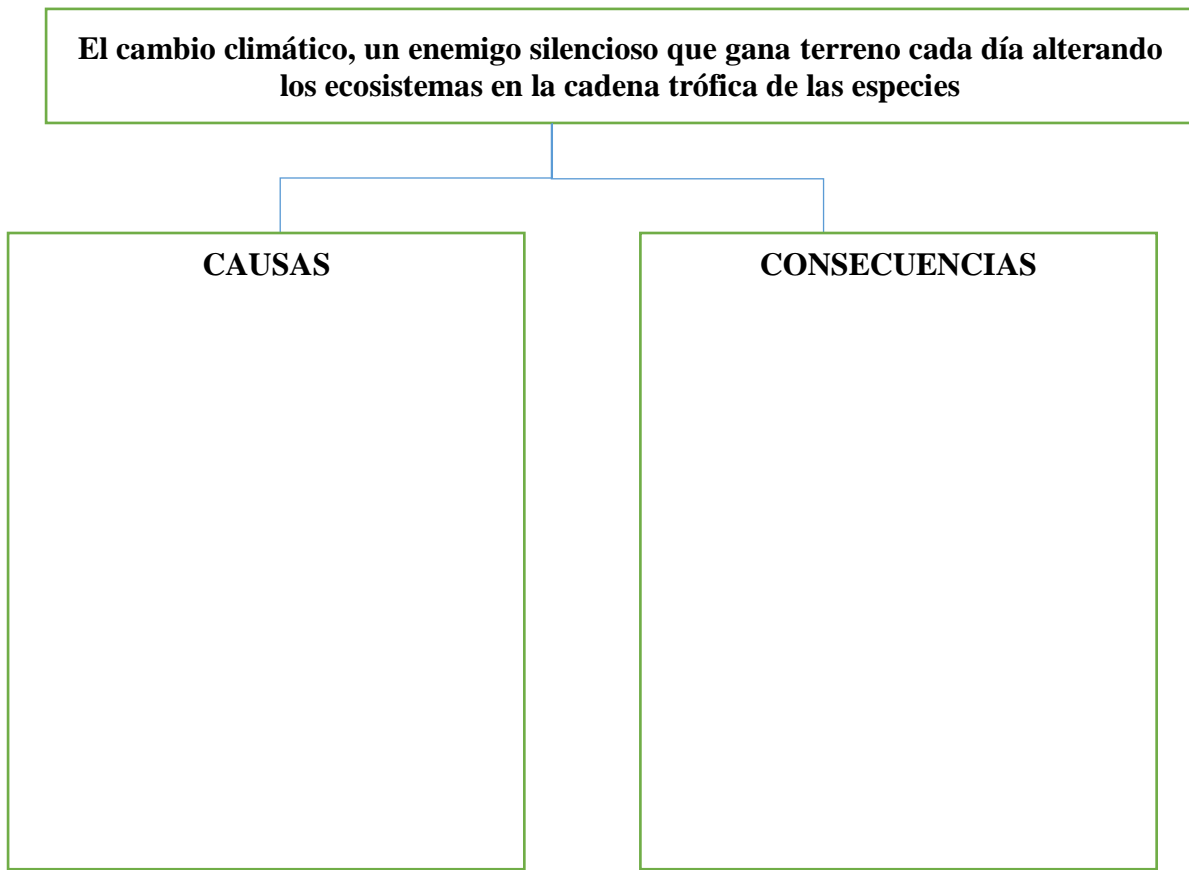
Unidas, N. (17 de Junio de 2022). *Causas y efectos del cambio climático*. Obtenido de Causas y efectos del cambio climático: <https://www.un.org/es/climatechange/science/causes-effects-climate-change>

### **LECTURA ANALÍTICA**

1. Marca con llaves la estructura del texto. (Este texto no presenta conclusión)
2. ¿Qué características del discurso científico se encuentran en el artículo?
3. Extrae la definición de cambio climático.
4. ¿Cuál es el principal problema ambiental que aborda el artículo?
5. En el primer párrafo aparece una analogía, reconócela y explica a qué se refiere.
6. En el tercer párrafo están marcadas dos elipsis (\*) ¿qué términos se están omitiendo?
7. ¿Cuáles son las principales causas del cambio climático mencionadas en el texto?
8. ¿Qué consecuencias tiene el aumento de la temperatura global?
9. En tu opinión, ¿es posible revertir algunos de los efectos del cambio climático? Justifica tu respuesta.
10. Identifica en el artículo definiciones, ejemplos. Explica cómo estos recursos contribuyen a la claridad del mensaje.

## REPRESENTACIÓN DE LA INFORMACIÓN

1. Completa el siguiente esquema a partir del contenido del texto



---

### Trabajamos con el texto “SUPERBACTERIAS”

#### Lectura exploratoria

1. Realiza una lista con los paratextos que presenta este texto.
2. ¿Cuál es la función del título en este texto? ¿Qué tiene de particular?
3. ¿Qué paratexto resume el tema planteado en el texto?
4. A partir de lo analizado en los paratextos responde: ¿Qué tipo de texto o discurso es el presentado?

1. Completa la siguiente ficha con los datos del contexto de producción.

|                                |
|--------------------------------|
| <b>Título del texto:</b>       |
| <b>Espacio de publicación:</b> |
| <b>Fecha de publicación:</b>   |
| <b>Autor:</b>                  |

## INFORMES

### Bacterias resistentes a los antibióticos

# Superbacterias

POR GABRIEL STEKOLSCHIK

*Los microbios se están adaptando a los antibióticos y ya hay algunos que son resistentes a todos los antimicrobianos conocidos. La situación es particularmente grave en nuestra región. Se estima que, en la Argentina, estas superbacterias matan a unas 29.000 personas al año, lo cual las ubicaría en la cuarta causa de mortalidad en nuestro país.*

**Mientras** la NASA escudriña el espacio para tratar de evitar que un asteroide destruya nuestro planeta, y en tanto discutimos acerca de los riesgos de una explosión nuclear o del calentamiento global, poco se debate sobre el peligro creciente de que la humanidad sucumba ante un enemigo microscópico que, día a día y silenciosamente, se hace cada vez más fuerte: las bacterias.

Pobladores primigenios de nuestro mundo, estos microorganismos evolucionaron durante miles de millones de años y, en ese proceso, adquirieron mecanismos muy eficientes de adaptación al ambiente.

**Por un lado**, en condiciones adecuadas pueden reproducirse a gran velocidad (en tan solo 20 minutos, una bacteria puede originar dos células hijas). “En los procesos infecciosos, las bacterias se encuentran en activa división y se pueden contar hasta mil millones por mililitro”, ilustra la doctora Carmen Sánchez Rivas, investigadora del CONICET en el Departamento de Química Biológica de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA. **Por otro lado**, a lo largo de la evolución, desarrollaron varios mecanismos para transferir genes entre ellas.

Combinadas, ambas características –velocidad de división y transferencia de genes– son como una bomba de tiempo para la humanidad. **Porque**, en un medio adverso –como puede ser la presencia de un antibiótico– su gran velocidad de reproducción hace muy probable la aparición de una mutación genética que les otorgue resistencia a ese antibiótico. A su vez, ese rápido incremento de la población bacteriana aumenta la probabilidad de encuentro entre ellas y, por lo tanto, de que intercambien los genes de resistencia hasta que, finalmente, todas ellas se hagan inmunes al medicamento antimicrobiano. “Bastará con que no se haya efectuado una destrucción total y rápida de las bacterias patógenas o que se haya utilizado previamente en muchas ocasiones un mismo antibiótico para que aparezcan individuos resistentes”, explica Sánchez Rivas.

El descubrimiento de los antibióticos a comienzos del siglo XX llevó a la humanidad a ilusionarse con que se acabarían las muertes por infecciones. **Pero**, con los años, el alto éxito adaptativo de las bacterias ha resultado en la aparición –primero– de cepas multirresistentes y –después– de cepas panresistentes, es decir, inmunes a todos los antibióticos conocidos.

“Una bacteria multirresistente, que es sensible a un solo antibiótico, en presencia de ese antibiótico se puede hacer panresistente en cuestión de horas”, ejemplifica la doctora Daniela Centrón, directora del Laboratorio de Investigaciones en Mecanismos de Resistencia a Antibióticos de la Facultad de Medicina de la UBA.

La situación es tan grave que el 7 de abril de 2011 (día mundial de la salud) bajo el lema “si no actuamos hoy, no habrá cura mañana”, la Organización Mundial de la Salud declaró que “son necesarias actuaciones urgentes y unificadas para evitar que regresemos a la era pre-antibiótica, en la que muchas infecciones comunes no tendrán cura y volverán a matar con toda su furia”.

(FRAGMENTO)

**Fuente:** [nexciencia.exactas.uba.ar](http://nexciencia.exactas.uba.ar). Disponible en

[HTTP://NEXCIENCIA.EXACTAS.UBA.AR/SUPERBACTERIAS](http://nexciencia.exactas.uba.ar/superbacterias) NOTICIAS DE CIENCIA Y TECNOLOGÍA  
ARGENTINA CONSULTADO EL 8/2/17.

## LECTURA ANALÍTICA

1. Marca con llaves la estructura del texto.
2. ¿Qué características del discurso de divulgación científica se encuentran en el artículo?
3. ¿Cuál es la problemática principal del texto?
4. Teniendo en cuenta el primer párrafo, ¿qué otros problemas son más tratados que las bacterias?
5. Relee el segundo párrafo, ¿qué hiperónimo se usa para reemplazar al término “bacterias”?

6. Explica cómo las bacterias desarrollan resistencia a los antibióticos.
7. En el tercer párrafo el autor usa una analogía, ¿cuál es? ¿qué quiere explicar con ese recurso?
8. Según la OMS, ¿Qué implica volver a una “era preantibiótica”?
9. Presta atención a los conectores resaltados con negrita e indica a qué tipo pertenecen y que tipo de relaciones establecen entre las ideas.
10. Subraya en el texto: una definición, una reformulación y una ejemplificación.
11. El autor introduce la voz de doctoras importantes, ¿para qué sirve este recurso?
12. A partir de lo aprendido en el texto ¿Qué medidas personales y colectivas crees que pueden tomarse para prevenir la resistencia a los antibióticos?
13. Investiga sobre iniciativas en tu país o comunidad para combatir la resistencia bacteriana.

## REPRESENTACIÓN DE LA INFORMACIÓN

1. Completa el siguiente esquema de contenidos numérico con las ideas principales y secundarias del texto ten en cuenta:
  - Ordenamiento lógico de la información: Organiza las ideas principales en una estructura jerárquica.
  - Clasifica la información en secciones y subtemas. Presta atención a la información presentada en el esquema.
  - Mantén un orden lógico y progresivo (introducción, desarrollo y conclusión).
  - Uso de numeración y jerarquización
  - Usa números para jerarquizar la información (1, 2, 3, ... para los temas principales.) (1.1, 1.2, 1.3, ... para las ideas secundarias.)
  - Revisión y simplificación
  - Verifica que el esquema refleje fielmente el contenido del texto.
  - Asegúrate de que la información está organizada de manera clara y coherente.

### Esquema de contenido: SUPERBACTERIAS

1. \_\_\_\_\_  
1.1. Adaptación de los microbios a los antibióticos.
2. **Las bacterias y su capacidad de adaptación**  
2.1. \_\_\_\_\_  
2.2. Velocidad de reproducción (cada 20 minutos).  
2.3. \_\_\_\_\_
3. \_\_\_\_\_  
3.1. Aparición de mutaciones genéticas.  
3.2. Incremento de la población resistente.  
3.3. \_\_\_\_\_
4. **Escalada del problema**  
4.1. \_\_\_\_\_  
4.2. Transformación de bacterias sensibles en panresistentes en cuestión de horas.  
4.3. \_\_\_\_\_
5. \_\_\_\_\_  
5.1. Urgencia de acciones conjuntas.  
5.2. Riesgo de volver a la era pre-antibiótica

- **Resistencia a los antibióticos**
- Antigüedad y evolución de las bacterias.
- Ejemplo de la doctora Daniela Centrón.
- **Introducción al problema**  
Transferencia de genes entre bacterias.
- Mecanismos de selección natural en presencia de antibióticos.
- **Advertencia de la OMS**
- De bacterias multirresistentes a panresistentes.

## Trabajamos con el texto “Investigan cómo la Literatura genera conocimiento”

### Lectura exploratoria

2. Marca los paratextos y colócales su nombre.

3. A partir de lo analizado en los paratextos responde:
  - a- ¿Qué tipo de texto es el presentado?
  - b- ¿Podemos identificar si es una edición impresa o digital? ¿Por qué?
4. Completa la siguiente ficha con los datos del contexto de producción.

**Título del texto:**

**Espacio de publicación:**

**Fecha de publicación:**

5. ¿Cuál es el tema principal del texto? ¿En qué paratexto se presenta de manera clara?



UNCUYO  
UNIVERSIDAD  
NACIONAL DE CUYO

PRENSA  
INSTITUCIONAL

UNCUYO Q

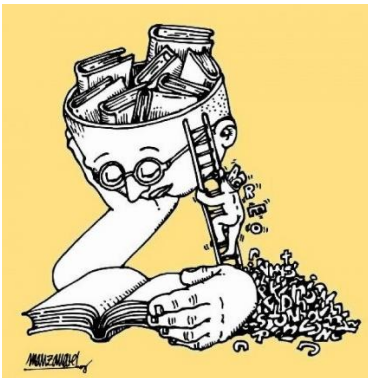
Presna institucional Capacitaciones Salud Vida Universitaria Movilidad Publicaciones Cultura

## [Divulgación científica](#)

# Investigan cómo la Literatura genera conocimiento

A partir de la Literatura se pueden generar conocimientos que se pueden asimilar a cualquier otro, según la tesis que se propone probar el proyecto de investigación “La Literatura como modo de conocimiento. 8ª etapa. Literatura, memoria y representación”, financiado por la Secretaría de Ciencia, Técnica y Posgrado (SECTyP) de la Universidad Nacional de Cuyo.

04 de julio de 2013



El proyecto de investigación es dirigido por la doctora Gladys Granata

Representar es convocar a la realidad, traer al presente enunciativo hechos y emociones, espacial o temporalmente pasados. La memoria, por su parte, es un sistema dinámico que guarda y transforma esas realidades ausentes para instalarlas en ese presente enunciativo del mundo imaginario. Finalmente, la creación literaria, representa y reinterpreta esos sucesos a través de lenguajes diversos, para configurar los mundos imaginarios que hacen pie en la realidad empírica.

Para el equipo de investigación dirigido por la doctora Gladys Granata, la Literatura, además de su especificidad como obra de arte verbal que genera placer estético y/o entretiene, constituye un modo privilegiado de conocimiento al generar mundos posibles que examinan -desde múltiples perspectivas- la condición humana.

“Esto es casi una toma de posición, por eso está en el título de nuestra investigación. Para nosotros la Literatura no es solamente entretenimiento, no es lúdica exclusivamente, sino que es una manera diferente de acceder al conocimiento. Creemos que a partir de la literatura se generan conocimientos que se pueden asimilar a cualquier otro, que te puede dar cualquier tipo de ciencia humanística”, sostiene la directora.

Las textualidades que aborda esta investigación abarcan el teatro, la narrativa, la poesía, el ensayo y, con especial énfasis, “la literatura del yo” -que en este caso está muy ligado con otro tema transversal de la investigación que es la memoria-.

“Desde fines de la década del 50, comenzó a considerarse a los géneros del yo como literarios porque había un tratamiento del discurso que era artístico, sobre todo en la autobiografía. Hay intencionalidades, hay maneras de representación del yo y tienen, en muchos casos, más que ver con lo ficcional que con lo real. Desde ese momento, se los englobó a todos estos fenómenos escriturales de primera persona, como géneros del yo e incluyen memorias, autobiografías, diarios, epistolarios y dietarios -que es un término español para designar la recopilación de artículos que muchos escritores escriben diariamente o semanalmente en periódicos y si bien son de muy diversa temática, hay un yo permanente que le pone el sello a cada uno de los temas-”, explica Granata.

La autobiografía es un relato retrospectivo en prosa que una persona decide hacer de su pasado. La memoria, por su parte, tiene vigencia hasta alrededor de 1950 y se escribía cuando un personaje ocupaba un cargo destacado y consideraba que tenía que dejar un legado de su actuación o quería dar alguna explicación sobre lo que había hecho. La diferencia con la autobiografía es que la memoria pone más el acento en los hechos históricos. Ambas se relacionan con la memoria individual.

A diferencia de éstas, la memoria colectiva es una construcción social, que se genera a partir de un hecho que se va transmitiendo -generalmente en forma oral- y se fija a través de medios que no son estrictamente literarios, o sí, depende; y que van configurando un ideario, que los demás heredan. No es exactamente la suma de las memorias individuales.

En este sentido, la investigadora explica: “Las neurociencias descubrieron que la memoria no es un almacén donde vos vas guardando tus recuerdos sino que es un lugar donde esos hechos del pasado se renuevan continuamente, se rectifican. Eso ha dado pie a nuevas teorizaciones de textos sobre el pasado”.

La investigación aborda diversas textualidades acerca de los grandes hechos que han conmocionado el siglo XX, sobre todo en Europa: el fascismo, del nazismo, las guerras mundiales.

“En base a estos fenómenos, se han escrito ríos de tinta sobre lo que es la memoria histórica, esa memoria colectiva que es compartida, transmitida y construida por un grupo o una sociedad en torno a estos hechos trascendentales (...)

Un ejemplo que es paradigmático es la Guerra Civil Española que significó un millón de muertos y una diáspora de la población (porque todos los que pudieron irse se fueron). Los que se quedan construyen, por temor, una imagen de la guerra y de la posguerra. O sea, los que se quedaron les fueron transmitiendo a sus hijos o nietos una imagen que atacaba lo menos posible al régimen. Obviamente por temor. Luego de terminada la guerra, los escritores españoles estaban bastante cansados de este tema. Se pasan 20 años escribiendo sobre cualquier otra cosa. Llamativamente, en los 90, los nietos de esas generaciones que vivieron la guerra, empiezan a investigar. Es decir, no les conforma lo que les están contando, esa memoria colectiva que se había armado no les gusta y empiezan (tanto los historiadores, los escritores y los jueces, como Baltasar Garzón) un trabajo de recuperación de la memoria histórica e incluso se crea una ley de recuperación de la memoria”, explica la docente-investigadora.

En este marco, nace una nueva narrativa que está tratando de rectificar la memoria histórica y es justamente este tipo de obras el objeto de estudio de este equipo. Es decir, las narrativas que ficcionalizan o crean sobre un marco histórico una anécdota ficticia; pero lo que hacen es tratar de mostrar, a través de la ficción, la realidad. Y aquí es donde toma relevancia el tema del conocimiento, mencionado al principio. Porque, si bien la anécdota es ficticia, lleva -de una manera más amena- a conocer un hecho de la realidad.

Actualmente, el equipo está en la fase final de la investigación. Su objetivo es obtener una publicación colectiva cuya introducción exponga las bases teórico-críticas en torno al tema central del proyecto: literatura,

memoria y representación del pasado; y que muestre los avances individuales de cada investigador/a en el corpus específico que aborda.

### **LECTURA ANALÍTICA**

1. Completa los siguientes enunciados:
  - LA INTRODUCCIÓN DE ESTE TEXTO ABARCA LOS PÁRRAFOS \_\_\_\_\_
  - EL DESARROLLO INCLUYE LOS PÁRRAFOS \_\_\_\_\_
  - LA CONCLUSIÓN ES \_\_\_\_\_
2. ¿Cuál es la hipótesis del equipo de investigación sobre la literatura como conocimiento?
3. Reconoce el recurso de cohesión usado en el párrafo cuatro.
4. ¿Cuál es la relación entre literatura y memoria según el texto?
5. ¿Cómo se vincula la investigación con eventos históricos del siglo XX?
6. Extrae del texto las definiciones de REPRESENTAR, MEMORIA, LITERATURA y AUTOBIOGRAFÍA. Luego, marca las partes que constituyen las definiciones.
7. El autor introduce la voz de una persona importante para el proyecto ¿quién es esa persona? ¿para qué sirve sumar sus palabras?
8. Subraya dos reformulaciones, ¿para qué las utiliza el autor?
9. El autor hace uno de caso concreto en el párrafo 11. ¿Cómo se llama ese recurso? ¿Te sirvió para entender mejor el planteo principal? ¿Por qué?
10. Presta atención a las palabras subrayadas en el texto. ¿Qué recurso de cohesión es el empleado? Clasifique cada uno según su función.

### **REPRESENTACIÓN DE LA INFORMACIÓN**

1. Elabora un mapa conceptual que relacione los conceptos clave: literatura, memoria, representación, conocimiento, autobiografía y memoria histórica.

**Paso 1:** Identifica los conceptos principales en el texto.

**Paso 2:** Establece relaciones entre ellos mediante conectores adecuados (ejemplo: "La literatura contribuye a la construcción de la memoria histórica porque...").

**Paso 3:** Organiza la información de manera jerárquica y clara, usando cuadros, flechas o diagramas.

---

## **Trabajamos con el texto "SALUD DEL ADOLESCENTE"**

### **Lectura exploratoria**

1. Marca los paratextos y colócales su nombre.
2. Observa el título y los subtítulos. ¿De qué crees que tratará el texto?
3. ¿Qué temas relacionados con la salud adolescente ya conoces?
4. Investiga que es la organización mundial de la salud (OMS).
5. ¿Puedes identificar si se trata de un texto en soporte físico o digital? ¿Por qué?



# Salud del adolescente



## Descripción general

La adolescencia es la fase de la vida comprendida entre la niñez y la edad adulta, entre los 10 y los 19 años. Es una etapa única del desarrollo humano y un momento importante para sentar las bases de una buena salud. Los adolescentes experimentan un rápido crecimiento físico, cognitivo y psicosocial. Esto afecta la forma en que sienten, piensan, toman decisiones e interactúan con el mundo que los rodea.

A pesar de que se considera una etapa saludable de la vida, en la adolescencia se producen muchas muertes, enfermedades y lesiones. Muchas de estas muertes se pueden prevenir o tratar. Durante esta **etapa**, los adolescentes establecen patrones de comportamiento (por ejemplo, relacionados con la dieta, la actividad física, el consumo de sustancias y la actividad sexual) que pueden proteger su salud y la de quienes los rodean, o poner en riesgo su salud ahora y en el futuro.

Para crecer y desarrollarse con buena salud, los adolescentes necesitan información, incluida una educación sexual integral adecuada a su edad; oportunidades para desarrollar habilidades para la vida; servicios de salud que sean aceptables, equitativos, apropiados y eficaces; y entornos seguros y que brinden apoyo. También necesitan oportunidades para participar de manera significativa en el diseño y la ejecución de intervenciones para mejorar y mantener su salud. Ampliar esas oportunidades es fundamental para responder a las necesidades y los derechos específicos de los adolescentes.

## Impacto

En el mundo hay más adolescentes que nunca: 1.300 millones, lo que supone una sexta parte de la población mundial. Se prevé que esta cifra aumente hasta 2050, sobre todo en los países de ingresos bajos y medios, donde vive cerca del 90% de los jóvenes de entre 10 y 19 años.

Se estima que cada año mueren 1,1 millones de adolescentes. Las principales causas son los accidentes de tránsito, el suicidio y la violencia interpersonal. Millones de adolescentes también sufren enfermedades y lesiones. Las causas de mortalidad y morbilidad entre los adolescentes difieren según el sexo y la edad, y también según la región geográfica.

En el caso de los jóvenes de 10 a 14 años, los principales riesgos para la salud están relacionados con el agua, la higiene y el saneamiento. En el caso de los jóvenes de 15 a 19 años, los riesgos se relacionan con mayor frecuencia con conductas como el consumo de alcohol y las relaciones sexuales sin protección. La mala alimentación y la escasa

actividad física son problemas adicionales que comienzan en la infancia y la adolescencia, al igual que el abuso sexual. Las adolescentes mayores se ven afectadas desproporcionadamente por la violencia de pareja. Las complicaciones del embarazo y los abortos inseguros son las principales causas de muerte entre las jóvenes de 15 a 19 años.

La mayor parte de la mortalidad y morbilidad de los adolescentes se puede prevenir o tratar, pero los adolescentes enfrentan barreras específicas para acceder a la información y los servicios de salud. Las leyes y políticas restrictivas, el control de los padres o de la pareja, el conocimiento limitado, la distancia, el costo, la falta de confidencialidad y el sesgo de los proveedores pueden impedir que los adolescentes obtengan la atención que necesitan para crecer y desarrollarse con buena salud.

### **Respuesta de la OMS**

La OMS apoya a los países para garantizar que sus respuestas nacionales en materia de salud de los adolescentes se basen en evidencia y tengan en cuenta los valores y preferencias de los adolescentes.

Es fundamental mejorar la base de datos sobre la salud de los adolescentes. La OMS ayuda a los países a mejorar la medición y fortalecer los datos, lleva a cabo investigaciones y comparte las mejores prácticas.

La OMS emite recomendaciones basadas en evidencia que son relevantes –o específicas– para los adolescentes en toda la gama de áreas de salud, incluyendo: desarrollo positivo, enfermedades transmisibles, enfermedades no transmisibles, salud sexual y reproductiva incluido el VIH, lesiones no intencionales, violencia y salud mental, abuso de sustancias y autolesiones.

Para apoyar la aplicación de estas recomendaciones, la OMS elabora una serie de herramientas de apoyo a las políticas y los programas, en cuyo centro se encuentra la *Acción acelerada mundial para la salud de los adolescentes (AA-HA!)*, que orienta a los responsables de las políticas y a los administradores de programas a nivel nacional sobre cómo planificar, aplicar, supervisar y evaluar los programas de salud de los adolescentes.

La OMS también apoya a los países para intensificar sus esfuerzos en materia de prestación de servicios, financiación y gobernanza, ayuda a desarrollar las capacidades de los investigadores y programadores a nivel nacional y proporciona apoyo técnico para políticas y programas.

Los adolescentes necesitan protección contra los daños, por un lado, y apoyo para tomar decisiones independientes, por el otro. Tienen un papel fundamental que desempeñar en la respuesta a su propia salud y bienestar. El 13.º Programa General de Trabajo de la OMS reconoce esto y se compromete a trabajar con los adolescentes como socios centrales para mejorar la salud de los adolescentes.

### **LECTURA ANALÍTICA**

1. Marca con llaves la estructura del texto y coloca el nombre a cada una.
2. Extrae la definición de adolescencia e indica las partes de su estructura. ¿Por qué crees que el autor decide comenzar con este recurso explicativo?
3. En el primer párrafo el autor utiliza dos recursos de cohesión gramatical, ¿cuáles son?
4. ¿Cuáles son los principales riesgos de salud en la adolescencia?
5. ¿Qué factores influyen en el bienestar de los adolescentes?
6. ¿Se presentan datos o estadísticas para respaldar la información? ¿Cuáles?
7. ¿Qué barreras enfrentan los adolescentes para acceder a la salud? ¿Qué opinas sobre las barreras que enfrentan los adolescentes en salud?
8. ¿Cómo responde la OMS a estos desafíos?
9. Subraya con rojo dos ejemplificaciones.
10. ¿Qué acciones podrían implementarse en tu comunidad para mejorar el acceso a la salud?
11. ¿Qué papel crees que juegan los adolescentes en el cuidado de su propia salud?

## REPRESENTACIÓN DE LA INFORMACIÓN

1. Realiza un resumen guiándote de los bloques informativos marcados por los subtítulos. Para lograrlo realiza los siguientes pasos.

### Elaboración del resumen basado en los bloques informativos

Un resumen es un texto breve que presenta las ideas principales de un contenido más extenso, sin incluir opiniones personales ni detalles innecesarios. Su objetivo es ofrecer una versión condensada y clara del material original.

Es un texto nuevo cuyo autor es la persona que se dispone a escribir, no es un copy- paste de partes sueltas sino un texto independiente que se basa en un texto principal.

#### 1. Introducción

- **Debes presentar al texto que se va a resumir, el autor u organización que le da origen, la fecha y el medio de publicación y el tema principal.**

#### 2. Identificación de los bloques informativos

- Los subtítulos del texto funcionan como una guía para estructurar el resumen.
- Cada bloque debe contener las ideas principales sin detalles secundarios.

#### 3. Extracción de ideas clave por sección

- Para cada subtítulo, subraya los conceptos esenciales.
- Redacta frases breves con el contenido fundamental de cada bloque.

#### 4. Organización del resumen

- Une las ideas de cada sección de manera fluida y lógica.
- Usa conectores para dar cohesión al texto.
- Mantén la estructura original del texto sin incluir información nueva.

#### 5. Revisión y ajuste final

- Verifica que el resumen conserve el sentido del texto original.
- Elimina repeticiones y mejora la claridad de la redacción.
- Comprueba que cada bloque esté representado de forma equilibrada.

Siguiendo esta metodología, se logra un resumen claro y bien estructurado que facilita la comprensión del contenido esencial del texto original.

**¡A ESCRIBIR!**

## TEXTO LITERARIO: HACIA UNA DEFINICIÓN DE LITERATURA

### EL DESAFÍO DE LA CREACIÓN

Desgraciadamente yo no tuve quién me contara cuentos; en nuestro pueblo la gente es cerrada, sí, completamente, uno es un extranjero ahí. Están ellos platicando; se sientan en sus equipajes en las tardes a contarse historias y esas cosas; pero en cuanto uno llega, se quedan callados o empiezan a hablar del tiempo: "Hoy párete que por ahí vienen las nubes...". En fin, yo no tuve esa fortuna de oír a los mayores contar historias: por ello me vi obligado a inventarlas y creo yo que, precisamente, uno de los principios de la creación literaria es la invención, la imaginación. Somos mentirosos; todo escritor que crea es un mentiroso, la literatura es mentira; pero de esa mentira sale una recreación de la realidad; recrear la realidad pues, uno de los principios fundamentales de la creación.

Considero que hay tres pasos: el primero de ellos es crear el personaje; el segundo, crear el ambiente donde ese personaje se va a mover; y el tercero es cómo va a hablar ese personaje, cómo se va a expresar. Esos tres puntos de apoyo son todo lo que se requiere para contar una historia... Cuando yo empiezo a escribir no creo en la inspiración, jamás he creído en la inspiración, el asunto de escribir

es un asunto de trabajo; ponerse a escribir a ver qué sale y llenar páginas y páginas, para que de pronto aparezca una palabra que nos dé la clave de lo que hay que hacer, de lo que va a ser aquello. [...] A mí me han criticado mucho mis paisanos que cuento mentiras, que no hago historia, o que todo lo que platico o escribo, dicen, nunca ha sucedido y es así. Para mí lo primero es la imaginación; dentro de esos tres puntos de apoyo de que hablábamos antes está la imaginación circulando. [...]. Así aparece otra cosa que se llama intuición: la intuición lo lleva a uno a pensar algo que no ha sucedido, pero que está sucediendo en la escritura. Concretando, se trabaja con: imaginación, intuición y una aparente verdad. Cuando esto se consigue, entonces se logra la historia que uno quiere dar a conocer...

Creo que eso es, en principio, la base de todo cuento, de toda historia que se quiere contar. Ahora, hay otro elemento, otra tosa muy importante también que es el querer contar algo sobre ciertos temas; sabemos perfectamente que no existen más que tres temas básicos: el amor, la vida y la muerte. No hay más, no hay más temas, así es que, para captar su desarrollo normal, hay que saber cómo tratarlos, qué forma darles; no repetir lo que han dicho otros. Entonces, el tratamiento que se le da a un cuento nos lleva, aunque el tema se haya tratado infinitamente, a decir las cosas de otro modo. (...) Mas hay que buscar el fundamento, la forma de tratar el tema, y creo que, dentro de la creación literaria, la forma —la llaman la forma literaria —es la que rige, la que provoca que una historia tenga interés y llame la atención a los demás.

Juan Rulfo – “El desafío de la creación”, en Revista de la Universidad de México, Nros. 2-3 (1980).

## ACTIVIDADES

1. A partir de la lectura del texto anterior responde:

- A. ¿Consideras, como Rulfo, que es una desgracia no haber oído contar historias? ¿Qué función cumplen los cuentos?
- B. ¿Con que elementos trabaja el escritor su obra literaria?
- C. ¿A partir de qué crea el escritor su obra literaria?
- D. ¿Qué relación puede establecerse entre la invención y la realidad?
- E. Explica el siguiente concepto: “dentro de la creación literaria, la forma —la llaman la forma literaria — es la que rige, la que provoca que una historia tenga interés y llame la atención a los demás”.

## LITERATURA: CONCEPTO

Para muchos investigadores, existen dos aspectos que definen la literatura y la diferencian de los restantes discursos sociales: su carácter ficcional y su finalidad estética. El término ficción (acción y efecto de fingir) significa originariamente "inventar" y "representar". También significa dar forma, concebir, educar y adiestrar. Por ello, la literatura puede abarcar todos estos conceptos y más. En términos generales se dice mucho acerca de ella y una gran cantidad de estudiosos han querido aproximarse a una definición:

- ∇ La literatura es el arte hecho con palabras.
- ∇ La literatura son los pensamientos y sentimientos del autor expresados en palabras.
- ∇ La literatura transmite mensajes, nos enseña a cuestionarnos la vida.
- ∇ La literatura transmite valores.
- ∇ La literatura son las historias imaginadas, inventadas por un autor.
- ∇ La literatura es una construcción de palabras o discursos bellos.

Éstas y otras tantas creencias y definiciones se encuentran en diversos manuales, enciclopedias y libros que intentan acercarse a una mediana explicación sobre lo que significa literatura. Se trata de representaciones sociales que permiten establecer qué es la literatura, en tanto que particular práctica social, para una comunidad determinada. Desde este enfoque, los textos son literarios cuando una sociedad, una cultura así lo dispone.

## EL MUNDO DE LA FICCIÓN

Se caracterizan como ficciones todos aquellos discursos en los que se construyen acciones o acontecimientos imaginarios, que son producto de la invención o recreación imaginativa de un sujeto singular o colectivo. Con el nombre de no ficción, en cambio, se designa al discurso en que se reconstruyen situaciones reales,

efectivamente ocurridas. La diferencia entre la ficción y la no ficción (por ejemplo, el género discursivo histórico) en ocasiones se advierte sin dificultad. En un caso, encontramos hechos, personajes, lugares y tiempos imaginarios. En el otro, reales. Se trata de mundos claramente distinguibles. Sin embargo, hay casos en que esa distinción es menos evidente. La ficción y la no ficción se aproximan o se confunden. El discurso literario no representa el mundo real. Lo que representa es un mundo posible, imaginario (inventado). Por eso se separa de los otros discursos sociales (el histórico, el científico) que pretenden dar cuenta del mundo real. La literatura, entonces, es una especie de simulación del que todos, autores y lectores, tenemos conciencia. Mediante ella se simula decir y leer algo verdadero sobre algo que no existe, salvo en la literatura. La ficción, por lo tanto, no es lo contrario de lo real, sino que representa la imagen que de lo real puede construirse.

Por otro lado, cuando hablamos de literatura debemos referirnos a su finalidad estética. Ésta se manifiesta en el modo en el que se aprovechan todas las posibilidades de la lengua: semánticas, sonoras, sintácticas, morfológicas, gráficas, etc. Por ejemplo, las reiteraciones de sonidos y de construcciones, las metáforas, la disposición de las palabras en la página. Por medio de la finalidad estética, la literatura se repliega y se centra en su propio mensaje.

La finalidad estética está vinculada con el llamado "**placer estético**". El que lee una novela, un poema, un cuento o el texto de una pieza teatral, experimenta un deleite ante un texto que está bien escrito; es decir, la obra literaria al igual que las obras artísticas en general, es capaz de crear y de generar por sí misma, mediante múltiples y armónicas combinaciones de palabras y de giros lingüísticos, un particular y único goce estético.

### **RELACIÓN LITERATURA Y REALIDAD**

La naturaleza ficcional y la finalidad estética otorgan a la literatura un carácter autónomo, independiente de la realidad. Dicho de otro modo, la literatura no se relaciona directamente con la realidad. Pero esto no significa que no exista ninguna relación entre ambas.

La relación entre la literatura y la realidad es indirecta, pues establece una vinculación con distintos discursos sociales vigentes en la época: discursos históricos, políticos, religiosos, morales, jurídicos, periodísticos. Podemos señalar además que el discurso literario, al representar una realidad imaginaria o recreada, se conecta con otros discursos y al hacerlo, manifiesta su acuerdo, su desacuerdo o su propósito de transformarlos. Por eso, para leer (comprender y disfrutar) la literatura, se necesita también leer o conocer los otros discursos sociales que la rodean. Ahora bien, ¿cuándo una obra es literaria? En principio, diremos que cuando reúne todas las características mencionadas anteriormente (ficción, finalidad estética, conexión con otros discursos sociales). Pero para que una obra sea considerada literaria debe someterse a determinados juicios de valor. Los gustos, las opiniones, las valoraciones, los juicios estéticos, son difundidos por instituciones tales como la escuela, la universidad, las revistas literarias, las editoriales, las agrupaciones de escritores, los medios masivos de comunicación, entre otras. En cierta medida, estas instituciones imponen sus valoraciones al resto de la sociedad. Se supone que en estas instituciones hay especialistas (los docentes, los críticos literarios) que saben del tema y, por esta razón, sus opiniones logran un mayor peso y se imponen ("Si lo dijo tal..."). Pero las instituciones y los críticos cambian con el tiempo sus valoraciones. Más allá de las variaciones y de las diferencias que se producen, cada institución establece un "**canon de lectura**", es decir un listado de libros y de autores que son considerados obras literarias y que, por eso, vale la pena leer.

### **EL ESCRITOR, LA OBRA Y EL LECTOR**

El escritor es la persona real, existente, que produce literatura. Aunque en realidad todos escribimos, en nuestra cultura se reserva la denominación de "escritor" a aquél que hace literatura. Esto demuestra el valor que se le da a la escritura literaria. El escritor es el que inventa seres de ficción: el "yo" que habla en la poesía, el narrador de un cuento o una novela y los personajes que dialogan en una obra de teatro. Es decir, que el escritor se vincula con los lectores de manera indirecta a través de seres imaginados que plantean situaciones ficticias. Por otro lado, el lector cierra el circuito que comienza con el escritor. De este modo, él es el destinatario de la obra y su lectura está, en principio, determinada por la propuesta textual construida por el escritor e, incluso, por lo que señalan las instituciones (qué conviene leer, cómo debe interpretarse, cómo debe valorarse). Pero, una vez que el libro llega a manos del lector, éste tiene la libertad para apropiarse de la obra de diversas maneras: puede intentar interpretar los sentidos que esta encierra (algunos claramente visibles, otros que requieren de un trabajo más arduo para ser encontrados), o puede tratar de encontrar en los textos literarios algunas respuestas a sus propias búsquedas o interrogantes o, simplemente, deleitarse con su lectura.

## **LOS GÉNEROS LITERARIOS**

| GÉNERO   | CARACTERÍSTICAS   | FORMA DE ESCRITURA  | OBRAS   |
|--|---|---|---|
| <p><b>NARRATIVO</b></p>    | <p>-La Narración es un relato ideado por un autor, en el que ocurren diferentes <b>hechos y acciones</b>.</p> <p>-Intervienen <b>personajes</b> que pueden ser clasificados como <b>principales</b> o <b>secundarios</b>.</p> <p>- La acción se lleva a cabo <b>en un espacio y en un tiempo</b>.</p> <p>- Hay un <b>narrador</b> que va contando los hechos.</p>   | <p>Prosa</p>  | <p>Cuentos<br/>Mitos<br/>Leyendas<br/>Fábulas<br/>Novelas</p> |
| <p><b>LÍRICO</b></p>     | <p>-Se manifiesta lo <b>subjetivo</b>, la interioridad del “<b>Yo lírico</b>” que es la voz que expresa <b>en libertad plena, sentimientos, vivencias, emociones</b>. Esa voz se dirige a un oyente imaginario, a un “<b>tú lírico</b>”, preguntándole, apelando a su sensibilidad.</p> <p>-<b>Tiene musicalidad</b>: Se produce el ritmo gracias a la métrica y la rima.</p> <p><b>Métrica</b>: es la extensión de los versos según la cantidad de sílabas que posean. Para contar las sílabas debe tenerse en cuenta:</p> <p><b>Rima</b>: es la igualdad de sonidos a partir de la última vocal acentuada (de cada verso).</p> <p>-<b>Libertad en la distribución</b> de las palabras en el papel: la forma gráfica señala sentido y ritmo del texto.</p> | <p>Versos divididos en estrofas</p>                               | <p>Poemas<br/>Sonetos<br/>Canciones<br/>Odas</p>              |
| <p><b>DRAMÁTICO</b></p>  | <p>-Se caracteriza por su trama <b>conversacional</b>.</p> <p>-El <b>conflicto</b> es el eje principal.</p> <p>-El autor lo escribe para ser <b>representado</b>, pero también se lo puede leer como cualquier obra literaria.</p> <p>-Posee dos tipos de textos: uno <b>principal</b> los parlamentos de los personajes (reproducidos por los actores) y otro <b>secundario</b> que corresponde a las acotaciones escénicas (que suelen aparecer entre paréntesis y/o con otro tipo de letra para indicar gestos, movimientos, luces, etc.)</p>  | <p>Diálogo y acotaciones divididos en <b>actos y escenas</b>.</p> | <p>Tragedias<br/>Comedias<br/>Tragicomedias</p>               |

## ACTIVIDAD INTEGRADORA UNIDAD 1

### TEXTO LITERARIO Y TEXTO NO LITERARIO

#### Texto 1

### Jarilla

La **Jarilla** o Larrea es un género de plantas americanas de la familia Zygophyllaceae que incluye cinco especies de arbustos siempreverdes. Su nombre científico es Larrea Cuneifolia.

Es endémica del oeste de Sudamérica: Bolivia (Chuquisaca); Perú (Arequipa, Ica, Moquegua), siendo una prominente especie de Chile, y de Argentina, en especial de la Patagonia.

Es una planta que alcanza hasta tres metros de altura y hojas opuestas bifoliadas con foliolos soldados hasta el tercio superior, con flores amarillas grandes y de estambres rojizos. El fruto es redondo, cubierto de vello y con cinco cápsulas, cada una encierra un solo grano, largo, curvo y negro. Florece a principios de octubre hasta fines de noviembre

Esta planta tiene alta resistencia al frío, a la sequía y al viento. Habita suelos areno-ripiosos hasta arcilloso pesados.

Su poda no requiere una poda ornamental. Sólo se realiza para recolectar material para uso culinario o medicinal. Su riego es casi nulo, ya que soporta temperaturas muy diferentes y debe ubicarse a pleno sol.

Por contener gran cantidad de resina sirve como energizante. También se utiliza en las digestiones difíciles. Se puede utilizar en baños de inmersión para combatir el reumatismo y hemorroides, así como el aceite de esta planta y en decocción para lavar heridas. El emplasto de hojas, ayuda a la curación de las fracturas, luxaciones, y dolores fuertes de cintura. El dolor de muelas puede también ser reducido con el uso de esta hierba. Y la raíz es un magnífico depurativo de la sangre.

La jarilla es un gran tesoro natural que no debemos dejar de conocer y utilizar como lo hacían nuestros ancestros.



#### Texto 2

### JARILLA

Porque ando oscuro y necesito explayarme  
voy a hablar de la jarilla.

Es un arbusto que gusta treparse  
a las faldas cordilleranas.

No se allega a las casas ni habla  
con los frutales,  
anda a campo bruto y hace al viento  
cantar triste.

Si masticás una hoja de jarilla  
tiene un gusto áspero a antiquísimas  
costumbres de los indios,  
y si hacés fuego el perfume del humo  
te dilata las narices gloriosamente.

Es amiga del hombre campesino y sabe

más que nosotros de todo,  
por eso campo afuera la visito  
para preguntarle por mí.  
*Jorge Leonidas Escudero*  
(*Cantos del acechante*)

## ACTIVIDADES

- A. Si bien, ambos textos tratan sobre el mismo tema lo hacen de manera diferente, ¿cuáles son esas diferencias?
- B. ¿Qué sucede con el lenguaje en cada caso? ¿Qué tipo de palabras aparecen en cada uno?
- C. ¿Cuál de los dos genera sentimientos hacia la planta? ¿Por qué?
- D. ¿Puedes identificar cuál de los textos es literario? Justifica.

# ACTIVIDAD DE INTEGRACIÓN UNIDAD 1

## TEXTO LITERARIO Y NO LITERARIO

### Texto 1

## Jarilla

La **Jarilla** o Larrea es un género de plantas americanas de la familia Zygophyllaceae que incluye cinco especies de arbustos siempreverdes. Su nombre científico es Larrea Cuneifolia. Es endémica del oeste de Sudamérica: Bolivia (Chuquisaca); Perú (Arequipa, Ica, Moquegua), siendo una prominente especie de Chile, y de Argentina, en especial de la Patagonia. Es una planta que alcanza hasta tres metros de altura y hojas opuestas bifoliadas con foliolos soldados hasta el tercio superior, con flores amarillas grandes y de estambres rojizos. El fruto es redondo, cubierto de vello y con cinco cápsulas, cada una encierra un solo grano, largo, curvo y negro. Florece a principios de octubre hasta fines de noviembre. Esta planta tiene alta resistencia al frío, a la sequía y al viento. Habita suelos areno-riposos hasta arcilloso pesados. Su poda no requiere una poda ornamental. Sólo se realiza para recolectar material para uso culinario o medicinal. Su riego es casi nulo, ya que soporta temperaturas muy diferentes y debe ubicarse a pleno sol. Por contener gran cantidad de resina sirve como energizante. También se utiliza en las digestiones difíciles. Se puede utilizar en baños de inmersión para combatir el reumatismo y hemorroides, así como el aceite de esta planta y en decocción para lavar heridas. El emplasto de hojas, ayuda a la curación de las fracturas, luxaciones, y dolores fuertes de cintura. El dolor de muelas puede también ser reducido con el uso de esta hierba. Y la raíz es un magnífico depurativo de la sangre. La jarilla es un gran tesoro natural que no debemos dejar de conocer y utilizar como lo hacían nuestros ancestros.



### Texto 2

#### JARILLA

Porque ando oscuro y necesito explayarme

voy a hablar de la jarilla.

Es un arbusto que gusta treparse

a las faldas cordilleranas.

No se allega a las casas ni habla

con los frutales,

anda a campo bruto y hace al viento

cantar triste.

Si masticás una hoja de jarilla

tiene un gusto áspero a antiquísimas

costumbres de los indios,  
y si hacés fuego el perfume del humo  
te dilata las narices gloriosamente.

Es amiga del hombre campesino y sabe  
más que nosotros de todo,  
por eso campo afuera la visito  
para preguntarle por mí.  
*Jorge Leonidas Escudero*  
(*Cantos del acechante*)

### ACTIVIDADES

- Si bien, ambos textos tratan sobre el mismo tema lo hacen de manera diferente, ¿cuáles son esas diferencias?
- ¿Qué sucede con el lenguaje en cada caso? ¿Qué tipo de palabras aparecen en cada uno?
- ¿Cuál de los dos genera sentimientos hacia la planta? ¿Por qué?
- ¿Puedes identificar cuál de los textos es literario? Justifica.

### Texto 3

#### **Platero y yo**

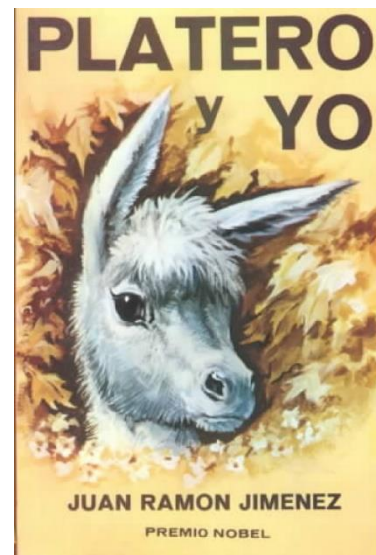
Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro.

Lo dejo suelto, y se va al prado, y acaricia tibiamente con su hocico, rozándolas apenas, las florecillas rosas, celestes, gualdas... Lo llamo dulcemente: "¿Platero?", y viene a mí con un trotecillo alegre que parece que se ríe, en no sé qué cascabeleo ideal...

Come cuanto le doy. Le gustan las naranjas mandarinas, las uvas moscateles, todas de ámbar, los higos morados, con su cristalina gotita de miel...

Es tierno y mimoso igual que un niño, que una niña...; pero fuerte y seco por dentro, como de piedra. Cuando paso sobre él, los domingos, por las últimas callejas del pueblo, los hombres del campo, vestidos de limpio y despaciosos, se quedan mirándolo: -Tiene acero. Acero y plata de luna, al mismo tiempo.

**Juan Ramón Jiménez: Platero y yo (Fragmento)**



### Texto 4

#### **Equus asinus**

El burro o asno (*Equus asinus*) es un animal doméstico de la familia de los Équidos, *Equidae*. Los ancestros salvajes del burro son africanos.

## **Características**

Los burros son equinos típicos, generalmente más pequeños y con orejas más largas que el caballo doméstico.

## **Utilización económica**

Desde comienzos de la historia, los burros han sido utilizados en Europa y Asia occidental para trasladar cargas, tirar de carros y transportar personas. A pesar de no ser tan rápidos como el caballo, tienen una larga vida, su mantenimiento es menos costoso, tienen una gran resistencia y son ágiles en caminos deteriorados. Continúan siendo de crucial importancia económica en muchos países en vías de desarrollo. Los burros tienen una larga reputación por su terquedad, pero esto se debe a la malinterpretación de algunas personas de su sentido de autopreservación altamente desarrollado. Es difícil forzar a un burro a hacer algo que contradice sus propios intereses. A pesar de que los estudios sobre su comportamiento son limitados, los burros parecen ser bastante inteligentes, cautelosos, amistosos, juguetones e interesados en aprender. Una vez que se haya ganado su confianza pueden ser buenos compañeros en trabajo y recreación. Por esta razón, ahora son comúnmente conservados como mascotas en algunos países en donde su uso como animales de carga ha desaparecido. También son populares por pasear niños en algunos lugares turísticos y de recreación.

En países prósperos, el bienestar de los burros tanto en su casa como en el exterior se ha vuelto recientemente una preocupación, y se han instalado algunos santuarios para burros veteranos.

## **ACTIVIDADES**

- E. Si bien, ambos textos describen a un animal lo hacen de manera diferente, ¿cuáles son esas diferencias?
- F. ¿Qué sucede con el lenguaje en cada caso? ¿Qué tipo de palabras aparecen en cada uno?
- G. ¿Cuál de los dos genera sentimientos hacia el burro? ¿Por qué?
- H. ¿Puedes identificar cuál de los textos es literario? Justifica.

## UNIDAD 2: LA ESCRITURA COMO MEDIO Y ARMA DE COMBATE

### LOS INTELECTUALES Y EL PODER

Después de la Revolución de mayo de 1810, la relación entre los intelectuales, que intentaban pensar la manera de organizar el país, y los políticos, que ejercían el poder de la nación, se tornó conflictiva. Tal fue el punto de tensión alcanzado, que muchos de los intelectuales debieron exiliarse a países vecinos y otros murieron en luchas.

### ACTIVIDAD

1. Los tres fragmentos que se presentan a continuación fueron escritos en distintas épocas y pertenecen a diferentes géneros discursivos, sin embargo, en todos se pueden encontrar puntos de contacto. El primer texto fue escrito en 1837; el segundo en 1984 y el último, en 1840. Léalos e indique a qué género pertenece cada uno. Además, averigüe a quien llamaban “el tirano” y a qué “la mazorca”.

*1. A Avellaneda, Álvarez, Acha, Lavalle, Maza, Varela, Berón de Astrada, y en su nombre a todos los mártires de la patria. ¡Mártires sublimes! A vosotros dedico estas páginas inspiradas por el amor a la Patria, única ofrenda que puedo hacer en el destierro; quiero engrandecerlas, santificarlas estampando al frente de ellas vuestro venerable nombre. Envidio vuestro destino. Y he gastado la vida en los combates estériles del alma convulsiónada por el dolor, la duda y la decepción;*

*vosotros se la disteis toda entera a la patria. (...) Maza, tú también pertenecías a la generación nueva; su espíritu se había encarnado en ti para traducirse en acto. Debiste ser un héroe y el primer ciudadano de tu Patria, y sólo fuiste su más noble mártir. Vanamente el tirano puso en tortura tu alma de temple estoico, para arrancarte el nombre de los que conspiraban contigo; te lo llevaste al sepulcro. Esteban Echeverría, La cautiva, El matadero y otros escritos.*

*2. Mataron a Maza, jadeó el hombre pequeño y delgado. (...) La muerte del viejo Maza, dijo Cufre, era el anuncio de que no había clemencia para los que despertasen la sospecha de la Mazorca, fuesen federales o unitarios, o no fuesen ni federales ni unitarios. El hombre pequeño y delgado se restregó las manos y pretendió sonreír. (...)*

*Andrés Rivera, En esta dulce tierra.*

*3. A fines del año 1840, salía yo de mi patria, desterrado por lástima, estropeado, lleno de cardenales, puntazos y golpes recibidos el día anterior en una de esas bacanales sangrientas de soldadesca y mazorqueros. Al pasar por los baños de Zonda, bajo las armas de la patria que en días más alegres había pintado en una sala, escribí con carbón estas palabras: On ne tue point les idées.\* El gobierno*

*a quien se comunicó el hecho, mandó una comisión encargada de descifrar el jeroglífico, que se decía contener desahogos innobles, insultos y amenazas. Oída la traducción, "¡Y bien! —dijeron—, ¿qué significa esto?..." Significa, simplemente, que venía a Chile, donde la libertad brillaba aún (...)*  
*Domingo Faustino Sarmiento, Facundo. Civilización y barbarie.*

## ESCRITURA Y RECEPCIÓN

Imaginemos que estamos frente a un texto literario. Algunas de las preguntas que nos podemos hacer en esta situación son: ¿Cómo fue escrito este texto? ¿En qué condiciones? ¿Cuál fue la necesidad que tuvo el autor para escribirlo? ¿Por qué eligió un género determinado y no otro? Estos interrogantes se relacionan con lo que se denomina proceso de producción de un texto.

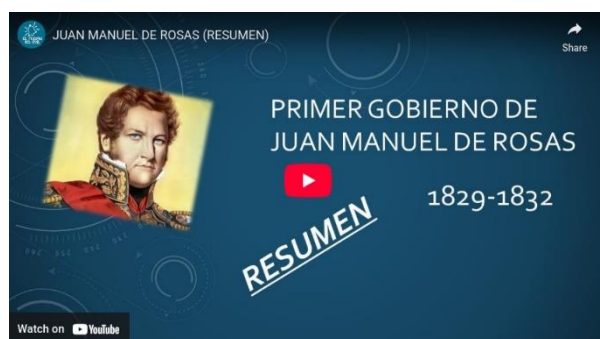
Si nos preguntamos, en cambio, cómo fue leído el texto en el momento de su publicación o como fue leído ese mismo escrito en otro periodo histórico, estaremos interrogándonos acerca de lo que se conoce con el nombre de recepción de un texto.

En el periodo histórico al que hacen referencia los tres textos de la actividad anterior, la problemática central de los escritores e intelectuales no pasaba por la literatura- entendida como producto estético- sino por la necesidad imperiosa de organizar política e institucionalmente al país.

Durante el siglo XIX, la literatura se relacionó íntimamente con las luchas de orden político que se desarrollaban en nuestro territorio. Por esta razón, los textos literarios en sus diferentes géneros estuvieron condicionadas por el factor político. Por ejemplo, casi toda la producción escrita hasta la caída de Rosas (1852) fue realizada en el exilio y contra el poder político que imperaba en Buenos Aires. Esta situación, no poco frecuente en nuestro país, determinó de alguna manera los temas que abordaron los escritores y la forma particular que eligieron para sus producciones. Así en 1838, Esteban Echeverría escribía *El matadero*, un texto literario que recién pudo ser publicado cuarenta años después, porque para su autor la ficción no tenía el mismo valor de verdad que el ensayo de ideas.

### Actividad

1. Vea atentamente el siguiente video. Luego realice una línea de tiempo o lista mencionando los eventos más importantes ocurridos durante el gobierno de Juan Manuel de Rosas.



## ¿Quién fue Esteban Echeverría?

---

José Esteban Echeverría (1805- 1851) es uno de los principales representantes de la Generación del 37 y del Romanticismo en Argentina y Latinoamérica. En 1837 participó activamente en el Salón Literario en la librería de don Marcos Sastre.

Juan Manuel de Rosas ordenó la clausura del Salón, y Echeverría funda una sociedad secreta, la Asociación de Mayo, alrededor de 1838. Publicó las ideas de su generación en el Credo de esta Asociación, y que servirán de base para la publicación posterior de El Dogma Socialista en 1846.

Entre 1825 y 1830 estudió en Francia donde estuvo en contacto con la literatura romántica y con la ideología política de los carbonarios. Los carbonarios constituían una sociedad secreta surgida en Italia que luchaba por la libertad política y la abolición de la monarquía. Echeverría llegó a Europa durante la época de las revoluciones que se oponían a la Restauración de los regímenes monárquicos. Al regresar a Argentina, Bernardino Rivadavia, defensor del régimen unitario, había renunciado a la presidencia tras la Constitución centralista de 1826 y la finalización de la guerra contra Brasil con la cesión de la banda oriental y Juan Manuel de Rosas, representante de los federales, gobernaba Buenos Aires. En medio de las sangrientas luchas entre unitarios y federales, un grupo de jóvenes comienza a reunirse en la ciudad de Buenos Aires para leer y comentar la situación política y las ideas de nacionalismo y liberalismo provenientes de Europa, especialmente de Francia. Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutierrez y Domingo Faustino Sarmiento, entre otros, se reunían en el Salón Literario, inaugurado en 1837 en el local de la librería de Marco Sastre; es por eso que se los llamó la Generación del 37. Podemos considerar el salón Literario como el primer movimiento político-cultural de nuestro país, el primer proyecto de constitución de la nacionalidad argentina basado principalmente en la idea de progreso, en la libertad y en la educación. Hay que tener en cuenta que todos ellos escribieron obras literarias relacionadas con la situación política del país, su ideología anti-rosista provocó que Rosas clausurara el Salón y que muchos de ellos tuvieran que emigrar.

En 1832 publica "Elvira o la novia del Plata"; en 1834, "Los consuelos"; en 1837, "La Cautiva". En 1848 aparece el Dogma o declaración de principios que constituyen la creencia social de la República Argentina, más conocido como el Dogma Socialista, en el que Echeverría expone su modelo de proyecto político nacional. Aproximadamente en 1839, Echeverría escribe "El Matadero", que será publicado en forma póstuma recién en 1871. Falleció a los 45 años, exiliado en Montevideo.

El valor de su obra literaria reside principalmente en abrir el camino a una literatura nacional que supera las influencias neoclásicas que se reflejaban en la poesía del momento. y hacia la narrativa realista argentina.

### El matadero

Esteban Echeverría

---

A pesar de que la mía es historia, no la empezaré por el arca de Noé y la genealogía de sus ascendientes como acostumbraban hacerlo los antiguos historiadores españoles de América que deben ser nuestros prototipos. Temo muchas razones para no seguir ese ejemplo, las que callo por no ser difuso. Diré solamente que los sucesos de mi narración, pasaban por los años de Cristo de 183... Estábamos, a más, en cuaresma, época en que escasea la carne en Buenos Aires, porque la iglesia adoptando el precepto de Epitecto, sustineabstine (sufre, abstente) ordena vigilia y abstinencia a los estómagos de los fieles, a causa de que la carne es pecaminosa, y, como dice el proverbio, busca a la carne. Y como la iglesia tiene ab initio y por delegación directa de Dios el imperio inmaterial sobre las conciencias y estómagos, que en manera alguna pertenecen al individuo, nada más justo y racional que vede lo malo.

Los abastecedores, por otra parte, buenos federales, y por lo mismo buenos católicos, sabiendo que el pueblo de Buenos Aires atesora una docilidad singular para someterse a toda especie de mandamiento, solo traen en días cuaresmales al matadero, los novillos necesarios para el sustento de los niños y de los enfermos dispensados de la abstinencia por la Bula..., y no con el ánimo de que se harten algunos herejotes, que no faltan, dispuestos siempre a violar los mandamientos carnificinos de la iglesia, y a contaminar la sociedad con el mal ejemplo.

Sucedió, pues, en aquel tiempo, una lluvia muy copiosa. Los caminos se anegaron; los pantanos se pusieron a nado y las calles de entrada y salida a la ciudad rebosaban en acuoso barro. Una tremenda avenida se precipitó de repente

por el Riachuelo de Barracas, y extendió majestuosamente sus turbias aguas hasta el pie de las barrancas del alto. El Plata creciendo embravecido empujó esas aguas que venían buscando su cauce y las hizo correr hinchadas por sobre campos, terraplenes, arboledas, caseríos, y extenderse como un lago inmenso por todas las bajas tierras. La ciudad circunvalada del Norte al Este por una cintura de agua y barro, y al Sud por un piélagó blanquecino en cuya superficie flotaban a la ventura algunos barquichuelos y negreaban las chimeneas y las copas de los árboles, echaba desde sus torres y barrancas atónitas miradas al horizonte como implorando misericordia al Altísimo. Parecía el amago de un nuevo diluvio. Los beatos y beatas gimoteaban haciendo novenarios y continuas plegarias. Los predicadores atronaban el templo y hacían crujir el púlpito a puñetazos. Es el día del juicio, decían, el fin del mundo está por venir. La cólera divina rebosando se derrama en inundación. ¡Ay de vosotros pecadores! ¡Ay de vosotros unitarios impíos que os mofáis de la iglesia, de los santos, y no escucháis con veneración la palabra de los ungidos del Señor! ¡Ay de vosotros si no imploráis misericordia al pie de los altares! Llegará la hora tremenda del vano crujir de dientes y de las frenéticas imprecaciones. Vuestra impiedad, vuestras herejías, vuestras blasfemias, vuestros crímenes horrendos, han traído sobre nuestra tierra las plagas del Señor. La justicia y el Dios de la Federación os declarará malditos.

Las pobres mujeres salían sin aliento, anonadadas del templo, echando, como era natural, la culpa de aquella calamidad a los unitarios.

Continuaba, sin embargo, lloviendo a cántaros, y la inundación crecía acreditando el pronóstico de los predicadores. Las campanas comenzaron a tocar rogativas por orden del muy católico Restaurador, quien parece no las tenía todas consigo. Los libertinos, los incrédulos, es decir, los unitarios, empezaron a amedrentarse al ver tanta cara compungida, oír tanta batahola de imprecaciones. Se hablaba ya como de cosa resuelta de una procesión en que debía ir toda la población descalza y a cráneo descubierto, acompañando al Altísimo, llevado bajo palio por el Obispo, hasta la barranca de Balcarce, donde millares de voces conjurando al demonio unitario de la inundación, debían implorar la misericordia divina.

Feliz, o mejor, desgraciadamente, pues la cosa habría sido de verse, no tuvo efecto la ceremonia, porque bajando el Plata, la inundación se fue poco a poco escurriendo en su inmenso lecho sin necesidad de conjuro ni plegarias.

Lo que hace principalmente a mi historia es que por causa de la inundación estuvo quince días el matadero de la Convalecencia sin ver una sola cabeza vacuna, y que en uno o dos, todos los bueyes de quinteros y aguateros se consumieron en el abasto de la ciudad. Los pobres niños y enfermos se alimentaban con huevos y gallinas, y los gringos y herejotes bramaban por el beef-steak y el asado. La abstinencia de carne era general en el pueblo, que nunca se hizo más digno de la bendición de la iglesia, y así fue que llovieron sobre él millones y millones de indulgencias plenarias. Las gallinas se pusieron a 6 \$ y los huevos a 4 reales y el pescado carísimo. No hubo en aquellos días cuaresmales promiscuaciones ni excesos de gula; pero en cambio se fueron derechito al cielo innumerables ánimas y acontecieron cosas que parecen soñadas.

No quedó en el matadero ni un solo ratón vivo de muchos millares que allí tenían albergue. Todos murieron de hambre o ahogados en sus cuevas por la incesante lluvia. Multitud de negras rebusconas de achuras, como los caranchos de presa, se desbandaron por la ciudad como otras tantas harpías prontas a devorar cuanto hallaran comible. Las gaviotas y los perros inseparables rivales suyos en el matadero, emigraron en busca de alimento animal. Porción de viejos achacosos cayeron en consunción por falta de nutritivo caldo; pero lo más notable que sucedió fue el fallecimiento casi repentino de unos cuantos gringos herejes que cometieron el desacato de darse un hartazgo de chorizos de Extremadura, jamón y bacalao y se fueron al otro mundo a pagar el pecado cometido por tan abominable promiscuación.

Algunos médicos opinaron que si la carencia de careo continuaba, medio pueblo caería en síncope por estar los estómagos acostumbrados a su corroborante jugo; y era de notar el contraste entre estos tristes pronósticos de la ciencia y los anatemas lanzados desde el púlpito por los reverendos padres contra toda clase de nutrición animal y de promiscuación en aquellos días destinados por la iglesia al ayuno y la penitencia. Se originó de aquí una especie de guerra intestina entre los estómagos y las conciencias, atizada por el inexorable apetito y las no menos inexorables vociferaciones de los ministros de la iglesia, quienes, como es su deber, no transigen con vicio alguno que tienda a relajar las costumbres católicas: a lo que se agregaba el estado de flatulencia intestinal de los habitantes, producido por el pescado y los porotos y otros alimentos algo indigestos.

Esta guerra se manifestaba por sollozos y gritos descompasados en la peroración de los sermones y por rumores y estruendos subitáneos en las casas y calles de la ciudad o donde quiera concurrían gentes. Alarmose un tanto el gobierno, tan paternal como previsor, del Restaurador creyendo aquellos tumultos de origen revolucionario y atribuyéndolos a los mismos salvajes unitarios, cuyas impiedades, según los predicadores federales, habían traído sobre el país la inundación de la cólera divina; tomó activas providencias, desparramó sus esbirros por la población y por último, bien informado, promulgó un decreto tranquilizador de las conciencias y de los estómagos, encabezado por un considerando muy sabio y piadoso para que a todo trance y arremetiendo por agua y todo se trajese ganado a los corrales.

En efecto, el decimosexto día de la carestía víspera del día de Dolores, entró a nado por el paso de Burgos al matadero del Alto una tropa de cincuenta novillos gordos; cosa poca por cierto para una población acostumbrada a consumir diariamente de 250 a 300, y cuya tercera parte al menos gozaría del fuero eclesiástico de alimentarse con carne. ¡Cosa estraña que haya estómagos privilegiados y estómagos sujetos a leyes inviolables y que la iglesia tenga la llave de los estómagos!

Pero no es extraño, supuesto que el diablo con la carne suele meterse en el cuerpo y que la iglesia tiene el poder de conjurarlo: el caso es reducir al hombre a una máquina cuyo móvil principal no sea su voluntad sino la de la iglesia y el gobierno. Quizá llegue el día en que sea prohibido respirar aire libre, pasarse y hasta conversar con un amigo, sin permiso de autoridad competente. Así era, poco más o menos, en los felices tiempos de nuestros beatos abuelos que por desgracia vino a turbar la revolución de Mayo.

Sea como fuera; a la noticia de la providencia gubernativa, los corrales del Alto se llenaron, a pesar del barro, de carniceros, achuradores y curiosos, quienes recibieron con grandes vociferaciones y palmoteos los cincuenta novillos destinados al matadero.

-Chica, pero gorda -exclamaban.- ¡Viva la Federación! ¡Viva el Restaurador!

Porque han de saber los lectores que en aquel tiempo la Federación estaba en todas partes, hasta entre las inmundicias del matadero y no había fiesta sin Restaurador como no hay sermón sin Agustín. Cuentan que al oír tan desafortunados gritos las últimas ratas que agonizaban de hambre en sus cuevas, se reanimaron y echaron a correr desatentadas conociendo que volvían a aquellos lugares la acostumbrada alegría y la algazara precursora de abundancia.

El primer novillo que se mató fue todo entero de regalo al Restaurador, hombre muy amigo del asado. Una comisión de carniceros marchó a ofrecérselo a nombre de los federales del matadero, manifestándole in voce su agradecimiento por la acertada providencia del gobierno, su adhesión ilimitada al Restaurador y su odio entrañable a los salvajes unitarios, enemigos de Dios y de los hombres. El Restaurador contestó a la arenga reforzando sobre el mismo tema y concluyó la ceremonia con los correspondientes vivas y vociferaciones de los espectadores y actores. Es de creer que el Restaurador tuviese permiso especial de su ilustrísima para no abstenerse de carne, porque siendo tan buen observador de las leyes, tan buen católico y tan acérrimo protector de la religión, no hubiera dado mal ejemplo aceptando semejante regalo en día santo.

Siguió la matanza y en un cuarto de hora cuarenta y nueve novillos se hallan tendidos en la playa del matadero, desollados unos, los otros por desollar. El espectáculo que ofrecía entonces era animado y pintoresco aunque reunía todo lo horriblemente feo, inmundo y deforme de una pequeña clase proletaria peculiar del Río de la Plata. Pero para que el lector pueda percibirlo a un golpe de ojo preciso es hacer un croquis de la localidad.

El matadero de la Convalecencia o del Alto, sito en las quintas al Sud de la ciudad, es una gran playa en forma rectangular colocada al extremo de dos calles, una de las cuales allí se termina y la otra se prolonga hacia el Este. Esta playa con declive al Sud, está cortada por un zanjón labrado por la corriente de las aguas pluviales, en cuyos bordes laterales se muestran innumerables cuevas de ratones y cuyo cauce, recoge en tiempo de lluvia, toda la sangrassa seca o reciente del matadero. En la junción del ángulo recto hacia el Oeste está lo que llaman la casilla, edificio bajo, de tres piezas de media agua con corredor al frente que da a la calle y palenque para atar caballos, a cuya espalda se notan varios corrales de palo a pique de ñandubay con sus fornidas puertas para encerrar el ganado.

Estos corrales son en tiempo de invierno un verdadero lodazal en el cual los animales apeñuscados se hunden hasta el encuentro y quedan como pegados y casi sin movimiento. En la casilla se hace la recaudación del impuesto de corrales, se cobran las multas por violación de reglamentos y se sienta el juez del matadero, personaje importante,

caudillo de los carniceros y que ejerce la suma del poder en aquella pequeña república por delegación del Restaurador. -Fáciles calcular qué clase de hombre se requiere para el desempeño de semejante cargo. La casilla por otra parte, es un edificio tan ruin y pequeño que nadie lo notaría en los corrales a no estar asociado su nombre al del terrible juez y a no resaltar sobre su blanca cintura los siguientes letreros rojos: «Viva la Federación», «Viva el Restaurador y la heroína doña Encarnación Ezcurra», «Mueran los salvajes unitarios». Letreros muy significativos, símbolo de la fe política y religiosa de la gente del matadero. Pero algunos lectores no sabrán que la tal heroína es la difunta esposa del Restaurador, patrona muy querida de los carniceros, quienes, ya muerta, la veneraban como viva por sus virtudes cristianas y su federal heroísmo en la revolución contra Balcarce. Es el caso que en un aniversario de aquella memorable hazaña de la mazorca los carniceros festejaron con un espléndido banquete en la casilla a la heroína, banquete a que concurrió con su hija y otras señoras federales, y que allí en presencia de un gran concurso ofreció a los señores carniceros en un solemne brindis su federal patrocinio, por cuyo motivo ellos la proclamaron entusiasmados patrona del matadero, estampando su nombre en las paredes de la casilla donde se estará hasta que lo borre la mano del tiempo.

La perspectiva del matadero a la distancia era grotesca, llena de animación. Cuarenta y nueve reses estaban tendidas sobre sus cueros y cerca de doscientas personas hollaban aquel suelo de lodo regado con la sangre de sus arterias. En torno de cada res resaltaba un grupo de figuras humanas de tez y raza distintas. La figura mas prominente de cada grupo era el carnicero con el cuchillo en mano, brazo y pecho desnudos, cabello largo y revuelto, camisa y chiripá y rostro embadurnado de sangre. A sus espaldas se rebullían caracoleando y siguiendo los movimientos una comparsa de muchachos, de negras y mulatas achuradoras, cuya fealdad trasuntaba las harpías de la fábula, y entremezclados con ella algunos enormes mastines, olfateaban, gruñían o se daban de tarascos por la presa. Cuarenta y tantas carretas toldadas con negruzco y pelado cuero se escalonaban irregularmente a lo largo de la playa y algunos jinetes con el poncho calado y el lazo prendido al tiento, cruzaban por entre ellas al tranco o reclinados sobre el pescuezo de los caballos echaban ojo indolente sobre uno de aquellos animados grupos, al paso que mas arriba, en el aire, un enjambre de gaviotas blanquiazules que habían vuelto de la emigración al olor de carne, revoloteaban cubriendo con su disonante graznido todos los ruidos y voces del matadero y proyectando una sombra clara sobre aquel campo de horrible carnicería. Esto se notaba al principio de la matanza.

Pero a medida que adelantaba, la perspectiva variaba; los grupos se deshacían, venían a formarse tomando diversas aptitudes y se desparramaban corriendo como si en medio de ellos cayese alguna bala perdida o asomase la quijada de algún encolerizado mastín. Esto era, que inter el carnicero en un grupo descuartizaba a golpe de hacha, colgaba en otro los cuartos en los ganchos a su carreta, despellejaba en éste, sacaba el sebo en aquél, de entre la chusma que ojeaba y aguardaba la presa de achura salía de cuando en cuando una mugrienta mano a dar un tarazón con el cuchillo al sebo o a los cuartos de la res, lo que originaba gritos y explosión de cólera del carnicero y el continuo hervidero de los grupos, -dichos y gritería descompasada de los muchachos.

-Ahí se mete el sebo en las tetas, la tía -gritaba uno.

-Aquel lo escondió en el alzapón -replicaba la negra.

-¡Che!, negra bruja, salí de aquí antes que te pegue un tajo -exclamaba el carnicero.

-¿Qué le hago ño, Juan?, ¡no sea malo! Yo no quiero sino la panza y las tripas.

-Son para esa bruja: a la m...

-¡A la bruja! ¡a la bruja! -repitieron los muchachos:- ¡se lleva la riñonada y el tongorí! -y cayeron sobre su cabeza sendos cuajos de sangre y tremendas pelotas de barro.

Hacia otra parte, entre tanto, dos africanas llevaban arrastrando las entrañas de un animal; allá una mulata se alejaba con un ovillo de tripas y resbalando de repente sobre un charco de sangre, caía a plomo, cubriendo con su cuerpo la codiciada presa. Acullá se veían acurrucadas en hilera 400 negras destejiendo sobre las faldas el ovillo y arrancando uno a uno los sebitos que el avaro cuchillo del carnicero había dejado en la tripa como rezagados, al paso que otras vaciaban panzas y vejigas y las henchían de aire de sus pulmones para depositar en ellas, luego de secas, la achura.

Varios muchachos gambeteando a pie y a caballo se daban de vejigazos o se tiraban bolas de carne, desparramando con ellas y su algazara la nube de gaviotas que columpiándose en el aire celebraba chillando la matanza. Oíanse a menudo a pesar del veto del Restaurador y de la santidad del día, palabras inmundas y obscenas, vociferaciones

preñadas de todo el cinismo bestial que caracteriza a la chusma de nuestros mataderos, con las cuales no quiero regalar a los lectores.

De repente caía un bofe sangriento sobre la cabeza de alguno, que de allí pasaba a la de otro, hasta que algún deforme mastín lo hacía buena presa, y una cuadrilla de otros, por si estrujo o no estrujo, armaba una tremenda de gruñidos y mordiscones. Alguna tía vieja salía furiosa en persecución de un muchacho que le había embadurnado el rostro con sangre, y acudiendo a sus gritos y puteadas los compañeros del rapaz, la rodeaban y azuzaban como los perros al toro y llovían sobre ella zoquetes de carne, bolas de estiércol, con groseras carcajadas y gritos frecuentes, hasta que el juez mandaba restablecer el orden y despejar el campo.

Por un lado dos muchachos se adiestraban en el manejo del cuchillo tirándose horribles tajos y reveses; por otro cuatro ya adolescentes ventilaban a cuchilladas el derecho a una tripa gorda y un mondongo que habían robado a un carnicero; y no de ellos distante, porción de perros flacos ya de la forzosa abstinencia, empleaban el mismo medio para saber quién se llevaría un hígado envuelto en barro. Simulacro en pequeño era este del modo bárbaro con que se ventilan en nuestro país las cuestiones y los derechos individuales y sociales. En fin, la escena que se representaba en el matadero era para vista no para escrita.

Un animal había quedado en los corrales de corta y ancha cerviz, de mirar fiero, sobre cuyos órganos genitales no estaban conformes los pareceres porque tenía apariencias de toro y de novillo. Llególe su hora. Dos enlazadores a caballo penetraron al corral en cuyo contorno hervía la chusca a pie, a caballo y horquetada sobre sus ñudosos palos. Formaban en la puerta el más grotesco y sobresaliente grupo varios pialadores y enlazadores de a pie con el brazo desnudo y armados del certero lazo, la cabeza cubierta con un pañuelo punzó y chaleco y chiripá colorado, teniendo a sus espaldas varios jinetes y espectadores de ojo escrutador y anhelante.

El animal prendido ya al lazo por las astas, bramaba echando espuma furibundo y no había demonio que lo hiciera salir del pegajoso barro donde estaba como clavado y era imposible pialarlo. Gritábanlo, lo azuzaban en vano con las mantas y pañuelos los muchachos prendidos sobre las horquetas del corral, y era de oír la disonante batahola de silbidos, palmadas y voces tiples y roncas que se desprendía de aquella singular orquesta.

Los dicharachos, las exclamaciones chistosas y obscenas rodaban de boca en boca y cada cual hacía alarde espontáneamente de su ingenio y de su agudeza excitado por el espectáculo o picado por el agujijón de alguna lengua locuaz.

-Hi de p... en el toro.

-Al diablo los torunos del Azul.

-Mal haya el tropero que nos da gato por liebre.

-Si es novillo.

-¿No está viendo que es toro viejo?

-Como toro le ha de quedar. ¡Muéstreme los c..., si le parece, c...o!

-Ahí los tiene entre las piernas. No los ve, amigo, más grandes que la cabeza de su castaño; ¿o se ha quedado ciego en el camino?

-Su madre sería la ciega, pues que tal hijo ha parido. ¿No ve que todo ese bulto es barro?

-Es emperrado y arisco como un unitario. -Y al oír esta mágica palabra todos a una voz exclamaron: ¡mueran los salvajes unitarios!

-Para el tuerto los h...

-Sí, para el tuerto, que es hombre de c... para pelear con los unitarios.

-El matahambre a Matasiete, degollador de unitarios. ¡Viva Matasiete!

-¡A Matasiete el matahambre!

-Allá va, gritó una voz ronca interrumpiendo aquellos desahogos de la cobardía feroz. ¡Allá va el toro!

-¡Alerta! Guarda los de la puerta. Allá va furioso como un demonio!

Y en efecto, el animal acosado por los gritos y sobre todo por dos picanas agudas que le espoleaban la cola, sintiendo flojo el lazo, arremetió bufando a la puerta, lanzando a entrambos lados una rojiza y fosfórica mirada. Dióle el tirón el enlazador sentando su caballo, desprendió el lazo de la asta, crujió por el aire un áspero zumbido y al mismo tiempo se vio rodar desde lo alto de una horqueta del corral, como si un golpe de hacha la hubiese dividido a cercén

una cabeza de niño cuyo tronco permaneció inmóvil sobre su caballo de palo, lanzando por cada arteria un largo chorro de sangre.

-Se cortó el lazo -gritaron unos-: allá va el toro -pero otros deslumbrados y atónitos guardaron silencio porque todo fue como un relámpago.

Desparramose un tanto el grupo de la puerta. Una parte se agolpó sobre la cabeza y el cadáver palpitante del muchacho degollado por el lazo, manifestando horror en su atónico semblante, y la otra parte compuesta de jinetes que no vieron la catástrofe se escurrió en distintas direcciones en pos del toro, vociferando y gritando: ¡Allá va el toro! ¡Atajen! ¡Guarda! -Enlaza, Siete pelos. -¡Que te agarra, Botija! -Ya furioso; no se le pongan delante. -¡Ataja, ataja morado! -Dele espuela al mancarrón. -Ya se metió en la calle sola. -¡Que lo ataje el diablo!

El tropel y vocería era infernal. Unas cuantas negras achuradoras sentadas en hilera al borde del zanjón oyendo el tumulto se acogieron y agazaparon entre las panzas y tripas que desenredaban y devanaban con la paciencia de Penélope, lo que sin duda las salvó porque el animal lanzó al mirarlos un bufido aterrador, dio un brinco sesgado y siguió adelante perseguido por los jinetes. Cuentan que una de ellas se fue de cámaras; otra rezó diez salves en dos minutos, y dos prometieron a San Benito no volver jamás a aquellos malditos corrales y abandonar el oficio de achuradoras. No se sabe si cumplieron la promesa.

El toro entre tanto tomó hacia la ciudad por una larga y angosta calle que parte de la punta más aguda del rectángulo anteriormente descrito, calle encerrada por una zanja y un cerco de tunas, que llaman soles por no tener mas de dos casas laterales y en cuyo aposado centro había un profundo pantano que tomaba de zanja a zanja. Cierto inglés, de vuelta de su saladero vadeaba este pantano a la sazón, paso a paso en un caballo algo arisco, y sin duda iba tan absorto en sus cálculos que no oyó el tropel de jinetes ni la gritería sino cuando el toro arremetía al pantano. Azorose de repente su caballo dando un brinco al sesgo y echó a correr dejando al pobre hombre hundido media vara en el fango. Este accidente, sin embargo, no detuvo ni refrenó la carrera de los perseguidores del toro, antes al contrario, soltando carcajadas sarcásticas: -Se amoló el gringo; levántate, gringo -exclamaron, y cruzando el pantano amasando con barro bajo las patas de sus caballos, su miserable cuerpo. Salió el gringo, como pudo, después a la orilla, más con la apariencia de un demonio tostado por las llamas del infierno que de un hombre blanco pelirrojo. Más adelante al grito de ¡al toro! ¡al toro! cuatro negras achuradores que se retiraban con su presa se zambulleron en la zanja llena de agua, único refugio que les quedaba.

El animal, entre tanto, después de haber corrido unas 20 cuabras en distintas direcciones azorando con su presencia a todo viviente se metió por la tranquera de una quinta donde halló su perdición. Aunque cansado, manifestaba brío y colérico ceño; pero rodeábalo una zanja profunda y un tupido cerco de pitas, y no había escape. Juntáronse luego sus perseguidores que se hallaban desbandados y resolvieron llevarlo en un señuelo de bueyes para que espíase su atentado en el lugar mismo donde lo había cometido.

Una hora después de su fuga el toro estaba otra vez en el Matadero donde la poca chusma que había quedado no hablaba sino de sus fechorías. La aventura del gringo en el pantano excitaba principalmente la risa y el sarcasmo. Del niño degollado por el lazo no quedaba sino un charco de sangre: su cadáver estalla en el cementerio.

Enlazaron muy luego por las astas al animal que brincaba haciendo hincapié y lanzando roncós bramidos. Echáronle, uno, dos, tres piales; pero infructuosos: al cuarto quedó prendido de una pata: su brío y su furia redoblaron; su lengua estirándose convulsiva arrojaba espuma, su nariz humo, sus ojos miradas encendidas -¡Desgarreten ese animal! exclamó una voz imperiosa. Matasiete se tiró al punto del caballo, cortole el garrón de una cuchillada y gambeteando en torno de él con su enorme daga en mano, se la hundió al cabo hasta el puño en la garganta mostrándola en seguida humeante y roja a los espectadores. Brotó un torrente de la herida, exhaló algunos bramidos roncós, vaciló y cayó el soberbio animal entre los gritos de la chusma que proclamaba a Matasiete vencedor y le adjudicaba en premio el matambre. Matasiete extendió, como orgulloso, por segunda vez el brazo y el cuchillo ensangrentado y se agachó a desollarle con otros compañeros.

Faltaba que resolver la duda sobre los órganos genitales del muerto clasificado provisoriamente de toro por su indomable fiereza; pero estaban todos tan fatigados de la larga tarea que la echaron por lo pronto en olvido. Mas de repente una voz ruda exclamó: aquí están los huevos, sacando de la barriga del animal y mostrando a los espectadores dos enormes testículos, signo inequívoco de su dignidad de toro. La risa y la charla fue grande; todos los incidentes desgraciados pudieron fácilmente explicarse. Un toro en el Matadero era cosa muy rara, y aun vedada. Aquél, según

reglas de buena policía debió arrojarse a los perros; pero había tanta escasez de carne y tantos hambrientos en la población, que el señor Juez tuvo a bien hacer ojo lerdo.

En dos por tres estuvo desollado, descuartizado y colgado en la carreta el maldito toro. Matasiete colocó el matambre bajo el pellón de su recado y se preparaba a partir. La matanza estaba concluida a las 12, y la poca chusma que había presenciado hasta el fin, se retiraba en grupos de a pie y de a caballo, o tirando a la cincha algunas carretas cargadas de carne.

Mas de repente la ronca voz de un carnicero gritó: -¡Allí viene un unitario!, y al oír tan significativa palabra toda aquella chusma se detuvo como herida de una impresión subitánea.

-¿No le ven la patilla en forma de U? No trae divisa en el fraque ni luto en el sombrero.

.-Perro unitario.

-Es un cajetilla.

-Monta en silla como los gringos.

-La mazorca con él.

-¡La tijera!

-Es preciso sobarlo.

-Trae pistoleras por pintar.

-Todos estos cajetillas unitarios son pintores como el diablo.

-¿A que no te le animas, Matasiete?

-¿A que no?

-A que sí.

Matasiete era hombre de pocas palabras y de mucha acción. Tratándose de violencia, de agilidad, de destreza en el hacha, el cuchillo o el caballo, no hablaba y obraba. Lo habían picado: prendió la espuela a su caballo y se lanzó a brida suelta al encuentro del unitario.

Era este un joven como de 25 años de gallarda y bien apuesta persona que mientras salían en borbotón de aquellas desaforadas bocas las anteriores exclamaciones trotaba hacia Barracas, muy ajeno de temer peligro alguno. Notando empero, las significativas miradas de aquel grupo de dogos de matadero, echa maquinalmente la diestra sobre las pistoleras de su silla inglesa, cuando una pechada al sesgo del caballo de Matasiete lo arroja de los lomos del suyo tendiéndolo a la distancia boca arriba y sin movimiento alguno.

-¡Viva Matasiete! -exclamó toda aquella chusma cayendo en tropel sobre la víctima como los caranchos rapaces sobre la osamenta de un buey devorado por el tigre.

Atolondrado todavía el joven fue, lanzando una mirada de fuego sobre aquellos hombres feroces, hacia su caballo que permanecía inmóvil no muy distante a buscar en sus pistolas el desagravio y la venganza. Matasiete dando un salto le salió al encuentro y con fornido brazo asiéndolo de la corbata lo tendió en el suelo tirando al mismo tiempo la daga de la cintura y llevándola a su garganta.

Una tremenda carcajada y un nuevo viva estertóreo volvió a victoriarlo.

¡Qué nobleza de alma! ¡Qué bravura en los federales!, siempre en pandilla cayendo como buitres sobre la víctima inerte.

-Degüéllalo, Matasiete -quiso sacar las pistolas-. Degüéllalo como al Toro.

-Pícaro unitario. Es preciso tusarlo.

-Tiene buen pescuezo para el violín.

-Tócale el violín.

-Mejor es resbalosa.

-Probemos -dijo Matasiete y empezó sonriendo a pasar el filo de su daga por la garganta del caído, mientras con la rodilla izquierda le comprimía el pecho y con la siniestra mano le sujetaba por los cabellos.

-No, no le degüellen -exclamó de lejos la voz imponente del Juez del Matadero que se acercaba a caballo.

-A la casilla con él, a la casilla. Preparen la mashorca y las tijeras. ¡Mueran los salvajes unitarios! ¡Viva el Restaurador de las leyes!

-Viva Matasiete.

¡Mueran! ¡Vivan!, repitieron en coro los espectadores y atándole codo con codo, entre moquetes y tirones, entre vociferaciones e injurias arrastraron al infeliz joven al banco del tormento como los sayones al Cristo.

La sala de la casilla tenía en su centro una grande y fornida mesa de la cual no salían los vasos de bebida y los naipes sino para dar lugar a las ejecuciones y torturas de los sayones federales del Matadero. Notábase además en un rincón otra mesa chica con recado de escribir y un cuaderno de apuntes y porción de sillas entre las que resaltaba un sillón de brazos destinado para el Juez. Un hombre, soldado en apariencia, sentado en una de ellas cantaba al son de la guitarra la resbalosa, tonada de inmensa popularidad entre los federales, cuando la chusma llegando en tropel al corredor de la casilla lanzó a empellones al joven unitario hacia el centro de la sala.

-A ti te toca la resbalosa -gritó uno.

-Encomienda tu alma al diablo.

-Está furioso como toro montaraz.

-Ya le amansará el palo.

-Es preciso sobarlo.

-Por ahora verga y tijera.

-Si no, la vela.

-Mejor será la mazorca.

-Silencio y sentarse -exclamó el Juez dejándose caer sobre su sillón. Todos obedecieron, mientras el joven de pie encarando al Juez exclamó con voz preñada de indignación:

-Infames sayones, ¿qué intentan hacer de mí?

-¡Calma! -dijo sonriendo el juez-; no hay que encolerizarse. Ya lo verás.

El joven, en efecto, estaba fuera de sí de cólera. Todo su cuerpo parecía estar en convulsión: su pálido y amoratado rostro, su voz, su labio trémulo, mostraban el movimiento convulsivo de su corazón, la agitación de sus nervios. Sus ojos de fuego parecían salirse de la órbita, su negro y lacio cabello se levantaba erizado. Su cuello desnudo y la pechera de su camisa dejaban entrever el latido violento de sus arterias y la respiración anhelante de sus pulmones.

-¿Tiemblas? -le dijo el Juez.

-De rabia, por que no puedo sofocarte entre mis brazos.

-¿Tendrías fuerza y valor para eso?

-Tengo de sobra voluntad y coraje para ti, infame.

-A ver las tijeras de tusar mi caballo; túsenlo a la federala.

Dos hombres le asieron, vino de la ligadura del brazo, otro de la cabeza y en un minuto cortáronle la patilla que poblaba toda su barba por bajo, con risa estrepitosa de sus espectadores.

-A ver -dijo el Juez-, un vaso de agua para que se refresque.

-Uno de hiel te haría yo beber, infame.

Un negro petizo púsosele al punto delante con un vaso de agua en la mano. Diole el joven un puntapié en el brazo y el vaso fue a estrellarse en el techo salpicando el asombrado rostro de los espectadores.

-Éste es incorregible.

-Ya lo domaremos.

-Silencio -dijo el Juez-, ya estás afeitado a la federala, sólo te falta el bigote. Cuidado con olvidarlo. Ahora vamos a cuentas.

-¿Por qué no traes divisa?

-Porque no quiero.

-No sabes que lo manda el Restaurador.

-La librea es para vosotros, esclavos, no para los hombres libres.

-A los libres se les hace llevar a la fuerza.

-Sí, la fuerza y la violencia bestial. Ésas son vuestras armas; infames. El lobo, el tigre, la pantera también son fuertes como vosotros. Deberíais andar como ellas en cuatro patas.

-¿No temes que el tigre te despedace?

-Lo prefiero a que maniatado me arranquen como el cuervo, una a una las entrañas.

-¿Por qué no llevas luto en el sombrero por la heroína?

-Porque lo llevo en el corazón por la Patria, por la Patria que vosotros habéis asesinado, ¡infames!

-No sabes que así lo dispuso el Restaurador.

-Lo dispusisteis vosotros, esclavos, para lisonjear el orgullo de vuestro señor y tributarle vasallaje infame.

-¡Insolente! Te has embravecido mucho. Te haré cortar la lengua si chistas.

-Abajo los calzones a ese mentecato cajetilla y a nalga pelada denle verga, bien atado sobre la mesa.

Apenas articuló esto el Juez, cuatro sayones salpicados de sangre, suspendieron al joven y lo tendieron largo a largo sobre la mesa comprimiéndole todos sus miembros.

-Primero degollarme que desnudarme; infame canalla.

Atáronle un pañuelo por la boca y empezaron a tironear sus vestidos. Encogíase el joven, pateaba, hacía rechinar los dientes. Tomaban ora sus miembros la flexibilidad del junco, ora la dureza del fierro y su espina dorsal era el eje de un movimiento parecido al de la serpiente. Gotas de sudor fluían por su rostro grandes como perlas; echaban fuego sus pupilas, su boca espuma, y las venas de su cuello y frente negreaban en relieve sobre su blanco cutis como si estuvieran repletas de sangre.

-Átenlo primero -exclamó el Juez.

-Está rugiendo de rabia -articuló un sayón.

En un momento liaron sus piernas en ángulo a los cuatro pies de la mesa volcando su cuerpo boca abajo. Era preciso hacer igual operación con las manos, para lo cual soltaron las ataduras que las comprimían en la espalda. Sintiéndolas libres el joven, por un movimiento brusco en el cual pareció agotarse toda su fuerza y vitalidad, se incorporó primero sobre sus brazos, después sobre sus rodillas y se desplomó al momento murmurando: -Primero degollarme que desnudarme, infame canalla.

Sus fuerzas se habían agotado; inmediatamente quedó atado en cruz y empezaron la obra de desnudarlo. Entonces un torrente de sangre brotó borbolloneando de la boca y las narices del joven y extendiéndose empezó a caer a chorros por entrambos lados de la mesa. Los sayones quedaron inmóviles y los espectadores estupefactos.

-Reventó de rabia el salvaje unitario -dijo uno.

-Tenía un río de sangre en las venas -articuló otro.

-Pobre diablo: queríamos únicamente divertirnos con él y tomó la cosa demasiado a lo serio -exclamó el juez frunciendo el ceño de tigre-. Es preciso dar parte, desátenlo y vamos.

Verificaron la orden; echaron llave a la puerta y en un momento se escurrió la chusma en pos del caballo del Juez cabizbajo y taciturno.

Los federales habían dado fin a una de sus innumerables proezas.

En aquel tiempo los carniceros degolladores del Matadero eran los apóstoles que propagaban a verga y puñal la federación rosina, y no es difícil imaginarse que federación saldría de sus cabezas y cuchillas. Llamaban ellos salvaje unitario, conforme a la jerga inventada por el Restaurador, patrón de la cofradía, a todo el que no era degollador, carnicero, ni salvaje, ni ladrón; a todo hombre decente y de corazón bien puesto, a todo patriota ilustrado amigo de las luces y de la libertad; y por el suceso anterior puede verse a las claras que el foco de la federación estaba en el Matadero.

## CONECTANDO TEXTOS

1. A continuación, lea el poema “Rosas” de Jorge Luis Borges, perteneciente a la obra Fervor de Buenos Aires publicada en 1923.

### ROSAS

*En la sala tranquila  
cuyo reloj austero derrama  
un tiempo ya sin aventuras ni asombro.  
Sobre la decente blancura  
que amortaja la pasión roja de la caoba,  
alguien, como reproche cariñoso,  
pronunció el nombre familiar y temido.  
La imagen del tirano  
abarroto el instante,  
no clara como un mármol en la tarde,  
sino grande y umbría  
como la sombra de una montaña remota.  
Y conjeturas y memorias  
sucedieron a la mención eventual  
como un eco insondable.  
Famosamente infame  
su nombre fue desolación en las casas,  
idolátrico amor en el gauchaje  
y horror del tajo en la garganta.  
Hoy el olvido borra su censo de muertes,*

porque son venales las muertes  
si las pensamos como parte del Tiempo,  
esa inmortalidad infatigable  
que anonada con silenciosa culpa las razas  
y en cuya herida siempre abierta  
que el último dios habrá de restañar el último día,  
cabe toda la sangre derramada.

No sé si Rosas

fue sólo un ávido puñal como los abuelos decían;  
creo que fue como tú y yo  
un hecho entre los hechos  
que vivió en la zozobra cotidiana  
y dirigió para exaltaciones y penas  
la incertidumbre de otros.

Ahora el mar es una larga separación  
entre la ceniza y la patria.

Ya toda vida, por humilde que sea,  
puede pisar su nada y su noche.

Ya Dios lo habrá olvidado

y es menos una injuria que una piedad  
demorar su infinita disolución  
con limosnas de odio.

2. Teniendo en cuenta la lectura del poema, responda.

A. Enumere los versos.

B. Según el poeta, cuando alguien pronuncia el nombre del tirano ¿Qué efecto causa? ¿Cómo se lo recuerda?

C. ¿Qué sentido tiene en el texto la expresión “famosamente infame”?

D. Proponga una explicación para los siguientes versos:

“su nombre fue desolación en las casas,

idolátrico amor en el gauchaje

y horror del tajo en la garganta.”

E. ¿Cómo considera el poeta el accionar de Rosas? ¿A qué lo atribuye? Fundamente sus respuestas.

F. A lo largo del poema, se va estableciendo en torno a la figura de Rosas una oposición entre olvido y recuerdo. Para reconstruirla, rastree las palabras y expresiones que remitan, en el poema, a uno u otro de esos términos y complete el siguiente cuadro.

| OLVIDO | RECUERDO |
|--------|----------|
|        |          |

G. Explique los cuatro versos finales del poema.

H. Sobre la base del análisis del poema realizado, establezca relaciones con el relato “El Matadero” de Esteban Echeverría, señalando- en relación con la figura de Rosas- semejanzas y diferencias.

| TEXTOS                              | SEMEJANZAS | DIFERENCIAS |
|-------------------------------------|------------|-------------|
| “EL MATADERO” DE ESTEBAN ECHEVERRÍA |            |             |
| “ROSAS” DE JORGE LUIS BORGES        |            |             |

# “FACUNDO O CIVILIZACIÓN Y BARBARIE EN LAS PAMPAS ARGENTINAS” DE DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

## Civilización y Barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga

Domingo Faustino Sarmiento escribe su obra máxima: *Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas* con el propósito de desprestigiar a la embajada diplomática enviada por Rosas a Chile. Esta pretendía que se le denegara a Sarmiento la permanencia en ese país ya que, a través de sus escritos periodísticos, atacaba a Rosas y defendía a los exiliados.

La tesis central del libro gira en torno al eje civilización- barbarie. Desde el título aparecen los contrastes propios del Romanticismo. La civilización era para Sarmiento la expansión de las ciudades, el desarrollo de las comunicaciones, el progreso, la cultura europea. A la barbarie la situaba en el campo de las costumbres atrasadas, las características de los gauchos y de los pueblos originarios y el atraso que nos venía dado por la tradición hispánica. Dos polos: progreso e ignorancia generan una realidad en la que se enfrentan la libertad y el despotismo.

Estas dos tendencias se hallan en permanente conflicto. La inmensidad del territorio rechaza la civilización y facilita la barbarie. La naturaleza es un espacio inconmensurable al que se admira, pero simultáneamente se la siente como un obstáculo difícil de salvar.

Como exponente máximo de la barbarie presenta a Facundo Quiroga, producto, según Sarmiento, del medio geográfico, racial e histórico. Es hijo del desierto que muestra su influencia en quienes lo habitan. Facundo es la violencia, el coraje, el atropello a cualquier ley que no sea la de él mismo. Pero, además, para Sarmiento, es el hombre representativo, el hombre grande que, por sus condiciones excepcionales, resulta un instrumento de la historia.

## Actividades

1. Lea el primer capítulo de la obra y resuelva las siguientes actividades.
  - A. El título del capítulo es “Aspecto físico de la República Argentina y caracteres, hábitos e ideas que engendra” ¿Cuál es ese aspecto físico? ¿Qué caracteres engendra?
  - B. ¿Cuál es la tesis de Sarmiento en este capítulo?
  - C. ¿qué implicancias tiene el hecho de que el epígrafe del capítulo esté en francés?
  - D. Sarmiento plantea la oposición civilización- barbarie teniendo en cuenta varios aspectos. Complete el siguiente cuadro:

|                      | CIVILIZACIÓN | BARBARIE |
|----------------------|--------------|----------|
| LAS RAZAS            |              |          |
| ORGANIZACIÓN URBANA  |              |          |
| LA CIUDAD Y EL CAMPO |              |          |

2. Lea el capítulo “Infancia y juventud de Juan Facundo Quiroga” para conocer de cerca al caudillo riojano en palabras de Sarmiento.

- A. ¿Por qué el autor considera acertado el apodo de “Tigre de los Llanos”?
- B. Analice las anécdotas sobre Facundo y determine qué aspectos positivos y negativos coexisten en la personalidad el caudillo.
- C. ¿Qué aspectos de Quiroga permiten a Sarmiento verlo como el hombre grande, representativo? ¿Con quiénes lo compara?

## 1. ASPECTO FÍSICO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA Y CARACTERES, HÁBITOS E IDEAS QUE ENGENDRA

*L'étendue des Pampas est si prodigieuse, qu'au nord elles sont bornées par des bosquets de palmiers, et au midi par des neiges éternelles.*

HEAD

EL CONTINENTE americano termina al sur en una punta, en cuya extremidad se forma el Estrecho de Magallanes. Al oeste, y a corta distancia del Pacífico, se extienden, paralelos a la costa, los Andes chilenos. La tierra que queda al oriente de aquella cadena de montañas y al occidente del Atlántico, siguiendo el Río de la Plata hacia el interior por el Uruguay arriba, es el territorio que se llamó Provincias Unidas del Río de la Plata, y en el que aún se derrama sangre por denominarlo República Argentina o Confederación Argentina. Al norte están el Paraguay, el Gran Chaco y Bolivia, sus límites presuntos.

La inmensa extensión de país que está en sus extremos, es enteramente despoblada, y ríos navegables posee que no ha surcado aún el frágil barquichuelo. El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión: el desierto la rodea por todas partes, y se le insinúa en las entrañas; la soledad, el despoblado sin una habitación humana, son, por lo general, los límites incuestionables entre unas y otras provincias. Allí, la inmensidad por todas partes: inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos, el horizonte siempre incierto, siempre confundiéndose con la tierra, entre celajes y vapores tenues, que no dejan, en la lejana perspectiva, señalar el punto en que el mundo acaba y principia el cielo. Al sur y al norte, acéchanla los salvajes, que aguardan las noches de luna para caer, cual enjambre de hienas, sobre los ganados que pacen en los campos y sobre las indefensas poblaciones. En la solitaria caravana de carretas que atraviesa pesadamente las pampas, y que se detiene a reposar por momentos, la tripulación, reunida en torno del escaso fuego, vuelve maquinalmente la vista hacia el sur, al más ligero susurro del viento que agita las yerbas secas, para hundir sus miradas en las tinieblas profundas de la noche, en

busca de los bultos siniestros de la horda salvaje que puede, de un momento a otro, sorprenderla desapercibida. Si el oído no escucha rumor alguno, si la vista no alcanza a calar el velo oscuro que cubre la callada soledad, vuelve sus miradas, para tranquilizarse del todo, a las orejas de algún caballo que está inmediato al fogón, para observar si están inmóviles y negligentemente inclinadas hacia atrás. Entonces continúa la conversación interrumpida, o lleva a la boca el tasajo de carne, medio sollamado, de que se alimenta. Si no es la proximidad del salvaje lo que inquieta al hombre del campo, es el temor de un tigre que lo acecha, de una víbora que puede pisar. Esta inseguridad de la vida, que es habitual y permanente en las campañas, imprime, a mi parecer, en el carácter argentino, cierta resignación estoica para la muerte violenta, que hace de ella uno de los percances inseparables de la vida, una manera de morir como cualquiera otra, y puede, quizá, explicar en parte, la indiferencia con que dan y reciben la muerte, sin dejar en los que sobreviven impresiones profundas y duraderas.

La parte habitada de este país privilegiado en dones, y que encierra todos los climas, puede dividirse en tres fisonomías distintas, que imprimen a la población condiciones diversas, según la manera como tiene que entenderse con la naturaleza que la rodea. Al norte, confundiendo con el Chaco, un espeso bosque cubre, con su impenetrable ramaje, extensiones que llamaríamos inauditas, si en formas colosales hubiese nada inaudito en toda la extensión de la América. Al centro, y en una zona paralela, se disputan largo tiempo el terreno, la pampa y la selva; domina en partes el bosque, se degrada en matorrales enfermizos y espinosos; preséntase de nuevo la selva, a merced de algún río que la favorece, hasta que, al fin, al sur, triunfa la pampa y ostenta su lisa y velluda frente, infinita, sin límite conocido, sin accidente notable; es la imagen del mar en la tierra, la tierra como en el mapa; la tierra aguardando todavía que se la mande producir las plantas y toda clase de simiente.

Pudiera señalarse, como un rasgo notable de la fisonomía de este país, la aglomeración de ríos navegables que al este se dan cita de todos los rumbos del horizonte, para reunirse en el Plata y presentar, dignamente, su estupendo tributo al océano, que lo recibe en sus

flancos, no sin muestras visibles de turbación y de respeto. Pero estos inmensos canales excavados por la solícita mano de la naturaleza, no introducen cambio ninguno en las costumbres nacionales. El hijo de los aventureros españoles que colonizaron el país, detesta la navegación, y se considera como aprisionado en los estrechos límites del bote o de la lancha. Cuando un gran río le ataja el paso, se desnuda tranquilamente, apresta su caballo y lo endilga nadando a algún islote que se divisa a lo lejos; arribado a él, descansan caballo y caballero, y de islote en islote se completa, al fin, la travesía.

De este modo, el favor más grande que la Providencia depara a un pueblo, el gaucho argentino lo desdeña, viendo en él, más bien, un obstáculo opuesto a sus movimientos, que el medio más poderoso de facilitarlos: de este modo, la fuente del engrandecimiento de las naciones, lo que hizo la celebridad remotísima del Egipto, lo que engrandeció a la Holanda y es la causa del rápido desenvolvimiento de Norteamérica, la navegación de los ríos o la canalización, es un elemento muerto, inexplorado por el habitante de las márgenes del Bermejo, Pilcomayo, Paraná, Paraguay y Uruguay. Desde el Plata, remontan aguas arriba algunas navecillas tripuladas por italianos y carcamanes; pero el movimiento sube unas cuantas leguas y cesa casi de todo punto. No fue dado a los españoles el instinto de la navegación, que poseen en tan alto grado los sajones del norte. Otro espíritu se necesita que agite esas arterias, en que hoy se estancan los fluidos vivificantes de una nación. De todos estos ríos que debieran llevar la civilización, el poder y la riqueza, hasta las profundidades más recónditas del continente y hacer de Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Córdoba, Salta, Tucumán y Jujuy, otros tantos pueblos nadando en riquezas y rebosando población y cultura, sólo uno hay que es fecundo en beneficio para los que moran en sus riberas: el Plata, que los resume a todos juntos.

En su embocadura están situadas dos ciudades: Montevideo y Buenos Aires, cosechando hoy, alternativamente, las ventajas de su envidiable posición. Buenos Aires está llamada a ser, un día, la ciudad más gigantesca de ambas Américas. Bajo un clima benigno, señora de la navegación de cien ríos que fluyen a sus pies, reclinada muellemente sobre un inmenso territorio, y con trece provincias interiores

que no conocen otra salida para sus productos, fuera ya la Babilonia americana, si el espíritu de la pampa no hubiese soplado sobre ella y si no ahogase en sus fuentes, el tributo de riqueza que los ríos y las provincias tienen que llevarle siempre. Ella sola, en la vasta extensión argentina, está en contacto con las naciones europeas; ella sola explota las ventajas del comercio extranjero; ella sola tiene poder y rentas. En vano le han pedido las provincias que les deje pasar un poco de civilización, de industria y de población europea: una política estúpida y colonial se hizo sorda a estos clamores. Pero las provincias se vengaron mandándole en Rosas, mucho y demasiado de la barbarie que a ellas les sobraba.

Harto caro la han pagado los que decían: “La República Argentina acaba en el Arroyo del Medio”. Ahora llega desde los Andes hasta el mar: la barbarie y la violencia bajaron a Buenos Aires, más allá del nivel de las provincias. No hay que quejarse de Buenos Aires, que es grande y lo será más, porque así le cupo en suerte. Debiéramos quejarnos, antes, de la Providencia, y pedirle que rectifique la configuración de la tierra. No siendo esto posible, demos por bien hecho, lo que de mano de Maestro está hecho. Quejémonos de la ignorancia de este poder brutal, que esteriliza para sí y para las provincias, los dones que natura prodigó al pueblo que extravía. Buenos Aires, en lugar de mandar ahora luces, riqueza y prosperidad al interior, mándale sólo cadenas, hordas exterminadoras y tiranuelos subalternos. ¡También se venga del mal que las provincias le hicieron con prepararle a Rosas!

He señalado esta circunstancia de la posición monopolizadora de Buenos Aires, para mostrar que hay una organización del suelo, tan central y unitaria en aquel país, que aunque Rosas hubiera gritado de buena fe: “*¡Federación o muerte!*”, habría concluido por el sistema unitario que hoy ha establecido. Nosotros, empero, queríamos la unidad en la civilización y en la libertad, y se nos ha dado la unidad en la barbarie y en la esclavitud. Pero otro tiempo vendrá en que las cosas entren en su cauce ordinario. Lo que por ahora interesa conocer, es que los progresos de la civilización se acumulan en Buenos Aires solo: la pampa es un malísimo conductor para llevarla y distribuirla en las provincias, y ya veremos lo que de aquí resulta. Pero sobre todos

estos accidentes peculiares a ciertas partes de aquel territorio, predomina una facción general, uniforme y constante; ya sea que la tierra esté cubierta de la lujosa y colosal vegetación de los trópicos, ya sea que arbustos enfermizos, espinosos y desapacibles revelen la escasa porción de humedad que les da vida; ya, en fin, que la pampa ostente su despejada y monótona faz, la superficie de la tierra es generalmente llana y unida, sin que basten a interrumpir esta continuidad sin límites, las sierras de San Luis y Córdoba en el centro, y algunas ramificaciones avanzadas de los Andes, al norte. Nuevo elemento de unidad para la nación que pueble, un día, aquellas grandes soledades, pues que es sabido que las montañas que se interponen entre unos y otros países, y los demás obstáculos naturales, mantienen el aislamiento de los pueblos y conservan sus peculiaridades primitivas. Norteamérica está llamada a ser una federación, menos por la primitiva independencia de las plantaciones, que por su ancha exposición al Atlántico y las diversas salidas que al interior dan: el San Lorenzo al norte, el Mississipi al sur y las inmensas canalizaciones al centro. La República Argentina es “una e indivisible”.

Muchos filósofos han creído, también, que las llanuras preparaban las vías al despotismo, del mismo modo que las montañas prestaban asidero a las resistencias de la libertad. Esta llanura sin límites, que desde Salta a Buenos Aires, y de allí a Mendoza, por una distancia de más de setecientas leguas, permite rodar enormes y pesadas carretas, sin encontrar obstáculo alguno, por caminos en que la mano del hombre apenas ha necesitado cortar algunos árboles y matorrales, esta llanura constituye uno de los rasgos más notables de la fisonomía interior de la República. Para preparar vías de comunicación, basta sólo el esfuerzo del individuo y los resultados de la naturaleza bruta; si el arte quisiera prestarle su auxilio, si las fuerzas de la sociedad intentaran suplir la debilidad del individuo, las dimensiones colosales de la obra arredrarían a los más emprendedores, y la incapacidad del esfuerzo lo haría inoportuno. Así, en materia de caminos, la naturaleza salvaje dará la ley por mucho tiempo, y la acción de la civilización permanecerá débil e ineficaz.

Esta extensión de las llanuras imprime, por otra parte, a la vida del interior, cierta tintura asiática, que no deja de ser bien pronunciada. Muchas veces, al salir la luna tranquila y resplandeciente por entre las yerbas de la tierra, la he saludado maquinalmente con estas palabras de Volney, en su descripción de las Ruinas: *La pleine lune, à l'Orient s'élevait sur un fond bleuâtre aux plaines rives de l'Euphrate*. Y, en efecto, hay algo en las soledades argentinas que trae a la memoria las soledades asiáticas; alguna analogía encuentra el espíritu entre la pampa y las llanuras que median entre el Tigris y el Eúfrates; algún parentesco en la tropa de carretas solitaria que cruza nuestras soledades para llegar, al fin de una marcha de meses, a Buenos Aires, y la caravana de camellos que se dirige hacia Bagdad o Esmirna. Nuestras carretas viajeras son una especie de escuadra de pequeños bajeles, cuya gente tiene costumbres, idiomas y vestidos peculiares, que la distinguen de los otros habitantes, como el marino se distingue de los hombres de tierra.

Es el capataz un caudillo, como en Asia, el jefe de la caravana: necesitase, para este destino, una voluntad de hierro, un carácter arrojado hasta la temeridad, para contener la audacia y turbulencia de los filibusteros de tierra, que ha de gobernar y dominar él solo, en el desamparo del desierto. A la menor señal de insubordinación, el capataz enarbola su *chicote* de fierro y descarga sobre el insolente, golpes que causan contusiones y heridas; si la resistencia se prolonga, antes de apelar a las pistolas, cuyo auxilio por lo general desdeña, salta del caballo con el formidable cuchillo en mano, y reivindica, bien pronto, su autoridad, por la superior destreza con que sabe manejarlo. El que muere en estas ejecuciones del capataz, no deja derecho a ningún reclamo, considerándose legítima la autoridad que lo ha asesinado.

Así es, como en la vida argentina, empieza a establecerse por estas peculiaridades, el predominio de la fuerza brutal, la preponderancia del más fuerte, la autoridad sin límites y sin responsabilidad de los que mandan, la justicia administrada sin formas y sin debates. La tropa de carretas lleva, además, armamento: un fusil o dos por carreta y a veces, un cañoncito giratorio en la que va a la delantera. Si los bárbaros la asaltan, forma un círculo, atando unas carretas con otras, y casi

siempre resisten victoriosamente a las codicias de los salvajes, ávidos de sangre y de pillaje.

La árrea de mulas cae, con frecuencia, indefensa en manos de estos beduinos americanos, y rara vez los troperos escapan de ser degollados. En estos largos viajes, el proletario argentino adquiere el hábito de vivir lejos de la sociedad y a luchar individualmente con la naturaleza, endurecido en las privaciones, y sin contar con otros recursos que su capacidad y maña personal, para precaverse de todos los riesgos que le cercan de continuo.

El pueblo que habita estas extensas comarcas se compone de dos razas diversas, que, mezclándose, forman medios tintes imperceptibles, españoles e indígenas. En las campañas de Córdoba y San Luis, predomina la raza española pura, y es común encontrar en los campos, pastoreando ovejas, muchachas tan blancas, tan rosadas y hermosas, como querrían serlo las elegantes de una capital. En Santiago del Estero, el grueso de la población campesina habla aún la *quichua*, que revela su origen indio. En Corrientes, los campesinos usan un dialecto español muy gracioso. —Dame, general, un chiripá— decían a Lavalle sus soldados.

En la campaña de Buenos Aires, se reconoce todavía el soldado andaluz; y en la ciudad, predominan los apellidos extranjeros. La raza negra casi extinta ya —excepto en Buenos Aires— ha dejado sus zambos y mulatos, habitantes de las ciudades, eslabón que liga al hombre civilizado con el palurdo; raza inclinada a la civilización, dotada de talento y de los más bellos instintos de progresos.

Por lo demás, de la fusión de estas tres familias ha resultado un todo homogéneo, que se distingue por su amor a la ociosidad e incapacidad industrial, cuando la educación y las exigencias de una posición social no vienen a ponerle espuela y sacarla de su paso habitual. Mucho debe haber contribuido a producir este resultado desgraciado, la incorporación de indígenas que hizo la colonización. Las razas americanas viven en la ociosidad, y se muestran incapaces, aun por medio de la compulsión, para dedicarse a un trabajo duro y seguido. Esto sugirió la idea de introducir negros en América, que tan fatales resultados ha producido. Pero no se ha mostrado mejor dotada de acción la raza

española, cuando se ha visto en los desiertos americanos abandonada a sus propios instintos.

Da compasión y vergüenza en la República Argentina comparar la colonia alemana o escocesa del sur de Buenos Aires y la villa que se forma en el interior: en la primera, las casitas son pintadas; el frente de la casa, siempre aseado, adornado de flores y arbustillos graciosos; el amueblado, sencillo, pero completo; la vajilla, de cobre o estaño, reluciente siempre; la cama, con cortinillas graciosas, y los habitantes, en un movimiento y acción continuos. Ordeñando vacas, fabricando mantequilla y quesos, han logrado algunas familias hacer fortunas colosales y retirarse a la ciudad, a gozar de las comodidades.

La villa nacional es el reverso indigno de esta medalla: niños sucios y cubiertos de harapos, viven en una jauría de perros; hombres tendidos por el suelo, en la más completa inacción; el desaseo y la pobreza por todas partes; una mesita y petacas por todo amueblado; ranchos miserables por habitación, y un aspecto general de barbarie y de incuria los hacen notables.

Esta miseria, que ya va desapareciendo, y que es un accidente de las campañas pastoras, motivó, sin duda, las palabras que el despecho y la humillación de las armas inglesas arrancaron a Walter Scott: “Las vastas llanuras de Buenos Aires —dice— no están pobladas sino por cristianos salvajes, conocidos bajo el nombre de *guachos* (por decir *Gauchos*), cuyo principal amueblado, consiste en cráneos de caballos, cuyo alimento es carne cruda y agua y cuyo pasatiempo favorito es reventar caballos en carreras forzadas. Desgraciadamente —añade el buen gringo—, prefirieron su independencia nacional a nuestros algodones y muselinas”.<sup>1</sup> ¡Sería bueno proponerle a la Inglaterra, por ver, no más, cuántas varas de lienzo y cuántas piezas de muselina daría por poseer estas llanuras de Buenos Aires!

Por aquella extensión sin límites, tal como la hemos descrito, están esparcidas, aquí y allá, catorce ciudades capitales de provincia, que si hubiéramos de seguir el orden aparente, clasificáramos, por su colocación geográfica: Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, a las

1. *Life of Napoleon Buonaparte*, tomo II, cap. I. (Nota de la 1.<sup>a</sup> edición).

márgenes del Paraná; Mendoza, San Juan, Rioja, Catamarca, Tucumán, Salta y Jujuy, casi en línea paralela con los Andes chilenos; Santiago, San Luis y Córdoba, al centro. Pero esta manera de enumerar los pueblos argentinos no conduce a ninguno de los resultados sociales que voy solicitando. La clasificación que hace a mi objeto es la que resulta de los medios de vivir del pueblo de las campañas, que es lo que influye en su carácter y espíritu. Ya he dicho que la vecindad de los ríos no imprime modificación alguna, puesto que no son navegados sino en una escala insignificante y sin influencia. Ahora, todos los pueblos argentinos, salvo San Juan y Mendoza, viven de los productos del pastoreo; Tucumán explota, además, la agricultura; y Buenos Aires, a más de un pastoreo de millones de cabezas de ganado, se entrega a las múltiples y variadas ocupaciones de la vida civilizada.

Las ciudades argentinas tienen la fisonomía regular de casi todas las ciudades americanas: sus calles cortadas en ángulos rectos, su población diseminada en una ancha superficie, si se exceptúa a Córdoba, que, edificada en corto y limitado recinto, tiene todas las apariencias de una ciudad europea, a que dan mayor realce la multitud de torres y cúpulas de sus numerosos y magníficos templos. La ciudad es el centro de la civilización argentina, española, europea; allí están los talleres de las artes, las tiendas del comercio, las escuelas y colegios, los juzgados, todo lo que caracteriza, en fin, a los pueblos cultos.

La elegancia en los modales, las comodidades del lujo, los vestidos europeos, el frac y la levita tiene allí su teatro y su lugar conveniente. No sin objeto hago esta enumeración trivial. La ciudad capital de las provincias pastoras existe algunas veces ella sola, sin ciudades menores, y no falta alguna en que el terreno inculto llegue hasta ligarse con las calles. El desierto las circunda a más o menos distancia: las cerca, las oprime; la naturaleza salvaje las reduce a unos estrechos oasis de civilización, enclavados en un llano inculto, de centenares de millas cuadradas, apenas interrumpido por una que otra villa de consideración. Buenos Aires y Córdoba son las que mayor número de villas han podido echar sobre la campaña, como otros tantos focos de civilización y de intereses municipales; ya esto es un hecho notable.

3 El hombre de la ciudad viste el traje europeo, vive de la vida civilizada, tal como la conocemos en todas partes: allí están las leyes, las ideas de progreso, los medios de instrucción, alguna organización municipal, el gobierno regular, etc. Saliendo del recinto de la ciudad, todo cambia de aspecto: el hombre de campo lleva otro traje, que llamaré americano, por ser común a todos los pueblos; sus hábitos de vida son diversos; sus necesidades, peculiares y limitadas; parecen dos sociedades distintas, dos pueblos extraños uno de otro. Aún hay más: el hombre de la campaña, lejos de aspirar a semejarse al de la ciudad, rechaza con desdén, su lujo y sus modales corteses, y el vestido del ciudadano, el frac, la capa, la silla, ningún signo europeo puede presentarse impunemente en la campaña. Todo lo que hay de civilizado en la ciudad, está bloqueado allí, proscripto afuera, y el que osara mostrarse con levita, por ejemplo, y montado en silla inglesa, atraería sobre sí las burlas y las agresiones brutales de los campesinos.

Estudemos, ahora, la fisonomía exterior de las extensas campañas que rodean las ciudades y penetremos en la vida interior de sus habitantes. Ya he dicho, que en muchas provincias, el límite forzoso es un desierto intermedio y sin agua. No sucede así, por lo general, con la campaña de una provincia, en la que reside la mayor parte de su población. La de Córdoba, por ejemplo, que cuenta 160.000 almas, apenas veinte de éstas están dentro del recinto de la aislada ciudad; todo el grueso de la población está en los campos, que, así como por lo común son llanos, casi por todas partes son pastosos, ya estén cubiertos de bosques, ya desnudos de vegetación mayor, y en algunas, con tanta abundancia y de tan exquisita calidad, que el prado artificial no llegaría a aventajarles. Mendoza, y San Juan sobre todo, se exceptúan de esta peculiaridad de la superficie inculta, por lo que sus habitantes viven principalmente de los productos de la agricultura. En todo lo demás, abundando los pastos, la cría de ganados es, no la ocupación de los habitantes, sino su medio de subsistencia. Ya la vida pastoril nos vuelve, impensadamente, a traer a la imaginación el recuerdo del Asia, cuyas llanuras nos imaginamos siempre cubiertas, aquí y allá, de las tiendas del calmuco, del cosaco o del árabe. La vida primitiva de los pueblos, la vida eminentemente bárbara y estacionaria, la vida de

Abraham, que es la del beduino de hoy, asoma en los campos argentinos, aunque modificada por la civilización de un modo extraño.

La tribu árabe, que vaga por las soledades asiáticas, vive reunida bajo el mando de un anciano de la tribu o un jefe guerrero; la sociedad existe, aunque no esté fija en un punto determinado de la tierra; las creencias religiosas, las tradiciones inmemoriales, la invariabilidad de las costumbres, el respeto a los ancianos, forman reunidos un código de leyes, de usos y de prácticas de gobierno, que mantiene la moral, tal como la comprenden, el orden y la asociación de la tribu. Pero el progreso está sofocado, porque no puede haber progreso sin la posesión permanente del suelo, sin la ciudad, que es la que desenvuelve la capacidad industrial del hombre y le permite extender sus adquisiciones.

En las llanuras argentinas no existe la tribu nómada: el pastor posee el suelo con títulos de propiedad; está fijo en un punto, que le pertenece; pero, para ocuparlo, ha sido necesario disolver la asociación y derramar las familias sobre una inmensa superficie. Imaginaos una extensión de dos mil leguas cuadradas, cubierta toda de población, pero colocadas las habitaciones a cuatro leguas de distancia, unas de otras, a ocho, a veces, a dos, las más cercanas. El desenvolvimiento de la propiedad mobiliaria no es imposible; los goces del lujo no son del todo incompatibles con este aislamiento: puede levantar la fortuna un soberbio edificio en el desierto; pero el estímulo falta, el ejemplo desaparece, la necesidad de manifestarse con dignidad, que se siente en las ciudades, no se hace sentir allí, en el aislamiento y la soledad. Las privaciones indispensables justifican la pereza natural, y la frugalidad en los goces trae, enseguida, todas las exterioridades de la barbarie. La sociedad ha desaparecido completamente; queda sólo la familia feudal, aislada, reconcentrada; y, no habiendo sociedad reunida, toda clase de gobierno se hace imposible: la municipalidad no existe, la policía no puede ejercerse y la justicia civil no tiene medios de alcanzar a los delincuentes.

Ignoro si el mundo moderno presenta un género de asociación tan monstruoso como éste. Es todo lo contrario del municipio romano, que reconcentraba en un recinto, toda la población, y de allí, salía a labrar los campos circunvecinos. Existía, pues, una organización so-

cial fuerte, y sus benéficos resultados se hacen sentir hasta hoy y han preparado la civilización moderna. Se asemeja a la antigua sloboda esclavona con la diferencia que aquélla era agrícola, y, por tanto, más susceptible de gobierno: el desparramo de la población no era tan extenso como éste. Se diferencia de la tribu nómada, en que aquélla anda en sociedad siquiera, ya que no se posesiona del suelo. Es, en fin, algo parecido a la feudalidad de la Edad Media, en que los barones residían en el campo, y desde allí, hostilizaban las ciudades y asolaban las campañas; pero aquí falta el barón y el castillo feudal. Si el poder se levanta en el campo, es momentáneamente, es democrático: ni se hereda, ni puede conservarse, por falta de montañas y posiciones fuertes. De aquí resulta, que aun la tribu salvaje de la pampa está organizada mejor que nuestras campañas, para el desarrollo moral.

Pero lo que presenta de notable esta sociedad, en cuanto a su aspecto social, es su afinidad con la vida antigua, con la vida espartana o romana, si por otra parte no tuviese una desemejanza radical. El ciudadano libre de Esparta o de Roma echaba sobre sus esclavos, el peso de la vida material, el cuidado de proveer a la subsistencia, mientras que él vivía libre de cuidados en el foro, en la plaza pública, ocupándose exclusivamente de los intereses del Estado, de la paz, la guerra, las luchas de partido. El pastoreo proporciona las mismas ventajas, y la función inhumana del ilota antiguo, la desempeña el ganado. La procreación espontánea forma y acrece indefinidamente la fortuna; la mano del hombre está por demás; su trabajo, su inteligencia, su tiempo, no son necesarios para la conservación y aumento de los medios de vivir. Pero si nada de esto necesita para lo material de la vida, las fuerzas que economiza no puede emplearlas como el romano: fáltale la ciudad, el municipio, la asociación íntima, y, por tanto, fáltale la base de todo desarrollo social; no estando reunidos los estancieros, no tienen necesidades públicas que satisfacer: en una palabra, no hay *res pública*.

El progreso moral, la cultura de la inteligencia descuidada en la tribu árabe o tártara, es aquí no sólo descuidada, sino imposible. ¿Dónde colocar la escuela para que asistan a recibir lecciones, los niños diseminados a diez leguas de distancia, en todas direcciones? Así, pues, la

civilización es del todo irrealizable, la barbarie es normal,<sup>2</sup> y gracias, si las costumbres domésticas conservan un corto depósito de moral. La religión sufre las consecuencias de la disolución de la sociedad; el curato es nominal, el púlpito no tiene auditorio, el sacerdote huye de la capilla solitaria o se desmoraliza en la inacción y en la soledad; los vicios, el simoniaquismo, la barbarie normal, penetran en su celda y convierten su superioridad moral, en elementos de fortuna y de ambición, porque, al fin, concluye por hacerse caudillo de partido.

Yo he presenciado una escena campestre digna de los tiempos primitivos del mundo, anteriores a la institución del sacerdocio. Hallábame en 1838 en la sierra de San Luis, en casa de un estanciero, cuyas dos ocupaciones favoritas eran rezar y jugar. Había edificado una capilla en la que, los domingos por la tarde, rezaba él mismo el rosario, para suplir al sacerdote y al oficio divino de que por años habían carecido. Era aquél un cuadro homérico: el sol llegaba al ocaso; las majadas que volvían al redil, hendían el aire con sus confusos balidos; el dueño de la casa, hombre de sesenta años, de una fisonomía noble, en que la raza europea pura se ostentaba por la blancura del cutis, los ojos azulados, la frente, espaciosa y despejada, hacía coro, a que contestaban una docena de mujeres y algunos mocetones, cuyos caballos, no bien domados aún, estaban amarrados cerca de la puerta de la capilla. Concluido el rosario, hizo un fervoroso ofrecimiento. Jamás he oído voz más llena de unción, fervor más puro, fe más firme, ni oración más bella, más adecuada a las circunstancias, que la que recitó. Pedía en ella, a Dios, lluvia para los campos, fecundidad para los ganados, paz para la República, seguridad para los caminantes... Yo soy muy propenso a llorar, y aquella vez lloré hasta sollozar, porque el sentimiento religioso se había despertado en mi alma con exaltación y como una sensación desconocida, porque nunca he visto escena más religiosa; creía estar en los tiempos de Abraham, en su presencia, en la de Dios y de la naturaleza que lo revela. La voz de aquel hombre

2. El año 1826, durante una residencia de un año en la sierra de San Luis, enseñé a leer a seis jóvenes de familias pudientes, el menor de los cuales tenía veintidós años. (*Nota de la 1.<sup>a</sup> edición*).

candoroso e inocente me hacía vibrar todas las fibras, y me penetraba hasta la médula de los huesos.

He aquí a lo que está reducida la religión en las campañas pastoras: a la religión natural; el cristianismo existe, como el idioma español, en clase de tradición que se perpetúa, pero corrompido, encarnado en supersticiones groseras, sin instrucción, sin culto y sin convicciones. En casi todas las campañas apartadas de las ciudades, ocurre que, cuando llegan comerciantes de San Juan o de Mendoza, les presentan tres o cuatro niños de meses y de un año para que los bauticen, satisfechos de que, por su buena educación, podrán hacerlo de un modo válido; y no es raro que a la llegada de un sacerdote, se le presenten mocetones, que vienen domando un potro, a que les ponga el óleo y administre el bautismo *sub conditione*.

A falta de todos los medios de civilización y de progreso, que no pueden desenvolverse, sino a condición de que los hombres estén reunidos en sociedades numerosas, ved la educación del hombre del campo. Las mujeres guardan la casa, preparan la comida, trasquilan las ovejas, ordeñan las vacas, fabrican los quesos y tejen las groseras telas de que se visten: todas las ocupaciones domésticas, todas las industrias caseras las ejerce la mujer: sobre ella pesa casi todo el trabajo; y gracias, si algunos hombres se dedican a cultivar un poco de maíz, para el alimento de la familia, pues el pan es inusitado como mantención ordinaria. Los niños ejercitan sus fuerzas y se adiestran, por placer, en el manejo del lazo y de las bolas, con que molestan y persiguen sin descanso a las terneras y cabras; cuando son jinetes, y esto sucede luego de aprender a caminar, sirven a caballo en algunos quehaceres; más tarde, y cuando ya son fuertes, recorren los campos, cayendo y levantando, rodando a designio en las vizcacheras, salvando precipicios y adiestrándose en el manejo del caballo; cuando la pubertad asoma, se consagran a domar potros salvajes, y la muerte es el castigo menor que les aguarda, si un momento les faltan las fuerzas o el coraje. Con la juventud primera, viene la completa independencia y la desocupación.

Aquí principia la vida pública, diré, del gaucho, pues que su educación está ya terminada. Es preciso ver a estos españoles, por el idioma únicamente y por las confusas nociones religiosas que conservan, para

saber apreciar los caracteres indómitos y altivos, que nacen de esta lucha del hombre aislado, con la naturaleza salvaje, del racional, con el bruto; es preciso ver estas caras cerradas de barba, estos semblantes graves y serios, como los de los árabes asiáticos, para juzgar del compasivo desdén que les inspira la vista del hombre sedentario de las ciudades, que puede haber leído muchos libros, pero que no sabe aterrar un toro bravío y darle muerte; que no sabrá proveerse de caballo a campo abierto, a pie y sin el auxilio de nadie; que nunca ha parado un tigre, y recibílo con el puñal en una mano y el poncho envuelto en la otra, para meterle en la boca, mientras le traspasa el corazón y lo deja tendido a sus pies. Este hábito de triunfar de las resistencias, de mostrarse siempre superior a la naturaleza, desafiarla y vencerla, desenvuelve prodigiosamente el sentimiento de la importancia individual y de la superioridad. Los argentinos, de cualquier clase que sean, civilizados o ignorantes, tienen una alta conciencia de su valer como nación; todos los demás pueblos americanos les echan en cara esta vanidad, y se muestran ofendidos de su presunción y arrogancia. Creo que el cargo no es del todo infundado, y no me pesa de ello. ¡Ay del pueblo que no tiene fe en sí mismo! ¡Para ese no se han hecho las grandes cosas! ¿Cuánto no habrá podido contribuir a la independencia de una parte de la América, la arrogancia de estos gauchos argentinos que nada han visto bajo el sol, mejor que ellos, ni el hombre sabio ni el poderoso? El europeo es, para ellos, el último de todos, porque no resiste a un par de corcovos del caballo.<sup>3</sup> Si el origen de esta vanidad nacional en las clases inferiores es mezquino, no son por eso menos nobles las consecuencias; como no es menos pura el agua de un río porque nazca de vertientes cenagosas e infectas. Es implacable el odio que les inspiran los hombres cultos, e invencible su disgusto por sus vestidos, usos y maneras. De esta pasta están amasados los soldados argentinos, y es fácil imaginarse lo que hábitos de este género pueden

3. El general Mansilla decía en la Sala, durante el bloqueo francés: “¿Y qué nos han de hacer esos europeos que no saben galoparse una noche?”; y la inmensa barra plebeya ahogó la voz del orador con el estrépito de los aplausos. (*Nota a la 1.ª edición*).

dar en valor y sufrimiento para la guerra. Añádase que, desde la infancia, están habituados a matar las reses, y que este acto de crueldad necesaria, los familiariza con el derramamiento de sangre, y endurece su corazón, contra los gemidos de las víctimas.

La vida del campo, pues, ha desenvuelto en el gaucho, las facultades físicas, sin ninguna de las de la inteligencia. Su carácter moral se resiente de su hábito de triunfar de los obstáculos y del poder de la naturaleza: es fuerte, altivo, enérgico. Sin ninguna instrucción, sin necesitarla tampoco, sin medios de subsistencia, como sin necesidades, es feliz en medio de la pobreza y de sus privaciones, que no son tales, para el que nunca conoció mayores goces, ni extendió más altos sus deseos. De manera que si esta disolución de la sociedad radica hondamente la barbarie, por la imposibilidad y la inutilidad de la educación moral e intelectual, no deja, por otra parte, de tener sus atractivos. El gaucho no trabaja; el alimento y el vestido lo encuentra preparado en su casa; uno y otro se lo proporcionan sus ganados, si es propietario; la casa del patrón o pariente, si nada posee. Las atenciones que el ganado exige, se reducen a correrías y partidas de placer. La hierra, que es como la vendimia de los agricultores, es una fiesta cuya llegada se recibe con transportes de júbilo: allí es el punto de reunión de todos los hombres de veinte leguas a la redonda; allí, la ostentación de la increíble destreza en el lazo. El gaucho llega a la hierra al paso lento y mesurado de su mejor *parejero*, que detiene a distancia apartada; y para gozar mejor del espectáculo, cruza la pierna sobre el pescuezo del caballo. Si el entusiasmo lo anima, desciende lentamente del caballo, desarrolla su lazo y lo arroja sobre un toro que pasa, con la velocidad del rayo, a cuarenta pasos de distancia: lo ha cogido de una uña, que era lo que se proponía, y vuelve tranquilo a enrollar su *cuerda*.

## 5. VIDA DE JUAN FACUNDO QUIROGA

*Au surplus, ces traits appartiennent au caractère original du genre humain. L'homme de la nature, et qui n'a pas encore appris à contenir ou déguiser ses passions, les montre dans toute leur énergie, et se livre à toute leur impétuosité.*

ALIX, Histoire de l'Empire Ottoman

### INFANCIA Y JUVENTUD

MEDIA entre las ciudades de San Luis y San Juan un dilatado desierto, que, por su falta completa de agua, recibe el nombre de *travesía*. El aspecto de aquellas soledades es, por lo general, triste y desamparado, y el viajero que viene del oriente no pasa la última *represa* o aljibe de campo sin proveer sus *chifles*, de suficiente cantidad de agua. En esta travesía tuvo lugar, una vez, la extraña escena que sigue: Las cuchilladas, tan frecuentes entre nuestros gauchos, habían forzado, a uno de ellos, a abandonar precipitadamente la ciudad de San Luis, y ganar la *travesía* a pie, con la montura al hombro, a fin de escapar de las persecuciones de la justicia. Debían alcanzarlo dos compañeros, tan luego como pudieran robar caballos para los tres.

No eran, por entonces, sólo el hambre o la sed los peligros que le aguardaban en el desierto aquel, que un tigre *cebado* andaba hacía un año siguiendo los rastros de los viajeros, y pasaban ya de ocho, los que habían sido víctimas de su predilección por la carne humana. Suele ocurrir, a veces, en aquellos países en que la fiera y el hombre se disputan el dominio de la naturaleza, que éste cae bajo la garra sangrienta de aquélla: entonces, el tigre empieza a gustar de preferencia su carne, y se llama *cebado* cuando se ha dado a este nuevo género de caza, la caza de hombres. El juez de la campaña inmediata al teatro de sus devastaciones convoca a los varones hábiles para la correría, y bajo su autoridad y dirección, se hace la persecución del tigre *cebado*, que rara vez escapa a la sentencia que lo pone fuera de la ley.

Cuando nuestro prófugo había caminado cosa de seis leguas, creyó oír bramar el tigre a lo lejos, y sus fibras se estremecieron. Es el bra-

mido del tigre un gruñido como el del cerdo, pero agrio, prolongado, estridente, y que, sin que haya motivo de temor, causa un sacudimiento involuntario en los nervios, como si la carne se agitara, ella sola, al anuncio de la muerte.

Algunos minutos después, el bramido se oyó más distinto y más cercano; el tigre venía ya sobre el rastro, y sólo a la larga distancia se divisaba un pequeño algarrobo. Era preciso apretar el paso, correr, en fin, porque los bramidos se sucedían con más frecuencia, y el último era más distinto, más vibrante que el que le precedía.

Al fin, arrojando la montura a un lado del camino, dirigióse el gaucho al árbol que había divisado, y no obstante la debilidad de su tronco, felizmente bastante elevado, pudo trepar a su copa y mantenerse en una continua oscilación, medio oculto entre el ramaje. Desde allí pudo observar la escena que tenía lugar en el camino: el tigre marchaba a paso precipitado, oliendo el suelo y bramando con más frecuencia, a medida que sentía la proximidad de su presa. Pasa adelante del punto en que ésta se había separado del camino y pierde el rastro; el tigre se enfurece, remolinea, hasta que divisa la montura, que desgarrar de un manotón, esparciendo en el aire sus prendas. Más irritado aún con este chasco, vuelve a buscar el rastro, encuentra al fin la dirección en que va, y levantando la vista, divisa a su presa haciendo con el peso balancearse el algarrobillo, cual la frágil caña cuando las aves se posan en sus puntas.

Desde entonces, ya no bramó el tigre: acercábase a saltos, y en un abrir y cerrar de ojos, sus enormes manos estaban apoyándose a dos varas del suelo, sobre el delgado tronco, al que comunicaban un temblor convulsivo, que iba a obrar sobre los nervios del mal seguro gaucho. Intentó la fiera dar un salto, impotente; dio vuelta en torno del árbol midiendo su altura con ojos enrojecidos por la sed de sangre, y al fin, bramando de cólera, se acostó en el suelo, batiendo, sin cesar, la cola, los ojos fijos en su presa, la boca entreabierta y reseca. Esta escena horrible duraba ya dos horas mortales: la postura violenta del gaucho y la fascinación aterrante que ejercía sobre él la mirada sangui-naria, inmóvil, del tigre, del que por una fuerza invencible de atracción no podía apartar los ojos, habían empezado a debilitar sus fuerzas, y

ya veía próximo el momento en que su cuerpo extenuado iba a caer en su ancha boca, cuando el rumor lejano de galope de caballos le dio esperanza de salvación.

En efecto, sus amigos habían visto el rastro del tigre y corrían sin esperanza de salvarlo. El desparramo de la montura les reveló el lugar de la escena, y volar a él, desenrollar sus lazos, echarlos sobre el tigre, *empacado* y ciego de furor, fue la obra de un segundo. La fiera, estirada a dos lazos, no pudo escapar a las puñaladas repetidas con que, en venganza de su prolongada agonía, le traspasó el que iba a ser su víctima. “Entonces supe lo que era tener miedo” —decía el general don Juan Facundo Quiroga, contando a un grupo de oficiales, este suceso.

También a él le llamaron *Tigre de los Llanos*, y no le sentaba mal esta denominación, a fe. La frenología y la anatomía comparada han demostrado, en efecto, las relaciones que existen en las formas exteriores y las disposiciones morales, entre la fisonomía del hombre y de algunos animales, a quienes se asemeja en su carácter. Facundo, porque así lo llamaron largo tiempo los pueblos del interior; el general don Facundo Quiroga, el excelentísimo brigadier general don Juan Facundo Quiroga, todo eso vino después, cuando la sociedad lo recibió en su seno y la victoria lo hubo coronado de laureles: Facundo, pues, era de estatura baja y fornida; sus anchas espaldas sostenían sobre un cuello corto, una cabeza bien formada, cubierta de pelo espesísimo, negro y ensortijado. Su cara, un poco ovalada, estaba hundida en medio de un bosque de pelo, a que correspondía una barba igualmente espesa, igualmente crespa y negra, que subía hasta los juanetes, bastante pronunciados, para descubrir una voluntad firme y tenaz.

Sus ojos negros, llenos de fuego y sombreados por pobladas cejas, causaban una sensación involuntaria de terror en aquellos sobre quienes, alguna vez, llegaban a fijarse; porque Facundo no miraba nunca de frente, y por hábito, por arte, por deseo de hacerse siempre temible, tenía de ordinario la cabeza inclinada y miraba por entre las cejas, como el Alí-Bajá de Monvoisin. El Caín que representa la famosa Compañía Ravel me despierta la imagen de Quiroga, quitando las posiciones artísticas de la estatuaria, que no le convienen. Por lo demás,

su fisonomía era regular, y el pálido moreno de su tez sentaba bien, a las sombras espesas en que quedaba encerrada.

La estructura de su cabeza revelaba, sin embargo, bajo esta cubierta selvática, la organización privilegiada de los hombres nacidos para mandar. Quiroga poseía esas cualidades naturales que hicieron del estudiante de Brienne, el genio de la Francia, y del mameluco oscuro que se batía con los franceses en las Pirámides, el virrey de Egipto. La sociedad en que nacen da a estos caracteres la manera especial de manifestarse: sublimes, clásicos, por decirlo así, van al frente de la humanidad civilizada en unas partes; terribles, sanguinarios y malvados, son, en otras, su mancha, su oprobio.

Facundo Quiroga fue hijo de un sanjuanino de humilde condición, pero que, vecindado en los Llanos de La Rioja, había adquirido en el pastoreo, una regular fortuna. El año 1799 fue enviado Facundo a la patria de su padre, a recibir la educación limitada que podía adquirirse en las escuelas: leer y escribir. Cuando un hombre llega a ocupar las cien trompetas de la fama con el ruido de sus hechos, la curiosidad o el espíritu de investigación van hasta rastrear la insignificante vida del niño, para anudarla a la biografía del héroe, y no pocas veces, entre fábulas inventadas por la adulación, se encuentran ya en germen, en ella, los rasgos característicos del personaje histórico.

Cuéntase de Alcibíades que, jugando en la calle, se tendía a lo largo del pavimento, para contrariar a un cochero, que le prevenía que se quitase del paso a fin de no atropellarlo; de Napoleón, que dominaba a sus condiscípulos y se atrincheraba en su cuarto de estudiante, para resistir a un ultraje. De Facundo se refieren, hoy, varias anécdotas, muchas de las cuales lo revelan todo entero.

En la casa de sus huéspedes, jamás se consiguió sentarlo a la mesa común; en la escuela, era altivo, huraño y solitario; no se mezclaba con los demás niños sino para encabezar en actos de rebelión y para darles de golpes. El *magister* cansado de luchar con este carácter indomable, se provee, una vez, de un látigo nuevo y duro, y enseñándolo a los niños, aterrados, “éste es —les dice— para estrenarlo en Facundo”. Facundo, de edad de once años, oye esta amenaza, y al día siguiente, la pone a prueba. No sabe la lección, pero pide al maestro que se la tome

en persona, porque el pasante lo quiere mal. El maestro condesciende; Facundo comete un error, comete dos, tres, cuatro; entonces el maestro hace uso del látigo y Facundo, que todo lo ha calculado, hasta la debilidad de la silla en que su maestro está sentado, dale una bofetada, vuélcalo de espaldas, y entre el alboroto que esta escena suscita, toma la calle y va a esconderse en ciertos parrones de una viña, de donde no se le saca sino después de tres días. ¿No es ya el caudillo que va a desafiar, más tarde, a la sociedad entera?

Cuando llega a la pubertad, su carácter toma un tinte más pronunciado. Cada vez más sombrío, más imperioso, más selvático; la pasión del juego, la pasión de las almas rudas que necesitan fuertes sacudimientos para salir del sopor que las adormeciera, domínalo irresistiblemente desde la edad de quince años. Por ella se hace una reputación en la ciudad; por ella se hace intolerable en la casa en que se le hospeda; por ella, en fin, derrama, por un balazo dado a un Jorge Peña, el primer reguero de sangre que debía entrar en el ancho torrente que ha dejado marcado su pasaje en la tierra.

Desde que llega a la edad adulta, el hilo de su vida se pierde en un intrincado laberinto de vueltas y revueltas, por los diversos pueblos vecinos: oculto unas veces, perseguido siempre, jugando, trabajando en clase de peón, dominando todo lo que se le acerca y distribuyendo puñaladas. En San Juan, muéstranse hoy, en la quinta de los Godoyes, tapias pisadas por Quiroga; en La Rioja, las hay de su mano, en Fiambalá. Él enseñaba otras, en Mendoza, en el lugar mismo en que una tarde hacía traer de sus casas, veintiséis oficiales de los que capitularon en Chacón, para hacerlos fusilar, en expiación de los manes de Villafañe. En la campaña de Buenos Aires, también mostraba algunos monumentos de su vida de peón errante. ¿Qué causas hacen a este hombre, criado en una casa decente, hijo de un hombre acomodado y virtuoso, descender a la condición del gañán, y en ella escoger el trabajo más estúpido, más brutal, en el que sólo entra la fuerza física y la tenacidad? ¿Será que el tapiador gana doble sueldo y que se da prisa para juntar un poco de dinero?

Lo más ordenado que de esta vida obscura y errante he podido recoger, es lo siguiente: Hacia el año 1806 vino a Chile, con un carga-

3  
mento de grana, de cuenta de sus padres. Jugólo con la tropa y los troperos, que eran esclavos de su casa. Solía llevar a San Juan y Mendoza, arreos de ganado de la estancia paterna, que tenían siempre la misma suerte, porque en Facundo, era el juego una pasión feroz, ardiente, que le resacaba las entrañas. Estas adquisiciones y pérdidas sucesivas debieron cansar las larguezas paternales, porque, al fin, interrumpió toda relación amigable con su familia. Cuando era ya el terror de la República, preguntábase uno de sus cortesanos: “¿Cuál es, general, la parada más grande que ha hecho en su vida?” “Setenta pesos” —contestó Quiroga con indiferencia; acababa de ganar, sin embargo, una de doscientas onzas. Era, según lo explicó después, que en su juventud, no teniendo sino setenta pesos los había perdido juntos a una sota.

Pero este hecho tiene su historia característica. Trabajaba de peón en Mendoza, en la hacienda de una señora, sita aquélla en el Plumerillo. Facundo se hacía notar, hacía un año, por su puntualidad en salir al trabajo y por la influencia y predominio que ejercía sobre los demás peones. Cuando éstos querían hacer falla para dedicar el día a una borrachera, se entendían con Facundo, quien lo avisaba a la señora, prometiéndole responder de la asistencia de todos al día siguiente, la que era siempre puntual. Por esta intercesión llamábanle los peones, el *Padre*.

Facundo, al fin de un año de trabajo asiduo, pidió su salario, que ascendía a setenta pesos; montó en su caballo sin saber adónde iba, vio gente en una pulpería, desmontóse y alargando la mano sobre el grupo que rodeaba al tallador, puso sus setenta pesos en una carta: perdiólos y montó de nuevo, marchando sin dirección fija, hasta que a poco andar, un juez Toledo, que acertaba a pasar a la sazón, le detuvo para pedirle su papeleta de conchavo.

Facundo aproximó su caballo en ademán de entregársela, afectó buscar algo en el bolsillo, y dejó tendido al juez de una puñalada. ¿Se vengaba en el juez, de la reciente pérdida? ¿Quería sólo saciar el encono de *gaucho malo* contra la autoridad civil y añadir este nuevo hecho al brillo de su naciente fama? Lo uno y lo otro. Estas venganzas sobre el primer objeto que se presentaba, son frecuentes en su vida. Cuando se apellidaba general y tenía coroneles a sus órdenes, hacía

dar en su casa, en San Juan, doscientos azotes a uno de ellos, por haberle ganado mal, decía Facundo; a un joven, doscientos azotes, por haberse permitido una chanza en momentos en que él no estaba para chanzas; a una mujer, en Mendoza, que le había dicho al paso, “Adiós, mi general”, cuando él iba enfurecido porque no había conseguido intimidar a un vecino tan pacífico, tan juicioso, como era valiente y gaucho, doscientos azotes.

Facundo reaparece después, en Buenos Aires, donde en 1810 es enrolado, como recluta, en el regimiento de *Arribeños* que mandaba el general Ocampo, su compatriota, después Presidente de Charcas. La carrera gloriosa de las armas se abría para él, con los primeros rayos del sol de mayo; y no hay duda que con el temple de alma de que estaba dotado, con sus instintos de destrucción y carnicería, Facundo, moralizado por la disciplina y ennoblecido por la sublimidad del objeto de la lucha, habría vuelto un día del Perú, Chile o Bolivia, uno de los generales de la República Argentina, como tantos otros valientes gauchos, que principiaron su carrera desde el humilde puesto del soldado. Pero el alma rebelde de Quiroga no podía sufrir el yugo de la disciplina, el orden del cuartel, ni la demora de los ascensos. Se sentía llamado a mandar, a surgir de un golpe, a crearse él solo, a despecho de la sociedad civilizada y en hostilidad con ella, una carrera a su modo, asociando el valor y el crimen, el gobierno y la desorganización. Más tarde, fue reclutado para el ejército de los Andes y enrolado en los *Granaderos a caballo*; un teniente García, lo tomó de asistente, y bien pronto, la desertión dejó un vacío en aquellas gloriosas filas. Después, Quiroga, como Rosas, como todas esas víboras que han medrado a la sombra de los laureles de la patria, se ha hecho notar por su odio a los militares de la Independencia, en los que uno y otro han hecho una horrible matanza.

Facundo, desertando de Buenos Aires, se encamina a las provincias con tres compañeros. Una partida le da alcance: hace frente, libra una verdadera batalla, que permanece indecisa por algún tiempo, hasta que, dando muerte a cuatro o cinco, puede continuar su camino, abriéndose paso, todavía, a puñaladas, por entre otras partidas que hasta San Luis le salen al paso. Más tarde, debía recorrer este mismo

camino con un puñado de hombres, disolver ejércitos en lugar de partidas e ir hasta la Ciudadela famosa de Tucumán, a borrar los últimos restos de la República y del orden civil.

Facundo reaparece en los Llanos, en la casa paterna. A esta época se refiere un suceso que está muy valido y del que nadie duda. Sin embargo, en uno de los manuscritos que consulto, interrogado su autor sobre este mismo hecho, contesta: “que no sabe que Quiroga haya tratado nunca de arrancar a sus padres dinero por la fuerza”; y contra la tradición constante, contra el asentimiento general, quiero atenerme a este dato contradictorio. ¡Lo contrario es horrible! Cuéntase que habiéndose negado su padre a darle una suma de dinero que le pedía, acechó el momento en que padre y madre dormían la siesta para poner aldaba a la pieza donde estaban y prender fuego al techo de pajas con que están cubiertas, por lo general, las habitaciones de los Llanos.<sup>9</sup>

Pero lo que hay de averiguado es que su padre pidió una vez, al Gobierno de La Rioja, que lo prendieran para contener sus demasías, que Facundo, antes de fugarse de los Llanos, fue a la ciudad de La Rioja, donde a la sazón se hallaba aquél, y cayendo de improviso sobre él, le dio una bofetada, diciéndole: “¿Usted me ha mandado prender? ¡Tome, mándeme prender ahora!”, con lo cual montó en su caballo y partió a galope para el campo. Pasado un año, preséntase de nuevo en la casa paterna, échase a los pies del anciano ultrajado, confunden ambos sus sollozos, y entre las protestas de enmienda del hijo y las reconvenciones del padre, la paz queda restablecida, aunque sobre base tan deleznable y efímera.

Pero su carácter y hábitos desordenados no cambian, y las carreras, el juego, las correrías del campo, son el teatro de nuevas violencias,

9. Después de escrito lo que precede, he recibido, de persona fidedigna, la aseveración de haber el mismo Quiroga contado en Tucumán, ante señoras que viven aún, la historia del incendio de la casa. Toda duda desaparece ante deposiciones de este género. Más tarde he obtenido la narración circunstanciada de un testigo presencial y compañero de infancia de Facundo Quiroga, que le vio dar a su padre una bofetada y huirse; pero estos detalles contristan, sin aleccionar, y es deber impuesto por el decoro, apartarlos de la vista. (*Nota de la 1.ª edición, completada en la 2.ª tal como figura en la presente edición*).

de nuevas puñaladas y agresiones, hasta llegar, al fin, a hacerse intolerable para todos e insegura su posición. Entonces un gran pensamiento viene a apoderarse de su espíritu, y lo anuncia sin empacho. El desertor de los Arribeños, el soldado de Granaderos a caballo, que no ha querido inmortalizarse en Chacabuco y en Maipú, resuelve ir a reunirse a la montonera de Ramírez, vástago de la de Artigas, y cuya celebridad en crímenes y en odio a las ciudades a que hace la guerra, ha llegado hasta los Llanos y tiene llenos de espanto a los gobiernos. Facundo parte a asociarse a aquellos filibusteros de la pampa, y acaso la conciencia que deja de su carácter e instintos, y de la importancia del refuerzo que va a dar a aquellos destructores, alarma a sus compatriotas, que instruyen a las autoridades de San Luis, por donde debía pasar, del designio infernal que lo guía. Dupuy, gobernador entonces (1818), lo hace aprehender, y por algún tiempo, permanece confundido entre los criminales que la cárcel encierra. Esta cárcel de San Luis, empero, debía ser el primer escalón que había de conducirlo a la altura a que más tarde llegó. San Martín había hecho conducir a San Luis un gran número de oficiales españoles de todas graduaciones, de los que habían sido tomados prisioneros en Chile. Sea hostigados por las humillaciones y sufrimientos, sea que previesen la posibilidad de reunirse de nuevo a los ejércitos españoles, el depósito de prisioneros se sublevó un día, y abrió las puertas de los calabozos de reos ordinarios, a fin de que les prestasen ayuda para la común evasión. Facundo era uno de estos reos y no bien se vio desembarazado de las prisiones, cuando, enarbolando el *macho* de los grillos, abre el cráneo al español mismo que se los ha quitado, y yendo por entre el grupo de los amotinados, deja una ancha calle sembrada de cadáveres, en el espacio que ha querido correr. Dícese que el arma de que hizo uso fue una bayoneta, y que los muertos no pasaron de tres. Quiroga, empero, hablaba siempre del *macho* de los grillos y de catorce muertos. Acaso es ésta una de esas idealizaciones, con que la imaginación poética del pueblo embellece los tipos de la fuerza brutal, que tanto admira; acaso la historia de los grillos es una traducción argentina de la quijada de Sansón, el Hércules hebreo. Pero Facundo la aceptaba como un timbre de gloria, según su bello ideal, y *macho* de grillos o bayoneta, él, asociándose

2  
a otros soldados y presos a quienes su ejemplo alentó, logró sofocar el alzamiento y reconciliarse por este acto de valor con la sociedad, y ponerse bajo la protección de la patria, consiguiendo que su nombre volase por todas partes, ennoblecido y lavado, aunque con sangre, de las manchas que lo afeaban. Facundo, cubierto de gloria, mereciendo bien de la patria y con una credencial que acredita su comportamiento, vuelve a la Rioja y ostenta en los Llanos, entre los gauchos, los nuevos títulos que justifican el terror que ya empieza a inspirar su nombre; porque hay algo de imponente, algo que subyuga y domina, en el premiado asesino de catorce hombres a la vez.

Aquí termina la vida privada de Quiroga, de la que he omitido una larga serie de hechos que sólo pintan el mal carácter, la mala educación y los instintos feroces y sanguinarios de que estaba dotado. Sólo he hecho uso de aquellos que explican el carácter de la lucha, de aquellos que entran en proporciones distintas, pero formados de elementos análogos, en el tipo de los caudillos de las campañas, que han logrado, al fin, sofocar la civilización de las ciudades, y que, últimamente, han venido a completarse en Rosas, el legislador de esta civilización tártara, que ha ostentado toda su antipatía a la civilización europea, en torpezas y atrocidades sin nombre aún en la Historia.

Pero aún quédame algo por notar en el carácter y espíritu de esta columna de la Federación. Un hombre iletrado, un compañero de infancia y de juventud de Quiroga, que me ha suministrado muchos de los hechos que dejo referidos, me incluye en su manuscrito, hablando de los primeros años de Quiroga, estos datos curiosos: “— que no era ladrón antes de figurar como hombre público — que nunca robó, aun en sus mayores necesidades — que no sólo gustaba de pelear, sino que pagaba por hacerlo y por insultar al más pintado — *que tenía mucha aversión a los hombres decentes* — que no sabía tomar licor nunca — que de joven era muy reservado, y no sólo quería infundir miedo, sino aterrorizar, para lo que hacía entender a hombres de su confianza, que tenía agoreros o era adivino — que con los que tenía relación, los trataba como esclavos — que jamás se ha confesado, rezado ni oído misa — que cuando estuvo de general, lo vio una vez en misa — que

él mismo le decía que no creía en nada”. El candor con que estas palabras están escritas revela su verdad.

Toda la vida pública de Quiroga me parece resumida en estos datos. Veo en ellos el hombre grande, el hombre de genio, a su pesar, sin saberlo él, el César, el Tamerlán, el Mahoma. Ha nacido así, y no es culpa suya; descenderá en las escalas sociales para mandar, para dominar, para combatir el poder de la ciudad, la partida de la policía. Si le ofrecen una plaza en los ejércitos, la desdeñará, porque no tiene paciencia para aguardar los ascensos; porque hay mucha sujeción, muchas trabas puestas a la independencia individual, hay generales que pesan sobre él, hay una casaca que oprime el cuerpo, y una táctica que regla los pasos; ¡todo esto es insufrible! La vida de a caballo, la vida de peligros y emociones fuertes, han acerado su espíritu y endurecido su corazón; tiene odio invencible, instintivo, contra las leyes que lo han perseguido, contra los jueces que lo han condenado, contra toda esa sociedad y esa organización a que se ha sustraído desde la infancia y que lo mira con prevención y menosprecio. Aquí se eslabona insensiblemente el lema de este capítulo: “Es el hombre de la Naturaleza que no ha aprendido aún a contener o a disfrazar sus pasiones, que las muestra en toda su energía, entregándose a toda su impetuosidad. Éste es el carácter original del género “humano”; y así se muestra en las campañas pastoras de la República Argentina. Facundo es un tipo de la barbarie primitiva: no conoció sujeción de ningún género; su cólera era la de las fieras: la melena de sus renegridos y ensortijados cabellos caía sobre su frente y sus ojos, en guedejas como las serpientes de la cabeza de Medusa; su voz se enronquecía, y sus miradas se convertían en puñaladas. Dominado por la cólera, mataba a patadas, estrellándoles los sesos a N. por una disputa de juego; arrancaba ambas orejas a su querida porque le pedía, una vez, 30 pesos para celebrar un matrimonio consentido por él; y abría a su hijo Juan la cabeza de un hachazo, porque no había forma de hacerlo callar; daba de bofetadas, en Tucumán, a una linda señorita a quien ni seducir ni forzar podía. En todos sus actos, mostrábase el hombre bestia aún, sin ser por eso estúpido y sin carecer de elevación de miras. Incapaz de hacerse admirar o estimar, gustaba de ser temido; pero este gusto era exclusivo,

dominante, hasta el punto de arreglar todas las acciones de su vida a producir el terror en torno suyo, sobre los pueblos como sobre los soldados, sobre la víctima que iba a ser ejecutada, como sobre su mujer y sus hijos. En la incapacidad de manejar los resortes del gobierno civil, ponía el terror como expediente para suplir el patriotismo y la abnegación; ignorante, rodeábase de misterios y haciéndose impenetrable, valiéndose de una sagacidad natural, una capacidad de observación no común y de la credulidad del vulgo, fingía una presciencia de los acontecimientos, que le daba prestigio y reputación entre las gentes vulgares.

Es inagotable el repertorio de anécdotas de que está llena la memoria de los pueblos, con respecto a Quiroga; sus dichos, sus expedientes, tienen un sello de originalidad que le daban ciertos visos orientales, cierta tintura de sabiduría salomónica en el concepto de la plebe. ¿Qué diferencia hay, en efecto, entre aquel famoso expediente de mandar partir en dos, el niño disputado, a fin de descubrir la verdadera madre, y este otro para encontrar un ladrón? Entre los individuos que formaban una compañía, habíase robado un objeto, y todas las diligencias practicadas para descubrir el ladrón habían sido infructuosas. Quiroga forma la tropa, hace cortar tantas varitas de igual tamaño cuantos soldados había, hace enseguida que se distribuyan a cada uno, y luego, con voz segura, dice: “Aquel cuya varita amanezca mañana más grande que las demás, ése es el ladrón”. Al día siguiente, fórmase de nuevo la tropa, y Quiroga procede a la verificación y comparación de las varitas. Un soldado hay, empero, cuya vara aparece más corta que las otras. “¡Miserable! —le grita Facundo, con voz aterrante—, ¡tú eres!...”. Y, en efecto, él era: su turbación lo dejaba conocer demasiado. El expediente es sencillo: el crédulo gaucho, temiendo que, efectivamente, creciese su varita, le había cortado un pedazo. Pero se necesita cierta superioridad y cierto conocimiento de la naturaleza humana para valerse de estos medios.

Habíanse robado algunas prendas de la montura de un soldado, y todas las pesquisas habían sido inútiles para descubrir al ladrón. Facundo hace formar la tropa y que desfile por delante de él, que está con los brazos cruzados, la mira fija, escudriñadora, terrible. Antes ha

dicho: “Yo sé quién es”, con una seguridad que nada desmiente. Empiezan a desfilar, desfilan muchos, y Quiroga permanece inmóvil; es la estatua de Júpiter Tonante, es la imagen del Dios del Juicio Final. De repente, se abalanza sobre uno, le agarra del brazo y le dice, con voz breve y seca: “¿Dónde está la montura?” — “Allí, señor” — contesta, señalando un bosquecillo —. “Cuatro tiradores” — grita entonces Quiroga.

¿Qué revelación era ésta? La del terror y la del crimen, hecha ante un hombre sagaz. Estaba, otra vez, un gaucho respondiendo a los cargos que se le hacían por un robo; Facundo le interrumpe, diciendo: “Ya este pícaro está mintiendo; ¡a ver..., cien azotes...!” Cuando el reo hubo salido, Quiroga dijo a alguno que se hallaba presente: “Vea, patrón; cuando un gaucho, al hablar, esté haciendo marcas con el pie, es señal que está mintiendo”. Con los azotes, el gaucho contó la historia como debía de ser, esto es, que se había robado una yunta de bueyes.

Necesitaba otra vez, y había pedido, un hombre resuelto, audaz, para confiarle una misión peligrosa. Escribía Quiroga, cuando le trajeron el hombre; levanta la cara después de habérselo anunciado varias veces, lo mira y dice, continuando de escribir: “¡Eh!... ¡Ese es un miserable! ¡Pido un hombre valiente y arrojado!”. Averiguóse, en efecto, que era un patán.

De estos hechos hay a centenares en la vida de Facundo, y que, al paso que descubren un hombre superior, han servido eficazmente para labrarle una reputación misteriosa, entre hombres groseros, que llegaban a atribuirle poderes sobrenaturales.

## CONECTANDO TEXTOS

La ironía (del griego: disimulo o ignorancia fingida) es una figura literaria mediante la que se da a entender algo muy distinto, o incluso contrario de lo que se dice o escribe. A menudo requiere de un bagaje cultural que debe tenerse en cuenta, y, además, el uso de la ironía verbal puede también relacionarse con pautas no lingüísticas como el tono de voz o la postura.

### Actividad

1. Lea el siguiente texto titulado “Civilización y barbarie” de Daniel Moyano.

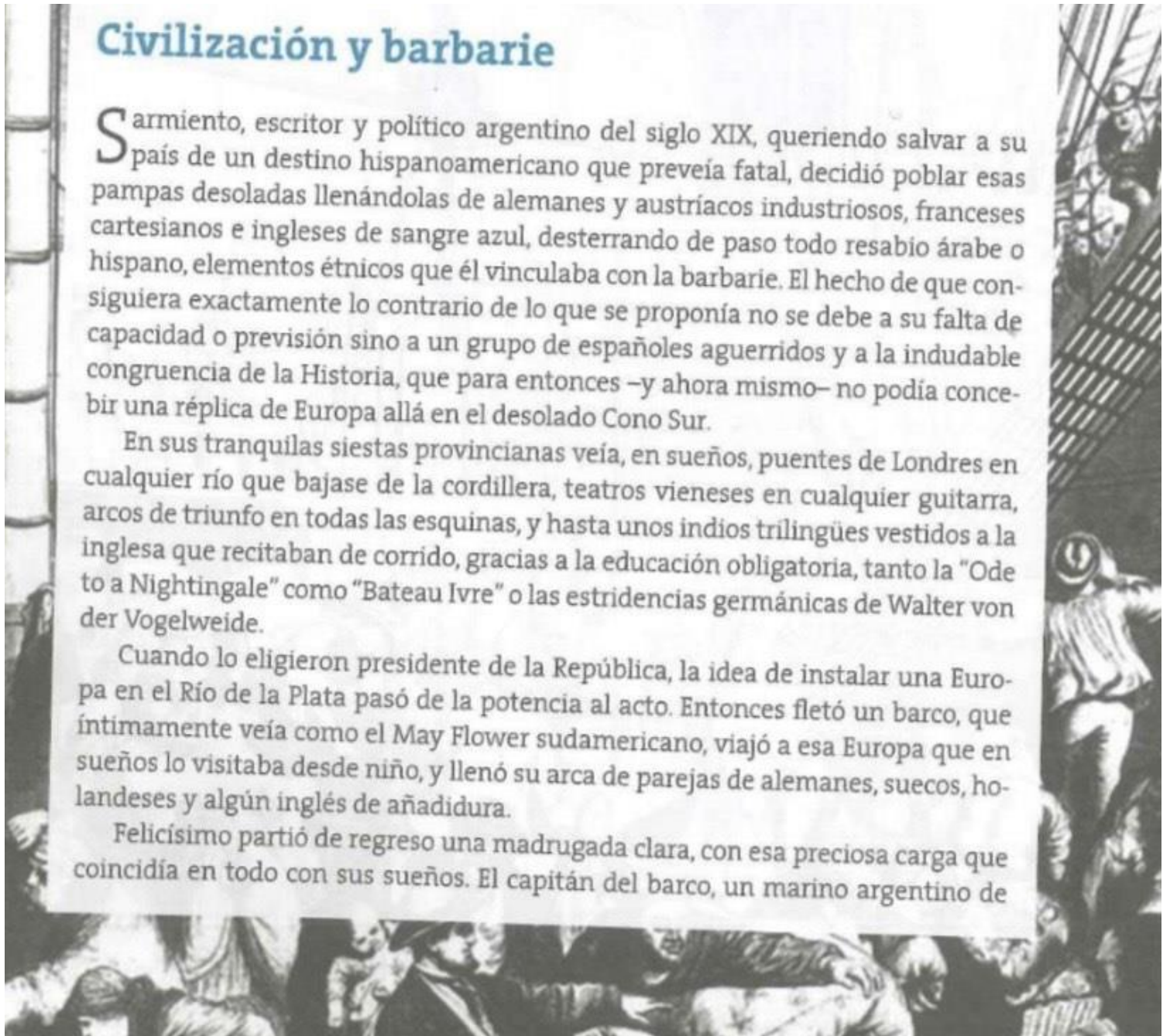
## Civilización y barbarie

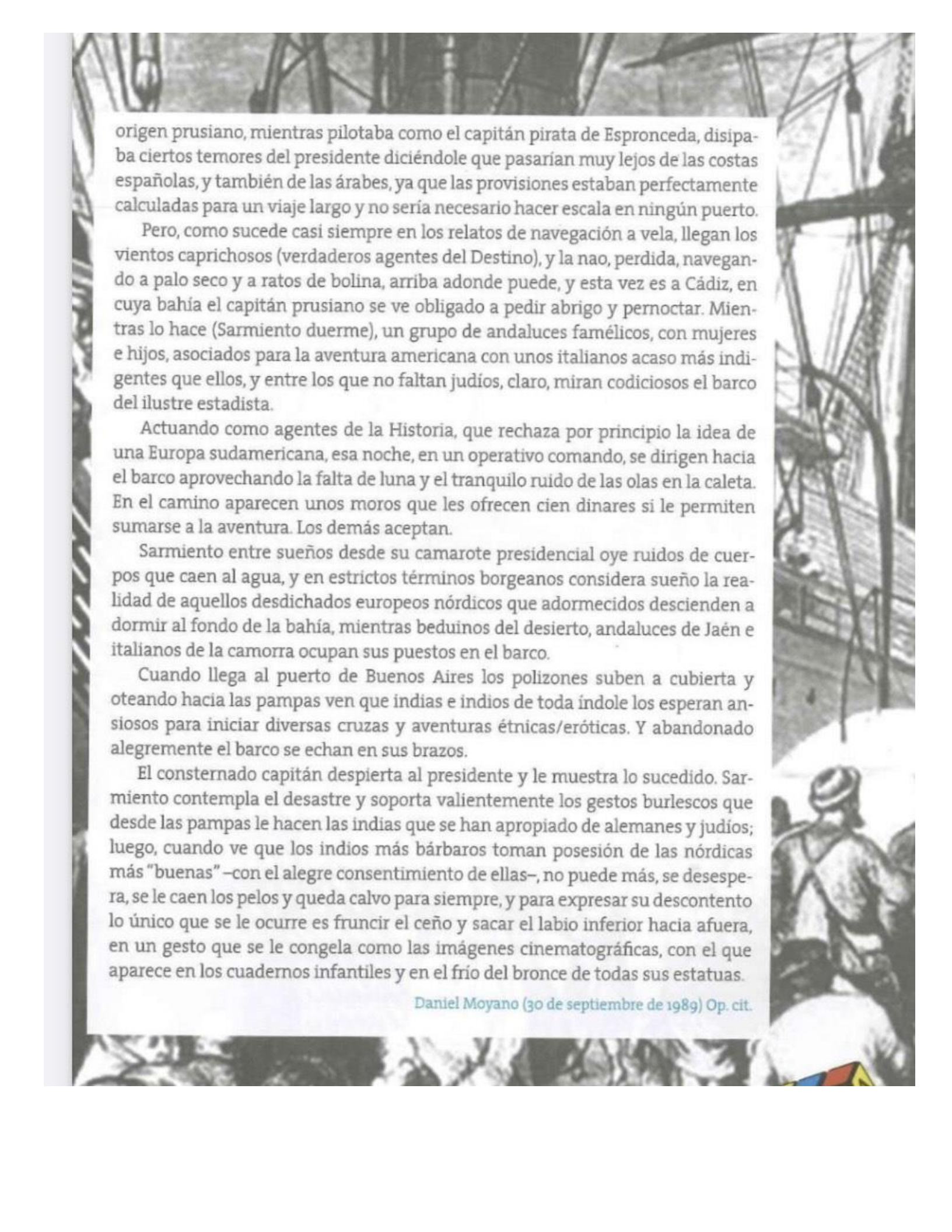
Sarmiento, escritor y político argentino del siglo XIX, queriendo salvar a su país de un destino hispanoamericano que preveía fatal, decidió poblar esas pampas desoladas llenándolas de alemanes y austriacos industriales, franceses cartesianos e ingleses de sangre azul, desterrando de paso todo resabio árabe o hispano, elementos étnicos que él vinculaba con la barbarie. El hecho de que consiguiera exactamente lo contrario de lo que se proponía no se debe a su falta de capacidad o previsión sino a un grupo de españoles aguerridos y a la indudable congruencia de la Historia, que para entonces –y ahora mismo– no podía concebir una réplica de Europa allá en el desolado Cono Sur.

En sus tranquilas siestas provincianas veía, en sueños, puentes de Londres en cualquier río que bajase de la cordillera, teatros vieneses en cualquier guitarra, arcos de triunfo en todas las esquinas, y hasta unos indios trilingües vestidos a la inglesa que recitaban de corrido, gracias a la educación obligatoria, tanto la “Ode to a Nightingale” como “Bateau Ivre” o las estridencias germánicas de Walter von der Vogelweide.

Cuando lo eligieron presidente de la República, la idea de instalar una Europa en el Río de la Plata pasó de la potencia al acto. Entonces fletó un barco, que íntimamente veía como el May Flower sudamericano, viajó a esa Europa que en sueños lo visitaba desde niño, y llenó su arca de parejas de alemanes, suecos, holandeses y algún inglés de añadidura.

Felicitísimo partió de regreso una madrugada clara, con esa preciosa carga que coincidía en todo con sus sueños. El capitán del barco, un marino argentino de





origen prusiano, mientras pilotaba como el capitán pirata de Espronceda, disipaba ciertos temores del presidente diciéndole que pasarían muy lejos de las costas españolas, y también de las árabes, ya que las provisiones estaban perfectamente calculadas para un viaje largo y no sería necesario hacer escala en ningún puerto.

Pero, como sucede casi siempre en los relatos de navegación a vela, llegan los vientos caprichosos (verdaderos agentes del Destino), y la nao, perdida, navegando a palo seco y a ratos de bolina, arriba adonde puede, y esta vez es a Cádiz, en cuya bahía el capitán prusiano se ve obligado a pedir abrigo y pernoctar. Mientras lo hace (Sarmiento duerme), un grupo de andaluces famélicos, con mujeres e hijos, asociados para la aventura americana con unos italianos acaso más indigentes que ellos, y entre los que no faltan judíos, claro, miran codiciosos el barco del ilustre estadista.

Actuando como agentes de la Historia, que rechaza por principio la idea de una Europa sudamericana, esa noche, en un operativo comando, se dirigen hacia el barco aprovechando la falta de luna y el tranquilo ruido de las olas en la caleta. En el camino aparecen unos moros que les ofrecen cien dinares si le permiten sumarse a la aventura. Los demás aceptan.

Sarmiento entre sueños desde su camarote presidencial oye ruidos de cuerpos que caen al agua, y en estrictos términos borgeanos considera sueño la realidad de aquellos desdichados europeos nórdicos que adormecidos descienden a dormir al fondo de la bahía, mientras beduinos del desierto, andaluces de Jaén e italianos de la camorra ocupan sus puestos en el barco.

Cuando llega al puerto de Buenos Aires los polizones suben a cubierta y oteando hacia las pampas ven que indias e indios de toda índole los esperan ansiosos para iniciar diversas cruces y aventuras étnicas/eróticas. Y abandonado alegremente el barco se echan en sus brazos.

El consternado capitán despierta al presidente y le muestra lo sucedido. Sarmiento contempla el desastre y soporta valientemente los gestos burlescos que desde las pampas le hacen las indias que se han apropiado de alemanes y judíos; luego, cuando ve que los indios más bárbaros toman posesión de las nórdicas más "buenas" –con el alegre consentimiento de ellas–, no puede más, se desespera, se le caen los pelos y queda calvo para siempre, y para expresar su descontento lo único que se le ocurre es fruncir el ceño y sacar el labio inferior hacia afuera, en un gesto que se le congela como las imágenes cinematográficas, con el que aparece en los cuadernos infantiles y en el frío del bronce de todas sus estatuas.

Daniel Moyano (30 de septiembre de 1989) *Op. cit.*

2. A partir de la lectura, responda.
  - A. Se dice que la ironía cómica es una incongruencia aguda entre nuestras expectativas de un suceso y lo que ocurre. ¿Cómo se manifiesta esa incongruencia en el texto de Moyano? ¿Qué es lo que Sarmiento esperaba y lo que finalmente ocurre?
  - B. La conexión entre la ironía y el humor se produce cuando la sorpresa nos sumerge en la risa ¿Qué hechos provocan risa en el texto?
  - C. ¿Cuál es la verdadera intención de Moyano? ¿Qué mensaje quiere transmitir en relación con el programa de Sarmiento para “civilizar” el suelo nacional?
  
3. Lea el siguiente fragmento de un ensayo de Víctor Massuh para descubrir otra mirada sobre la distinción entre civilización y barbarie.

## Lo vernáculo y lo europeo

### Un modelo argentino

La primera dicotomía histórica a resolver es la del enfrentamiento entre lo vernáculo y lo europeo. Con estos términos se designan dos modalidades bastante arraigadas en el argentino. Una tiende a la valoración de lo propio, lo comarcano, lo inmediato, lo que ya se tiene. La otra valoriza lo distante, lo europeo, lo que viene de los centros prestigiosos. En el primer caso se piensa que la vitalidad natural es una savia que asciende desde una raíz hundida en la tierra, en el pasado indígena, español o criollo, y entonces surgen las propuestas culturales del indigenismo, del hispanismo o del criollismo. En el segundo caso, la opción europeizante y cosmopolita asume la tarea cultural como un trabajo asimilatorio o imitativo de pautas importadas. Aquí se entiende la cultura como “transplante”, como “prendiendo de gajo”, según el agudo análisis de Bernardo Canal Feijóo. Una perspectiva mira hacia adentro, la otra hacia fuera; una es tradicionalista, la otra es moderna; una es cerrada y desconfiada, la otra es abierta y fuertemente repetitiva. Estas dos actitudes marcaron al hombre argentino y sellaron su historia. Una propuesta nacional debe resolver esta dicotomía que tuvo expresiones políticas, militares, ideológicas, económicas y literarias desgarrantes. Resolverlas implica comprender que estos dos movimientos deben mantenerse como alternancias complementarias de una misma realización. Toda gran obra es un acto de fidelidad a la raíz pero también una incorporación de lo ajeno; es un adentrarse en el pasado para rescatar y continuar sus contenidos valiosos, pero también una fecundación propia mediante el comercio con lo extraño y lo distante. Esta dialéctica es la clave de toda gran cultura y debe quedar, por lo tanto, definitivamente incorporada a la dinámica creadora del modelo argentino. (...) Pero no basta con complementar estas tendencias. Es preciso purgarlas de sus contenidos falseados, de las toxinas psicológicas que acompañan a cada una de ellas. Se trata de limpiar la actitud vernácula de su desconfianza por lo europeo (y extensivamente por lo occidental y lo oriental), y la actitud europeísta de su afán por desvalorizar lo propio y lo comarcano. Detrás del énfasis autóctono se esconde, con frecuencia, el simple temor a lo nuevo; detrás de la opción europeísta, un afán repetitivo. ¿Cómo eliminar estos contenidos falseados? Es preciso un humilde acto de conciencia. La actitud vernácula es insuficiente cuando hace de lo indígena, de lo hispánico o lo criollo, modelos que emplea para encubrir su temor a lo nuevo y lo desconocido. Lo ajeno se le aparece como la amenaza de una penetración imperial y ejercita, entonces, una política cultural de fronteras cerradas que se expresa a través de una retórica nacionalista y folklórica bastante mediocre en sus fundamentos. (...) También es preciso desprendernos de un europeísmo imitativo. Europa ha dejado, sencillamente, de ser el eje de la historia universal, ya no es sinónimo de universalismo. Menos se justifica, entonces, la admiración bobalicona y obsecuente. Liberado del temor a lo nuevo, y de la imitación servil –y de los sentimientos de cerrazón y menorvalía que acompañan a tales actitudes–, el argentino puede percibir el sello de la universalidad tanto en una copla, un rito religioso arcaico, una legislación colonial, una rebeldía caudillesca o el *Facundo* de Sarmiento, como en los mosaicos de Ravenna, la mezquita de Córdoba, el *Fausto* de Goethe o la acción de Mahatma Gandhi. Atrás tienen que quedar las cegueras del pasado: no todo lo vernáculo es “barbarie” ni lo europeo “civilización”. Una voluntad argentina puede superar estas dicotomías torpes porque su óptica es la de la universalidad. Desde esta perspectiva se diluye la distinción entre lo vernáculo y lo europeo porque carece de sentido. Tal perspectiva es la que, felizmente, ya practican en nuestro país aquellos que saben unir los vientos del mundo y los del propio suelo en un solo impulso creador.

Víctor Massuh (1982), *La Argentina como sentimiento*, Buenos Aires, Sudamericana.

4. A partir de la lectura, responda.

A. ¿Qué significan vernáculo y dicotomía? Proponga sinónimos para ambos términos.

B. ¿Cuál es la dicotomía que según el autor ha afectado desde siempre al ser argentino?

C. ¿Qué propone Massuh para ir más allá de esa división? ¿Estás de acuerdo con el autor en su propuesta?  
¿Por qué?

# LITERATURA GAUCHESCA: “EL MARTIN FIERRO” DE JOSÉ HERNANDEZ

## LA FIGURA DEL GAUCHO: “¿DÓNDE ESTÁ FIERRO?”

1. Observe atentamente los siguientes videos y luego responda.



¿Quién es el gaucho?  
<https://youtu.be/oevJ3gjMOzQ>



Guerras cantadas  
<https://youtu.be/pKz008syimk>



La voz de José Hernández  
<https://youtu.be/yaPoAXdTW0Q>

### VIDEO ¿QUIÉN ES EL GAUCHO?

- A. ¿Con qué se asocia la palabra “gaucho”?
- B. ¿A qué se dedicaba el gaucho para ganarse la vida?
- C. ¿Cómo es la visión “buena” y la visión “mala” del gaucho?
- D. ¿En qué momento histórico se publica la “ida” de Martín Fierro?
- E. ¿En qué momento el gaucho pasa a representar “lo criollo”?

### VIDEO GUERRAS CANTADAS

- A. ¿Qué es la “literatura gauchesca”? ¿Quién la escribía?
- B. ¿En qué se relacionaría la cumbia y la gauchesca?
- C. ¿Qué elementos en común tienen el rap (o el hip hop) y la payada?

### VIDEO LA VOZ DE JOSÉ HERNANDEZ

- A. ¿Cuál es el enfrentamiento político dominante de la época de Hernández?
- B. ¿Por qué se dice que el federalismo es una “sensibilidad”?
- C. ¿Dónde aprende a hablar como los gauchos?
- D. ¿Quién fue el Chacho Peñaloza?
- E. ¿Qué diferencias políticas hay entre Hernández y Sarmiento?
- F. ¿En qué momento se empieza a gestar el Martín Fierro?
- G. ¿A quién termina apoyando Hernández y por qué resultaría contradictorio?



## Martín Fierro



Es la obra más difundida y conocida de nuestra literatura, la más editada y comentada, la que

menos resistencia

ofrece para su aceptación por todos los niveles culturales y sociales de

nuestro pueblo. (PRIETO, Adolfo,

Capítulo de la Literatura Argentina,

Fascículo n° 16, Buenos Aires,

CEDAL, 19, 1967; p.361

Lo invitamos a leer la primera parte del **Martín Fierro**:

### Canto 1:

*Aquí me pongo a cantar  
Al compás de la vigüela,  
que el hombre que lo desvela  
una pena extraordinaria,  
como la ave solitaria  
con el cantar se consuela.*

*Pido a los santos del cielo  
que ayuden mi pensamiento:  
les pido en este momento  
que voy a cantar mi historia  
me refresquen la memoria  
y aclaren mi entendimiento.*

*Vengan santos milagrosos,  
vengan todos en mi ayuda  
que la lengua se me añuda  
y se me turba la vista;  
pido a mi Dios que me asista  
en una ocasión tan ruda.*

*Yo he visto muchos cantores,  
con famas bien otenidas  
y que después de alquiridas  
no las quieren sustentar:  
parece que sin largar  
se cansaron en partidas.*

*Mas ande otro criollo pasa  
Martín Fierro ha de pasar;  
nada lo hace recular  
ni las fantasmas lo espantan,*

*y dende que todos cantan  
yo también quiero cantar.*

*Cantando me he de morir,  
cantando me han de enterrar  
y cantando he de llegar  
al pie del eterno Padre;  
dende el vientre de mi madre  
vine a este mundo a cantar.*

*Que no se trabe mi lengua  
ni me falte la palabra;  
el cantar mi gloria labra  
y, poniéndomé a cantar,  
cantando me han de encontrar  
aunque la tierra se abra.*

*Me siento en el plan de un bajo  
a cantar un argumento;  
como si soplara el viento  
hago tiritar los pastos.  
Con oros, copas y bastos  
juega allí mi pensamiento.*

*Yo no soy cantor letrao  
mas si me pongo a cantar  
no tengo cuándo acabar  
y me envejezco cantando:  
las coplas me van brotando  
como agua de manantial.*

*Con la guitarra en la mano  
ni las moscas se me arriman;  
naides me pone el pie encima,  
y, cuando el pecho se entona,*



NOTAS

a esperar que venga el día,  
al cimarrón se prendía  
hasta ponerse rechoncho,  
mientras su china dormía  
tapadita con su poncho.

Y apenas la madrugada  
empesaba a coloriar,  
los pájaros a cantar  
y las gallinas a apiarse,  
era cosa de largarse  
cada cual a trabajar.

Este se ata las espuelas,  
se sale el otro cantando,  
uno busca un pellón blando,  
éste un lazo, otro un rebenque,  
y los pingos relinchando  
los llaman dende el palenque.

El que era piñon domador  
enderezaba al corral,  
ande estaba el animal  
bufidos que se las pela ...  
y mas malo que su agüela  
se hacía astillas el bagual.

Y allí el gaucho inteligente,  
en cuanto el potro enriendó,  
los cueros le acomodó  
y se le sentó en seguida  
que el hombre muestra en la vida  
la astucia que Dios le dio.

Y en las playas corcoviando  
pedazos se hacía el sotreta  
mientras él por las paletas  
le jugaba las lloronas  
y al ruido de las caronas  
salía haciendo gambetas.

¡Ah, tiempos!... ¡Si era un orgullo  
ver jinetear un paisano!  
cuando era gaucho baquiano,  
aunque el potro se boliase,  
no había uno que no parase  
con el cabresto en la mano.

Y mientras domaban unos,  
otros al campo salían  
y la hacienda recogían,  
las manadas repuntaban,

y así sin sentir pasaban  
entretenidos el día.

Y verlos al cair la tarde  
en la cocina riunidos,  
con el juego bien prendido  
y mil cosas que contar,  
platicar muy divertidos  
hasta después de cenar.

Y con el buche bien lleno  
era cosa superior  
irse en brazos del amor  
a dormir como la gente,  
pa empezar el día siguiente  
las faínas del día anterior.

Ricuerdo ¡qué maravilla!  
cómo andaba la gauchada  
siempre alegre y bien montada  
y dispuesta pa el trabajo...  
pero hoy en día... ¡barajo!  
no se la ve de aporriada.

El gaucho más infeliz  
Tenía tropilla de un pelo,  
no le faltaba un consuelo  
y andaba la gente lista...  
teniendo al campo la vista,  
solo vía hacienda y cielo.

Cuando llegaban las yerras,  
¡cosa que daba calor!  
tanto gaucho pialador  
y tironiador sin yel.  
¡Ah, tiempos... pero si en él  
se ha visto tanto primor!

Aquello no era trabajo,  
mas bien era una junción,  
y después de un güen tirón  
en que uno se daba mana,  
pa darle un trago de cana  
solía llamarlo el patrón.

Pues vivía la mamajuana  
siempre bajo la carreta,  
y aquel que no era chancleta,  
en cuanto el goyete vía,  
sin miedo se le prendía  
como güerfano a la teta.  
¡Y qué jugadas se armaban



NOTAS

lo viera cómo lloraba!  
Hasta un inglés zanjador  
que decía en la última guerra  
que él era de Inca-la-perra  
y que no quería servir,  
tambien tuvo que juir  
a guarecerse en la sierra.

Ni los mirones salvaron  
de esa arriada de mi flor,  
fué acoyarao el cantor  
con el gringo de la mona,  
a uno solo, por favor,  
logró salvar la patrona.

Formaron un contingente  
con los que del baile arriaron,  
con otros nos mesturaron,  
que habían agarrao también,  
las cosas que aquí se ven  
ni los diablos las pensaron.

A mí el Juez me tomó entre ojos  
en la ultima votación:  
me le había hecho el remolón  
y no me arrimé ese día,  
y él dijo que yo servía  
a los de la esposición.

Y así sufrí ese castigo  
tal vez por culpas ajenas,  
que sean malas o sean güenas  
las listas, siempre me escondo:  
yo soy un gaucho redondo  
y esas cosas no me enllenan.

Al mandarnos nos hicieron  
mas promesas que a un altar,  
el Juez nos jué a proclamar  
y nos dijo muchas veces:  
muchachos, a los seis meses  
los van a ir a relevar.

Yo llevé un moro de número  
¡sobresaliente el matucho!  
con él gané en Ayacucho  
mas plata que agua bendita:  
siempre el gaucho necesita  
un pingo pa fiarle un pucho.

Y cargué sin dar mas güeltas  
con las prendas que tenía:

jergas, ponchos, todo cuanto había  
en casa, tuito lo alcé:  
a mi china la dejé  
medio desnuda ese día.

No me falta una guasca  
-esa ocasión eché el resto-,  
bozal, maniador, cabresto,  
lazo, bolas y manea...  
¡el que hoy tan pobre me vea  
tal vez no creerá todo esto!

Ansí en mi moro, escarciando,  
enderecé a la frontera.  
¡Aparcero si uste viera  
lo que se llama cantón!...  
ni envidia tengo al ratón  
en aquella ratonera.

De los pobres que allí había  
a ninguno lo largaron,  
los más viejos rezongaron,  
pero a uno que se quejó  
en seguida lo estaquiaron,  
y la cosa se acabó.

En la lista de la tarde  
el jefe nos cantó el punto  
diciendo: -Quinientos juntos  
llevará el que se resierte;  
lo haremos pitar del juerte,  
mas bien dése por dijunto-.

A naides le dieron armas,  
pues toditas las que había  
el Coronel las tenía,  
sigún dijo esa ocasión,  
pa repartirlas el día  
en que hubiera una invasión.

Al principio nos dejaron  
de haraganes criando sebo,  
pero después... no me atrevo  
a decir lo que pasaba...  
¡barajo!... si nos trataban  
como se trata a malevos.

Porque todo era jugarle  
por los lomos con la espada,  
y aunque usté no hiciera nada,  
lo mesmito que en palermo,  
le daban cada cepiada  
que lo dejaban enfermo.



NOTAS

Y el indio es como tortuga  
de duro para espichar;  
si lo llega a destripar  
ni siquiera se le encoge;  
luego sus tripas recoge,  
y se agacha a disparar.

Hacían el robo a su gusto  
y después se iban de arriba;  
se llevaban las cautivas,  
y nos contaban que a veces  
les descarnaban los pieces,  
a las pobrecitas, vivas.

¡Ah! ¡si partía el corazón  
ver tantos males, canejo!  
los perseguíamos de lejos  
sin poder ni galopiar;  
¡y qué habíamos de alcanzar  
en unos vichocos viejos!

Nos volvíamos al cantón  
a las dos o tres jornadas,  
sembrando las caballadas;  
y pa que alguno la venda,  
rejuntábamos la hacienda  
que habían dejao rezagada.

Una vez entre otras muchas,  
tanto salir al botón,  
nos pegaron un malón  
los indios y una lanciada,  
que la gente acobardada  
quedó dende esa ocasión.

Habían estao escondidos  
aguaitando atrás de un cerro...  
¡lo viera a su amigo Fierro  
aflojar como un blandito!  
salieron como maíz frito  
en cuanto sonó un cencerro.

Al punto nos dispusimos  
aunque ellos eran bastantes;  
la formamos al instante  
nuestra gente, que era poca,  
y golpiándose en la boca  
hicieron fila adelante.

Se vinieron en tropel  
haciendo temblar la tierra.  
no soy manco pa la guerra

pero tuve mi jabón,  
pues iba en un redomón  
que había boleao en la sierra.

¡Qué vocerío! ¡Qué barullo!  
¡qué apurar esa carrera!  
la indiada todita entera  
dando alaridos cargó,  
¡jue pucha!... y ya nos sacó  
como yeguada matrera.

¡Qué fletes traiban los bárbaros!  
¡como una luz de ligeros!  
hicieron el entrevero  
y en aquella mezclanza,  
este quiero, éste no quiero,  
nos escogían con la lanza.

Al que le daban un chuzazo,  
difíciloso es que sane.  
En fin, para no echar panes,  
salimos por esas lomas,  
lo mismo que las palomas  
al juir de los gavilames.

¡Es de admirar la destreza  
con que la lanza manejan!  
de perseguir nunca dejan,  
y nos traiban apretaos.  
¡Si queríamos, de apuraos,  
salimos por las orejas!

Y pa mejor de la fiesta  
en esa aflicción tan suma,  
vino un indio echando espuma,  
y con la lanza en la mano,  
gritando: -Acabáu cristiano,  
metáu el lanza hasta el pluma.

Tendido en el costillar,  
cimbrando por sobre el brazo  
una lanza como un lazo,  
me atropelló dando gritos:  
si me descuido... el maldito  
me levanta de un lanzazo.

Si me atribulo o me encojo,  
siguro que no me escapo:  
siempre he sido medio guapo,  
pero en aquella ocasión  
me hacía buya el corazón  
como la garganta al sapo.



NOTAS

que pronto con el pulpero  
los teníamos negociaos.

Era un amigo del jefe  
que con un boliche estaba;  
yerba y tabaco nos daba  
por la pluma de avestruz,  
y hasta le hacía ver la luz  
al que un cuero le llevaba.

Solo tenía cuatro frascos  
y unas barricas vacías,  
y a la gente le vendía  
todo cuanto precisaba...  
algunos creiban que estaba  
allí la proveduría.

¡Ah, pulpero habilidoso!  
nada le solía faltar.  
¡ahijuna!, para tragar  
tenía un buche de ñandú;  
la gente le dió en llamar  
-el boliche de virtú.-

Aunque es justo que quien vende  
algún poquito muerda,  
tiraba tanto la cuerda  
que, con sus cuatro limetas  
él cargaba las carretas  
de plumas, cueros y cerda.

Nos tenía apuntaos a todos  
con más cuentas que un rosario,  
cuando se anunció un salario  
que iban a dar, o un socorro;  
pero sabe Dios qué zorro  
se lo comió al Comisario;

Pues nunca lo vi llegar,  
y al cabo de muchos días  
en la misma pulpería  
dieron una güena cuenta,  
que la gente muy contenta  
de tan pobre recibía.

Sacaron unos sus prendas,  
que las tenían empeñadas;  
por sus deudas atrasadas  
dieron otros el dinero;  
al fin de fiesta el pulpero  
se quedó con la mascada.

Yo me arrescosté a un horcón  
dando tiempo a que pagaran,  
y poniendo güena cara  
estuve haciéndome el poyo,  
a esperar que me llamaran  
para recibir mi boyo.

Pero ahí me pude quedar  
pegao pa siempre al horcón,  
ya era casi la oración  
y ninguno me llamaba;  
la cosa se me ñublaba  
y me dentró comezón.

Pa sacarme el entripao  
vi al Mayor, y lo fí a hablar;  
yo me lo empecé a atracar,  
y como con poca gana  
le dije:--Tal vez mañana  
acabarán de pagar.-

-¡Qué mañana ni otro día!-,  
al punto me contestó:  
-la paga ya se acabó;  
¡siempre has de ser animal!-  
me rai y le dije:-Yo...  
no he recebido ni un rial.-

Se le pusieron los ojos  
que se le querían salir,  
y ahí no más volvió a decir  
comiéndome con la vista:  
-y qué querés recibir  
si no has dentrao en la lista?-

-Esto sí que es amolar-,  
dije yo pa mis adentros;  
-van dos años que me encuentro  
y hasta aura he visto ni un grullo;  
dentro en todos los barullos  
pero en las listas no dentro.-

Vide el plaito mal parao  
y no quise aguardar más...  
es güeno vivir en paz  
con quien nos ha de mandar;  
y reculando pa atrás  
me le empecé a retirar.

Supo todo el Comendante  
y me llamó al otro día,  
diciéndome que quería



NOTAS

Cuando me vido acercar:  
-quien vivore...?- preguntó;  
-¿qué viboras?-, dije yo.  
-¡Ha garto!-, me pegó el grito,  
y yo dije despacito:  
-¡más lagarto serás vos!-

Ahi no más, ¡Cristo me valga!,  
rastrillar el jusil siento:  
me agaché, y en el momento  
el bruto me largó un chumbo;  
mamao, me tiró sin rumbo,  
que si no, no cuento el cuento.

Por de conta, con el tiro  
se alborotó el avispero;  
los Oficiales salieron  
y se empezó la junción;  
quedó en su puesto el nación,  
y yo fí al estaquiadero.

Entre cuatro bayonetas  
me tendieron en el suelo;  
vino el Mayor medio en pedo  
y allí se puso a gritar:  
-¡pícaro, te he de enseñar  
andar reclamando sueldos!-

De las manos y las patas  
me ataron cuatro cinchones;  
les aguanté los tirones  
sin que ni un ¡ay! se me oyera,  
y al gringo la noche entera  
lo harté con mis maldiciones.

Yo no sé por qué el gobierno  
nos manda aquí a la frontera  
gringada que ni siquiera  
se sabe atracar a un pingo.  
¡si creará al mandar un gringo  
que nos manda alguna fiera!

No hacen más que dar trabajo,  
pues no saben ni ensillar;  
no sirven ni pa carniar:  
y yo he visto muchas veces  
que ni voltiadas las reses  
se les querían arrimar.

Y lo pasan sus mercedes  
lengüetiando pico a pico  
hasta que viene un milico

a servirles al asao...  
y eso sí, en lo delicaos,  
parecen hijos de rico.

Si hay calor, ya no son gente;  
si yela, todos tiritan;  
si usté no les da, no pitan  
por no gastar en tabaco,  
y cuando pescan un naco  
uno al otro se lo quitan.

Cuando llueve se acoquinan  
como perro que oye truenos.  
¡Qué diablos!, sólo son güenos  
pa vivir entre maricas,  
y nunca se andan con chicas  
para alzar ponchos ajenos.

Pa vichar son como ciegos;  
no hay ejemplo de que entiendan,  
ni hay uno solo que aprenda,  
al ver un bulto que cruza,  
a saber si es avestruza,  
o si es jinete, o hacienda.

Si salen a perseguir  
después de mucho aparato,  
tuitos se pelan al rato  
y va quedando el tendal:  
esto es como en un nida  
echarle güevos a un gato.

**Canto 6:**

Vamos dentrando recién  
a la parte más sentida,  
aunque es todita mi vida  
de males una cadena:  
a cada alma dolorida  
le gusta cantar sus penas.

Se empezó en aquel entonces  
a rejuntar caballada,  
y riunir la milicada  
teniéndola en el cantón,  
para una despedición  
a sorprender a la indiada.

Nos anunciaban que iríamos  
sin carretas ni bagajes  
a golpiar a los salvajes  
en sus mismas tolderías;  
que a la güelta pagarían



NOTAS

pa pagar arrendamientos,  
y qué sé yó cuantos cuentos;  
pero todo lo fundieron.

Los pobrecitos muchachos,  
entre tantas afliciones,  
se conchabaron de piones;  
¡mas que iban a trabajar,  
si eran como los pichones  
sin acabar de emplumar!

Por ahí andarán sufriendo  
de nuestra suerte el rigor:  
me han contaó que el mayor  
nunca dejaba a su hermano;  
puede ser que algún cristiano  
los recoja por favor.

¡Y la pobre mi mujer,  
Dios sabe cuánto sufrió!  
me dicen que se voló  
con no sé qué gavilán:  
sin duda a buscar el pan  
que no podía darle yo.

No es raro que a uno le falte  
lo que a algún otro le sobre  
si no le quedó ni un cobre  
sino de hijos un enjambre.  
¿que más iba a hacer la pobre  
para no morirse de hambre?

¡Tal vez no te vuelva a ver,  
prienda de mi corazón!  
Dios te dé su protección  
ya que no me la dió a mí,  
y a mis hijos dende aquí  
les hecho mi bendición.

Como hijitos de la cuna  
andarán por ahí sin madre;  
ya se quedaron sin padre,  
y así la suerte los deja  
sin naidés que los proteja  
y sin perro que les ladre.

Los pobrecitos tal vez  
no tengan ande abrigarse,  
ni ramada ande ganarse,  
ni rincón ande meterse,  
ni camisa que ponerse,  
ni poncho con que taparse.

Tal vez los verán sufrir  
sin tenerles compasión;  
puede que alguna ocasión,  
aunque los vean tiritando,  
los echen de algún jogón  
pa que no estén estorbando.

Y al verse ansina espantaos  
como se espanta a los perros,  
irán los hijos de Fierro,  
con la cola entre las piernas,  
a buscar almas mas tiernas  
o esconderse en algún cerro.

Mas también en este juego  
voy a pedir mi bolada;  
a naidés le debo nada,  
ni pido cuartel ni doy:  
y ninguno dende hoy  
ha de llevarme en la armada.

Yo he sido manso primero,  
y seré gaucho matrero;  
en mi triste circunstancia,  
aunque es mi mal tan profundo,  
nací y me he criado en estancia.  
pero ya conozco el mundo.

Ya les conozco sus mañas,  
le conozco sus cucañas;  
sé como hacen la partida,  
la enriedan y la manejan;  
deshaceré la madeja  
aunque me cueste la vida.

Y aguante el que no se anime  
a meterse en tanto engorro  
o si no aprétese el gorro  
y para otra tierra emigre;  
pero yo ando como el tigre  
que le roban los cachorros.

Aunque muchos creen que el gaucho  
tiene alma de reyuno,  
no se encontrará a ninguno  
que no le dueblen las penas;  
mas no debe aflojar uno  
mientras hay sangre en las venas.



NOTAS

hasta la vista se aclara  
por mucho que haiga chupao.

El negro me atropelló  
como a quererme comer;  
me hizo dos tiros seguidos  
y los dos le abarajé.

Yo tenía un facón con S,  
que era de lima de acero;  
le hice un tiro, lo quitó  
y vino ciego el moreno;

y en el medio de las aspas  
un planazo le asenté,  
que lo largué culebriando  
lo mesmo que buscapié.

Le colorieron las motas  
con la sangre de la herida,  
y volvió a venir jurioso  
como una tigra parida.

Y ya me hizo relumbrar  
por los ojos el cuchillo,  
alcanzando con la punta  
a cortarme en un carrillo.

Me hirvió la sangre en las venas  
y me le afirmé al moreno,  
dándole de punta y hacha  
pa dejar un diablo menos.

Por fin en una topada  
en el cuchillo lo alcé,  
y como un saco de güesos  
contra un cerco lo largué.

Tiró unas cuantas patadas  
y ya cantó pal carnero:  
nunca me puedo olvidar  
de la agonía de aquel negro.

En esto la negra vino  
con los ojos como ají  
y empezó la pobre allí  
a bramar como una loba

yo quise darle una soba  
a ver si la hacía callar,  
mas pude reflesionar  
que era malo en aquel punto,  
y por respeto al dijunto

no la quise castigar.

Limpié el facón en los pastos,  
desaté mi redomón,  
monté despacio y salí  
al tranco pa el cañadón.

Después supe que al finao  
ni siquiera lo velaron,  
y retobao en un cuero,  
sin rezarle lo enterraron.

Y dicen que dende entonces,  
cuando es la noche serena  
suele verse una luz mala  
como de alma que anda en pena.

Yo tengo intención a veces,  
para que no pene tanto,  
de sacar de allí los güesos  
y echarlos al camposanto.

**Canto 8:**

Otra vez en un boliche  
estaba haciendo la tarde;  
cayó un gaicho que hacia alarde  
de guapo y peliador;  
a la llegada metió  
el pingo hasta la ramada,  
y yo sin decirle nada  
me quedé en el mostrador.

Era un terne de aquel pago  
que naides lo reprendía,  
que sus enriedos tenía  
con el señor comendante;  
y como era protegido,  
andaba muy entonao,  
y a cualquier desgraciao  
lo llevaba por delante.

¡Ah pobre! si el mismo creiba  
que la vida le sobraba;  
ninguno diría que andaba  
aguaitándolo la muerte.  
pero así pasa en el mundo,  
es así la triste vida:  
pa todos está escondida  
la güena o la mala suerte.

Se tiró al suelo; al dentrar



NOTAS

Si uno aguanta, es gaucho bruto;  
si no aguanta es gaucho malo.  
¡dele azote, dele palo,  
porque es lo que él necesita!  
de todo el que nació gaucho  
esta es la suerte maldita.

Vamos suerte, vamos juntos  
dende que juntos nacimos;  
y ya que juntos vivimos  
sin podernos dividir...  
yo abriré con mi cuchillo  
el camino pa seguir.

**Canto 9:**

Matreriando lo pasaba  
ya a las casas no venía;  
solía arrimarme de día,  
mas, lo mesmo que el carancho,  
siempre estaba sobre el rancho  
espiano a la polecía.

Viva el gaucho que ande mal,  
como zorro perseguido,  
hasta que al menor descuido  
se lo atarasquen los perros,  
pues nunca le falta un yerro  
al hombre mas alvertido.

Y en esa hora de la tarde  
en que tuito se adormece,  
que el mundo dentrar parece  
a vivir en pura calma,  
con las tristezas del alma  
al pajonal enderiece.

Bala el tierno corderito  
al lao de la blanca oveja,  
y a la vaca que se aleja  
llama el ternero amarrao;  
pero el gaucho desgraciao  
no tiene a quien dar su oveja.

Así es que al venir la noche  
iba a buscar mi guarida,  
pues ande el tigre se anida  
tmbién el hombre lo pasa,  
y no quería que en las casas  
me rodiara la partida.

Pues aun cuando vengán ellos

cumpliendo con su deberes,  
yo tengo otros pareceres,  
y en esa conduta vivo:  
que no debe un gaucho altivo  
peliar entre las mujeres.

Y al campo me iba solito,  
más matrero que el venao,  
como perro abandonao  
a buscar una tapera,  
o en alguna vizcachera  
pasar la noche tirao.

Sin punto ni rumbo fijo  
en aquella inmensidá,  
entre tanta escuridá  
anda el gaucho como duende;  
alli jamás lo sorprende  
dormido, la autoridá.

Su esperanza es el coraje,  
su guardia es la precaución,  
su pingo es la salvación,  
y pasa uno en su desvelo,  
sin más amparo que el cielo  
ni otro amigo que el facón.

.....  
Ansí me hallaba una noche  
contemplando las estrellas,  
que le parecen más bellas  
cuanto uno es más desgraciao,  
y que Dios las haiga criaio  
para consolarse en ellas.

Les tiene el hombre cariño  
y siempre con alegría  
ve salir las Tres Marías;  
que si llueve, cuanto escampa,  
las estrellas son la guía  
que el gaucho tiene en la pampa.

Aquí no valen doctores,  
sólo vale la esperiencia;  
aquí verían su inocencia  
esos que todo lo saben,  
porque esto tiene otra llave  
y el gaucho tiene su cencia.

Es triste en medio del campo  
pasarse noches enteras  
contemplando en sus carreras



NOTAS

y la angurria que venían,  
que tuitos se me venían,  
donde yo los esperaba;  
uno al otro se estorbaba  
y con las ganas no vían.

Dos de ellos que traiban sables  
mas garifos y resueltos,  
en las hilachas envueltos  
enfrente se me pararon,  
y a un tiempo me atropellaron  
lo mesmo que perros sueltos.

Me fuí reculando en falso  
y el poncho adelante eché,  
y en cuanto le puso el pie  
uno medio chapetón,  
de pronto le di un tirón  
y de espaldas lo largué

al verse sin compañero  
el otro se sofrenó;  
entonces le dentré yo,  
sin dejarlo resollar,  
pero ya empezó a aflojar  
y a la pu...n...ta disparó.

Uno que en una tacuara  
había atao una tijera,  
se vino como si fuera  
palenque de atar terneros,  
pero en dos tiros certeros  
salió aullando campo ajuera.

Por suerte en aquel momento  
venía coloriendo el alba  
y yo dije: -Si me salva  
la Virgen en este apuro,  
en adelante le juro  
ser más güeno que una malva-

Pegué un brinco y entre todos  
sin miedo me entreveré;  
hecho ovillo me quedé  
y ya me cargó una yunta,  
y por el suelo la punta  
de mi facón les jugué.

El más engolosinao  
se me apió con un hachazo;  
se lo quité con el brazo;  
de no, me mata los piojos;  
y antes de que diera un paso

le eché tierra en los dos ojos.

Y mientras se sacudía  
refregándose la vista,  
yo me le fuí como lista  
y ahí no más me le afirmé,  
diciéndole: -Dios te asista-,  
y de un revés lo voltié.

Pero en ese punto mesmo  
sentí que por las costillas  
un sable me hacía cosquillas  
y la sangre me heló;  
dende ese momento yo  
me salí de mis casillas.

Di para atrás unos pasos  
hasta que pude hacer pie;  
por delante me lo eché  
de punta y tajos a un criollo;  
metió la pata en un hoyo,  
y yo al hoyo lo mandé.

Tal vez en el corazón  
le tocó un Santo bendito  
a un gaucho, que pegó el grito  
y dijo: -¡Cruz no consiente  
que se cometa el delito  
de matar a un valiente!-

Y ahí no más se me apareió,  
dentrándole a la partida;  
yo les hice otra embestida  
pues entre dos era robo;  
y el Cruz era como lobo  
que defiende su guarida.

Uno despachó al infierno  
de dos que lo atropellaron;  
los demás remoliniaron,  
pues íbamos a la fija,  
y a poco andar dispararon  
lo mesmo que sabandija.

Ahí quedaron largo a largo  
los que estiaron la jeta;  
otro iba como maleta,  
y Cruz de atrás les decía:  
-Que venga otra polecia  
a llevarlos en carreta-

Yo junté las osamentas,



NOTAS

se suele escapar el juerte.

Y ricuerde cada cual  
lo que cada cual sufrió,  
que lo que es, amigo, yo,  
hago así la cuenta mía:  
ya lo pasado pasó;  
mañana será otro día.

Yo también tuve una pilcha  
que me enllenó el corazón,  
y si en aquella ocasión  
alguien me hubiera buscao,  
siguro que me había hallao  
más prendido que un botón.

En la güeya del querer  
no hay animal que se pierda...  
las mujeres no son lerdas,  
y todo gaucho es doctor  
si pa cantarle al amor  
tiene que templar las cuerdas.

¡Quien es de una alma tan dura  
que no quiera una mujer!  
lo alivia en su padecer:  
si no sale calavera  
es la mejor compañera  
que el hombre puede tener.

Si es güena, no lo abandona  
cuando lo ve desgraciao,  
lo asiste con su cuidao,  
y con afán cariñoso,  
y usté tal vez ni un rebozo  
ni una pollera le ha dao.

¡Grandemente lo pasaba  
con aquella prenda mía,  
viviendo con alegría  
como la mosca en la miel!  
¡amigo, qué tiempo aquél!  
¡la pucha, que la quería!

Era la águila que a un árbol  
dende las nubes bajó;  
era mas linda que el alba  
cuando va rayando el sol;  
era la flor deliciosa  
que entre el trebolar creció.

Pero, amigo, el Comendante

que mandaba la milicia,  
como que no desperdicia  
se fué refalando a casa;  
yo le conocí en la traza  
que el hombre traiba malicia.

El me daba voz de amigo,  
pero no le tenía fe;  
era el jefe, y ya se ve,  
no podía competir yo;  
en mi rancho se pegó  
lo mesmo que un saguaipé.

A poco andar, conocí  
que ya me había desbancao,  
y él siempre muy entonao,  
aunque sin darme ni un cobre,  
me tenía de lao a lao  
como encomienda de pobre.

A cada rato, de chasque  
me hacía dir a gran distancia;  
ya me mandaba a una estancia,  
ya al pueblo, ya a la frontera;  
pero él en la comendancia  
no ponía los pies siquiera.

Es triste a no poder más  
el hombre en su padecer,  
si no tiene una mujer  
que lo ampare y lo consuele:  
mas pa que otro se la pele  
lo mejor es no tener.

No me gusta que otro gallo  
le cacaree a mi gallina;  
yo andaba ya con la espina,  
hasta que en una ocasión  
lo pille junto al jogón  
abrazándome a la china.

Tenía el viejito una cara  
de ternero mal lamido,  
y al verle tan atrevido  
le dije: -¡Que le aproveche!...  
que había sido pa el amor  
como gaucho pa la leche.

Peló la espalda y se vino  
como a quererme ensartar,  
pero yo sin tutubiar  
le volví al punto a decir:



NOTAS

me refugié en los pajales;  
anduve entre los cardales  
como bicho sin guarida;  
pero, amigo, es esa vida  
como vida de animales.

Y son tantas las miserias  
en que me he salido ver,  
que con tanto padecer  
y sufrir tanta aflicción,  
malicio que he de tener  
un callo en el corazón.

Ansí andaba como guacho  
cuando pasa el temporal;  
supe una vez por mi mal  
de una milonga que había,  
y ya pa la pulpería  
enderecé mi bagual.

Era la casa del baile  
un rancho de mala muerte,  
y se enllenó de tal suerte  
que andábamos a empujones:  
nunca faltan encontrones  
cuando un pobre se divierte.

Yo tenía unas medias botas  
con tamaños verdugones;  
me pusieron los talones  
con crestas como gallos:  
si viera mis aflicciones  
pensando yo que eran callos!

Con gato y con fandanguillo  
había empezado el changango,  
y para ver el fandango  
me colé haciendomé bola,  
mas metió el diablo la cola,  
y todo se volvió pango.

Había sido el guitarrero  
un gaucho duro de boca:  
yo tengo paciencia poca  
pa aguantar cuando no debo;  
a ninguno me le atrevo,  
pero me halla el que me toca.

A bailar un pericón  
con una moza salí,  
y cuanto me vido allí  
sin duda me conoció;

y estas coplitas cantó  
como por rairse de mí:

-Las mujeres son todas  
como las mulas;  
yo no digo que todas,  
pero hay algunas  
que a las aves que vuelan  
les sacan plumas.

-Hay gauchos que presumen  
de tener damas;  
no digo que presumen,  
pero se alaban,  
y a lo mejor los dejan  
tocando tablas.

Se secretiaron las hembras,  
y yo ya me encocoré;  
volíe la anca y le grité:  
-!Dejá de cantar... chicharra!  
y de un tajo a la guitarra  
tuitas las cuerdas corté.

Al punto salió de adentro  
un gringo con un jusil;  
pero nunca he sido vil,  
poco el peligro me espanta;  
yo me refalé la manta  
y la eché sobre el candil.

Gané en seguida la puerta  
gritando:-!Nadies me ataje!  
y alborotado el hembraje,  
lo que todo quedó oscuro,  
empezó a verse en apuro  
mesturao con el gauchaje.

El primero que salió  
fué el cantor, y se me vino;  
pero yo no pierdo el tino  
aunque haiga tomao un trago,  
y hay algunos por mi pago  
que me tienen por ladino.

No ha de haber achocao otro:  
le salió cara la broma;  
a su amigo cuando toma  
se le despeja el sentido,  
y el pobrecito había sido  
como carne de paloma.



NOTAS

y me apeo en cualquier tranquera.

Y dejo rodar la bola,  
que algún día se ha de parar...  
tiene el gaucho que aguantar  
hasta que lo trague el hoyo,  
o hasta que venga algún criollo  
en esta tierra a mandar.

Lo miran al pobre gaucho  
como carne de cogote:  
lo tratan al estricote  
y si así las cosas andan,  
porque quieren los que mandan,  
aguantemos los azotes.

¡Pucha! si usted los oyera,  
como yo en una ocasión  
tuita la conversación  
que con otro tuvo el Juez;  
le aseguro que esa vez  
se me achicó el corazón.

Hablaban de hacerse ricos  
con campos en la fronteras,  
de sacarla más ajuera,  
donde había campos baldidos  
y llevar de los partidos  
gente que la defendiera.

Todos se güelven proyotos  
de colonias y carriles,  
y tirar la plata a miles  
en los gringos enganchaos,  
mientras al pobre soldao  
le pelan la cuchá... ¡ah, viles!

Pero si siguen las cosas  
como van hasta el presente,  
puede ser que red repente  
veamos el campo desierto,  
y blanquiando solamente  
los güesos de los que han muerto.

Hace mucho que sufrimos  
la suerte reculativa  
trabaja el gaucho y no arriba  
porque a lo mejor del caso,  
lo levantan de un sogazo  
sin dejarle ni saliva.

De los males que sufrimos

hablan mucho los puebleros,  
pero hacen como los teros  
para esconder sus niditos:  
en un lao pegan los gritos  
y en otro tienen los güevos.

Y se hacen los que no aciertan  
a dar con la coyuntura:  
Mientras al gaucho lo apura  
con rigor la autoridá,  
ellos a la enfermedad  
le están errando la cura.

Canto 13:

MARTÍN FIERRO

-Ya veo que somos los dos  
astillas del mismo palo:  
yo paso por gaucho malo  
y usted anda del mismo modo;  
y yo, pa acabarlo todo,  
a los indios me refalo.

Pido perdón a mi Dios  
que tantos bienes me hizo,  
pero dende que es preciso  
que viva entre los infeas,  
yo seré cruel con los cruels:  
ansí mi suerte lo quiso.

Dios formó lindas las flores,  
delicadas como son;  
le dió toda perfección  
y cuanto él era capaz,  
pero al hombre le dió más  
cuando le dio el corazón.

Le dió claridá a la luz,  
juerza en su carrera al viento,  
le dió vida y movimiento  
dende la águila al gusano;  
pero más le dio al cristiano  
al darle el entendimiento.

Y aunque a las aves les dió,  
con otras cosas que inoro,  
esos piquitos como oro  
y un plumaje como tabla  
le dió al hombre mas tesoro  
al darle una lengua que habla.



## Martín Fierro



La lírica, como viéramos en el Eje N° 1, es uno de los géneros literarios fundamentales, es ritmo, musicalidad, es expresión de sentimientos, es recuerdo, es belleza, es misterio. El Martín Fierro forma parte de la llamada poesía literaria. El autor es identificable, no como en la poesía tradicional que es anónimo, y se transmite en forma escrita, lo que asegura un texto sin variantes. Esta forma de poesía ha florecido en todas las culturas más tardíamente que la tradicional. Por eso puede a veces imitar las composiciones tradicionales pero se diferencia de esta por el modo de transmisión y el autor identificable.

En cuanto a la MODALIDAD DISCURSIVA, encontramos poesía descriptiva, narrativa o argumentativa. Estas modalidades no siempre aparecen claramente diferenciadas, pero el predominio de una de ellas es lo que permite distinguirla y así poder tipificarla. En el caso del Martín Fierro se "entremezclan" estas tres modalidades: hay conjuntos de estrofas en que se describe el paisaje o los personajes, otras estrofas en que se narran los acontecimientos que conforman la historia, pero también hay estrofas en que se argumenta en torno de alguna problemática.

La poesía gaucha, de la que se nutre el Martín Fierro, era anónima y cantada con acompañamiento de guitarra (de allí el nombre de "cantos" que Hernández da a sus estrofas).

El amor como la guerra  
lo hace el criollo con canciones;  
a mas de eso en los malones  
podemos aviarnos de algo;  
en fin amigo, yo salgo  
de estas pelegrinaciones.

En este punto el cantor  
buscó un porrón pa consuelo,  
dando fin a su argumento;  
y de un golpe el instrumento  
lo hizo astillas contra el suelo.

-Ruego -dijo-, la guitarra,  
pa no volverme a tentar;  
ninguno la ha de tocar,  
por seguro tengaló;  
pues naidas ha de cantar  
cuando este gaucho cantó.

Y daré fin a mis coplas  
con aire de relación;  
nunca falta un preguntón  
más curioso que mujer,  
y tal vez quiera saber  
como jué la conclusión.

Cruz y Fierro de una estancia  
una tropilla se arriaron;  
por delante se la echaron

como criollos entendidos,  
y pronto sin ser sentidos  
por la frontera cruzaron.

Y cuando la habían pasao,  
una madrugada clara  
le dijo Cruz que mirara  
las últimas poblaciones,  
y a Fierro dos lagrimones  
le rodaron por la cara.

Y siguiendo el fiel del rumbo  
se entraron en el desierto,  
no sé si los habrán muerto  
en alguna correría,  
pero espero que algun día  
sabré de ellos algo cierto.

Y ya con estas noticias  
mi relacion acabé;  
por ser ciertas las conté,  
todas la desgracias dichas:  
es un telar de desdichas  
cada gaucho que usté ve.

Pero ponga su esperanza  
en el dios que lo formó;  
y aquí me despido yo  
que he relatao a mi modo  
males que conocen todos,  
pero que naidas contó.



LEER

### ESTRUCTURA Y SÍNTESIS ARGUMENTAL DE LA OBRA

La primera parte del Martín Fierro (**La Ida**) consta de trece cantos. En ella se relata la vida de un gaucho en la pampa argentina, su injusta detención, su dura vida en la frontera, las luchas contra el indio, sus penurias y andanzas, su huida y retorno al hogar, que encuentra destruido, y su vida de matrero. Del canto I al canto IX el relato está a cargo del gaucho Martín Fierro quien asume así el rol de narrador (en primera persona) de su propia historia. En el canto X, Martín Fierro es sustituido como narrador para dar paso a un nuevo personaje y narrador: el gaucho Cruz, quien luego de contar sus desventuras, emprende con Fierro el viaje a las tolдерías de los indios, en busca de refugio y de libertad.

## CONECTANDO TEXTOS

1. Lea la poesía titulada “El gaucho” de Jorge Luis Borges. En ella el poeta define y describe la naturaleza del gaucho y su trascendencia en la vida política, histórica y social de la Argentina.

|  |  |
|--|--|
| <p>Hijo de algún confín de la llanura<br/>Abierta, elemental, casi secreta,<br/>Tiraba el firme lazo que sujeta<br/>Al firme toro de cerviz oscura.</p> <p>Se batió con el indio y con el godó,<br/>Murió en reyertas de baraja y taba;<br/>Dio su vida a la patria, que ignoraba,<br/>Y así perdiendo, fue perdiendo todo.</p> <p>Hoy es polvo de tiempo y de planeta;<br/>Nombres no quedan, pero el nombre<br/>dura.<br/>Fue tantos otros y hoy es una quieta<br/>Pieza que mueve la literatura.</p> <p>Fue el matrero, el sargento y la partida.<br/>Fue el que cruzó la heroica cordillera.<br/>Fue soldado de Urquiza o de Rivera,<br/>Lo mismo da. Fue el que mató a Laprida.</p> | <p>Dios le quedaba lejos. Profesaron<br/>La antigua fe del hierro y del coraje,<br/>Que no consiente súplicas ni gaje.<br/>Por esa fe murieron y mataron.</p> <p>En los azares de la montonera<br/>Murió por el color de una divisa;<br/>Fue el que no pidió nada, ni siquiera<br/>La gloria, que es estrépito y ceniza.</p> <p>Fue el hombre gris que, oscuro en la<br/>pausada<br/>Penumbra del galpón, sueña y matea,<br/>Mientras en el oriente ya clarea<br/>La luz de la desierta madrugada.</p> <p>Nunca dijo: Soy gaucho. Fue su suerte<br/>No imaginar la suerte de los otros.<br/>No menos ignorante que nosotros,<br/>No menos solitario, entró en la muerte.</p> |
|--|--|

2. A partir de la lectura, resuelva.
  - A. ¿De qué manera aparece representado el gaucho en esta poesía? Descríbalo.
  - B. ¿Existen semejanzas entre el gaucho que presenta Borges y el gaucho de José Hernández? ¿Cuáles?
  - C. Explique a qué se refiere cuando dice “se batió con el indio y con el godó”.
  - D. ¿Cuándo dio su vida por la patria? ¿Por qué fue perdiendo todo?
  - E. En la poesía se mencionan algunas personalidades históricas: Urquiza, Rivera, Laprida ¿Quiénes fueron? ¿qué los vincula a la figura del gaucho?
  - F. Borges señala que el gaucho fue: matrero, sargento y soldado. ¿Podría explicar cada uno de estos términos de acuerdo con su sentido en la poesía?

3. Lea el siguiente cuento titulado “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz” de Jorge Luis Borges, perteneciente a su libro El Aleph (1949).

El seis de febrero de 1829, los montoneros que, hostigados ya por Lavalle, marchaban desde el Sur para incorporarse a las divisiones de López, hicieron alto en una estancia cuyo nombre ignoraban, a tres o cuatro leguas del Pergamino; hacia el alba, uno de los hombres tuvo una pesadilla tenaz: en la penumbra del galpón, el confuso grito despertó a la mujer que dormía con él. Nadie sabe lo que soñó, pues al otro día, a las cuatro, los montoneros fueron desbaratados por la caballería de Suárez y la persecución duró nueve leguas, hasta los pajonales ya lóbregos, y el hombre pereció en una zanja, partido el cráneo por un sable de las guerras del Perú y del Brasil. La mujer se llamaba Isidora Cruz; el hijo que tuvo recibió el nombre de Tadeo Isidoro. Mi propósito no es repetir su historia. De los días y noches que la componen, sólo me interesa una noche; del resto no referiré sino lo indispensable para que esa noche se entienda. La aventura consta en un libro insignie; es decir, en un libro cuya materia puede ser todo para todos (1 Corintios 9:22), pues es capaz de casi inagotables repeticiones, versiones, perversiones. Quienes han comentado, y son muchos, la historia de Tadeo Isidoro, destacan el influjo de la llanura sobre su formación, pero gauchos idénticos a él nacieron y murieron en las selváticas riberas del Paraná y en las cuchillas orientales. Vivió, eso sí, en un mundo de barbarie monótona. Cuando, en 1874, murió de una viruela negra, no había visto jamás una montaña ni un pico de gas ni un molino. Tampoco una ciudad. En 1849, fue a Buenos Aires con una tropa del establecimiento de Francisco Xavier Acevedo; los troperos entraron en la ciudad para vaciar el cinto: Cruz, receloso, no salió de una fonda en el vecindario de los corrales. Pasó ahí muchos días, taciturno, durmiendo en la tierra, mateando, levantándose al alba y recogiendo a la oración. Comprendió (más allá de las palabras y aun del entendimiento) que nada tenía que ver con él la ciudad. Uno de los peones, borracho, se burló de él. Cruz no le replicó, pero en las noches del regreso, junto al fogón, el otro menudeaba las burlas, y entonces Cruz (que antes no había demostrado rencor, ni siquiera disgusto) lo tendió de una puñalada. Prófugo, hubo de guarecerse en un fachinal: noches después, el grito de un chajá le advirtió que lo había cercado la policía. Probó el cuchillo en una mata: poro que no le estorbaran en la de a pie, se quitó las espuelas. Prefirió pelear a entregarse. Fue herido en el antebrazo, en el hombro, en la mano izquierda; malhirió a los más bravos de la partida; cuando la sangre le corrió entre los dedos, peleó con más coraje que nunca; hacia el alba, mareado por la pérdida de sangre, lo desarmaron. El ejército, entonces, desempeñaba una función penal; Cruz fue destinado a un fortín de la frontera Norte. Como soldado raso, participó en las guerras civiles; a veces combatió por su provincia natal, a veces en contra. El veintitrés de enero de 1856, en las Lagunas de Cardoso, fue uno de los treinta cristianos que, al mando del sargento mayor Eusebio Laprida, pelearon contra doscientos indios. En esa acción recibió una herida de lanza. En su oscura y valerosa historia abundan los hiatos. Hacia 1868 lo sabemos de nuevo en el Pergamino: casado o amancebado, padre de un hijo, dueño de una fracción de campo. En 1869 fue nombrado sargento de la policía rural. Había corregido el pasado; en aquel tiempo debió de considerarse feliz, aunque profundamente no lo era. (Lo esperaba, secreta en el porvenir, una lúcida noche fundamental: la noche en que por fin vio su propia cara, la noche que por fin oyó su nombre. Bien entendida, esa noche agota su historia; mejor dicho, un instante de esa noche, un acto de esa noche, porque los actos son nuestro símbolo.)

Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad de un solo momento: el momento en que el hombre sabe para siempre quién es. Cuéntase que Alejandro de Macedonia vio reflejado su futuro de hierro en la fabulosa historia de Aquiles; Carlos XII de Suecia, en la de Alejandro. A Tadeo Isidoro Cruz, que no sabía leer, ese conocimiento no le fue revelado en un libro; se vio a sí mismo en un entrevero y un hombre. Los hechos ocurrieron así: En los últimos días del mes de junio de 1870, recibió la orden de apresar a un malevo, que debía dos muertes a la justicia. Era éste un desertor de las fuerzas que en la frontera Sur mandaba el coronel Benito Machado en una borrachera, había asesinado a un moreno en un lupanar; en otra, a un vecino del partido de Rojas; el informe agregaba que procedía de la Laguna Colorada. En este lugar, hacía cuarenta años, habíanse congregado los montoneros para la desventura que dio sus carne a los pájaros y a los perros; de ahí salió Manuel Mesa, que fue ejecutado en la plaza de la Victoria, mientras los tambores sonaban para que no se oyera su ira; de ahí, el desconocido que engendró a Cruz y que pereció en una zanja, partido el cráneo por un sable de las batallas del Perú y del Brasil. Cruz había olvidado el nombre del lugar; con leve pero inexplicable inquietud lo reconoció... El criminal, acosado por los soldados, urdió a caballo un largo laberinto de idas y de venidas; éstos, sin embargo lo acorralaron la noche del doce de julio. Se había guarecido en un pajonal. La tiniebla era casi indescifrable; Cruz y los suyos, cautelosos y a pie, avanzaron hacia las matas en cuya hondura trémula acechaba o dormía el hombre secreto. Gritó un chajá; Tadeo Isidoro Cruz tuvo la impresión de haber vivido ya ese momento. El criminal salió de la guarida para pelearlos. Cruz lo entrevió, terrible; la crecida melena y la barba gris parecían comerle la cara. Un motivo notorio me veda referir la pelea. Básteme recordar que el desertor malhirió o mató a varios de los hombres de Cruz. Este, mientras combatía en la oscuridad (mientras su cuerpo combatía en la oscuridad), empezó a comprender. Comprendió que un destino no es mejor que otro, pero que todo hombre debe acatar el que lleva adentro. Comprendió que las jinetas y el uniforme ya lo estorbaban. Comprendió su íntimo destino de lobo, no de perro gregario; comprendió que el otro era él. Amanecía en la desafortunada llanura; Cruz arrojó por tierra el quepis, gritó que no iba a consentir el delito de que se matara a un valiente y se puso a pelear contra los soldados junto al desertor Martín Fierro.

4. A partir de la lectura, resuelva las siguientes actividades.

A. El narrador dice: “Mi propósito no es repetir su historia. De los días y noches que la componen, solo me interesa una noche...” ¿A qué noche se refiere? ¿Con quién se encuentra Cruz esa noche?

B. Explique el sentido del siguiente enunciado en el cuento:

“Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad de un solo momento: el momento en que el hombre sabe para siempre quien es.”

C. Relea detenidamente el último párrafo del relato ¿Qué hechos se narran?

D. Explique con sus palabras el siguiente enunciado: “Comprendió su íntimo destino de lobo, no de perro gregario”, haciendo hincapié en el sentido metafórico que tienen las expresiones “lobo” y “perro gregario”.

- E. En este relato se completaría la historia del sargento Cruz, personaje que aparece a partir del canto X de la Primera Parte de “Martín Fierro”. ¿Qué detalles terminan por describir la figura de Cruz? ¿Qué hechos de su vida personal y familiar completan su historia?

## ACTIVIDAD DE INTEGRACIÓN UNIDAD II

1. Rosas fue un político que ejerció una cruel tiranía, sembró el pánico, persiguió ideológicamente, asesinó. De acuerdo con sus conocimientos, ¿qué otros tiranos similares a Rosas tuvo nuestro país? ¿Cómo debería ser el perfil de aquellos que tienen la responsabilidad de ejercer el poder? Fundamente su opinión.
2. El gaucho Martín Fierro fue un hombre perseguido, castigado y un excluido de la sociedad de su tiempo. ¿Quiénes son los perseguidos, castigados y excluidos de nuestra sociedad actual? ¿Por qué se encuentran en esta situación? ¿Qué se podría hacer para integrarlos?
3. Con todos los datos que ha recabado y las reflexiones llevadas a cabo durante el transcurso de esta unidad, elabore un escrito en el que pueda volcar sus opiniones respecto de la identidad nacional, el sentimiento de argentinidad y la importancia de la literatura como transmisora de ideas, posturas y valores.

### El gaucho Martín Fierro» de Oscar Fariña

En 1872, se publicó «El gaucho Martín Fierro» de José Hernández, un poema narrativo escrito en verso que cuenta la historia de un gaucho que es obligado a dejar a su mujer y a sus hijos para ir a luchar contra los indígenas. El poema es a su vez una crítica a la política del presidente Domingo Faustino Sarmiento quien reclutaba forzosamente a los gauchos para ir a la frontera contra el indio. El libro se convirtió en el mayor exponente de la literatura gauchesca.

Ciento treinta y nueve años después, en 2011, Oscar Fariña, escritor paraguayo, decide escribir «El gaucho Martín Fierro» y Factotum Ediciones (una nueva y fresca editorial) decide publicarlo. Fariña reversiona el clásico de José Hernández y lo sumerge en el mundo de la «kumbia» villera. Martín Fierro pasa de ser un gaucho marginado a ser un pibe de la villa, marginado y estigmatizado. El drama del gaucho tiene similitudes con el drama del gaucho original: Martín Fierro pierde mujer, casa, asesina y va preso. La genialidad está en los versos que van narrando la historia, en las rimas y las palabras tumberas que va utilizando para contarlas. El libro contiene un «Alto glosario» por si hay algún gaucho (o cheto) desprevenido y no entiende la jerga, y también contiene algunos dibujos alusivos a lo narrado. El gaucho le reza a «D10s», invoca a Santa Gilda, bebe tetrabrik, usa «altas llantas», juega al fútbol, es fumanchón, roba, bardea, se va «al humo», huye de la policía, ríe, llora y vive donde le toca vivir. Fariña expone al personaje y sus andanzas y denuncia, de cierta forma, la vida marginal y estigmatizada de las villas y el sistema carcelario del país (tal como declaró en una entrevista a un diario) El lamento del gaucho ya no suena a guitarras criollas, ahora es el lamento del gaucho que tiene ritmo de kumbia pero que igual sigue padeciendo la mirada (desconfiada) del otro. «Pero pongan su esperanza/ en el D10s que los parió;/ y acá me despido yo/ que corte bati a mi modo/BARDOS QUE CONOCEN TODOS/ P E R O QUE NADIE CANTO.»

(Oscar Fariña nació en Asunción, Paraguay, en 1980. Reside en Buenos Aires. Estudio Ciencia de la Comunicación y Letras en la UBA. Tiene editado los siguientes libros de poesía: Pintó el arrebató (Colección Chapita, 2008); Mamacha (Felicita Cartonera, 2008); Un ballet de policías en el agua (Cartonerita Solar, 2009); El velo hermafrodita de la lengua (La Propia, 2009)

Fuente: <http://suplemenosmal.blogspot.com.ar/2013/05/menos-mal-248.html>)

### “El gaucho Martín Fierro”, de Oscar Fariña (Fragmento seleccionado)

|   |   |
|---|---|
| Acá me pongo a cantar al compás de la villera, que el gaucho que lo desvela una pena extraordinaria, cual camuca solitaria con la kumbia se consuela. | Yo soy chorro en mi barrio y chorrizo en barrio ajeno; siempre me tuve por güeno y si me quieren probar salgan otros a fanar y veremos quién es meno. |
|---|---|

Pido a los porros del Chelo que ayuden mi pensamiento, les pido en este momento que voy a cantar mi historia me deliren la memoria que esta va con sentimiento.

Yo vi a banda de chabones, con famas bien otenidas, y que despué de alquiridas no las quieren sustentar: parece que sin bombear ya se van en la lamida.

Ma donde otro guacho pasa el Tincho Fierro va a pasar; nada lo hace recular ni el grupo GEOF lo espanta, y ya que todos son chanta yo también quiero afanar.

Choreando voy a morir, choreando me han de enterrar, y choreando vuá llegar al pie del Eterno Padre: vine a este mundo a chorear.

Que no se trabe mi lengua con la merca de los trava; la cumbia mi gloria labra y, poniéndome a cantar, flashando me han de encontrar aunque la tuca se me abra.

Me siento en un bar del Bajo y mi pedo va en aumento; como si erudara el viento hago tiritar los vasos.

Yo no soy cheto estudiado, ma si me pongo a rimar no tengo cuándo acabar y me hago viejo cantando: las cumbias me van brotando.

Con el pianito en la mano ni la yuta se me arrima; nadie me pone el pie encima.

Nunca escondo la kabeza aunque vengan patrullando; a los blandos me los mando y soy duro con los duros, y ninguno en un apuro me ha visto andar arrugando.

Nací como nace el pedo en el fondo de algún bar; nadie me puede afanar eso que Barba me dio: lo que al barrio traje yo del barrio voy a llevar.

Y sepan cuantos escuchan de mis penas el relato que nunca péleo ni mato sino por necesidá y que a tanta alversidá solo me arrojó el mal trato

Y calen esta cansión que hace un guacho perseguido, que padre y marido ha sido, un poquito delincuente, y sin embargo la gente lo tiene por un bandido.

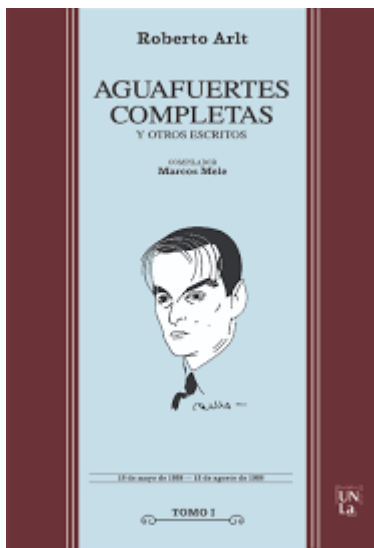
#### **ACTIVIDAD: Imaginando un Martín Fierro actual.**

4. Lean detenidamente los 2 textos anteriores, el artículo periodístico y el fragmento de "El guacho Martín Fierro" de Fariña. Martín Fierro, como recordarán que vimos en clase, es, en cierto modo, un representante de los sectores marginados por el nuevo proyecto de Estado argentino que se estaba constituyendo a finales del siglo XIX. Al respecto, la crítica e investigadora Josefina Ludmer planteaba que la manera en que el género gauchesco "usa" la voz del gaucho (es decir, la copia, la imita, se la apropia) resulta comparable al "uso" que el Estado hace de su cuerpo para el trabajo y la guerra, ya sea conchabándolo para que trabaje en las estancias o llevándolo a la frontera para que pelee contra él.

En grupos de 2 personas, elijan un sector social que, actualmente, ocupe la misma posición de marginalidad que tenía el gaucho durante la época de Sarmiento. Pueden ser villeros, mujeres víctimas de la trata, cartoneros, inmigrantes ilegales, okupas, chicos de la calle, barrabravas, trapitos, punteros, etc. La

propuesta es que imagines y le des carne a un personaje equivalente al Martín Fierro de José Hernández. Para ello, tenga en cuenta las siguientes preguntas.

- ¿A qué sector social pertenecería? ¿Cuál sería su nombre y dónde viviría? ¿Cuál sería su vestimenta, su alimentación, su estilo de vida en general? ¿Dónde trabajaría? Describí detalladamente las características de su trabajo.
  - ¿Qué relación tendría con el poder estatal (las fuerzas de seguridad, la justicia, el sistema penitenciario, los gobiernos, etc.)? Especifica cada uno de estos puntos
  - ¿Qué estereotipos sociales recaerían sobre él o ella? Recordá que Martín Fierro era catalogado de "gaucho malo", de "matrero", de "vago". Da varios ejemplos.
  - ¿Cómo sería su manera de hablar? Explica las características de su vocabulario, el ritmo y el estilo con el que habla y da ejemplos de algunas palabras que utilice habitualmente.
  - ¿Qué géneros musicales, televisivos, cinematográficos o de otro tipo hablan de él o de ella?, ¿cómo lo hacen?
  - ¿Qué demandas sociales tendría, adónde querría llegar o qué lo haría feliz? Acuérdense que Martín Fierro lo único que quería era vivir tranquilo en el rancho con su china.
5. Siguiendo el ejemplo de Fariña, escriban por lo menos 2 estrofas (en verso o no) de un poema o una canción en la que este personaje esté hablando. Tenés que "usar" la voz del personaje, la lengua popular del mismo modo en que José Hernández se disfrazaba y usaba la voz del gaucho.



## UNIDAD 3: NARRATIVAS DE LA URBE: ARLT, COSSA Y EL SUJETO POSMODERNO EN BUENOS AIRES

La narrativa testimonial urbana: Roberto Arlt

1. Observe atentamente el siguiente video, donde se cuenta acerca de la vida y obra de Roberto Arlt: <https://www.youtube.com/watch?v=XKWo3lw8AQw> y realice una infografía con los datos más significativos.
2. Investigue acerca de qué fueron las “aguafuertes porteñas”.

### ANTOLOGÍA DE AGUAFUERTES PORTEÑAS (SELECCIÓN)

#### Silla en la vereda

Llegaron las noches de las sillas en la vereda; de las familias estancadas en las puertas de sus casas; llegaron, las noches del amor sentimental de “buenas noches, vecina”, el político e insinuante “¿cómo le va, don Pascual?”. Y don Pascual sonríe, y se atusa los “baffi”, que bien sabe por qué el mocito le pregunta cómo le va. Llegaron las noches... Yo no sé qué tienen estos barrios porteños tan tristes en el día bajo el sol, y tan lindos cuando la luna los recorre oblicuamente. Yo no sé qué tienen; que reos o inteligentes, vagos o activos, todos queremos este barrio con su jardín (sitio para la futura sala) y sus pebetas siempre iguales y siempre distintas, y sus viejos, siempre iguales y siempre distintos también. Encanto mafioso, dulzura mistonga, ilusión baratieri, ¡qué sé yo qué tienen todos estos barrios!; estos barrios porteños, largos, todos cortados con la misma tijera, todos semejantes con sus casitas atorrantas, sus jardines con la palmera al centro y unos yuyos semiflorecidos que aroman como si la noche reventara por ellos el apasionamiento que encierran las almas de la ciudad; almas que sólo saben el ritmo del tango y del “te quiero”. Fulería poética, eso y algo más.

Algunos purretes que pelotean en el centro de la calle; media docena de vagos en la esquina; una vieja cabrera en una puerta; una menor que soslaya la esquina, donde está la media docena de vagos; tres propietarios que gambetean cifras en diálogo estadístico frente al boliche de la esquina; un piano que larga un vals antiguo; un perro que, atacado repentinamente de epilepsia, circula, se extermina a tarascones una colonia de pulgas que tiene junto a las vértebras de la cola; una pareja en la ventana oscura de una sala: las hermanas en la puerta y el hermano complementando la media docena de vagos que turrean en la esquina. Esto es todo y nada más. Fulería poética, encanto misho, el estudio- de Bach o de Beethoven junto a un tango de Filiberto o de Mattos Rodríguez. Esto es el barrio porteño, barrio profundamente nuestro; barrio que todos, reos o inteligentes, llevamos metido en el tuétano como una brujería de encanto que no muere, que no morirá jamás. Y junto a una puerta, una silla. Silla donde reposa la vieja, silla donde reposa el “jovie”. Silla simbólica, silla que se corre treinta centímetros más hacia un costado cuando llega una visita que merece consideración, mientras que la madre o el padre dice: -Nena; traete otra silla. Silla cordial de la puerta de calle, de la vereda; silla de amistad, silla donde se consolida un prestigio de urbanidad ciudadana; silla que se le ofrece al “propietario de al lado”; silla que se ofrece al “joven” que es candidato para ennoviar; silla que la “nena” sonriendo y con modales de dueña de casa ofrece, para demostrar que es muy señorita; silla donde la noche del verano se estanca en una voluptuosa “linuya”, en una charla agradable, mientras “estrila la d'enfrente” o murmura “la de la esquina”. Silla donde se eterniza el cansancio del verano; silla que hace rueda con otras; silla que obliga al transeúnte a bajar a la calle, mientras que la señora exclama: “¡Pero, hija! ocupás toda la vereda”. Bajo un techo de estrellas, diez de la noche, la silla del barrio porteño afirma una modalidad ciudadana.

En el respiro de las fatigas, soportadas durante el día, es la trampa donde muchos quieren caer; silla engrupidora, atrapadora, sirena de nuestros barrios. Porque si usted pasaba, pasaba para verla, nada más; pero se detuvo. ¿Quién no se para a saludar? ¿Cómo ser tan descortés? Y se queda un rato charlando. ¿Qué mal hay en hablar? Y, de pronto, le ofrecen una silla. Usted dice: “No, no se molesten”. Pero, ¿qué? ya fue volando la “nena” a traerle la silla. Y una vez la silla allí, usted se sienta y sigue charlando. Silla engrupidora, silla atrapadora. Usted se sentó y siguió charlando. ¿Y sabe, amigo, dónde terminan a veces esas conversaciones? En el Registro Civil. Tenga cuidado con esa silla. Es agarradora, fina. Usted se sienta, y se está bien sentado, sobre todo si al lado se tiene una pebeta. ¡Y usted que pasaba para saludar! Tenga cuidado\_ Por ahí se empieza. Está, después, la otra silla, silla conventillera, silla de “jovies” tanos y galaicos; silla esterillada de paja gruesa, silla donde hacen filosofía barata ex barrenderos y peones municipales, todos en mangas de camiseta, todos cachimbo en boca. La luna para arriba sobre los testuces rapados. Un bandoneón rezonga broncas carcelarias en algún patio. En un quicio de puerta, puerta encalada como la de un convento, él y ella. El, del Escuadrón de Seguridad; ella planchadora o percalera. Los “jovies”, funcionarios públicos del carro, la pala y el escobillón, dan la lata sobre “eregoyenisme”. Algún mozo matrero reflexiona en un umbral. Alguna criollaza gorda, piensa amarguras. Y este es otro pedazo del barrio nuestro. Está sonando Cuando llora la milonga o la Patética, importa poco. Los corazones son los mismos, las pasiones las mismas, los odios los mismos, las esperanzas las mismas. ¡Pero tenga cuidado con la silla, socio! Importa poco que sea de Viena o que esté esterillada con paja brava del Delta: los corazones son los mismos...

### **El origen de algunas palabras de nuestro léxico popular**

Ensalzaré con esmero el benemérito “fiacún”.

Yo, cronista meditabundo y aburrido, dedicaré todas mis energías a hacer el elogio del “fiacún”, a establecer el origen de la “fiaca”, y a dejar determinados de modo matemático y preciso los alcances del término. Los futuros académicos argentinos me lo agradecerán, y yo habré tenido el placer de haberme muerto sabiendo que trescientos sesenta y un años después me levantarán una estatua.

No hay porteño, desde la Boca a Núñez, y desde Núñez a Corrales, que no haya dicho alguna vez:

-Hoy estoy con “flaca”.

O que se haya sentado en el escritorio de su oficina y mirando al jefe, no dijera:

-¡Tengo una “fiaca”!

De ello deducirán seguramente mis asiduos y entusiastas lectores que la “fiaca” expresa la intención de “tirarse a muerto”, pero ello es un grave error.

Confundir la “fiaca” con el acto de tirarse a muerto es lo mismo que confundir un asno con una cebra o un burro con un caballo. Exactamente lo mismo.

Y sin embargo a primera vista parece ‘que no. Pero es así. Sí, señores, es así. Y lo probaré amplia y rotundamente, de tal modo que no quedará duda alguna respecto a mis profundos conocimientos de filología lunfarda.

Y no quedarán, porque esta palabra es auténticamente genovesa, es decir, una expresión corriente en el dialecto de la ciudad que tanto detestó el señor Dante Alighieri.

La “fiaca” en el dialecto genovés expresa esto: “Desgano físico originado por la falta de alimentación momentánea”. Deseo de no hacer nada. Languidez. Sopor. Ganas de acostarse en una hamaca paraguaya durante un siglo. Deseos de dormir como los durmientes de Efeso durante ciento y pico de años.

Sí, todas estas tentaciones son las que expresa la palabreja mencionada. Y algunas más.

Comunicábame un distinguido erudito en estas materias, que los genoveses de la Boca cuando observaban que un párvulo bostezaba, decían: “Tiene la ‘fiaca’ encima, tiene”. Y de inmediato le recomendaban que comiera, que se alimentara.

En la actualidad el gremio de almaceneros está compuesto en su mayoría por comerciantes ibéricos, pero hace quince y veinte años, la profesión de almacenero en Corrales, la Boca, Barracas, era desempeñada por italianos y casi todos ellos oriundos de Génova. En los mercados se observaba el mismo fenómeno. Todos los puesteros, carniceros, verduleros y otros mercaderes provenían de la “bella Italia” y sus dependientes eran muchachos argentinos, pero hijos de italianos. Y el término trascendió. Cruzó la tierra nativa, es decir, la Boca, y fue desparramándose con los repartos por todos los barrios. Lo mismo sucedió con la palabra “manyar” que es la derivación de la perfectamente italiana “mangiar la lollia”, o sea “darse cuenta”.

Curioso es el fenómeno pero auténtico. Tan auténtico que más tarde prosperó este otro término que vale un Perú, y es el siguiente: “Hacer el rostro”.

¿A que no se imaginan ustedes lo que quiere decir “hacer el rostro”? Pues hacer el rostro, en genovés, expresa preparar la salsa con que se condimentarán los tallarines. Nuestros ladrones la han adoptado, y la aplican cuando después de cometer un robo hablan de algo que quedó afuera de la venta por sus condiciones inmejorables. Eso, lo que no pueden vender o utilizar momentáneamente, se llama el “rostro”, es decir, la salsa, que equivale a manifestar: lo mejor para después, para cuando haya pasado el peligro.

Volvamos con esmero al benemérito “fiacún”.

Establecido el valor del término, pasaremos a estudiar el sujeto a quien se aplica. Ustedes recordarán haber visto, y sobre todo cuando eran muchachos, a esos robustos ganapanes de quince años, dos metros de altura, cara colorada como una manzana reineta, pantalones que dejaban descubierta una media tricolor, y medio zonzos y brutos.

Esos muchachos eran los que en todo juego intervenían para amargar la fiesta, hasta que un “chico”, algún pibe bravo, los sopapeaba de lo lindo eliminándoles de la función. Bueno, esos grandotes que no hacían nada, que siempre cruzaban la calle mordiendo un pan y con un gesto huido, estos “largos” que se pasaban la mañana sentados en una esquina. o en el umbral del despacho de bebidas de un almacén, fueron los primitivos “fiacunes”. A ellos se aplicó con singular acierto el término.

Pero la fuerza de la costumbre lo hizo correr, y en pocos años el “fiacún” dejó de ser el muchacho grandote que termina por trabajar de carrero, para entrar como calificativo de la situación de todo individuo que se siente con pereza.

Y, hoy, el “fiacún” es el hombre que momentáneamente no tiene ganas de trabajar. La palabra no encuadra una actitud definitiva como la de “squenun”, sino que tiene una proyección transitoria, y relacionada con este otro acto. En toda oficina pública o privada, donde hay gente respetuosa de nuestro idioma, y un empleado ve que su compañero bosteza, inmediatamente le pregunta:

-¿Estás con “fiaca”?

Aclaración. No debe confundirse este término con el de “tirarse a muerto”, pues tirarse a muerto supone premeditación de no hacer algo, mientras que la “fiaca” excluye toda premeditación, elemento constituyente de la alevosía según los juristas. De modo que el “fiacún” al negarse a trabajar no obra con premeditación, sino instintivamente, lo cual lo hace digno de todo respeto.

## El idioma de los argentinos

El señor Monner Sans, en una entrevista concedida a un repórter de El Mercurio, de Chile, nos alacra de la siguiente forma:

“En mi patria se nota una curiosa evolución. Allí, hoy nadie defiende a la Academia ni a su gramática. El idioma, en la Argentina, atraviesa por momentos críticos... La moda del gauchesco' pasó; pero ahora se cierne otra amenaza, está en formación ellunfardo', léxico de origen espurio, que se ha introducido en muchas capas sociales pero que sólo ha encontrado cultivadores en los barrios excéntricos de la capital argentina. Felizmente, se realiza una eficaz obra depuradora, en la que se hallan empeñados altos valores intelectuales argentinos”.

¿Quiere usted dejarse de macanear? ¡Cómo son ustedes los gramáticos! Cuando yo he llegado al final de su reportaje, es decir, a esa frasecita: “Felizmente se realiza una obra depuradora en la que se hallan empeñados altos valores intelectuales argentinos”, me he echado a reír de buenísima gana, porque me acordé que a esos “valores” ni la familia los lee, tan aburridos son.

¿Quiere que le diga otra cosa? Tenemos un escritor aquí -no recuerdo el nombre- que escribe en purísimo castellano y para decir que un señor se comió un sandwich, operación sencilla, agradable y nutritiva, tuvo que emplear todas estas palabras: “y llevó a su boca un emparedado de jamón”. No me haga reír, ¿quiere? Esos valores, a los que usted se refiere, .; insisto: no los lee ni la familia. Son señores de cuello palomita, voz gruesa, que esgrimen la gramática como un bastón, y su erudición como un escudo contra las bellezas que adornan la tierra. Señores que escriben libros de texto, que los alumnos se apresuran a olvidar en cuanto dejaron las aulas, en las que se les obliga a exprimirse los sesos estudiando la diferencia que hay entre un tiempo perfecto y otro pluscuamperfecto. Estos caballeros forman una colección pavorosa de “engrupidos” -¿me permite la palabreja?- que cuando se dejan retratar, para aparecer en un diario, tienen el buen cuidado de colocarse al lado de una pila de libros, para que se compruebe de visu que los libros que escribieron suman una altura mayor de la que miden sus cuerpos.

Querido señor Monner Sans: La gramática se parece mucho al boxeo. Yo se lo explicaré:

Cuando un señor sin condiciones estudia boxeo, lo único que hace es repetir los golpes que le enseña el profesor. Cuando otro señor estudia boxeo, y tiene condiciones y hace una pelea magnífica, los críticos del pugilismo exclaman: “¡Este hombre saca golpes de `todos los ángulos'!” Es decir, que, como es inteligente, se le escapa por una tangente a la escolástica gramatical del boxeo. De más está decir que éste que se escapa de la gramática del boxeo, con sus golpes de “todos los ángulos”, le rompe el alma al otro, y de allí que ya haga camino esa frase nuestra de “boxeo europeo o de salón”, es decir, un boxeo que sirve perfectamente para exhibiciones, pero para pelear no sirve absolutamente nada, al menos frente a nuestros muchachos antigramaticalmente boxeadores.

Con los pueblos y el idioma, señor Monner Sans, ocurre lo mismo. Los pueblos bestias se perpetúan en su idioma, como que, no teniendo ideas nuevas que expresar, no necesitan palabras nuevas o giros extraños; pero, en cambio, los pueblos que, como el nuestro, están en una continua evolución, sacan palabras de todos los ángulos, palabras que indignan a los profesores, como lo indigna a un profesor de boxeo europeo el hecho inconcebible de que un muchacho que boxea mal le rompa el alma a un alumno suyo que, técnicamente, es un perfecto pugilista. Eso sí; a mí me parece lógico que ustedes protesten. Tienen derecho a ello, ya que nadie les lleva el apunte, ya que ustedes tienen el tan poco discernimiento pedagógico de no darse cuenta de que, en el país donde viven, no pueden obligarnos a decir o escribir: “llevó a su boca un emparedado de jamón”, en vez de decir: “se comió un sandwich”. Yo me jugaría la cabeza que usted, en su vida cotidiana, no dice: “llevó a su boca un emparedado de jamón”, sino que, como todos diría: “se comió un sandwich”. De más está decir que todos sabemos que un sandwich se come con la boca, a menos que el autor de la frase haya descubierto que también se come con las orejas.

Un pueblo impone su arte, su industria, su comercio y su idioma por prepotencia. Nada más. Usted ve lo que pasa con Estados Unidos. Nos mandan sus artículos con leyendas en inglés, y muchos términos ingleses nos son familiares. En el Brasil, muchos términos argentinos (lunfardos) son populares. ¿Por qué? Por prepotencia. Por superioridad.

Last Reason, Félix Lima, Fray Mocho y otros, han influido mucho más sobre nuestro idioma, que todos los macaneos filológicos y gramaticales de un señor Cejador y Frauca, Benot y toda la pandilla polvorienta y malhumorada de ratones de biblioteca, que lo único que hacen es revolver archivos y escribir memorias, que ni ustedes mismos, gramáticos insigens, se molestan en leer, porque tan aburridas son.

Este fenómeno nos demuestra hasta la saciedad lo absurdo que es pretender enchalecar en una gramática canónica, las ideas siempre cambiantes y nuevas de los pueblos. Cuando un malandrín que le va a dar una puñalada en el pecho a un consocio, le dice: “te voy a dar un puntazo en la persiana”, es mucho más elocuente que si dijera: “voy a ubicar mi daga en su esternón”. Cuando un maleante exclama, al ver entrar a una pandilla de pesquisas: “¡los relojé de abanico!”, es mucho más gráfico que si dijera: “al socaire examiné a los corchetes”.

Señor Monner Sans: Si le hiciéramos caso a la gramática, tendrían que haberla respetado nuestros tatarabuelos, y en progresión retrogresiva, llegaríamos a la conclusión que, de haber respetado al idioma aquellos antepasados, nosotros, hombres de la radio y la ametralladora, hablaríamos todavía el idioma de las cavernas. Su modesto servidor.

## **La muchacha del atado**

Todos los días, a las cinco de la tarde, tropiezo con muchachas que vienen de buscar costura.

Flacas, angustiosas, sufridas. El polvo de arroz no alcanza a cubrir las gargantas donde se marcan los tendones; y todas caminan con el cuerpo in-clinado a un costado: la costumbre de llevar el atado siempre del brazo opuesto:

Y los bultos son macizos, pesados: dan la sensación de contener plo-mo: de tal manera tensionan la mano.

No se trata de hacer sentimentalismo barato. No. Pero más de una vez me he quedado pensando en estas vidas, casi absolutamente dedica-das al trabajo. Y si no, veamos.

Cuando estas muchachas cumplieron ocho o nueve años, tuvieron que cargar un hermanito en los brazos. Usted, como yo, debe haber visto en el arrabal estas mocosas que cargan un pebetito en el brazo y que ce pa-sean por la vereda rabiando contra el mocosito, y vigiladas por la madre que salpicaba agua en la batea.

Así hasta los catorce años. Luego, el trabajo de ir a buscar costuras; las mañanas y las tardes inclinadas sobre la Neumann o la Singer, hacien-do pasar todos los días metros y más metros de tela y terminando a las cuatro de la tarde, para cambiarse, ponerse el vestido de percal, preparar el paquete y salir; salir cargadas y volver lo mismo, con otro bulto que hay que “pasarle a la máquina”. La madre siempre lava la ropa; la ropa de los hijos, la ropa del padre. Y ésas son las muchachas que los sábados a la tarde escuchan la voz del hermano, que grita:

-Che, Angelita: apurate a plancharme la camisa, que tengo que sa-lir.

Y Angelita, María o Juana, la tarde del sábado trabajan para los her-manos. Y planchan cantando un tango que aprendieron de memoria en El Alma que Canta; que esto, las novelas por entregas y alguna sección de biógrafo, es la única fiesta de las muchachas de que hablo.

Digo que estas muchachas me dan lástima. Un buen día se ponen de novias, y no por eso dejan de trabajar, sino que el novio (también un mu-chacho que la yuga todo el día) cae a la noche a la casa a hacerle el amor.

Y como el amor no sirve para pagar la libreta del almacén, trabajan hasta tres días antes de casarse, y el casamiento no es un cambio de vida para la mujer de nuestro ambiente pobre, no; al contrario, es un aumento de trabajo, y a la semana de casados se puede ver a estas mujercitas sobre la máquina. Han vuelto a la costura, y al año hay un pibe en la cuna, y esa muchacha ya está arrugada y escéptica, ahora tiene que trabajar pa-ra el hijo, para el marido, para la casa... Cada año un nuevo hijo y siem-pre más preocupaciones y siempre la misma pobreza; la misma escasez, la misma medida del dinero, el igual problema que existía en la casa de sus padres, se repite en la suya, pero mayor y más arduo.

Y ahora las ve usted a estas mujeres cansadas, flacas, feas, nerviosas, estridentes.

Y todo ello ha sido originado por la miseria, por el trabajo; y de pronto usted asocia los años de vida, hasta la madurez y con asombro, casi mezclado de espanto, se pregunta uno:

-En tantos años de vida, ¿cuántos minutos de felicidad han tenido estas mujeres?

Y usted, con terror, siente que desde adentro le contesta una voz que estas mujeres no fueron nunca felices. ¡Nunca! Nacieron bajo el signo del trabajo y desde los siete o nueve años hasta el día en que se mueren, no han hecho nada más que producir, producir costura e hijos, eso y lo otro, y nada más.

Cansadas o enfermas, trabajaron siempre. ¿Que el marido estaba sin' trabajo? ¿Que un hijo se enfermó y había que pagar deudas? ¿Que murieron los viejos y hubo que empeñarse para el entierro? Ya ve usted; nada más que un problema: el dinero, la escasez de dinero. Y junto a esto una espalda encorvada, unos ojos que cada vez van siendo menos brillantes, un rostro que año tras año se va arrugando un poquito más, una voz que pierde a medida que pasa el tiempo todas las inflexiones de su primitiva dulzura, una boca que sólo se abre para pronunciar estas palabras:

-Hay que hacer economía. No se puede gastar.

Si usted no ha leído El sueño de Makar, de Vladimiro Korolenko, trate de leerlo.

El asunto es éste. Un campesino que va a ser juzgado por Dios. Pero Dios, que lleva una cuenta de todas las barrabasadas que hacemos nosotros los mortales, le dice al campesino:

-Has sido un pillete. Has mentido. Te has emborrachado. Le has pegado a tu mujer. Le has robado y levantado falso testimonio a tu vecino. -Y la balanza cargada de las culpas de Makar se inclina cada vez más hacia el infierno, y Makar trata de hacerle trampa a Dios pisando el platillo adverso; pero aquél lo descubre, y entonces insiste: ¿Ves como tengo razón? Eres un tramposo, además. Tratas de engañarme a mí, que soy Dios.

Pero, de pronto, ocurre algo extraño. Makar, el bruto, siente que una indignación se despierta en su pecho, y entonces, olvidándose que está en presencia de Dios, se enoja, y comienza a hablar; cuenta sus sacrificios, sus penas, sus privaciones. Cierto es que le pegaba a su mujer, pero le pegaba porque estaba triste; cierto es que mentía, pero otros que tenían mucho más que él también mentaban y robaban. Y Dios se va apiadando de Makar, comprende que Makar ha sido, sobre la tierra, como la organización social lo había moldeado, y súbitamente, las puertas del Paraíso se abren para él, para Makar.

Me acordé del sueño de Makar, pensando que alguien in mente diría que no conocía yo los defectos de la gente que vive siempre en la penuria y en la pena. Ahora sabe usted el porqué de la cita, y lo que quiere decir el "sueño de Makar".

### **La tragedia del hombre que busca empleo**

La persona que tenga la saludable costumbre de levantarse temprano, y salir en tranvía a trabajar o a tomar fresco, habrá a veces observado el siguiente fenómeno:

Una puerta de casa comercial con la cortina metálica medio corrida. Frente a la cortina metálica, y ocupando la vereda y parte de la calle, hay un racimo de gente. La muchedumbre es variada en aspecto. Hay pequeños y grandes, sanos y lisiados. Todos tienen un diario en la mano y conversan animadamente entre sí.

Lo primero que se le ocurre al viajante inexperto es de que allí ha ocurrido un crimen trascendental, y siente tentaciones de ir a engrosar el número de aparentes curiosos que hacen cola frente a la cortina metálica, mas a poco de reflexionarlo se da cuenta de que el grupo está constituido por gente que busca empleo, y que ha acudido al llamado de un aviso. Y si es observador y se detiene en la esquina podrá apreciar este conmovedor espectáculo.

Del interior de la casa semiblandada salen cada diez minutos individuos que tienen el aspecto de haber sufrido una decepción, pues irónicamente miran a todos los que les rodean, y contestando rabiosa y sintéticamente a las preguntas que les hacen, se alejan rumiando desconsuelo. Esto no hace desmayar a los que quedan, pues, como si lo ocurrido fuera un aliciente, comienzan a empujarse contra la cortina metálica, y a darse de puñetazos y pisotones para ver quien entra primero. De pronto el más ágil o el más fuerte se escurre adentro y el resto queda mirando la cortina, hasta que aparece en escena un viejo empleado de la casa que dice:

—Pueden irse, ya hemos tomado empleado.

Esta incitación no convence a los presentes, que estirando el cogote sobre el hombro de su compañero comienzan a desafiar desvergüenzas, y a amenazar con romper los vidrios del comercio. Entonces, para enfriar los ánimos, por lo general un robusto portero sale con un cubo de agua o armado de una escoba y empieza a dispersar a los amotinados. Esto no es exageración. Ya muchas veces se han hecho denuncias semejantes en las seccionales sobre este procedimiento expeditivo de los patronos que buscan empleados.

Los patronos arguyen que ellos en el aviso pidieron expresamente “un muchacho de dieciséis años para hacer trabajos de escritorio”, y que en vez de presentarse candidatos de esa edad, lo hacen personas de treinta años, y hasta cojos y jorobados. Y ello es en parte cierto. En Buenos Aires, “el hombre que busca empleo” ha venido a constituir un tipo su generis. Puede decirse que este hombre tiene el empleo de “ser hombre que busca trabajo”.

El hombre que busca trabajo es frecuentemente un individuo que oscila entre los dieciocho y veinticuatro años. No sirve para nada. No ha aprendido nada. No conoce ningún oficio. Su única y meritoria aspiración es ser empleado. Es el tipo del empleado abstracto. El quiere trabajar, pero trabajar sin ensuciarse las manos, trabajar en un lugar donde se use cuello; en fin, trabajar “pero entendámonos... decentemente”.

Y un buen día, día lejano, si alguna vez llega, él, el profesional de la busca de empleo, se “ubica”. Se ubica con el sueldo mínimo, pero qué le importa. Ahora podrá tener esperanzas de jubilarse. Y desde ese día, calafateado en su rincón administrativo espera la vejez con la paciencia de una rémora.

Lo trágico es la búsqueda del empleo en casas comerciales. La oferta ha llegado a ser tan extraordinaria, que un comerciante de nuestra amistad nos decía:

—Uno no sabe con qué empleado quedarse. Vienen con certificados. Son inmejorables. Comienza entonces el interrogatorio:

—¿Sabe usted escribir a máquina?

—Sí, ciento cincuenta palabras por minuto.

—¿Sabe usted taquigrafía?

—Sí, hace diez años.

—¿Sabe usted contabilidad?

—Soy contador público.

—¿Sabe usted inglés?

—Y también francés.

—¿Puede ofrecer una garantía?

—Hasta diez mil pesos de las siguientes firmas.

—¿Cuánto quiere ganar?

—Lo que ustedes acostumbran pagar.

—Y el sueldo que se les paga a esta gente -nos decía el aludido comerciante— no es nunca superior a ciento cincuenta pesos. Doscientos pesos los gana un empleado con antigüedad... y trescientos... trescientos es lo mítico. Y ello se debe a la oferta. Hay farmacéuticos que ganan ciento ochenta pesos y trabajan ocho horas diarias, hay abogados que son escribientes de procuradores, procuradores que les pagan doscientos pesos mensuales, ingenieros que no saben qué cosa hacer con el título, doctores en química que envasan muestras de importantes droguerías. Parece mentira y es cierto.

La interminable lista de “empleados ofrecidos” que se lee por las mañanas en los diarios es la mejor prueba de la trágica situación por la que pasan millares y millares de personas en nuestra ciudad. Y se pasan éstas los años buscando trabajo, gastan casi capitales en tranvías y es-tampillas ofreciéndose, y nada... la ciudad está congestionada de empleados. Y sin embargo, afuera está la llanura, están los campos, pero la gente no quiere salir afuera. Y es claro, termina tanto por acostumbrarse a la falta de empleo que viene a constituir un gremio, el gremio de los desocupados. Sólo les falta personería jurídica para llegar a constituir una de las tantas sociedades originales y exóticas de las que hablará la historia del futuro.

## **Padres negreros**

He sido testigo de una escena que me parece digna de relatarse.

Un amigo y yo solemos concurrir a un café que atiende el propietario del mismo, su mujer y dos hijos. De los hijos, el mayor tendrá nueve años, el menor, siete. Mas los mocosos se desempeñan como mozos auténticos, y no hay nada que decir del servicio, como no ser que en los intervalos las criaturas aprovechan para hacer pavadas, que, gracias al diablo, al padre y a la madre, ni tiempo de hacer macanas dignas de su edad tienen.

¿Qué macanas? Trabajar. Hay que ver al padre. Tiene cara meliflua y es de esos hombres que castigan a los hijos con una correa, mientras les dicen despacito al oído: “Cuidado con gritar, ¿eh?, que si no te mato”. Y lo más grave es que no los matan, sino que los dejan moribundos a lonjazos.

La madre es una mujer gorda, ceño acentuado, bigotes, brazos de jamón y ojos que vigilan el centavo con más prolijidad que si el centavo fuera un millón. Hombre y mujer se llevan admirablemente. Os recuerdan el matrimonio Thenardier, el posadero que decía: “Al viajero hay que cobrarle hasta las moscas que su perro se come”. No piensan nada más que en el maldito dinero. Habría que encerrarlos en una pieza llena de discos de oro y dejarlos morir de hambre allí dentro.

Mi amigo suele dejar varias monedas de propina. No es pobre. Bueno: yo creo que el chico que nos servía cometió la imprudencia de decirle al padre eso, porque ayer, cuando nos sentamos, nos sirvió el mocoso, pero en el momento de levantarnos y dejar paga la consumición, preciso instante en que el chico venía para recoger las monedas, el padre, que vigilaba un gato o una paloma distraída, el padre se precipitó, le dio una orden al chico, y, ¡fíjese bien!, sin contar el dinero, para ver si estaba o no justo el pago de la consumición, se lo echó al bolsillo. El chico miró lastimeramente en nuestra dirección.

Mi amigo vaciló. Quería dejar una propina para el mocito; y entonces yo le dije:

-No. No hay que hacer eso. Dejé que el chico juzgue al padre. Si vos le dejás propina, la impresión penosa que tuvo se borra inmediatamente. En cambio, si no le dejás propina, no se olvidará nunca de que el padre le “ro-bó” por prepotencia dos moneditas que él sabe perfectamente estaban allí pa-ra él. Es necesario que los hijos juzguen a sus padres. ¿Pensás que las injus-ticias se olvidan? Algún día, ese chico que no ha tenido infancia, que no ha tenido juegos apropiados a su edad, que fue puesto a trabajar en cuanto pu-do servir al prójimo, algún día el chico ese odiará al padre por toda la explo-tación inicua de que lo hizo víctima.

Luego nos separamos; pero me quedé pensando en el asunto.

Recuerdo que otra mañana encontré en una calle de Palermo a un carni-cero gigantesco que entregaba una canasta bastante cargada de carne a un chico hijo suyo, que no tendría más de siete años de edad. El chico caminaba com-pletamente torcido, y la gente (¡es tan estúpida!) sonreía; y el padre también. En fin, el hombre estaba orgulloso de tener en su familia, tan temprano, un bu-rrro de carga, y sus prójimos, tan bestias como él, sonreían, como diciendo:

-¡Vean, tan criatura y ya se gana el pan que come!

Pensé hacer una nota con el asunto; luego otros temas me hicieron ol-vidarlo, hasta que el otro acto me lo recordó.

Cabe preguntarse ahora, si estos son padres e hijos, o qué es lo que son. Yo he observado que en este país, y sobre todo entre las familias extranjeras, el hijo es considerado como un animal de carga. En cuanto tiene uso de ra-zón o fuerzas “lo colocan”. El chico trabaja y los padres cobran. Si se les di-ce algo al respecto, la única disculpa que tienen estos canallas es:

-Y... ¡hay que aprovechar mientras que son chicos! Porque cuando son grandes se casan y ya no se acuerdan más del padre que les dio la vida (Co-mo si ellos hubieran pedido antes de ser que les dieran la vida).

Y cuando son chicos se les hace trabajar porque alguna vez serán gran-des; y cuando son grandes, tienen que trabajar, porque si no ¡se mueren de hambre!...

Por lo general, el chico trabaja. Se acostumbra a agachar el lomo. En-trega la quincena íntegra, con rabia, con odio. En cuanto hace el servicio mi-litar, se casa y no quiere saber nada con “los viejos”. Los detesta. Ellos le agriaron la infancia. El no lo sabe, pero los detesta, inconscientemente.

Vaya usted y converse con esos centenares de muchachos trabajadores. Todos le dirán lo mismo: “Desde que yo era un purrete, me metieron al yu-go”. Hay padres que han explotado bárbaramente a los hijos. Y los que hi-cieron una fortuna no les importa un ardite el odio de los hijos. Dicen: “Te-nemos plata y nos respetarán”.

Hay casos curiosos. Conozco el de un colchonero que posee diez o quince casas. Es rico hasta decir basta. El hijo se desgarró. Ahora es un borrachín. A veces, cuando está en curda, asoma la cabeza entre los colchones y le grita al padre, que está cardando lana:

-¡Cuando revientes, con tu plata los voy a vestir de colorado a todos los borrachos de Flores! Y las casitas, ¡las vamos a convertir en vino!

Se explican estas monstruosidades. ¡Claro! La relación entre estos pa-dres e hijos ha sido mucho más agria que entre un patrón exigente y un ope-rario necesitado. Y estos hijos están deseando que “reviente” el padre para malgastar en un año de haraganería la fortuna que él acumuló en cincuenta de trabajo odioso, implacable, tacaño.

## **La inutilidad de los libros**

Me escribe un lector:

“Me interesaría muchísimo que Vd. escribiera algunas notas sobre los libros que deberían leer los jóvenes, para que aprendan y se formen un concepto claro, amplio, de la existencia (no exceptuando, claro está, la experiencia propia de la vida)”.

No le pide nada el cuerpo...

No le pide nada a usted el cuerpo, querido lector. Pero, ¿en dónde vive? ¿Cree usted acaso, por un minuto, que los libros le enseñarán a formarse “un concepto claro y amplio de la existencia”? Está equivocado, amigo; equi-vocado hasta decir basta. Lo que hacen los libros es desgraciarlo al hombre, créalo. No conozco un solo hombre feliz que lea. Y tengo amigos de todas las edades. Todos los individuos de existencia más o menos complicada que he conocido habían leído. Leído, desgraciadamente, mucho.

Si hubiera un libro que enseñara, fíjese bien, si hubiera un libro que enseñara a formarse un concepto claro y amplio de la existencia, ese libro estaría en todas las manos, en todas las escuelas, en todas las universida-des; no habría hogar que, en estante de honor, no tuviera ese libro que usted pide. ¿Se da cuenta?

No se ha dado usted cuenta todavía de que si la gente lee, es porque espera encontrar la verdad en los libros. Y lo más que puede encontrarse en un libro es la verdad del autor, no la verdad de todos los hombres. Y esa verdad es relativa... esa verdad es tan chiquita... que es necesario leer muchos libros para aprender a despreciarlos.

## **Los libros y la verdad**

Calcule usted que en Alemania se publican anualmente más o menos 10.000 libros, que abarcan todos los géneros de la especulación literaria; en París ocurre lo mismo; en Londres, ídem; en Nueva York, igual.

Piense esto:

Si cada libro contuviera una verdad, una sola verdad nueva en la su-perficie de la tierra, el grado de civilización moral que habrían alcanzado los hombres sería incalculable. ¿No es así? Ahora bien, piense usted que los hombres de esas naciones cultas, Alemania, Inglaterra, Francia, están actualmente discutiendo la reducción de armamentos (no confundir con supresión). Ahora bien, sea un momento sensato usted. ¿Para qué sirve esa cultura de diez mil libros por nación, volcada anualmente sobre la cabeza de los habitantes de esas tierras? ¿Para qué sirve esa cultura, si en el año 1930, después de una guerra catastrófica como la de 1914, se discute un problema que debía causar espanto?

¿Para qué han servido los libros, puede decirme usted? Yo, con toda sinceridad, le declaro que ignoro para qué sirven los libros. Que ignoro para qué sirve la obra de un señor Ricardo Rojas, de un señor Leopoldo Lugones, de un señor Capdevilla, para circunscribirme a este país.

#### El escritor como operario

Si usted conociera los entretelones de la literatura, se daría cuenta de que el escritor es un señor que tiene el oficio de escribir, como otro de fabricar casas. Nada más. Lo que lo diferencia del fabricante de casas, es que los libros no son tan útiles como las casas, y después... después que el fabricante de casas no es tan vanidoso como el escritor.

En nuestros tiempos, el escritor se cree el centro del mundo. Macanea a gusto. Engaña a la opinión pública, consciente o inconscientemente. No re-visa sus opiniones. Cree que lo que escribió es verdad por el hecho de haber-lo escrito él. El es el centro del mundo. La gente que hasta experimenta dificultades para escribirle a la familia, cree que la mentalidad del escritor es superior a la de sus semejantes y está equivocada respecto a los libros y respecto a los autores. Todos nosotros, los que escribimos y firmamos, lo hacemos para ganarnos el puchero. Nada más. Y para ganarnos el puchero no vacilamos a veces en afirmar que lo blanco es negro y viceversa. Y, además, hasta a veces nos permitimos el cinismo de reírnos y de creernos genios...

#### Desorientadores

La mayoría de los que escribimos, lo que hacemos es desorientar a la opinión pública. La gente busca la verdad y nosotros les damos verdades equivocadas. Lo blanco por lo negro. Es doloroso confesarlo, pero es así. Hay que escribir. En Europa los autores tienen su público; a ese público le dan un libro por un año. ¿Usted puede creer, de buena fe, que en un año se escribe un libro que contenga verdades? No, señor. No es posible. Para escribir un libro por año hay que macanear. Dorar la píldora. Llenar páginas de frases.

Es el oficio, "el métier". La gente recibe la mercadería y cree que es materia prima, cuando apenas se trata de una falsificación burda de otras falsificaciones, que también se inspiraron en falsificaciones.

#### Concepto claro

Si usted quiere formarse "un concepto claro" de la existencia, viva.

Piense. Obre. Sea sincero. No se engañe a sí mismo. Analice. Estúdiese. El día que se conozca a usted mismo perfectamente, acuérdesse de lo que le digo: en ningún libro va a encontrar nada que lo sorprenda. Todo será viejo para usted. Usted leerá por curiosidad libros y libros y siempre llegará a esa fatal palabra terminal: "Pero sí esto lo había pensado yo, ya". Y ningún libro podrá enseñarle nada.

Salvo los que se han escrito sobre esta última guerra. Esos documentos trágicos vale la pena conocerlos. El resto es papel...

### ***Roberto Cossa: el cronista de la sociedad argentina***

Roberto Cossa, Tito, (\*1934, Buenos Aires) es uno de los dramaturgos más importantes de la historia del teatro argentino. Junto a Ricardo Halac integra la generación del Nuevo



Realismo continuando la senda marcada por Carlos Gorostiza. Entre sus obras más conocidas se encuentran *La Nona*, *Yepeto*, *El viejo criado*, *Gris de ausencia*, *Los compadritos*, *Nuestro fin de semana* (1964) y *Tute Cabrero*. Fue uno de los promotores de Teatro Abierto.

### ***El teatro abierto: una ventana a la realidad***

Con la dictadura militar de mediados de los años 70, muchos actores y gente del oficio se vieron obligados a emigrar, los empresarios solo llevaron a escena comedias livianas y en los teatros oficiales se impusieron «listas negras» que influyeron en directores y productores. La resistencia se recluyó en pequeños teatros y fue el movimiento independiente el que oxigenó el ambiente: autores como Osvaldo Dragún, Roberto Cossa, Carlos Somigliana y Carlos Gorostiza, con el apoyo de otros dramaturgos y actores, crearon el Teatro Abierto, inaugurado el 28 de julio de 1981 en el Teatro del Picadero.

El Teatro Abierto era una serie de veintiuna obras cortas basadas en las cosas que pasaron en Argentina de la mano del gobierno. Cada obra se representó solo una vez, para prevenir la censura. Era apoyado fuertemente por los que se oponían al gobierno. Los teatros ofrecieron sus etapas y las primeras obras se estrenaron en el Teatro Picadero; los actores, escritores, y directores trabajaron gratis; la admisión era abierta a todos y el público no pagó nada. El festival empezó en el 28 de julio en el Teatro Picadero en Buenos Aires. Aunque las obras empezaron a las seis y media y el público tenía mucho miedo, los boletos para cada obra se agotaron.

## ACTIVIDAD DE INTEGRACIÓN UNIDAD 3

### ESCRITURA DE AGUAFUERTES

De manera individual, escriba dos “aguafuertes” al estilo de Roberto Arlt. Como primer paso, deben elegir algunas circunstancias, figuras o tipos sociales como los que trabaja el escritor. Piense en los textos ya leídos. Puede ser una figura del barrio, más o menos conocida. Use su imaginación. Luego, debe observar con cuidado todos los detalles de esta figura (manera de hablar, de vestirse, de estar en el mundo, rutinas, ritos, costumbres, etc.) y tratar de describirla. Finalmente, escriba un borrador de su “aguafuerte”, que debe compartir con sus compañeros.

#### Consejos adicionales:

##### Lenguaje directo y coloquial:

- ▽ Arlt utilizaba un lenguaje cercano al habla popular, sin miedo a las expresiones vulgares o los neologismos.
- ▽ No te preocupes por la corrección gramatical estricta; busca la autenticidad y la fuerza expresiva.

##### Mirada crítica y desencantada:

- ▽ Arlt no idealizaba la realidad; al contrario, mostraba las contradicciones, las injusticias y la alienación de la vida urbana.
- ▽ No temas expresar tu opinión y tu visión personal del mundo.

##### Detalles sensoriales:

- ▽ Arlt era un maestro en la descripción de los detalles sensoriales: los olores, los sonidos, las texturas, los colores de la ciudad.
- ▽ Utiliza estos detalles para crear una atmósfera vívida y envolvente.

##### Humor y sarcasmo:

- ▽ Arlt utilizaba el humor y el sarcasmo para criticar la sociedad y revelar las absurdidades de la vida cotidiana.
- ▽ No dudes en utilizar el humor para darle un toque personal a tus aguafuertes.

##### Estructura libre:

- ▽ Las "aguafuertes" no tienen una estructura rígida. Puedes comenzar con una anécdota, una reflexión, una descripción, o cualquier otro recurso que te parezca adecuado.

##### Actualidad:

- ▽ Trae esa mirada a la actualidad, que cosas ves en tu barrio, o ciudad que te recuerdan a esas figuras que Arlt solía describir.

## UNIDAD 4: LA NUEVA NARRATIVA ARGENTINA: DESDE BORGES HASTA ENRÍQUEZ

### Ni insólito ni maravilloso: fantástico

La fantasía no es un modo de evadirse de la realidad sino un modo de hacer posible el acercarse a ella. El fantástico es un género literario no-realista porque presenta elementos sobrenaturales. Para intentar caracterizarlo, distintos estudiosos han observado "leyes generales" a partir de las cuales podemos agrupar a una gran cantidad de textos, en especial cuentos, los cuales ocupan un lugar destacado, aunque no exclusivo. En su Introducción a la literatura fantástica, un texto de referencia para quienes investigan el tema, Tzvetan Todorov diferencia el fantástico de dos géneros que también juegan con lo sobrenatural: el maravilloso y el insólito. El primero de ellos es quizás el más conocido porque lo encontramos en los cuentos de hadas. Allí, el relato no presenta una explicación que justifique la presencia de lo sobrenatural, en parte porque estos elementos aparecen claramente integrados al universo representado. Por otro lado, el insólito, nos muestra un mundo organizado desde una óptica realista, donde aparecen hechos aparentemente inexplicables, aunque en la resolución de la historia podrán entenderse de manera racional. Lo que en principio aparecía como un elemento sobrenatural se revela al final como un engaño, un error de interpretación sobre los acontecimientos. La diferencia entre estos dos géneros es significativa, porque, para Todorov, lo fantástico se hallaría justamente en una zona de incertidumbre entre ambos. Nos encontramos con un texto fantástico cuando el relato nos permite dudar: ¿la historia contada presenta una explicación racional de lo sobrenatural (insólito) o no (maravilloso)? Es gracias a esta ambigüedad, dirá el autor, este "estado de incertidumbre", que experimentamos el efecto de lo fantástico.

### Actividad

1. Investigue acerca de la vida y obra de dos autores argentinos: Jorge Luis Borges y Julio Cortázar. Los trabajaremos en esta unidad. Anote en el cuaderno los datos que encuentre.



### Lo fantástico en Cortázar

Cortázar Beatriz Sarlo, crítica literaria contemporánea, identificó la ficción de Cortázar con lo que dio en llamar "una literatura de pasajes", dado que en muchas de sus ficciones los espacios que normalmente aparecen incomunicados, por algún extraño sortilegio, aquí se conectan. Partiendo de esta idea veremos que en "Axolotl", al igual que en varios de los relatos que aparecen en el volumen de cuentos Final de juego (1956), se presentan personajes que cambian su lugar con otro mediante un juego de voces narrativas, un juego de "pasajes" que une a seres incomunicados entre sí. Pero la idea de cambiar lugares no queda aquí, sino que se complejiza cuando los habitantes de esos mundos opuestos parecieran existir dentro de una misma conciencia. Los personajes pueden, sin moverse, habitar dentro de otros siendo conscientes de la incomunicación.

# Las ruinas circulares

Jorge Luis Borges

Nadie lo vio desembarcar en la unánime noche, nadie vio la canoa de bambú sumiéndose en el fango sagrado, pero a los pocos días nadie ignoraba que el hombre taciturno venía del Sur y que su patria era una de las infinitas aldeas que están aguas arriba, en el flanco violento de la montaña, donde el idioma zend no está contaminado de griego y donde es infrecuente la lepra. Lo cierto es que el hombre gris besó el fango, repechó la ribera sin apartar (probablemente, sin sentir) las cortaderas que le dilaceraban las carnes y se arrastró, mareado y ensangrentado, hasta el recinto circular que corona un tigre o caballo de piedra, que tuvo alguna vez el color del fuego y ahora el de la ceniza. Ese redondel es un templo que devoraron los incendios antiguos, que la selva palúdica ha profanado y cuyo dios no recibe honor de los hombres. El forastero se tendió bajo el pedestal. Lo despertó el sol alto. Comprobó sin asombro que las heridas habían cicatrizado; cerró los ojos pálidos y durmió, no por flaqueza de la carne sino por determinación de la voluntad. Sabía que ese templo era el lugar que requería su invencible propósito; sabía que los árboles incesantes no habían logrado estrangular, río abajo, las ruinas de otro templo propicio, también de dioses incendiados y muertos; sabía que su inmediata obligación era el sueño. Hacia la medianoche lo despertó el grito inconsolable de un pájaro. Rastros de pies descalzos, unos higos y un cántaro le advirtieron que los hombres de la región habían espionado con respeto su sueño y solicitaban su amparo o temían su magia. Sintió el frío del miedo y buscó en la muralla dilapidada un nicho sepulcral y se tapó con hojas desconocidas.

El propósito que lo guiaba no era imposible, aunque sí sobrenatural. Quería soñar un hombre: quería soñarlo con integridad minuciosa e imponerlo a la realidad. Ese proyecto mágico había agotado el espacio entero de su alma; si alguien le hubiera preguntado su propio nombre o cualquier rasgo de su vida anterior, no habría acertado a responder. Le convenía el templo inhabitado y despedazado, porque era un mínimo de mundo visible; la cercanía de los leñadores también, porque éstos se encargaban de subvenir a sus necesidades frugales. El arroz y las frutas de su tributo eran pábulo suficiente para su cuerpo, consagrado a la única tarea de dormir y soñar.

Al principio, los sueños eran caóticos; poco después, fueron de naturaleza dialéctica. El forastero se soñaba en el centro de un anfiteatro circular que era de algún modo el templo incendiado: nubes de alumnos taciturnos fatigaban las gradas; las caras de los últimos pendían a muchos siglos de distancia y a una altura estelar, pero eran del todo precisas. El hombre les dictaba lecciones de anatomía, de cosmografía, de magia: los rostros escuchaban con ansiedad y procuraban responder con entendimiento, como si adivinaran la importancia de aquel examen, que redimiría a uno de ellos de su condición de vana apariencia y lo interpolaría en el mundo real. El hombre, en el sueño y en la vigilia, consideraba las respuestas de sus fantasmas, no se dejaba embaucar por los impostores, adivinaba en ciertas perplejidades una inteligencia creciente. Buscaba un alma que mereciera participar en el universo.

A las nueve o diez noches comprendió con alguna amargura que nada podía esperar de aquellos alumnos que aceptaban con pasividad su doctrina y sí de aquellos que arriesgaban, a veces, una contradicción razonable. Los primeros, aunque dignos de amor y de buen afecto, no podían ascender a individuos; los últimos preexistían un poco más. Una tarde (ahora también las tardes eran tributarias del sueño, ahora no velaba sino un par de horas en el amanecer) licenció para siempre el vasto colegio ilusorio y se quedó con un solo alumno. Era un muchacho taciturno, cetrino, díscolo a veces, de rasgos afilados que repetían los de su soñador. No lo desconcertó por mucho tiempo la brusca eliminación de los condiscípulos; su progreso, al cabo de unas pocas lecciones particulares, pudo maravillar al maestro. Sin embargo, la catástrofe sobrevino. El hombre, un día, emergió del sueño como de un desierto viscoso, miró la vana luz de la tarde que al pronto confundió con la aurora y comprendió que no había soñado. Toda esa noche y todo el día, la intolerable lucidez del insomnio se abatió contra él. Quiso explorar la selva, extenuarse; apenas alcanzó entre la cicuta unas rachas de sueño débil, veteadas fugazmente de visiones de tipo rudimental: inservibles. Quiso congregar el colegio y apenas hubo articulado unas breves palabras de exhortación, éste se deformó, se borró. En la casi perpetua vigilia, lágrimas de ira le quemaban los viejos ojos.

Comprendió que el empeño de modelar la materia incoherente y vertiginosa de que se componen los sueños es el más arduo que puede acometer un varón, aunque penetre todos los enigmas del orden superior y del inferior: mucho más arduo que tejer una cuerda de arena o que amonedar el viento sin cara. Comprendió que un fracaso inicial era inevitable. Juró olvidar la enorme alucinación que lo había desviado al principio y buscó otro método de trabajo. Antes de ejercitarlo, dedicó un mes a la reposición de las fuerzas que había malgastado el delirio. Abandonó toda premeditación de soñar y casi acto continuo logró dormir un trecho razonable del día. Las raras veces que soñó durante ese período, no reparó en los sueños. Para

reanudar la tarea, esperó que el disco de la luna fuera perfecto. Luego, en la tarde, se purificó en las aguas del río, adoró los dioses planetarios, pronunció las sílabas lícitas de un nombre poderoso y durmió. Casi inmediatamente, soñó con un corazón que latía.

Lo soñó activo, caluroso, secreto, del grandor de un puño cerrado, color granate en la penumbra de un cuerpo humano aun sin cara ni sexo; con minucioso amor lo soñó, durante catorce lúcidas noches. Cada noche, lo percibía con mayor evidencia. No lo tocaba: se limitaba a atestiguarlo, a observarlo, tal vez a corregirlo con la mirada. Lo percibía, lo vivía, desde muchas distancias y muchos ángulos. La noche catorcena rozó la arteria pulmonar con el índice y luego todo el corazón, desde afuera y adentro. El examen lo satisfizo. Deliberadamente no soñó durante una noche: luego retomó el corazón, invocó el nombre de un planeta y emprendió la visión de otro de los órganos principales. Antes de un año llegó al esqueleto, a los párpados. El pelo innumerable fue tal vez la tarea más difícil. Soñó un hombre íntegro, un mancebo, pero éste no se incorporaba ni hablaba ni podía abrir los ojos. Noche tras noche, el hombre lo soñaba dormido.

En las cosmogonías gnósticas, los demiurgos amasan un rojo Adán que no logra ponerse de pie; tan inhábil y rudo y elemental como ese Adán de polvo era el Adán de sueño que las noches del mago habían fabricado. Una tarde, el hombre casi destruyó toda su obra, pero se arrepintió. (Más le hubiera valido destruirla.) Agotados los votos a los númenes de la tierra y del río, se arrojó a los pies de la efigie que tal vez era un tigre y tal vez un potro, e imploró su desconocido socorro. Ese crepúsculo, soñó con la estatua. La soñó viva, trémula: no era un atroz bastardo de tigre y potro, sino a la vez esas dos criaturas vehementes y también un toro, una rosa, una tempestad. Ese múltiple dios le reveló que su nombre terrenal era Fuego, que en ese templo circular (y en otros iguales) le habían rendido sacrificios y culto y que mágicamente animaría al fantasma soñado, de suerte que todas las criaturas, excepto el Fuego mismo y el soñador, lo pensarán un hombre de carne y hueso. Le ordenó que una vez instruido en los ritos, lo enviaría al otro templo despedazado cuyas pirámides persisten aguas abajo, para que alguna voz lo glorificara en aquel edificio desierto. En el sueño del hombre que soñaba, el soñado se despertó.

El mago ejecutó esas órdenes. Consagró un plazo (que finalmente abarcó dos años) a descubrirle los arcanos del universo y del culto del fuego. Íntimamente, le dolía apartarse de él. Con el pretexto de la necesidad pedagógica, dilataba cada día las horas dedicadas al sueño. También rehizo el hombro derecho, acaso deficiente. A veces, lo inquietaba una impresión de que ya todo eso había acontecido... En general, sus días eran felices; al cerrar los ojos pensaba: *Ahora estaré con mi hijo*. O, más raramente: *El hijo que he engendrado me espera y no existirá si no voy*.

Gradualmente, lo fue acostumbrando a la realidad. Una vez le ordenó que embanderara una cumbre lejana. Al otro día, flameaba la bandera en la cumbre. Ensayó otros experimentos análogos, cada vez más audaces. Comprendió con cierta amargura que su hijo estaba listo para nacer -y tal vez impaciente. Esa noche lo besó por primera vez y lo envió al otro templo cuyos despojos blanqueaban río abajo, a muchas leguas de inextricable selva y de ciénaga. Antes (para que no supiera nunca que era un fantasma, para que se creyera un hombre como los otros) le infundió el olvido total de sus años de aprendizaje.

Su victoria y su paz quedaron empañadas de hastío. En los crepúsculos de la tarde y del alba, se prosternaba ante la figura de piedra, tal vez imaginando que su hijo irreal ejecutaba idénticos ritos, en otras ruinas circulares, aguas abajo; de noche no soñaba, o soñaba como lo hacen todos los hombres. Percibía con cierta palidez los sonidos y formas del universo: el hijo ausente se nutría de esas disminuciones de su alma. El propósito de su vida estaba colmado; el hombre persistió en una suerte de éxtasis. Al cabo de un tiempo que ciertos narradores de su historia prefieren computar en años y otros en lustros, lo despertaron dos remeros a medianoche: no pudo ver sus caras, pero le hablaron de un hombre mágico en un templo del Norte, capaz de hollar el fuego y de no quemarse. El mago recordó bruscamente las palabras del dios. Recordó que de todas las criaturas que componen el orbe, el fuego era la única que sabía que su hijo era un fantasma. Ese recuerdo, apaciguador al principio, acabó por atormentarlo. Temió que su hijo meditara en ese privilegio anormal y descubriera de algún modo su condición de mero simulacro. No ser un hombre, ser la proyección del sueño de otro hombre ¡qué humillación incomparable, qué vértigo! A todo padre le interesan los hijos que ha procreado (que ha permitido) en una mera confusión o felicidad; es natural que el mago temiera por el porvenir de aquel hijo, pensado entraña por entraña y rasgo por rasgo, en mil y una noches secretas.

El término de sus cavilaciones fue brusco, pero lo prometieron algunos signos. Primero (al cabo de una larga sequía) una remota nube en un cerro, liviana como un pájaro; luego, hacia el Sur, el cielo que tenía el color rosado de la encía de los leopardos; luego las humaredas que herrumbraron el metal de las noches; después la fuga pánica de las bestias. Porque se repitió lo acontecido hace muchos siglos. Las ruinas del santuario del dios del fuego fueron destruidas por el fuego. En un alba sin pájaros el mago vio cernirse contra los muros el incendio concéntrico. Por un instante, pensó refugiarse en las aguas, pero luego comprendió que la muerte venía a coronar su vejez y a absolverlo de sus trabajos. Caminó contra los jirones de fuego. Éstos no mordieron su carne, éstos lo acariciaron y lo inundaron sin calor y sin combustión. Con alivio, con humillación, con terror, comprendió que él también era una apariencia, que otro estaba soñándolo.

# La Biblioteca de Babel

**Jorge Luis Borges**

El universo (que otros llaman la Biblioteca) se compone de un número indefinido, y tal vez infinito, de galerías hexagonales, con vastos pozos de ventilación en el medio, cercados por barandas bajísimas. Desde cualquier hexágono se ven los pisos inferiores y superiores: interminablemente. La distribución de las galerías es invariable. Veinte anaqueles, a cinco largos anaqueles por lado, cubren todos los lados menos dos; su altura, que es la de los pisos, excede apenas la de un bibliotecario normal. Una de las caras libres da a un angosto zaguán, que desemboca en otra galería, idéntica a la primera y a todas. A izquierda y a derecha del zaguán hay dos gabinetes minúsculos. Uno permite dormir de pie; otro, satisfacer las necesidades finales. Por ahí pasa la escalera espiral, que se abisma y se eleva hacia lo remoto. En el zaguán hay un espejo, que fielmente duplica las apariencias. Los hombres suelen inferir de ese espejo que la Biblioteca no es infinita (si lo fuera realmente ¿a qué esa duplicación ilusoria?); yo prefiero soñar que las superficies bruñidas figuran y prometen el infinito... La luz procede de unas frutas esféricas que llevan el nombre de lámparas. Hay dos en cada hexágono: transversales. La luz que emiten es insuficiente, incesante.

Como todos los hombres de la Biblioteca, he viajado en mi juventud; he peregrinado en busca de un libro, acaso del catálogo de catálogos; ahora que mis ojos casi no pueden descifrar lo que escribo, me preparo a morir a unas pocas leguas del hexágono en que nací. Muerto, no faltarán manos piadosas que me tiren por la baranda; mi sepultura será el aire insondable; mi cuerpo se hundirá largamente y se corromperá y disolverá en el viento engendrado por la caída, que es infinita. Yo afirmo que la Biblioteca es interminable. Los idealistas arguyen que las salas hexagonales son una forma necesaria del espacio absoluto o, por lo menos, de nuestra intuición del espacio. Razonan que es inconcebible una sala triangular o pentagonal. (Los místicos pretenden que el éxtasis les revela una cámara circular con un gran libro circular de lomo continuo, que da toda la vuelta de las paredes; pero su testimonio es sospechoso; sus palabras, oscuras. Ese libro cíclico es Dios.) Básteme, por ahora, repetir el dictamen clásico: La Biblioteca es una esfera cuyo centro cabal es cualquier hexágono, cuya circunferencia es inaccesible.

A cada uno de los muros de cada hexágono corresponden cinco anaqueles; cada anaquel encierra treinta y dos libros de formato uniforme; cada libro es de cuatrocientas diez páginas; cada página, de cuarenta renglones; cada renglón, de unas ochenta letras de color negro. También hay letras en el dorso de cada libro; esas letras no indican o prefiguran lo que dirán las páginas. Sé que esa inconexión, alguna vez, pareció misteriosa. Antes de resumir la solución (cuyo descubrimiento, a pesar de sus trágicas proyecciones, es quizá el hecho capital de la historia) quiero rememorar algunos axiomas.

El primero: La Biblioteca existe ab aeterno. De esa verdad cuyo colorario inmediato es la eternidad futura del mundo, ninguna mente razonable puede dudar. El hombre, el imperfecto bibliotecario, puede ser obra del azar o de los demiurgos malévolos; el universo, con su elegante dotación de anaqueles, de tomos enigmáticos, de infatigables escaleras para el viajero y de letrinas para el bibliotecario sentado, sólo puede ser obra de un dios. Para percibir la distancia que hay entre lo divino y lo humano, basta comparar estos rudos símbolos trémulos que mi falible mano garabatea en la tapa de un libro, con las letras orgánicas del interior: puntuales, delicadas, negrísimas, inimitablemente simétricas.

El segundo: El número de símbolos ortográficos es veinticinco. Esa comprobación permitió, hace trescientos años, formular una teoría general de la Biblioteca y resolver satisfactoriamente el problema que ninguna conjetura había descifrado: la naturaleza informe y caótica de casi todos los libros. Uno, que mi padre vio en un hexágono del circuito quince noventa y cuatro, constaba de las letras MCV perversamente repetidas desde el renglón primero hasta el último. Otro (muy consultado en esta zona) es un mero laberinto de letras, pero la página penúltima dice «Oh tiempo tus pirámides». Ya se sabe: por una línea razonable o una recta noticia hay leguas de insensatas cacofonías, de fárragos verbales y de incoherencias. (Yo sé de una región cerril cuyos bibliotecarios repudian la supersticiosa y vana costumbre de buscar sentido en los libros y la equiparan a la de buscarlo en los sueños o en las líneas caóticas de la mano... Admiten que los inventores de la escritura imitaron los veinticinco símbolos naturales, pero sostienen que esa aplicación es casual y que los libros nada significan en sí. Ese dictamen, ya veremos no es del todo falaz.)

Durante mucho tiempo se creyó que esos libros impenetrables correspondían a lenguas pretéritas o remotas. Es verdad que los hombres más antiguos, los primeros bibliotecarios, usaban un lenguaje asaz diferente del que hablamos ahora; es verdad que unas millas a la derecha la lengua es dialectal y que noventa pisos más arriba, es incomprensible. Todo eso, lo repito, es verdad, pero cuatrocientas diez páginas de inalterables MCV no pueden corresponder a ningún idioma, por dialectal o rudimentario que sea. Algunos insinuaron que cada letra podía influir en la subsiguiente y que el valor de MCV en la tercera línea de la página 71 no era el que

puede tener la misma serie en otra posición de otra página, pero esa vaga tesis no prosperó. Otros pensaron en criptografías; universalmente esa conjetura ha sido aceptada, aunque no en el sentido en que la formularon sus inventores.

Hace quinientos años, el jefe de un hexágono superior dio con un libro tan confuso como los otros, pero que tenía casi dos hojas de líneas homogéneas. Mostró su hallazgo a un descifrador ambulante, que le dijo que estaban redactadas en portugués; otros le dijeron que en yiddish. Antes de un siglo pudo establecerse el idioma: un dialecto samoyedo-lituano del guaraní, con inflexiones de árabe clásico. También se descifró el contenido: nociones de análisis combinatorio, ilustradas por ejemplos de variaciones con repetición ilimitada. Esos ejemplos permitieron que un bibliotecario de genio descubriera la ley fundamental de la Biblioteca. Este pensador observó que todos los libros, por diversos que sean, constan de elementos iguales: el espacio, el punto, la coma, las veintidós letras del alfabeto. También alegó un hecho que todos los viajeros han confirmado: No hay en la vasta Biblioteca, dos libros idénticos. De esas premisas incontrovertibles dedujo que la Biblioteca es total y que sus anaqueles registran todas las posibles combinaciones de los veintitantos símbolos ortográficos (número, aunque vastísimo, no infinito) o sea todo lo que es dable expresar: en todos los idiomas. Todo: la historia minuciosa del porvenir, las autobiografías de los arcángeles, el catálogo fiel de la Biblioteca, miles y miles de catálogos falsos, la demostración de la falacia de esos catálogos, la demostración de la falacia del catálogo verdadero, el evangelio gnóstico de Basilides, el comentario de ese evangelio, el comentario del comentario de ese evangelio, la relación verídica de tu muerte, la versión de cada libro a todas las lenguas, las interpolaciones de cada libro en todos los libros, el tratado que Beda pudo escribir (y no escribió) sobre la mitología de los sajones, los libros perdidos de Tácito.

Cuando se proclamó que la Biblioteca abarcaba todos los libros, la primera impresión fue de extravagante felicidad. Todos los hombres se sintieron señores de un tesoro intacto y secreto. No había problema personal o mundial cuya elocuente solución no existiera: en algún hexágono. El universo estaba justificado, el universo bruscamente usurpó las dimensiones ilimitadas de la esperanza. En aquel tiempo se habló mucho de las Vindicaciones: libros de apología y de profecía, que para siempre vindicaban los actos de cada hombre del universo y guardaban arcanos prodigiosos para su porvenir. Miles de codiciosos abandonaron el dulce hexágono natal y se lanzaron escaleras arriba, urgidos por el vano propósito de encontrar su Vindicación. Esos peregrinos disputaban en los corredores estrechos, proferían oscuras maldiciones, se estrangulaban en las escaleras divinas, arrojaban los libros engañosos al fondo de los túneles, morían despeñados por los hombres de regiones remotas. Otros se enloquecieron... Las Vindicaciones existen (yo he visto dos que se refieren a personas del porvenir, a personas acaso no imaginarias) pero los

buscadores no recordaban que la posibilidad de que un hombre encuentre la suya, o alguna p erfida variación de la suya, es computable en cero.

También se esper  entonces la aclaración de los misterios básicos de la humanidad: el origen de la Biblioteca y del tiempo. Es verosímil que esos graves misterios puedan explicarse en palabras: si no basta el lenguaje de los filósofos, la multiforme Biblioteca habr  producido el idioma inaudito que se requiere y los vocabularios y gramáticas de ese idioma. Hace ya cuatro siglos que los hombres fatigan los hexágonos... Hay buscadores oficiales, inquisidores. Yo los he visto en el desempeño de su función: llegan siempre rendidos; hablan de una escalera sin peldaños que casi los mat ; hablan de galerías y de escaleras con el bibliotecario; alguna vez, toman el libro más cercano y lo hojean, en busca de palabras infames. Visiblemente, nadie espera descubrir nada.

A la desaforada esperanza, sucedió, como es natural, una depresión excesiva. La certidumbre de que algún anaquel en algún hexágono encerraba libros preciosos y de que esos libros preciosos eran inaccesibles, pareció casi intolerable. Una secta blasfema sugirió que cesaran las buscas y que todos los hombres barajaran letras y símbolos, hasta construir, mediante un improbable don del azar, esos libros canónicos. Las autoridades se vieron obligadas a promulgar órdenes severas. La secta desapareció, pero en mi niñez he visto hombres viejos que largamente se ocultaban en las letrinas, con unos discos de metal en un cubilete prohibido, y débilmente remedaban el divino desorden.

Otros, inversamente, creyeron que lo primordial era eliminar las obras inútiles. Invad an los hexágonos, exhibían credenciales no siempre falsas, hojeaban con fastidio un volumen y condenaban anaqueles enteros: a su furor higiénico, asc tico, se debe la insensata perdición de millones de libros. Su nombre es execrado, pero quienes deploran los «tesoros» que su frenesí destruyó, negligencian dos hechos notorios. Uno: la Biblioteca es tan enorme que toda reducción de origen humano resulta infinitesimal. Otro: cada ejemplar es único, irremplazable, pero (como la Biblioteca es total) hay siempre varios centenares de miles de facsímiles imperfectos: de obras que no difieren sino por una letra o por una coma. Contra la opinión general, me atrevo a suponer que las consecuencias de las depredaciones cometidas por los Purificadores, han sido exageradas por el horror que esos fanáticos provocaron. Los urg  el delirio de conquistar los libros del Hexágono Carmes : libros de formato menor que los naturales; omnipotentes, ilustrados y mágicos.

También sabemos de otra superstición de aquel tiempo: la del Hombre del Libro. En algún anaquel de algún hexágono (razonaron los hombres) debe existir un libro que sea la cifra y el compendio perfecto de todos los demás: algún bibliotecario lo ha recorrido y es análogo a un dios. En el lenguaje de esta zona persisten aún vestigios del culto de ese funcionario remoto. Muchos peregrinaron en busca de él.

Durante un siglo fatigaron en vano los más diversos rumbos. ¿Cómo localizar el venerado hexágono secreto que lo hospedaba? Alguien propuso un método regresivo: Para localizar el libro A, consultar previamente un libro B que indique el sitio de A; para localizar el libro B, consultar previamente un libro C, y así hasta lo infinito... En aventuras de éstas, he prodigado y consumido mis años. No me parece inverosímil que en algún anaquel del universo haya un libro total; ruego a los dioses ignorados que un hombre - ¡uno solo, aunque sea, hace miles de años! - lo haya examinado y leído. Si el honor y la sabiduría y la felicidad no son para mí, que sean para otros. Que el cielo exista, aunque mi lugar sea el infierno. Que yo sea ultrajado y aniquilado, pero que en un instante, en un ser, Tu enorme Biblioteca se justifique.

Afirman los impíos que el disparate es normal en la Biblioteca y que lo razonable (y aun la humilde y pura coherencia) es una casi milagrosa excepción. Hablan (lo sé) de «la Biblioteca febril, cuyos azarosos volúmenes corren el incesante albur de cambiarse en otros y que todo lo afirman, lo niegan y lo confunden como una divinidad que delira». Esas palabras que no sólo denuncian el desorden sino que lo ejemplifican también, notoriamente prueban su gusto pésimo y su desesperada ignorancia. En efecto, la Biblioteca incluye todas las estructuras verbales, todas las variaciones que permiten los veinticinco símbolos ortográficos, pero no un solo disparate absoluto. Inútil observar que el mejor volumen de los muchos hexágonos que administro se titula «Trueno peinado», y otro «El calambre de yeso» y otro «Axaxaxas mlo». Esas proposiciones, a primera vista incoherentes, sin duda son capaces de una justificación criptográfica o alegórica; esa justificación es verbal y, *ex hypothesi*, ya figura en la Biblioteca. No puedo combinar unos caracteres dhcmrlchtdj que la divina Biblioteca no haya previsto y que en alguna de sus lenguas secretas no encierren un terrible sentido. Nadie puede articular una sílaba que no esté llena de ternuras y de temores; que no sea en alguno de esos lenguajes el nombre poderoso de un dios. Hablar es incurrir en tautologías. Esta epístola inútil y palabarrera ya existe en uno de los treinta volúmenes de los cinco anaqueles de uno de los incontables hexágonos, y también su refutación. (Un número *n* de lenguajes posibles usa el mismo vocabulario; en algunos, el símbolo biblioteca admite la correcta definición ubicuo y perdurable sistema de galerías hexagonales, pero biblioteca es pan o pirámide o cualquier otra cosa, y las siete palabras que la definen tienen otro valor. Tú, que me lees, ¿estás seguro de entender mi lenguaje?).

La escritura metódica me distrae de la presente condición de los hombres. La certidumbre de que todo está escrito nos anula o nos afantasma. Yo conozco distritos en que los jóvenes se prosternan ante los libros y besan con barbarie las páginas, pero no saben descifrar una sola letra. Las epidemias, las discordias heréticas, las peregrinaciones que inevitablemente degeneran en bandolerismo, han

diezmado la población. Creo haber mencionado los suicidios, cada año más frecuentes. Quizá me engañen la vejez y el temor, pero sospecho que la especie humana - la única - está por extinguirse y que la Biblioteca perdurará: iluminada, solitaria, infinita, perfectamente inmóvil, armada de volúmenes preciosos, inútil, incorruptible, secreta.

Acabo de escribir infinita. No he interpolado ese adjetivo por una costumbre retórica; digo que no es ilógico pensar que el mundo es infinito. Quienes lo juzgan limitado, postulan que en lugares remotos los corredores y escaleras y hexágonos pueden inconcebiblemente cesar, lo cual es absurdo. Quienes la imaginan sin límites, olvidan que los tiene el número posible de libros. Yo me atrevo a insinuar esta solución del antiguo problema: La biblioteca es ilimitada y periódica. Si un eterno viajero la atravesara en cualquier dirección, comprobaría al cabo de los siglos que los mismos volúmenes se repiten en el mismo desorden (que, repetido, sería un orden: el Orden). Mi soledad se alegra con esa elegante esperanza.

# Emma Zunz

Jorge Luis Borges

El catorce de enero de 1922, Emma Zunz, al volver de la fábrica de tejidos Tarbuch y Loewenthal, halló en el fondo del zaguán una carta, fechada en el Brasil, por la que supo que su padre había muerto. La engañaron, a primera vista, el sello y el sobre; luego, la inquietó la letra desconocida. Nueve diez líneas borroneadas querían colmar la hoja; Emma leyó que el señor Maier había ingerido por error una fuerte dosis de veronal y había fallecido el tres del corriente en el hospital de Bagé. Un compañero de pensión de su padre firmaba la noticia, un tal Feino Fain, de Río Grande, que no podía saber que se dirigía a la hija del muerto.

Emma dejó caer el papel. Su primera impresión fue de malestar en el vientre y en las rodillas; luego de ciega culpa, de irrealidad, de frío, de temor; luego, quiso ya estar en el día siguiente. Acto continuo comprendió que esa voluntad era inútil porque la muerte de su padre era lo único que había sucedido en el mundo, y seguiría sucediendo sin fin. Recogió el papel y se fue a su cuarto. Furtivamente lo guardó en un cajón, como si de algún modo ya conociera los hechos ulteriores. Ya había empezado a vislumbrarlos, tal vez; ya era la que sería.

En la creciente oscuridad, Emma lloró hasta el fin de aquel día del suicidio de Manuel Maier, que en los antiguos días felices fue Emanuel Zunz. Recordó veraneos en una chacra, cerca de Gualeguay, recordó (trató de recordar) a su madre, recordó la casita de Lanús que les remataron, recordó los amarillos losanges de una ventana, recordó el auto de prisión, el oprobio, recordó los anónimos con el suelto sobre «el desfalco del cajero», recordó (pero eso jamás lo olvidaba) que su padre, la última noche, le había jurado que el ladrón era Loewenthal. Loewenthal, Aarón Loewenthal, antes gerente de la fábrica y ahora uno de los dueños. Emma, desde 1916, guardaba el secreto. A nadie se lo había revelado, ni siquiera a su mejor amiga, Elsa Urstein. Quizá rehuía la profana incredulidad; quizá creía que el secreto era un vínculo entre ella y el ausente. Loewenthal no sabía que ella sabía; Emma Zunz derivaba de ese hecho ínfimo un sentimiento de poder. No durmió aquella noche, y cuando la primera luz definió el rectángulo de la ventana, ya estaba perfecto su plan. Procuró que ese día, que le pareció

interminable, fuera como los otros. Había en la fábrica rumores de huelga; Emma se declaró, como siempre, contra toda violencia. A las seis, concluido el trabajo, fue con Elsa a un club de mujeres, que tiene gimnasio y pileta. Se inscribieron; tuvo que repetir y deletrear su nombre y su apellido, tuvo que festejar las bromas vulgares que comentan la revisión. Con Elsa y con la menor de las Kronfuss discutió a qué cinematógrafo irían el domingo a la tarde. Luego, se habló de novios y nadie esperó que Emma hablara. En abril cumpliría diecinueve años, pero los hombres le inspiraban, aún, un temor casi patológico... De vuelta, preparó una sopa de tapioca y unas legumbres, comió temprano, se acostó y se obligó a dormir. Así, laborioso y trivial, pasó el viernes quince, la víspera.

El sábado, la impaciencia la despertó. La impaciencia, no la inquietud, y el singular alivio de estar en aquel día, por fin. Ya no tenía que tramar y que imaginar; dentro de algunas horas alcanzaría la simplicidad de los hechos. Leyó en La Prensa que el Nordstjärnan, de Malmö, zarparía esa noche del dique 3; llamó por teléfono a Loewenthal, insinuó que deseaba comunicar, sin que lo supieran las otras, algo sobre la huelga y prometió pasar por el escritorio, al oscurecer. Le temblaba la voz; el temblor convenía a una delatora. Ningún otro hecho memorable ocurrió esa mañana. Emma trabajó hasta las doce y fijó con Elsa y con Perla Kronfuss los pormenores del paseo del domingo. Se acostó después de almorzar y recapituló, cerrados los ojos, el plan que había tramado. Pensó que la etapa final sería menos horrible que la primera y que le depararía, sin duda, el sabor de la victoria y de la justicia. De pronto, alarmada, se levantó y corrió al cajón de la cómoda. Lo abrió; debajo del retrato de Milton Sills, donde la había dejado la antenoche, estaba la carta de Fain. Nadie podía haberla visto; la empezó a leer y la rompió. Referir con alguna realidad los hechos de esa tarde sería difícil y quizá impropio. Un atributo de lo infernal es la irrealidad, un atributo que parece mitigar sus terrores y que los agrava tal vez. ¿Cómo hacer verosímil una acción en la que casi no creyó quien la ejecutaba, cómo recuperar ese breve caos que hoy la memoria de Emma Zunz repudia y confunde? Emma vivía por Almagro, en la calle Liniers; nos consta que esa tarde fue al puerto. Acaso en el infame Paseo de Julio se vio multiplicada en espejos, publicada por luces y desnudada por los ojos hambrientos, pero más razonable es conjeturar que al principio erró, inadvertida, por la indiferente recova... Entró en dos o tres bares, vio la rutina o los manejos de otras mujeres. Dio al fin con hombres del Nordstjärnan. De uno, muy joven, temió que le inspirara alguna ternura y optó por otro, quizá más bajo que ella y grosero, para que la pureza del horror no fuera mitigada. El hombre la condujo a una puerta y después a un turbio zaguán y después a una escalera tortuosa y después a un vestíbulo (en el que había una vidriera con losanges idénticos a los de la casa en Lanús) y después a un pasillo y después a una puerta que se cerró. Los hechos

graves están fuera del tiempo, ya porque en ellos el pasado inmediato queda como tronchado del porvenir, ya porque no parecen consecutivas las partes que los forman.

¿En aquel tiempo fuera del tiempo, en aquel desorden perplejo de sensaciones inconexas y atroces, pensó Emma Zunz una sola vez en el muerto que motivaba el sacrificio? Yo tengo para mí que pensó una vez y que en ese momento peligró su desesperado propósito. Pensó (no pudo no pensar) que su padre le había hecho a su madre la cosa horrible que a ella ahora le hacían. Lo pensó con débil asombro y se refugió, en seguida, en el vértigo. El hombre, sueco o finlandés, no hablaba español; fue una herramienta para Emma como ésta lo fue para él, pero ella sirvió para el goce y él para la justicia. Cuando se quedó sola, Emma no abrió en seguida los ojos. En la mesa de luz estaba el dinero que había dejado el hombre: Emma se incorporó y lo rompió como antes había roto la carta. Romper dinero es una impiedad, como tirar el pan; Emma se arrepintió, apenas lo hizo. Un acto de soberbia y en aquel día... El temor se perdió en la tristeza de su cuerpo, en el asco. El asco y la tristeza la encadenaban, pero Emma lentamente se levantó y procedió a vestirse. En el cuarto no quedaban colores vivos; el último crepúsculo se agravaba. Emma pudo salir sin que lo advirtieran; en la esquina subió a un Lacroze, que iba al oeste. Eligió, conforme a su plan, el asiento más delantero, para que no le vieran la cara. Quizá le confortó verificar, en el insípido trajín de las calles, que lo acaecido no había contaminado las cosas. Viajó por barrios decrecientes y opacos, viéndolos y olvidándolos en el acto, y se apeó en una de las bocacalles de Warnes. Pardójicamente su fatiga venía a ser una fuerza, pues la obligaba a concentrarse en los pormenores de la aventura y le ocultaba el fondo y el fin.

Aarón Loewenthal era, para todos, un hombre serio; para sus pocos íntimos, un avaro. Vivía en los altos de la fábrica, solo. Establecido en el desmantelado arrabal, temía a los ladrones; en el patio de la fábrica había un gran perro y en el cajón de su escritorio, nadie lo ignoraba, un revólver. Había llorado con decoro, el año anterior, la inesperada muerte de su mujer - ¡una Gauss, que le trajo una buena dote! -, pero el dinero era su verdadera pasión. Con íntimo bochorno se sabía menos apto para ganarlo que para conservarlo. Era muy religioso; creía tener con el Señor un pacto secreto, que lo eximía de obrar bien, a trueque de oraciones y devociones. Calvo, corpulento, enlutado, de quevedos ahumados y barba rubia, esperaba de pie, junto a la ventana, el informe confidencial de la obrera Zunz.

La vio empujar la verja (que él había entornado a propósito) y cruzar el patio sombrío. La vio hacer un pequeño rodeo cuando el perro atado ladró. Los labios de

Emma se atareaban como los de quien reza en voz baja; cansados, repetían la sentencia que el señor Loewenthal oiría antes de morir.

Las cosas no ocurrieron como había previsto Emma Zunz. Desde la madrugada anterior, ella se había soñado muchas veces, dirigiendo el firme revólver, forzando al miserable a confesar la miserable culpa y exponiendo la intrépida estratagema que permitiría a la Justicia de Dios triunfar de la justicia humana. (No por temor, sino por ser un instrumento de la Justicia, ella no quería ser castigada.) Luego, un solo balazo en mitad del pecho rubricaría la suerte de Loewenthal. Pero las cosas no ocurrieron así.

Ante Aarón Loewenthal, más que la urgencia de vengar a su padre, Emma sintió la de castigar el ultraje padecido por ello. No podía no matarlo, después de esa minuciosa deshonra. Tampoco tenía tiempo que perder en teatralerías. Sentada, tímida, pidió excusas a Loewenthal, invocó (a fuer de delatora) las obligaciones de la lealtad, pronunció algunos nombres, dio a entender otros y se cortó como si la venciera el temor. Logró que Loewenthal saliera a buscar una copa de agua. Cuando éste, incrédulo de tales aspavientos, pero indulgente, volvió del comedor, Emma ya había sacado del cajón el pesado revólver. Apretó el gatillo dos veces. El considerable cuerpo se desplomó como si los estampidos y el humo lo hubieran roto, el vaso de agua se rompió, la cara la miró con asombro y cólera, la boca de la cara la injurió en español y en ídich. Las malas palabras no cejaban; Emma tuvo que hacer fuego otra vez. En el patio, el perro encadenado rompió a ladrar, y una efusión de brusca sangre manó de los labios obscenos y manchó la barba y la ropa. Emma inició la acusación que había preparado («He vengado a mi padre y no me podrán castigar...»), pero no la acabó, porque el señor Loewenthal ya había muerto. No supo nunca si alcanzó a comprender.

Los ladridos tirantes le recordaron que no podía, aún, descansar. Desordenó el diván, desabrochó el saco del cadáver, le quitó los quevedos salpicados y los dejó sobre el fichero. Luego tomó el teléfono y repitió lo que tantas veces repetiría, con esas y con otras palabras: Ha ocurrido una cosa que es increíble... El señor Loewenthal me hizo venir con el pretexto de la huelga... Abusó de mí, lo maté... La historia era increíble, en efecto, pero se impuso a todos, porque sustancialmente era cierta. Verdadero era el tono de Emma Zunz, verdadero el pudor, verdadero el odio. Verdadero también era el ultraje que había padecido; sólo eran falsas las circunstancias, la hora y uno o dos nombres propios.

# Los dos reyes y los dos laberintos

Jorge Luis Borges

Cuentan los hombres dignos de fe (pero Alá sabe más) que en los primeros días hubo un rey de las islas de Babilonia que congregó a sus arquitectos y magos y les mandó construir un laberinto tan complejo y sutil que los varones más prudentes no se aventuraban a entrar, y los que entraban se perdían. Esa obra era un escándalo, porque la confusión y la maravilla son operaciones propias de Dios y no de los hombres. Con el andar del tiempo vino a su corte un rey de los árabes, y el rey de Babilonia (para hacer burla de la simplicidad de su huésped) lo hizo penetrar en el laberinto, donde vagó afrentado y confundido hasta la declinación de la tarde. Entonces imploró socorro divino y dio con la puerta. Sus labios no profirieron queja ninguna, pero le dijo al rey de Babilonia que él en Arabia tenía otro laberinto y que, si Dios era servido, se lo daría a conocer algún día. Luego regresó a Arabia, juntó sus capitanes y sus alcaides y estragó los reinos de Babilonia con tan venturosa fortuna que derribó sus castillos, rompió sus gentes e hizo cautivo al mismo rey. Lo amarró encima de un camello veloz y lo llevó al desierto. Cabalgaron tres días, y le dijo: "¡Oh, rey del tiempo y sustancia y cifra del siglo!, en Babilonia me quisiste perder en un laberinto de bronce con muchas escaleras, puertas y muros; ahora el Poderoso ha tenido a bien que te muestre el mío, donde no hay escaleras que subir, ni puertas que forzar, ni fatigosas galerías que recorrer, ni muros que te vedan el paso."

Luego le desató las ligaduras y lo abandonó en mitad del desierto, donde murió de hambre y de sed. La gloria sea con Aquél que no muere.

## CONTINUIDAD DE LOS PARQUES

JULIO CORTÁZAR

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías, volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito, de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restañaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada

había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer.

Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano, la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

# LA NOCHE BOCA ARRIBA

*JULIO CORTÁZAR*

*Y salían en ciertas épocas a cazar enemigos;  
le llamaban la guerra florida.*

A mitad del largo zaguán del hotel pensó que debía ser tarde, y se apuró a salir a la calle y sacar la motocicleta del rincón donde el portero de al lado le permitía guardarla.

En la joyería de la esquina vio que eran las nueve menos diez; llegaría con tiempo sobrado adonde iba. El sol se filtraba entre los altos edificios del centro, y —porque para sí mismo, para ir pensando, no tenía nombre— montó en la máquina saboreando el paseo. La moto ronroneaba entre sus piernas, y un viento fresco le chicoteaba los pantalones.

Dejó pasar los ministerios (el rosa, el blanco) y la serie de comercios con brillantes vitrinas de la calle central. Ahora entraba en la parte más agradable del trayecto, el verdadero paseo: una calle larga, bordeada de árboles, con poco tráfico y amplias villas que dejaban venir los jardines hasta las aceras, apenas demarcadas por setos bajos. Quizá algo distraído, pero corriendo sobre la derecha como correspondía, se dejó llevar por la tersura, por la leve crispación de ese día apenas empezado. Tal vez su involuntario relajamiento le impidió prevenir el accidente. Cuando vio que la mujer parada en la esquina se lanzaba a la calzada a pesar de las luces verdes, ya era tarde para las soluciones fáciles. Frenó con el pie y la mano, desviándose a la izquierda; oyó el grito de la mujer, y junto con el choque perdió la visión. Fue como dormirse de golpe.

Volvió bruscamente del desmayo. Cuatro o cinco hombres jóvenes lo estaban sacando de debajo de la moto. Sentía gusto a sal y sangre, le dolía una rodilla, y cuando lo alzaron gritó, porque no podía soportar la presión en el brazo derecho. Voces que no parecían pertenecer a las caras suspendidas sobre él, lo alentaban con bromas y seguridades. Su único alivio fue oír la confirmación de que había estado en su derecho al cruzar la esquina. Preguntó por la mujer, tratando de dominar la náusea que le ganaba la garganta. Mientras lo llevaban boca arriba a una farmacia próxima, supo que la causante del accidente no tenía más que rasguños en las piernas. «Usté la agarró apenas, pero el golpe le hizo saltar la máquina de costado.» Opiniones, recuerdos, despacio, éntrenlo de espaldas, así va bien, y alguien con guardapolvo dándole a beber un trago que lo alivió en la penumbra de una pequeña farmacia de barrio.

La ambulancia policial llegó a los cinco minutos, y lo subieron a una camilla blanda donde pudo tenderse a gusto. Con toda lucidez, pero sabiendo que estaba bajo los efectos de un shock terrible, dio sus señas al policía que lo acompañaba. El brazo casi no le dolía; de una cortadura en la ceja goteaba sangre por toda la cara. Una o dos veces se lamió los labios para beberla. Se sentía bien, era un accidente, mala suerte; unas semanas quieto y nada más. El vigilante le dijo que la motocicleta no parecía muy estropeada. «Natural —dijo él—. Como que me la ligué encima...» Los dos se rieron, y el vigilante le dio la mano al llegar al hospital y le deseó buena suerte. Ya la náusea volvía poco a poco; mientras lo llevaban en una

camilla de ruedas hasta un pabellón del fondo, pasando bajo árboles llenos de pájaros, cerró los ojos y deseó estar dormido o cloroformado. Pero lo tuvieron largo rato en una pieza con olor a hospital, llenando una ficha, quitándole la ropa y vistiéndolo con una camisa grisácea y dura. Le movían cuidadosamente el brazo, sin que le doliera. Las enfermeras bromeaban todo el tiempo, y si no hubiera sido por las contracciones del estómago se habría sentido muy bien, casi contento.

Lo llevaron a la sala de radio, y veinte minutos después, con la placa todavía húmeda puesta sobre el pecho como una lápida negra, pasó a la sala de operaciones. Alguien de blanco, alto y delgado, se le acercó y se puso a mirar la radiografía. Manos de mujer le acomodaban la cabeza, sintió que lo pasaban de una camilla a otra. El hombre de blanco se le acercó otra vez, sonriendo, con algo que le brillaba en la mano derecha. Le palmeó una mejilla e hizo una seña a alguien parado atrás.

Como sueño era curioso porque estaba lleno de olores y él nunca soñaba olores. Primero un olor a pantano, ya que a la izquierda de la calzada empezaban las marismas, los tembladerales de donde no volvía nadie. Pero el olor cesó, y en cambio vino una fragancia compuesta y oscura como la noche en que se movía huyendo de los aztecas. Y todo era tan natural, tenía que huir de los aztecas que andaban a caza de hombre, y su única probabilidad era la de esconderse en lo más denso de la selva, cuidando de no apartarse de la estrecha calzada que sólo ellos, los motecas, conocían.

Lo que más lo torturaba era el olor, como si aun en la absoluta aceptación del sueño algo se rebelara contra eso que no era habitual, que hasta entonces no había participado del juego.

«Huele a guerra», pensó, tocando instintivamente el puñal de piedra atravesado en su ceñidor de lana tejida. Un sonido inesperado lo hizo agacharse y quedar inmóvil, temblando. Tener miedo no era extraño, en sus sueños abundaba el miedo. Esperó, tapado por las ramas de un arbusto y la noche sin estrellas. Muy lejos, probablemente del otro lado del gran lago, debían estar ardiendo fuegos de vivac; un resplandor rojizo teñía esa parte del cielo. El sonido no se repitió. Había sido como una rama quebrada. Tal vez un animal que escapaba como él del olor de la guerra. Se enderezó despacio, venteando. No se oía nada, pero el miedo seguía allí como el olor, ese incienso dulzón de la guerra florida. Había que seguir, llegar al corazón de la selva evitando las ciénagas. A tientas, agachándose a cada instante para tocar el suelo más duro de la calzada, dio algunos pasos. Hubiera querido echar a correr, pero los tembladerales palpitaban a su lado. En el sendero en tinieblas, buscó el rumbo. Entonces sintió una bocanada horrible del olor que más temía, y saltó desesperado hacia adelante.

—Se va a caer de la cama —dijo el enfermo de al lado—. No brinque tanto, amigazo.

Abrió los ojos y era de tarde, con el sol ya bajo en los ventanales de la larga sala. Mientras trataba de sonreír a su vecino, se despegó casi físicamente de la última visión de la pesadilla. El brazo, enyesado, colgaba de un aparato con pesas y poleas. Sintió sed, como si hubiera estado corriendo kilómetros, pero no querían darle mucha agua, apenas para mojarse los labios y hacer un buche. La fiebre lo iba ganando despacio y hubiera podido dormirse otra vez pero saboreaba el placer de quedarse despierto, entornados los ojos, escuchando el diálogo de los otros enfermos, respondiendo de cuando en cuando a alguna pregunta. Vio llegar un carrito blanco que pusieron al lado de su cama, una enfermera rubia le frotó con alcohol la cara anterior del muslo y le clavó una gruesa aguja con un tubo que subía hasta un frasco de líquido opalino. Un médico joven vino con un aparato de metal y cuero que le ajustó al brazo sano para verificar alguna cosa. Caía la noche, y la fiebre lo iba arrastrando blandamente a un estado donde las cosas

tenían un relieve como de gemelos de teatro, eran reales y dulces y a la vez ligeramente repugnantes; como estar viendo una película aburrida y pensar que sin embargo en la calle es peor; y quedarse.

Vino una taza de maravilloso caldo de oro oliendo a puerro, a apio, a perejil. Un trocito de pan, más precioso que todo un banquete, se fue desmigajando poco a poco. El brazo no le dolía nada y solamente en la ceja, donde lo habían suturado, chirriaba a veces una punzada caliente y rápida. Cuando los ventanales de enfrente viraron a manchas de un azul oscuro, pensó que no le iba a ser difícil dormirse. Un poco incómodo, de espaldas, pero al pasarse la lengua por los labios resecos y calientes sintió el sabor del caldo, y suspiró de felicidad, abandonándose.

Primero fue una confusión, un atraer hacia sí todas las sensaciones por un instante embotadas o confundidas. Comprendía que estaba corriendo en plena oscuridad, aunque arriba el cielo cruzado de copas de árboles era menos negro que el resto. «La calzada —pensó—. Me salí de la calzada.» Sus pies se hundían en un colchón de hojas y barro, y ya no podía dar un paso sin que las ramas de los arbustos le azotaran el torso y las piernas. Jadeante, sabiéndose acorralado a pesar de la oscuridad y el silencio, se agachó para escuchar. Tal vez la calzada estaba cerca, con la primera luz del día iba a verla otra vez. Nada podía ayudarlo ahora a encontrarla. La mano que sin saberlo él aferraba el mango del puñal, subió como el escorpión de los pantanos hasta su cuello, donde colgaba el amuleto protector. Moviéndolo apenas los labios musitó la plegaria del maíz que trae las lunas felices, y la súplica a la Muy Alta, a la dispensadora de los bienes motecas. Pero sentía al mismo tiempo que los tobillos se le estaban hundiendo despacio en el barro, la espera en la oscuridad del chaparral desconocido se le hacía insoportable. La guerra florida había empezado con la luna y llevaba ya tres días y tres noches. Si conseguía refugiarse en lo profundo de la selva, abandonando la calzada más allá de la región de las ciénagas, quizás los guerreros no le siguieran el rastro. Pensó en los muchos prisioneros que ya habían hecho, pero la cantidad no contaba, sino el tiempo sagrado. La caza continuaría hasta que los sacerdotes dieran la señal del regreso. Todo tenía su número y su fin, y él estaba dentro del tiempo sagrado, del otro lado de los cazadores.

Olió los gritos y se enderezó de un salto, puñal en mano. Como si el cielo se incendiara en el horizonte, vio antorchas moviéndose entre las ramas, muy cerca.

El olor a guerra era insoportable, y cuando el primer enemigo le saltó al cuello casi sintió placer en hundirle la hoja de piedra en pleno pecho. Ya lo rodeaban las luces, los gritos alegres. Alcanzó a cortar el aire una o dos veces, y entonces una sogá lo atrapó desde atrás.

—Es la fiebre —dijo el de la cama de al lado—. A mí me pasaba igual cuando me operé del duodeno. Tome agua y va a ver que duerme bien.

Al lado de la noche de donde volvía, la penumbra tibia de la sala le pareció deliciosa. Una lámpara violeta velaba en lo alto de la pared del fondo como un ojo protector. Se oía toser, respirar fuerte, a veces un diálogo en voz baja. Todo era grato y seguro, sin ese acoso, sin... Pero no quería seguir pensando en la pesadilla. Había tantas cosas en qué entretenerse. Se puso a mirar el yeso del brazo, las poleas que tan cómodamente se lo sostenían en el aire. Le habían puesto una botella de agua mineral en la mesa de noche. Bebió del gollete, golosamente. Distinguía ahora las formas de la sala, las treinta camas, los armarios con vitrinas. Ya no debía tener tanta fiebre, sentía fresca la cara. La ceja le dolía apenas, como un recuerdo. Se vio otra vez saliendo del hotel, sacando la moto.

¿Quién hubiera pensado que la cosa iba a acabar así? Trataba de fijar el momento del accidente, y le dio rabia advertir que había ahí como un hueco, un vacío que no alcanzaba a rellenar. Entre el choque y el momento en que lo habían levantado del suelo, un desmayo o lo que fuera no le dejaba ver nada. Y al mismo tiempo tenía la sensación que ese hueco, esa nada, había durado una eternidad. No, ni siquiera tiempo, más bien como si en ese hueco él hubiera pasado a través de algo o recorrido distancias inmensas. El choque, el golpe brutal contra el pavimento. De todas maneras al salir del pozo negro había sentido casi un alivio mientras los hombres lo alzaban del suelo. Con el dolor del brazo roto, la sangre de la ceja partida, la contusión en la rodilla; con todo eso, un alivio al volver al día y sentirse sostenido y auxiliado. Y era raro. Le preguntaría alguna vez al médico de la oficina. Ahora volvía a ganarlo el sueño, a tirarlo despacio hacia abajo. La almohada era tan blanda, y en su garganta afiebrada la frescura del agua mineral. Quizá pudiera descansar de veras, sin las malditas pesadillas. La luz violeta de la lámpara en lo alto se iba apagando poco a poco.

Como dormía de espaldas, no lo sorprendió la posición en que volvía a reconocerse, pero en cambio el olor a humedad, a piedra rezumante de filtraciones, le cerró la garganta y lo obligó a comprender. Inútil abrir los ojos y mirar en todas direcciones; lo envolvía una oscuridad absoluta. Quiso enderezarse y sintió las sogas en las muñecas y los tobillos. Estaba estaqueado en el suelo, en un piso de lajas helado y húmedo. El frío le ganaba la espalda desnuda, las piernas. Con el mentón buscó torpemente el contacto con su amuleto, y supo que se lo habían arrancado. Ahora estaba perdido, ninguna plegaria podía salvarlo del final. Lejanamente, como filtrándose entre las piedras del calabozo, oyó los atabales de la fiesta. Lo habían traído al teocalli, estaba en las mazmorras del templo a la espera de su turno.

Oyó gritar, un grito ronco que rebotaba en las paredes. Otro grito, acabando en un quejido. Era él que gritaba en las tinieblas, gritaba porque estaba vivo, todo su cuerpo se defendía con el grito de lo que iba a venir, del final inevitable. Pensó en sus compañeros que llenarían otras mazmorras, y en los que ascendían ya los peldaños del sacrificio. Gritó de nuevo sofocadamente, casi no podía abrir la boca, tenía las mandíbulas agarrotadas y a la vez como si fueran de goma y se abrieran lentamente, con un esfuerzo interminable. El chirriar de los cerrojos lo sacudió como un látigo. Convulso, retorciéndose, luchó por zafarse de las cuerdas que se le hundían en la carne. Su brazo derecho, el más fuerte, tiraba hasta que el dolor se hizo intolerable y tuvo que ceder. Vio abrirse la doble puerta, y el olor de las antorchas le llegó antes que la luz. Apenas ceñidos con el taparrabos de la ceremonia, los acólitos de los sacerdotes se le acercaron mirándolo con desprecio. Las luces se reflejaban en los torsos sudados, en el pelo negro lleno de plumas. Cedieron las sogas y en su lugar lo aferraron manos calientes, duras como bronce; se sintió alzado, siempre boca arriba, tironeado por los cuatro acólitos que lo llevaban por el pasadizo. Los portadores de antorchas iban adelante, alumbrando vagamente el corredor de paredes mojadas y techo tan bajo que los acólitos debían agachar la cabeza. Ahora lo llevaban, lo llevaban, era el final. Boca arriba, a un metro del techo de roca viva que por momentos se iluminaba con un reflejo de antorcha. Cuando en vez de techo nacieran las estrellas y se alzara frente a él la escalinata incendiada de gritos y danzas, sería el fin. El pasadizo no acababa nunca, pero ya iba a acabar, de repente olería el aire lleno de estrellas, pero todavía no, andaban llevándolo sin fin en la penumbra roja, tironeándolo brutalmente, y él no quería, pero cómo impedirlo si le habían arrancado el amuleto que era su verdadero corazón, el centro de la vida.

Salió de un brinco a la noche del hospital, al alto cielo raso dulce, a la sombra blanda que lo rodeaba. Pensó que debía haber gritado, pero sus vecinos dormían callados. En la mesa de noche, la botella de agua tenía algo de burbuja, de imagen traslúcida contra la sombra azulada de los ventanales. Jadeó, buscando el alivio de los pulmones, el olvido de esas imágenes que seguían pegadas a sus párpados. Cada vez que

cerraba los ojos las veía formarse instantáneamente, y se enderezaba aterrado pero gozando a la vez del saber que ahora estaba despierto, que la vigilia lo protegía, que pronto iba a amanecer, con el buen sueño profundo que se tiene a esa hora, sin imágenes, sin nada... Le costaba mantener los ojos abiertos, la modorra era más fuerte que él. Hizo un último esfuerzo, con la mano sana esbozó un gesto hacia la botella de agua; no llegó a tomarla, sus dedos se cerraron en un vacío otra vez negro, y el pasadizo seguía interminable, roca tras roca, con súbitas fulguraciones rojizas, y él boca arriba gimió apagadamente porque el techo iba a acabarse, subía, abriéndose como una boca de sombra y los acólitos se enderezaban y de la altura una luna menguante le cayó en la cara donde los ojos no querían verla, desesperadamente se cerraban y se abrían buscando pasar al otro lado, descubrir de nuevo el cielo raso protector de la sala. Y cada vez que se abrían era la noche y la luna mientras lo subían por la escalinata, ahora con la cabeza colgando hacia abajo, y en lo alto estaban las hogueras, las rojas columnas de humo perfumado, y de golpe vio la piedra roja, brillante de sangre que chorreaba, y el vaivén de los pies del sacrificado que arrastraban para tirarlo rodando por las escalinatas del norte. Con una última esperanza apretó los párpados, gimiendo por despertar. Durante un segundo creyó que lo lograría, porque otra vez estaba inmóvil en la cama, a salvo del balanceo cabeza abajo. Pero olía la muerte, y cuando abrió los ojos vio la figura ensangrentada del sacrificador que venía hacia él con el cuchillo de piedra en la mano. Alcanzó a cerrar otra vez los párpados, aunque ahora sabía que no iba a despertarse, que estaba despierto, que el sueño maravilloso había sido el otro, absurdo como todos los sueños; un sueño en el que había andado por extrañas avenidas de una ciudad asombrosa, con luces verdes y rojas que ardían sin llama ni humo, con un enorme insecto de metal que zumbaba bajo sus piernas. En la mentira de ese sueño también lo habían alzado del suelo, también alguien se le había acercado con un cuchillo en la mano, a él tendido boca arriba, a él boca arriba con los ojos cerrados entre las hogueras.

**FIN**

Título Original: *La Noche Boca Arriba*.  
Digitalización, Revisión y Edición Electrónica de Arácnido.  
Revisión 3.

# Axólotl

**Julio Cortázar**

Hubo un tiempo en que yo pensaba mucho en los axólotl. Iba a verlos al acuario del Jardin des Plantes y me quedaba horas mirándolos, observando su inmovilidad, sus oscuros movimientos. Ahora soy un axólotl.

El azar me llevó hacia ellos una mañana de primavera en que París abrió su cola de pavorreal después de la lenta invernada. Bajé por el bulevar de Port-Royal, tomé St. Marcel y L'Hospital, vi los verdes entre tanto gris y me acordé de los leones. Era amigo de los leones y las panteras, pero nunca había entrado en el húmedo y oscuro edificio de los acuarios. Dejé mi bicicleta contra las rejas y me fui a ver los tulipanes. Los leones estaban feos y tristes y mi pantera dormía. Opté por los acuarios, soslayé peces vulgares hasta dar inesperadamente con los axólotl. Me quedé una hora mirándolos y salí, incapaz de otra cosa.

En la biblioteca Sainte-Geneviève consulté un diccionario y supe que los axólotl son formas larvales, provistas de branquias, de una especie de batracios del género amblastoma. Que eran mexicanos lo sabía ya por ellos mismos, por sus pequeños rostros rosados aztecas y el cartel en lo alto del acuario. Leí que se han encontrado ejemplares en África capaces de vivir en tierra durante los períodos de sequía, y que continúan su vida en el agua al llegar la estación de lluvias. Encontré su nombre español, ajolote, la mención de que son comestibles y que su aceite se usaba (se diría que no se usa más) como el de hígado de bacalao.

No quise consultar obras especializadas, pero volví al día siguiente al Jardin des Plantes. Empecé a ir a todas las mañanas, a veces de mañana y de tarde. El guardián de los acuarios sonreía perplejo al recibir el billete. Me apoyaba en la barra de hierro que bordea los acuarios y me ponía a mirarlos. No hay nada de extraño en esto, porque desde el primer momento comprendí que estábamos vinculados, que algo infinitamente perdido y distante seguía sin embargo uniéndonos. Me había bastado detenerme aquella mañana ante el cristal donde unas burbujas corrían en el agua. Los axólotl se amontonaban en el mezquino y angosto (sólo yo puedo saber cuán angosto y mezquino) piso

de piedra y musgo del acuario. Había nueve ejemplares, y la mayoría apoyaba la cabeza sobre el cristal, mirando con sus ojos de oro a los que se acercaban. Turbado, casi avergonzado, sentí como una impudicia asomarme a esas figuras silenciosas e inmóviles aglomeradas en el fondo del acuario. Aislé mentalmente una, situada a la derecha y algo separada de las otras, para estudiarla mejor. Vi un cuerpecito rosado y como translúcido (pensé en las estatuillas chinas de cristal lechoso), semejante a un pequeño lagarto de quince centímetros, terminado en una cola de pez de una delicadeza extraordinaria, la parte más sensible de nuestro cuerpo. Por el lomo le corría una aleta transparente que se fusionaba con la cola, pero lo que más me obsesionó fueron las patas, de una finura sutilísima, acabadas en menudos dedos, en uñas minuciosamente humanas. Y entonces descubrí sus ojos, su cara. Un rostro inexpresivo, sin otro rasgo que los ojos, dos orificios como cabezas de alfiler, enteramente de un oro transparente, carentes de toda vida pero mirando, dejándose penetrar por mi mirada que parecía pasar a través del punto áureo y perderse en un diáfano misterio interior. Un delgadísimo halo negro rodeaba el ojo y lo inscribía en la carne rosa, en la piedra rosa de la cabeza vagamente triangular pero con lados curvos e irregulares, que le daban una total semejanza con una estatuilla corroída por el tiempo. La boca estaba disimulada por el plano triangular de la cara, sólo de perfil se adivinaba su tamaño considerable; de frente una fina hendidura rasgaba apenas la piedra sin vida. A ambos lados de la cabeza, donde hubieran debido estar las orejas, le crecían tres ramitas rojas como de coral, una excrecencia vegetal, las branquias, supongo. Y era lo único vivo en él, cada diez o quince segundos las ramitas se enderezaban rígidamente y volvían a bajarse. A veces una pata se movía apenas, yo veía los diminutos dedos posándose con suavidad en el musgo. Es que no nos gusta movernos mucho, y el acuario es tan mezquino; apenas avanzamos un poco nos damos con la cola o la cabeza de otro de nosotros; surgen dificultades, peleas, fatiga. El tiempo se siente menos si nos estamos quietos.

Fue su quietud lo que me hizo inclinarme fascinado la primera vez que vi a los axólotl. Oscuramente me pareció comprender su voluntad secreta, abolir el espacio y el tiempo con una inmovilidad indiferente. Después supe mejor, la contracción de las branquias, el tanteo de las finas patas en las piedras, la repentina natación (algunos de ellos nadan con la simple ondulación del cuerpo) me probó que eran capaces de evadirse de ese sopor mineral en que pasaban horas enteras. Sus ojos, sobre todo, me obsesionaban. Al lado de ellos, en los restantes acuarios, diversos peces me mostraban la

simple estupidez de sus hermosos ojos semejantes a los nuestros. Los ojos de los axólotl me decían de la presencia de una vida diferente, de otra manera de mirar. Pegando mi cara al vidrio (a veces el guardián tosía, inquieto) buscaba ver mejor los diminutos puntos áureos, esa entrada al mundo infinitamente lento y remoto de las criaturas rosadas. Era inútil golpear con el dedo en el cristal, delante de sus caras; jamás se advertía la menor reacción. Los ojos de oro seguían ardiendo con su dulce, terrible luz; seguían mirándome, desde una profundidad insondable que me daba vértigo.

Y sin embargo estaban cerca. Lo supe antes de esto, antes de ser un axólotl. Lo supe el día en que me acerqué a ellos por primera vez. Los rasgos antropomórficos de un mono revelan, al revés de lo que cree la mayoría, la distancia que va de ellos a nosotros. La absoluta falta de semejanza de los axólotl con el ser humano me probó que mi reconocimiento era válido, que no me apoyaba en analogías fáciles. Sólo las manecitas... Pero una lagartija tiene manos así, y en nada se nos parece. Yo creo que era la cabeza de los axólotl, esa forma triangular rosada con los ojillos de oro. Eso miraba y sabía. Eso reclamaba. No eran animales.

Parecía fácil, casi obvio, caer en la mitología. Empecé viendo en los axólotl una metamorfosis que no conseguía anular una misteriosa humanidad. Los imaginé conscientemente, esclavos de su cuerpo, infinitamente condenados a un silencio abisal, a una reflexión desesperada. Su mirada ciega, el diminuto disco de oro inexpresivo y sin embargo terriblemente lúcido, me penetraba como un mensaje: "Sálvanos, sálvanos." Me sorprendía musitando palabras de consuelo, transmitiendo pueriles esperanzas. Ellos seguían mirándome, inmóviles; de pronto las ramillas rosadas de las branquias se enderezaban. En ese instante yo sentía como un dolor sordo; tal vez me veían, captaban mi esfuerzo por penetrar en lo impenetrable de sus vidas. No eran seres humanos, pero en ningún animal había encontrado una relación tan profunda conmigo. Los axólotl eran como testigos de algo, y a veces como horribles jueces. Me sentía innoble frente a ellos; había una pureza tan espantosa en esos ojos transparentes. Eran larvas, pero larva quiere decir también máscara y también fantasmas. Detrás de esas caras aztecas, inexpresivas y sin embargo de una crueldad implacable ¿qué imagen esperaba su hora?

Les temía. Creo que de no haber sentido la proximidad de otros visitantes y del guardián, no me hubiese atrevido a quedarme solo con ellos. "Usted se los come con los ojos". me decía riendo el guardián., que debía

suponerme un poco desequilibrado. No se daba cuenta de lo que eran ellos los que me devoraban lentamente por los ojos, en un canibalismo de oro. Lejos del acuario no hacía más que pensar en ellos, era como si me influyeran a distancia. Llegué a ir todos los días, y de noche los imaginaba inmóviles en la oscuridad, adelantando lentamente una mano que de pronto encontraba la de otro. Acaso sus ojos veían en plena noche, y el día continuaba para ellos indefinidamente. Los ojos de un axólotl no tienen párpados.

Ahora sé que no hubo nada de extraño, que eso tenía que ocurrir. Cada mañana, al inclinarme sobre el acuario, el reconocimiento era mayor. Sufrían, cada fibra de mi cuerpo alcanzaba ese sufrimiento amordazado, esa tortura rígida en el fondo del agua. Espiaban algo, un remoto señorío aniquilado, un tiempo de libertad en que el mundo había sido de los axólotl. No era posible que una expresión tan terrible, que alcanzaba a vencer la inexpresividad forzada de sus rostros de piedra, no portara un mensaje de dolor, la prueba de que esa condena eterna, de ese infierno líquido que padecían. Inútilmente quería probarme que mi propia sensibilidad proyectaba en los axólotl una conciencia inexistente. Ellos y yo sabíamos. Por eso no hubo nada de extraño en lo que ocurrió. Mi cara estaba pegada al vidrio del acuario, mis ojos trataban una vez más de penetrar el misterio de esos ojos de oro sin iris y sin pupila. Veía de muy cerca la cara de un axólotl inmóvil junto al vidrio. Sin transición, sin sorpresa, vi mi cara contra el vidrio, la vi fuera del acuario, la vi del otro lado del vidrio. Entonces mi cara se apartó y yo comprendí.

Sólo una cosa era extraña; seguir pensando como antes, saber. Darme cuenta de eso fue en el primer momento como el horror del enterrado vivo que despierta a su destino. Afuera, mi cara volvía a acercarse al vidrio, veía mi boca de labios apretados por el esfuerzo de comprender a los axólotl. Yo era un axólotl y sabía ahora instantáneamente que ninguna comprensión era posible. Él estaba fuera del acuario, su pensamiento era un pensamiento fuera del acuario. Conociéndolo, siendo él mismo, yo era un axólotl y estaba en mi mundo. El horror venía - lo supe en ese momento - de crearme prisionero en un cuerpo de axólotl, transmigrado a él con mi pensamiento de hombre, enterrado vivo en un axólotl, condenado a moverme lúcidamente entre criaturas insensibles. Pero aquello cesó cuando una para vino a rozarme la cara, cuando moviéndome apenas a un lado vi a un axólotl junto a mí que me miraba, y supe que también él sabía, sin comunicación posible pero tan claramente. O yo estaba también en él, o todos nosotros pensábamos como un hombre, incapaces de expresión, limitados al resplandor dorado de nuestros ojos que miraban la cara del hombre pegada al acuario.

Él volvió muchas veces, pero viene menos ahora. Pasa semanas sin asomarse. Ayer lo vi, me miró largo rato y se fue bruscamente. Me pareció que no se interesaba tanto por nosotros, que obedecía a una costumbre. Como lo único que hago es pensar, pude pensar mucho en él. Se me ocurre que al principio continuamos comunicados, que él se sentía más que nunca unido al misterio que lo obsesionaba. Pero los puentes están cortados entre él y yo, porque lo que era su obsesión es ahora un axólotl, ajeno a su vida de hombre. Creo que al principio yo era capaz de volver en cierto modo a él - ah, sólo en cierto modo - y mantener alerta su deseo de conocernos mejor. Ahora soy definitivamente un axólotl, y si pienso como un hombre es sólo porque todo axólotl piensa como un hombre dentro de su imagen de piedra rosa. Me parece que de todo esto alcancé a comunicarle algo en los primeros días, cuando yo era todavía él. Y en esta soledad final, a la que él ya no vuelve, me consuela pensar que acaso va a escribir sobre nosotros, creyendo imaginar un cuento va a escribir todo esto sobre los axólotl.



## NARRATIVA DEL SIGLO XXI: MARIANA ENRÍQUEZ

### PASAJE 1: Conociendo a Mariana Enríquez

Mariana Enríquez es una de las escritoras latinoamericanas más populares, más leídas y más importantes de la actualidad. Nació en Buenos Aires en 1973. Estudió Comunicación Social en la Universidad de La Plata y es periodista en *Página/12*. Su infancia transcurre en Lanús, un conflictivo barrio industrial de Buenos Aires, en donde crece influenciada por las historias y leyendas locales que su abuela le contaba (que serán el germen de su escritura): *“Yo leía y ella me contaba de su vida en Corrientes. Historias de su hermana suicida, de la hermana que habían enterrado en el fondo. O de cuando se escapó un tipo de un manicomio y la perseguía para violarla. Me imagino que me contaría otras cosas, pero yo solo recuerdo las terroríficas.”* (Mariana Enríquez. Citado por Guerriero. 2019)

De hecho, en numerosas entrevistas se puede apreciar como ella misma reconoce que la materia para componer sus relatos muchas veces proviene de un cúmulo de pesadillas recurrentes y de miedos infantiles que, desde sus años más jóvenes, la vienen persiguiendo y recorren su mente de forma constante. Y es en la narrativa, donde encuentra esa forma de liberarse de ellos, de deshacerse de sus "demonios personales". La prosa de Mariana es una prosa oscuramente inteligente, creadora de un universo narrativo muy personal. Describe con firmeza la atrocidad de la vida cotidiana y plasma como nadie esa semilla podrida y enterrada de la sociedad de su tiempo. Quizá todo este mundo lúgubre y marchito vea su mayor lucidez en los cuentos de la autora, en los que consigue sintetizar toda la esencia que la caracteriza: *“A mí siempre me gustó escribir terror, y de hecho es lo que más me gusta leer, pero en las novelas no me salía. Y en los cuentos pude”* (Mariana Enríquez. Citado por Guerriero)

Mariana Enríquez verá en el género de terror la mejor manera de reflejar todo el horror cotidiano que ella y muchos autores coetáneos denuncian aunque en ella este género se verá hibridado por las reinterpretaciones que ella misma hace del mismo o por la mezcla con acomodaciones temáticas típicas de su tiempo. Nuestra autora supo aunar

a la perfección todo este conjunto de relaciones en sus cuentos; así, sus relatos producen espanto, asombro, inquietud, desasosiego. En ellos encontramos jóvenes y niños siniestros, personas deformes, neuróticos que se mueven por entornos marginales, oscuros, problemáticos, asfixiantes... Precisamente esa hibridación de formas se ve reflejada claramente en las ubicaciones. Sus cuentos siempre se desarrollan en lugares fácilmente reconocibles, cercanos al mundo de la autora, Buenos Aires y el Cono Sur se volverán localizaciones obsesivas dentro de sus narraciones.

Mariana Enríquez creció en la década de los noventa, su sensibilidad, por eso mismo, está atravesada por la representación de la miseria, la pobreza, la marginalidad, la aparición de las drogas y el desencanto. Tiene varias novelas: *“Bajar es lo peor”* (1995), *“Cómo desaparecer completamente”* (2004), *“Los peligros de fumar en la cama”* (2009), *“Las cosas que perdimos en el fuego”* (2016) o la última, *“Nuestra parte de noche”* (2019).

## EL GÓTICO COTIDIANO

El cultivo de la literatura gótica en Hispanoamérica es relativamente reciente. No es hasta este siglo cuando este tipo de narrativa empieza a experimentar un importante crecimiento, gracias a autores como Samanta Schweblin, Diego Muzzio, Ana María Shua, María Negroni, Armonía Somers o Federico Falco, entre otros, que toman la literatura del terror para plasmar los miedos cotidianos y los problemas sociales que acechan a la actualidad, contextualizando sus historias en sus propios países natales y consiguiendo, de esta forma, que sus relatos transcriban realidades veraces, reconocibles y cercanas para el lector.

Mariana Enríquez, que se inserta dentro del grupo de autores anteriormente mencionado, toma el género gótico y lo actualiza, inscribiéndose en el movimiento conocido como Gótico Cotidiano. Este género encuentra una división en tres variedades diferentes: en primer lugar, el gótico rural, centrado en el tratamiento de la realidad del campo; en segundo lugar, el gótico de la frontera, que describe el choque cultural que se da en diversas zonas debido al asentamiento de la modernidad; y, por último, el gótico urbano. al que nuestra autora pertenece.

El Gótico urbano representa un tipo de narrativa cuyo enfoque se centra en las ansiedades y temores de la clase media que vive en el espacio urbano contemporáneo.

Hay muchos problemas sociales que existen exclusivamente (o se perciben de una manera particularmente intensa) en el espacio urbano, incluidas las desigualdades enormes, pobreza, falta de vivienda, drogas, crímenes, problemas del medioambiente, inmigración, prostitución, brutalidad policial, entre otras (Hodgson, 2019).

Así, los elementos que conforman el género quedan ahora transmutados a unos elementos renovados, que responden al momento que vivimos. De esta manera, los escenarios que evocaban lugares remotos en el tiempo y lejanos para la sociedad, se cambian por escenarios reconocibles (Buenos Aires, barrios marginales, pueblos contaminados, ciudades...), que siguen reflejando el horror y lo retorcido, pero desde la actualidad de lo cotidiano.

Los personajes siniestros que antes plagaban las novelas góticas y que aterrorizaban al público por su carácter abominable o sobrenatural (fantasmas, monstruos, demonios.), ahora aparecen plasmados en los propios seres humanos y en sus mentes ya que ellos mismos encarnan esas características abominables -seres marginales dementes, sociópatas, trastornados y desequilibrados-. El horror se centra en ellos y sus características personales.

Del mismo modo, los problemas que trataban las novelas góticas y que se focalizan en los miedos sociales de la época (caer en la demencia, la pérdida del honor, la alteración de los órdenes sociales.) son intercambiados por problemas actuales, que atañen a gran escala a toda la sociedad y tratan diferentes tipos de tormentos: el abuso del poder, trastornos mentales, la degradación de los individuos, miedos personales. Sobre todos estos procedimientos, que responden a una herencia histórica concreta y a la heterogeneidad de propuestas artísticas que irrumpen y que estos países asimilan, la narrativa hispanoamericana construye todo un mundo narrativo, plagando la actualidad circundante de situaciones delirantes, que en ocasiones atisbaron pasajes sobrenaturales que se circunscriben en las experiencias de sus personajes.

### 3. El carrito

Juancho estaba borracho esa tarde, y se paseaba por la vereda bravucón, aunque ya nadie en el barrio se sentía amenazado, o siquiera inquieto, por su presencia intoxicada. A mitad de cuadra, Horacio lavaba el auto como todos los domingos, en *shorts* y chancletas, la panza tensa y prominente, el pelo en pecho canoso, la radio con el partido. En la esquina, los gallegos del bazar tomaban mate con la pava en el piso, entre las dos sillas reclinables que habían sacado afuera, porque el sol estaba lindo. Enfrente, los hijos de la Coca tomaban cerveza en el umbral, y un grupo de chicas recién bañadas y demasiado maquilladas charlaban paradas en la puerta del garaje de Valeria. Mi papá había intentado, más temprano, decir buenas tardes y darle charla a los vecinos, pero volvió adentro como siempre, cabizbajo, apenas contrariado, porque era buena gente pero no tenía conversación, cada tarde de domingo decía lo mismo.

Mi mamá espiaba por la ventana. Se aburría con la tele dominguera, pero no tenía ganas de salir. Miraba por las rendijas de las persianas entreabiertas, y de vez en cuando nos pedía un té, o una galletita, o una aspirina. Mi hermano y yo solíamos quedarnos los domingos en casa; a veces, a la noche, nos dábamos una vuelta por el centro si papá nos prestaba el auto.

Mamá lo vio primero. Venía de la esquina de Tuyutí, por el medio de la calle, con un carro de supermercado muy cargado, y todavía más borracho que Juancho, pero se las arreglaba para empujar la basura acumulada, botellas, cartones, guías telefónicas. Se detuvo frente al auto de Horacio, tambaleándose. Hacía calor esa tarde, pero el hombre llevaba un pulóver viejo verdoso. Debía tener unos sesenta años. Dejó el carrito junto al cordón, se acercó al coche y, justo del lado que le quedaba mejor a mi mamá para verlo, se bajó los pantalones.

Ella nos llamó a los gritos. Nos acercamos y espiamos por las rendijas de las persianas los tres, mi hermano, papá y yo. El hombre, que no llevaba calzoncillos bajo un mugriento pantalón de vestir, cagó en la vereda, mierda floja casi diarreica, y mucha cantidad; el olor nos llegó, apestaba tanto a mierda como a alcohol.

Pobre hombre, dijo mi mamá. Qué miseria, a lo que puede llegar uno, dijo mi papá.

Horacio estaba estupefacto, pero se veía que empezaba a calentarse, porque se le enrojeció el cuello. Pero antes de que pudiera reaccionar, Juancho cruzó la calle, corriendo, y empujó al hombre, que todavía no había tenido tiempo de levantarse, ni de subirse los pantalones. El viejo cayó sobre su propia mierda, que

le embadurnó el pulóver, y la mano derecha. Solo murmuró un «ay».

—¡Negro de mierda! —le gritó Juancho—. Villero y la concha de tu madre, ¡no vas a venir a cagarnos en el barrio, negro zarpado!

Lo pateó en el suelo. Él también se manchó de mierda los pies, llevaba ojotas.

—Te levantás, conchisumadre, te levantás y le baldeás la vereda al Horacio, acá no se jode, volvé a la villa, hijo de una remilputas.

Y lo siguió pateando, en el pecho, en la espalda. El hombre no podía levantarse; parecía no entender lo que estaba pasando. De pronto se puso a llorar.

No es para tanto, dijo mi papá. Cómo va a humillar así al pobre desgraciado, dijo mi mamá, y se paró, y enfiló hacia la puerta. Nosotros la seguimos. Cuando mamá llegó a la vereda, Juancho había levantado al hombre, que lloriqueaba y pedía perdón, y trataba de ponerle entre las manos la manguera con la que Horacio había estado lavando el auto, para que limpiara su propia mierda. La cuadraapestaba. Nadie se atrevía a acercarse. Horacio dijo «Juancho, dejá», pero en voz baja.

Mi mamá intervino. Todos la respetaban, especialmente Juancho, porque ella solía darle unas monedas para vino cuando le pedía; los demás la trataban con deferencia porque mamá era kinesióloga, pero todos pensaban que era médica, y la llamaban doctora.

—Dejalo en paz. Que se vaya y listo. Nosotros limpiamos. Está borracho, no sabe lo que hace, no tenés por qué pegarle.

El viejo miró a mamá, y ella le dijo: «Señor, pida disculpas y vaya». Él murmuró algo, soltó la manguera y, todavía con los pantalones bajos, quiso arrastrar el carrito.

—Acá la doctora te perdona la vida, negro culeado, pero el carro no te lo llevás. La mugre la pagás, zarpado del orto, en el barrio no se jode.

Mamá intentó disuadir a Juancho, pero él estaba borracho, y furioso, y gritaba como un justiciero, y en los ojos no le quedaba nada blanco, solo negro y rojo, como los colores del *short* que llevaba puesto. Se puso adelante del carro y no dejó que el hombre lo pusiera a andar. Yo tuve miedo de que empezara otra pelea

—otra golpiza de Juancho, en realidad— pero el hombre pareció despertarse. Se subió el cierre de los pantalones —no tenían botón— y se fue caminando por el medio de la calle otra vez, hacia Catamarca; todos lo miraron irse, los gallegos murmurando qué barbaridad, los hijos de la Coca a las risotadas, las chicas en la puerta del garaje de Valeria riéndose nerviosas algunas, otras cabizbajas, como avergonzadas. Horacio puteaba en voz baja. Juancho sacó una botella del carrito y se la revoleó al hombre, pero le pasó muy lejos y se estrelló contra el asfalto. El hombre, sobresaltado por el ruido, se dio vuelta y gritó algo, ininteligible. No supimos si hablaba otro idioma (pero ¿cuál?) o si sencillamente no podía articular por la borrachera. Pero antes de salir corriendo en zigzag, huyendo de Juancho que lo persiguió a los gritos, miró a mi mamá con toda lucidez y asintió, dos veces. Dijo algo más, girando los ojos, abarcando toda la cuadra y más. Después desapareció por la esquina. Juancho, demasiado en pedo, no lo siguió. Nomás siguió gritando, un rato largo.

Entramos a casa. Los vecinos seguirían hablando del tema toda la tarde, y la semana. Horacio usó la manguera, puro rezongo y negros de mierda, negros de mierda.

Este barrio no da para más, dijo mi mamá, y cerró la persiana.

Alguien, probablemente el propio Juancho, movió el carrito a la esquina de Tuyutí, y lo dejó estacionado frente a la casa abandonada de doña Rita, que se había muerto el año anterior. Pocos días después, nadie le prestaba atención.

Al principio sí, porque esperaban que el villero —qué otra cosa podía ser— volviera a buscarlo. Pero no apareció, y nadie sabía qué hacer con sus cosas. Así que ahí quedaron, y un día se mojaron con la lluvia, y los cartones húmedos se desarmaron, y daban olor. Algo más apestaba entre las porquerías, probablemente comida pudriéndose, pero el asco impedía que alguien lo limpiara. Bastaba con pasarle lejos, caminar bien cerca de las casas y no mirarlo. En el barrio siempre había olores feos, del limo que se juntaba junto a los cordones de la vereda, verdoso, y del Riachuelo, cuando soplaba cierto viento, especialmente al atardecer.

Todo comenzó unos quince días después de la llegada del carrito. A lo mejor había empezado antes, pero hizo falta la acumulación de desgracias para que el barrio sintiera que la secuencia era extraña. El primero fue Horacio. Tenía una rotisería en el centro, le iba bien. Una noche, cuando estaba haciendo la caja, entraron a robarle y se llevaron todo. Cosas de suburbio. Pero esa misma noche,

cuando fue al cajero automático a sacar plata, después de la denuncia —inútil, como en la mayoría de los robos, entre otras cosas porque los chorros entraron encapuchados—, descubrió que no tenía un peso en la cuenta. Llamó al banco, hizo escándalos, pateó puertas, quiso acoger a un empleado y llegó hasta el gerente de la sucursal, y después hasta el de la red bancaria. Pero no hubo caso: el dinero no estaba, alguien lo había sacado, y Horacio, de la noche a la mañana, estaba en la ruina. Vendió el auto. Le dieron menos de lo que esperaba.

Los dos hijos de la Coca perdieron el trabajo que tenían en el taller mecánico de la avenida. Sin aviso; el dueño ni les dio explicaciones. Lo cagaron a puteadas, y él los echó a patadas. A la Coca, encima, no le salía la pensión. Los hijos buscaron trabajo una semana, y después se dedicaron a gastar los ahorros en cerveza. La Coca se metió en la cama diciendo que se quería morir. Ya no les daban fiado en ningún lado. Ni para el colectivo tenían.

Los gallegos tuvieron que cerrar el bazar. Porque no se trataba nada más que de los hijos de la Coca, o de Horacio; cada vecino, de golpe, en cuestión de días, perdió todo. La mercadería del kiosco desapareció misteriosamente. Al remisero le robaron el auto. El marido y único sostén de Mari, albañil, se cayó de un andamio y murió. Las chicas tuvieron que dejar los colegios privados porque los padres no podían pagarlos: el padre dentista ya no tenía clientela, la modista tampoco, al carnicero un cortocircuito le quemó todas las heladeras.

En dos meses, ya nadie tenía teléfono en el barrio por falta de pago. En tres meses, tuvieron que colgarse de los cables de luz porque no podían pagar la electricidad. Los hijos de la Coca salieron a afanar y a uno de ellos, el más inexperto, lo agarró la policía. El otro no volvió una noche; a lo mejor lo habían matado. El remisero se aventuró, caminando, hasta el otro lado de la avenida. Allí, dijo, estaba todo lo más bien. Hasta tres meses después de que comenzara, los negocios del otro lado de la avenida fiaban. Pero eventualmente dejaron de hacerlo.

Horacio puso la casa en venta.

Todos cerraban con candados viejos, porque no había plata para alarmas ni para cerraduras más eficientes; empezaron a faltar cosas de las casas, televisores y radios y equipos de música y computadoras, y se veía a algunos vecinos cargando electrodomésticos entre dos o tres, en changos de hacer compras, o solo con la fuerza de los brazos. Llevaban todo a las casas de remate y usados del otro lado de la avenida. Pero otros vecinos se organizaron y, cuando intentaban tirarles la puerta

abajo, blandían tramontinas o revólveres, si tenían. Cholo, el verdulero de la vuelta, le partió la cabeza al remisero con el fierro que usaba para hacer el asado. Al principio, un grupo de mujeres se organizaron para repartir la comida que quedaba en los *freezers*; pero cuando se enteraron de que algunas mentían y se guardaban víveres, la buena voluntad se fue al carajo.

La Coca se comió a su gato, y después se suicidó. Hubo que ir a la sede de la Obra Social de la avenida para que se llevaran el cuerpo y lo enterraran gratis. Algún empleado de ahí quiso averiguar más, le contaron, y llegó la televisión con las cámaras para registrar la mala suerte localizada que sumía a tres manzanas del barrio en la miseria. Sobre todo querían saber por qué los vecinos de más lejos, los que vivían a cuatro cuadras, por ejemplo, no eran solidarios.

Vinieron asistentes sociales, y repartieron comida, pero solo desataron más guerras. A los cinco meses, ni la policía entraba, y los que todavía iban a mirar televisión en los aparatos exhibidos en las casas de electrodomésticos de la avenida decían que en los noticieros no se hablaba de otra cosa. Pero pronto quedaron aislados, porque los de la avenida los echaban si los reconocían.

Quedaron, digo, porque nosotros sí teníamos tele, y electricidad, y gas, y teléfono. Decíamos que no, y vivíamos tan encerrados como los demás; si nos cruzábamos con alguien, mentíamos: nos comimos al perro, nos comimos las plantas, a Diego —mi hermano— le fiaron en un negocio de acá veinte cuadras. Mi mamá se las arreglaba para ir a trabajar, saltando por los techos (no era tan difícil en un barrio donde todas las casas eran bajas). Mi papá podía sacar la plata de la jubilación por cajero automático, y los servicios los pagábamos online, porque todavía teníamos Internet. No nos saquearon; el respeto a la doctora, a lo mejor, o muy buenas actuaciones de nuestra parte.

Fue Juancho el que, después de robar alcohol de un maxikiosco lejano, mientras tomaba el vino en botella sentado en la vereda, empezó a gritar y putear. «Es el carrito de mierda, el carrito del villero». Horas gritó, horas caminó por la calle, golpeó puertas y ventanas, «es el carrito, es culpa del viejo, hay que ir a buscarlo, vamos, cagones de mierda, nos hizo una macumba». A Juancho se le notaba el hambre más que a los demás, porque nunca había tenido nada, y vivía de las monedas que recolectaba cada día, tocando timbre (siempre le daban, por miedo o compasión, vaya a saber). Esa misma noche le pegó fuego al carro, y los vecinos miraron las llamas por la ventana. Tenía algo de razón Juancho. Todos habían pensado que era el carrito. Algo de ahí adentro. Algo contagioso que había

traído de la villa.

Esa misma noche, mi papá nos juntó en el comedor, para charlar. Dijo que nos teníamos que ir. Que se iban a dar cuenta de que nosotros estábamos inmunizados. Que Mari, la vecina de al lado, algo sospechaba, porque era bastante difícil ocultar el olor de la comida, aunque cocinábamos cuidando de que no saliera el humo o el aroma por debajo de la puerta, con burletes. Que se nos iba a terminar la suerte, que se pudría todo. Mamá estaba de acuerdo. Decía que la habían visto saltando el techo de atrás. No podía asegurarlo, pero había sentido las miradas. Diego también. Contó que una tarde, cuando levantó las persianas, había visto a algunos vecinos salir corriendo, pero que otros lo habían mirado, desafiantes; malos, ya locos. Casi nadie nos veía, por el encierro, pero para seguir disimulando íbamos a tener que salir pronto. Y no estábamos flacos, ni demacrados. Estábamos asustados, pero el miedo no se parece a la desesperación.

Escuchamos el plan de papá, que no parecía muy sensato. Mamá contó el suyo, un poco mejor, pero nada del otro mundo. Aceptamos el de Diego: mi hermano siempre podía pensar con más sencillez y más frialdad.

Nos fuimos a la cama, pero ninguno pudo dormir. Después de dar muchas vueltas, toqué la puerta de la habitación de mi hermano. Lo encontré sentado en el piso. Estaba muy pálido, todos estábamos así, por falta de sol. Le pregunté si pensaba que Juancho tenía razón. Dijo que sí con la cabeza.

—Mamá nos salvó. ¿Viste cómo la miró el hombre antes de irse? Nos salvó.

—Hasta ahora —dije yo.

—Hasta ahora —dijo él.

Esa noche, oímos carne quemada. Mamá estaba en la cocina; nos acercamos para retarla, se había vuelto loca, hacer un bife a la parrilla a esa hora, se iban a dar cuenta. Pero mamá temblaba al lado de la mesada.

—Esa no es carne común —dijo.

Abrimos apenas la persiana y miramos para arriba. Vimos que el humo llegaba de la terraza de enfrente. Y era negro, y no olía como ningún otro humo conocido.

—Qué viejo villero hijo de puta —dijo mamá, y se puso a llorar.

## El aljibe por Mariana Enriquez

*I am terrified by this dark thing  
That sleeps in me;  
All day I feel its soft, feathery turnings, its malignity.*

Sylvia Plath

Josefina recordaba el calor y el hacinamiento dentro del Renault 12 como si el viaje hubiera sucedido apenas unos días atrás y no cuando ella tenía seis años, poco días después de Navidad, bajo el asfixiante sol de enero. Su padre manejaba, casi sin hablar; su madre iba en el asiento de adelante y, en el de atrás, Josefina había quedado atrapada entre su hermana y su abuela Rita, que pelaba mandarinas e inundaba el auto con el olor de la fruta recalentada. Iban de vacaciones a Corrientes, a visitar a los tíos maternos, pero eso era sólo una parte del gran motivo del viaje, que Josefina no podía adivinar. Recordaba que ninguno hablaba mucho; su abuela y su madre llevaban anteojos oscuros y sólo abrían la boca para alertar sobre algún camión que pasaba demasiado cerca del auto, o para pedirle a su padre que disminuyera la velocidad, tensas y alertas a la espera de un accidente.

Tenían miedo. Siempre tenían miedo. En verano, cuando Josefina y Mariela querían bañarse en la Pelopincho, la abuela Rita llenaba la pileta con apenas diez centímetros de agua y vigilaba cada chapoteo sentada en una silla bajo la sombra del limonero del patio, para llegar a tiempo si sus nietas se ahogaban. Josefina recordaba que su madre lloraba y llamaba a médicos y ambulancias de madrugada si ella o su hermana tenían unas líneas de fiebre. O las hacía faltar a la escuela ante un inofensivo catarro. Nunca les daba permiso para dormir en casa de amigas, y apenas las dejaba jugar en la vereda; si lo hacía, podían verla vigilándolas por la ventana, escondida detrás de las cortinas. A veces Mariela lloraba de noche, diciendo que algo se movía debajo de su cama, y nunca podía dormir con la luz apagada. Josefina era la única que nunca tenía miedo, como su padre. Hasta aquel viaje a Corrientes.

Apenas recordaba cuántos días habían pasado en casa de los tíos, ni si habían ido a la Costanera o a caminar por la peatonal. Pero se acordaba perfectamente de la visita a la casa de doña Irene. Ese día el cielo estaba nublado, pero el calor era pesado, como siempre en Corrientes antes de una tormenta. Su padre no las había acompañado; la casa de doña Irene quedaba cerca de la de los tíos, y las cuatro habían ido caminando acompañadas de la tía Clarita. No la llamaban bruja, le decían La Señora; su casa tenía un patio delantero hermoso, un poco demasiado recargado de plantas, y casi en el centro había un aljibe pintado de blanco; cuando Josefina lo vio se soltó de la mano de su abuela y corrió ignorando los aullidos de pánico, para verlo de cerca y asomarse al pozo. No pudieron detenerla antes de que viera el fondo y el agua estancada en lo profundo.

Su madre le dio un cachetazo que la habría hecho llorar si Josefina no hubiera estado acostumbrada a esos golpes nerviosos que terminaban en llantos y abrazos y "mi nenita, mi nenita, mirá si te pasa algo". Algo como qué, había pensado Josefina. Si ella nunca había pensado en tirarse. Si nadie iba a empujarla. Si ella sólo quería ver si el agua

reflejaba su cara, como siempre sucedía en los aljibes de los cuentos, su cara como una luna con cabello rubio en el agua negra.

Josefina la había pasado bien esa tarde en casa de La Señora. Su madre, su abuela y su hermana, sentadas sobre banquetas, habían dejado que Josefina curioseara las ofrendas y chucherías que se amontaban frente a un altar; la tía Clarita, respetuosa, esperaba mientras tanto en el patio, fumando. La Señora hablaba, o rezaba, pero Josefina no podía recordar nada extraño, ni cánticos, ni humaredas, ni siquiera que tocara con las manos a su familia. Solamente les susurraba lo suficientemente bajo como para que ella no pudiera escuchar lo que decía, pero no le importaba: sobre el altar descubría escarpines de bebé, ramos de flores y ramas secas, fotografías en color y blanco negro, cruces decoradas con lazos rojos, estampitas de santos, muchos rosarios --de plástico, de madera, de metal plateado-- y la fea figura del santo al que su abuela le rezaba, San La Muerte, un esqueleto con su guadaña, repetida en diferentes tamaños y materiales, algunas veces tosco, otras tallado al detalle, con los huecos de los globos oculares negrísimos y la sonrisa amplia.

Al rato, Josefina se aburría y La Señora le dijo: "Chiquita, por qué no te acostás en el sillón, andá". Ella lo hizo y se durmió al instante, sentada. Cuando despertó, ya era de noche y la tía Clarita se había cansado de esperar. Tuvieron que volver caminando solas. Josefina se acordaba que, antes de salir, había tratado de volver a mirar dentro del aljibe, pero no se había animado. Estaba oscuro y la pintura blanca brillaba como los huesos de San La Muerte; era la primera vez que sentía miedo. Volvieron a Buenos Aires pocos días después. La primera noche en casa, Josefina no había podido dormir cuando Mariela apagó el velador.

\*\*\*\*\*

Mariela dormía tranquilamente en la camita de enfrente, y ahora el velador estaba en la mesa de luz de Josefina, que recién tenía sueño cuando las agujas fosforescentes del reloj de Hello Kitty marcaban las tres o las cuatro de la madrugada. Mariela se abrazaba a un muñeco y Josefina veía que los ojos de plástico brillaban humanos en la semioscuridad. O escuchaba cantar un gallo en plena noche y recordaba --pero ¿quién se lo había dicho?-- que ese canto, a esa hora, era señal de que alguien iba a morir. Y debía ser ella, así que se tomaba el pulso --había aprendido a hacerlo viendo a su madre, que siempre les controlaba la frecuencia de los latidos cuando tenían fiebre--. Si eran demasiado rápidos, tenía tanto miedo que ni siquiera se atrevía a llamar a sus padres para que la salvaran. Si eran lentos, se apoyaba la mano en el pecho para controlar que el corazón no se detuviera. A veces se dormía contando, atenta al minutero. Una noche había descubierto que la mancha de revoque en el techo, justo sobre su cama --el arreglo de una gotera-- tenía forma de rostro con cuernos, la cara del diablo. Eso sí se lo había dicho a Mariela; pero su hermana, riéndose, dijo que las manchas eran como las nubes, que se podían ver distintas formas si uno las miraba demasiado. Y que ella no veía ningún diablo, le parecía un pájaro sobre dos patas. Otra noche había escuchado el relincho de un caballo o un burro... pero las manos le empezaron a transpirar cuando pensó que debía ser el Alma Mula, el espíritu de una muerta que transformado en mula no podía descansar y salía a trotar de noche. Eso se lo había contado a su padre; él le besó la cabeza, dijo que eran pavadas y a la tarde lo había escuchado gritarle a su madre: "¡Que tu vieja deje de contarle pelotudeces a la nena! ¡No quiero que le llene la cabeza, ignorante supersticiosa de mierda!". La abuela negaba haberle contado nada, y no

mentía. Josefina no tenía idea de dónde había sacado esas cosas, pero sentía que las *sabía*, como sabía que no podía acercar la mano a una hornalla encendida sin quemarse, o que en otoño tenía que ponerse un saquito sobre la remera porque de noche refrescaba.

Años después, sentada frente a uno de sus tantos psicólogos, había tratado de explicarse y racionalizar cada miedo: lo que Mariela había dicho del revoque podía ser cierto, a lo mejor le había escuchado contar esas historias a la abuela porque eran parte de la mitología correntina, a lo mejor un vecino del barrio tenía un gallinero, a lo mejor la mula era de los botelleros que vivían a la vuelta. Pero no creía en las explicaciones. Su madre solía ir a las sesiones y explicaba que ella y su madre eran "ansiosas" y "fóbicas", que por cierto podían haberle contagiado esos miedos a Josefina; pero se estaban recuperando, y Mariela había dejado de sufrir terrores nocturnos, así que "lo de Jose" sería cuestión de tiempo.

Pero el tiempo fueron años, y Josefina odiaba a su padre porque un día se había ido dejándola sola con esas mujeres que ahora, después de años de encierro, planeaban vacaciones y salidas de fin de semana mientras ella se mareaba cuando llegaba a la puerta; odiaba haber tenido que dejar la escuela y que su madre la acompañara a rendir los exámenes cada fin de año; odiaba que los únicos chicos que visitaban su casa fueran amigos de Mariela; odiaba que hablaran de "lo de Jose" en voz baja, y sobre todo odiaba pasarse días en su habitación leyendo cuentos que de noche se transformaban en pesadillas. Había leído la historia de Anahí y la flor del ceibo, y en sueños se le había aparecido una mujer envuelta en llamas; había leído sobre el urataú, y ahora antes de dormirse escuchaba al pájaro, que en realidad era una chica muerta, llorando cerca de su ventana. No podía ir a La Boca porque le parecía que debajo de la superficie del riachuelo negro había cuerpos sumergidos que seguro intentarían salir cuando ella estuviera cerca de la orilla. Nunca dormía con una pierna destapada porque esperaba la mano fría que la rozara. Cuando su madre tenía que salir, la dejaba con la abuela Rita; y si se retrasaba más de media hora, Josefina vomitaba porque la tardanza sólo podía significar que se había muerto en un accidente. Pasaba corriendo frente al retrato del abuelo muerto al que jamás había conocido porque podía sentir cómo la seguían sus ojos negros, y nunca se acercaba al cuarto donde estaba el viejo piano de su madre porque *sabía* que cuando nadie lo tocaba, se ocupaba de hacerlo el diablo.

\*\*\*\*\*

Desde el sillón, con el pelo tan grasoso que parecía siempre húmedo, veía pasar el mundo que se estaba perdiendo. Ni siquiera había ido al cumpleaños de quince de su hermana, y sabía que Mariela se lo agradecía. Iba de un psiquiatra a otro desde hacía tiempo, y ciertas pastillas le habían permitido empezar la secundaria, pero sólo hasta tercer año, cuando había descubierto que en los pasillos del colegio se escuchaban otras voces bajo el murmullo de los chicos que planeaban fiestas y borracheras; cuando desde adentro del baño, mientras hacía pis, había visto pies descalzos caminando por los azulejos y una compañera le dijo que debía ser la monja suicida que años atrás se había colgado del mástil. Fue inútil que su madre y la directora y la psicopedagoga le dijeran que ninguna monja se había matado jamás en el patio; Josefina ya tenía pesadillas sobre el Sagrado Corazón de Jesús, sobre el pecho abierto de Cristo que en sueños sangraba y le empapaba la cara, sobre Lázaro, pálido y podrido levantándose de una tumba entre las rocas, sobre ángeles que querían violarla.

Así que se había quedado en casa, y de vuelta a rendir materias cada fin de año con certificado médico. Y mientras tanto Mariela volvía de madrugada en autos que frenaban en la puerta, y se escuchaban los gritos de los chicos al final de una noche de aventuras que Josefina ni siquiera podía imaginar. Envidiaba a Mariela incluso cuando su madre le gritaba porque la cuenta del teléfono era impagable; si sólo ella hubiera tenido alguien con quién hablar. Porque no le servía el grupo de terapia, todos esos chicos con problemas reales, con padres ausentes o infancias llenas de violencia que hablaban de drogas y sexo y anorexia y desamor. Y sin embargo seguía yendo, siempre en taxi, de ida y de vuelta --y el taxista tenía que ser siempre el mismo, y esperarla en la puerta, porque se mareaba y los latidos de su corazón no la dejaban respirar si se quedaba sola en la calle. No había subido a un colectivo desde aquel viaje a Corrientes y la única vez que había estado en el subterráneo gritó hasta quedarse afónica, y su madre tuvo que bajarse en la estación siguiente; ésa vez la había zamarreado y arrastrado por las escaleras, pero a Josefina no le importó porque tenía que salir de cualquier manera de ese encierro, ese ruido, esa oscuridad serpenteante.

\*\*\*\*\*

Las pastillas nuevas, celestes, casi experimentales, relucientes como recién salidas del laboratorio, eran fáciles de tragar y en apenas un rato lograban que la vereda no pareciera un campo minado; hasta la hacían dormir sin sueños que pudiera recordar, y cuando apagó el velador una noche, no sintió que las sábanas se enfriaban como una tumba. Seguía teniendo miedo, pero podía ir al kiosko sola sin la seguridad de morir en el trayecto. Mariela parecía más entusiasmada que ella. Le propuso salir juntas a tomar un café, y Josefina se atrevió --en taxi ida y vuelta, eso sí--; esa tarde había podido hablar como nunca con su hermana, y se sorprendió planeando ir al cine (Mariela prometió salir en mitad de la película si hacía falta) y hasta confesando que a lo mejor tenía ganas de ir a la facultad, si en las aulas no había demasiada gente y las ventanas o puertas le quedaban cerca. Mariela la abrazó sin vergüenza, y al hacerlo tiró una de las tazas de café al piso, que se partió justo a la mitad. El mozo juntó los restos sonriente, y cómo no, si Mariela era hermosa con sus mechones de pelo rubio sobre la cara, los labios gruesos siempre húmedos y los ojos apenas delineados de negro para que el verde del iris hipnotizara a los que la miraban.

Salieron varias veces más a tomar café --lo del cine nunca pudo concretarse-- y una de esas tardes, Mariela le trajo los programas de varias carreras que podían gustarle a Josefina --Antropología, Sociología, Letras--. Pero parecía inquieta, y ya no con el nerviosismo de las primeras salidas, cuando debía estar preparada para llamar de urgencia a un taxi --o a una ambulancia, en el peor de los casos-- para llevar a Josefina de vuelta a casa o a la guardia de un hospital. Acomodó los mechones de largo pelo rubio detrás de las orejas y encendió un cigarrillo.

--Jose-- le dijo. --Hay una cosa.

--¿Qué?

--¿Te acordás cuando viajamos a Corrientes? Vos tendrías seis años, yo ocho...

--Sí.

--Buen, ¿te acordás que fuimos a una bruja? Mamá y la abuela fueron porque ellas eran como vos, así, tenían miedo todo el tiempo, y se fueron a curar.

Josefina ahora la escuchaba atentamente. El corazón le latía muy rápido, pero respiró hondo, se secó las manos en los pantalones y trató de concentrarse en lo que decía su hermana, como le había recomendado su psiquiatra ("Cuando viene el miedo", le había dicho, "prestale atención a otra cosa. Cualquier cosa. Fijate qué está leyendo la persona que tenés al lado. Leé los carteles de las publicidades, o contá cuántos autos rojos pasan por la calle".)

--Y yo me acuerdo que la bruja dijo que podían volver si les pasaba otra vez. A lo mejor podrías ir. Ahora que estás mejor. Yo sé que es una locura, parezco la abuela con sus boludeces de la provincia, pero a ellas se les pasó ¿o no?

--Mariel, yo no puedo viajar. Vos sabés que no puedo.

--¿Y si yo te acompaño? Me la banco, en serio. Lo planeamos bien.

--No me animo. No puedo.

--Buen. Si te animás, pensalo, qué se yo. Yo te ayudo en serio.

\*\*\*\*\*

La mañana que intentó salir de la casa para ir a anotarse en la facultad, Josefina descubrió que el trayecto de la puerta al taxi le resultaba infranqueable. Antes de poner un pie en la vereda le temblaban las rodillas, y ya lloraba. Hacía varios días que notaba un estancamiento y hasta un retroceso en el efecto de las pastillas; había vuelto esa imposibilidad de llenar los pulmones, o mejor, esa atención obsesiva que le prestaba a cada inspiración, como si tuviera que controlar la entrada de aire para que el mecanismo funcionara, como si se estuviera dándose respiración boca a boca para mantenerse viva. Otra vez se paralizaba ante el menor cambio de lugar de los objetos de su habitación, otra vez tenía que encender ya no sólo la luz del velador, sino el televisor y la lámpara de techo para dormir, porque no soportaba ni una sola sombra. Esperaba cada síntoma, los reconocía; pero por primera sentía algo por debajo de la resignación y la desesperación. Estaba enojada. También estaba agotada, pero no quería volver a la cama a tratar de controlar los temblores y la taquicardia, ni arrastrarse hasta el sillón en pijama para pensar en el resto de su vida, en un futuro de hospital psiquiátrico o enfermeras privadas --porque no podía recurrir al suicidio, ¡si tenía tanto miedo de morirse!

En cambio, empezó a pensar en Corrientes y la Señora. Y en cómo era la vida en su casa antes del viaje. Recordó a su abuela llorando en cuclillas al lado de la cama, rezando para que parara la tormenta, porque le tenía miedo a los rayos, a los truenos, a los relámpagos, incluso a la lluvia. Recordó que su madre miraba por la ventana con ojos desorbitados cada vez que se inundaba la calle, y cómo gritaba que se iban a ahogar todos si no bajaba el agua. Recordó que Mariela nunca quería ir a jugar con los hijos de los vecinos, ni siquiera cuando la venían a buscar, y se abrazaba a sus muñecos como si temiera que se los robaran. Se acordó de que su padre llevaba a su madre una vez por semana al psiquiatra, y que ella siempre volvía semidormida, directo a la cama. Y hasta se acordó de doña Carmen, que se encargaba de hacerle los mandados y cobrarle la jubilación a su abuela, que no quería --no *podía*, ahora Josefina lo sabía-- salir de la casa. Doña María llevaba diez años muerta, dos más que su abuela, y después del viaje a

Corrientes sólo visitaba para tomar el té, porque todos los encierros y terrores se habían terminado. Para ellas. Porque para Josefina, recién empezaban.

¿Qué había pasado en Corrientes? ¿La Señora se había olvidado de "curarla" a ella? Pero, si no tenía que curarla de nada, si Josefina no tenía miedo. Pero entonces, si poco después había empezado a padecer lo mismo que las otras, ¿por qué no la habían llevado con La Señora? ¿Porque no la querían? ¿Y si Mariela se equivocaba? Josefina empezó a comprender que el enojo era el límite, que si no se aferraba al enojo y lo dejaba llevarla hasta un micro de larga distancia, hasta La Señora, nunca podría salir de ese encierro, y que valía la pena morir intentándolo.

Esperó a Mariela despierta una madrugada, y le hizo un café para despejarla.

--Mariel, vamos. Me animo.

--¿Adónde?

Josefino tuvo miedo de que su hermana retrocediera, retirara el ofrecimiento, pero se dio cuenta que no le entendía sólo porque estaba bastante borracha.

--A Corrientes, a ver a la bruja.

Mariela la miró completamente lúcida de golpe.

--¿Estás segura?

--Ya lo pensé, tomo muchas pastillas y duermo todo el camino. Si me pongo mal... me das más. No hacen nada. Como mucho, dormiré un montón.

\*\*\*\*\*

Josefina subió casi dormida al micro; lo esperó al lado de su hermana en un banco, roncando con la cabeza apoyada sobre el bolso. Mariela se había asustado cuando la vio tomar cinco pastillas con un trago de Seven-Up, pero no le dijo nada. Y funcionó, porque Josefina despertó recién en la terminal de Corrientes, con la boca llena de sabor ácido y dolor de cabeza. Su hermana la abrazó durante todo el viaje en taxi hasta la casa de los tíos, y Josefina intentó no partirse los dientes de tanto rechinarlos. Se fue directo a la pieza de la tía Clarita, que las esperaba, y no aceptó comida ni bebida ni visitas de parientes; apenas podía abrir la boca para tragar las pastillas, le dolían las mandíbulas y no podía olvidar la ráfaga de odio y pánico en los ojos de su madre cuando le dijo que se iba a buscar a la bruja, ni cómo le había dicho: "Sabés bien que es al pedo" con tono triunfal. Mariela le había gritado "yegua hija de puta", y no quiso escuchar ninguna explicación; encerrada en la habitación con Josefina, se quedó toda la noche despierta sin hablar, fumando, eligiendo remeras y pantalones frescos para el calor de Corrientes. Cuando salieron para la terminal Josefina ya estaba drogada, pero bastante consciente como para notar que su madre no había salido de su pieza para despedirlas.

La tía Clarita les dijo que La Señora seguía viviendo en el mismo lugar, pero estaba muy vieja y ya no atendía a la gente. Mariela insistió: sólo para verla habían venido a Corrientes, y no se iban a ir hasta que las recibiera. En los ojos de Clarita asomaba el mismo miedo que en el de su madre, se dio cuenta Josefina. Y también supo que no las iba a acompañar, así que apretó el brazo de Mariela para interrumpir sus gritos ("¡Pero qué mierda te pasa, por qué vos tampoco la querés ayudar, no ves cómo está!") y le susurró: "Vamos solas". En las tres cuadras hasta la casa de La Señora, que le

parecieron kilómetros, Josefina pensó en ese "¡no ves como está!" y se enojó con su hermana. Ella también podría ser linda si no se le cayera el pelo, si no tuviera esas aureolas sobre la frente que dejaban ver el cuero cabelludo; podría tener esas piernas largas y fuertes si fuera capaz de caminar al menos una vuelta manzana; sabría cómo maquillarse si tuviera para qué y para quién; sus manos serían bellas si no se comiera las uñas hasta la cutícula; su piel sería dorada como la de Mariela si el sol la tocara más seguido. Y no tendría los ojos siempre enrojecidos y las ojeras si pudiera dormir o distraerse con algo más que la televisión o Internet.

Mariela tuvo que aplaudir en el patio de La Señora para que abriera la puerta, porque la casa no tenía timbre. Josefina miró el jardín, ahora muy descuidado, las rosas muertas de calor, las azucenas exangües, las plantas de ruda por todas partes, crecidas hasta alturas insólitas. La Señora apareció en el umbral cuando Josefina localizó el aljibe, casi oculto entre pastos, la pintura blanca tan descascarada que era posible ver los ladrillos rojos debajo.

La Señora las reconoció enseguida, y las hizo pasar. Como si las esperara. El altar seguía en pie, pero tenía el triple de ofrendas, y un San La Muerte enorme, del tamaño de un crucifijo de iglesia; dentro de los ojos huecos brillaban lucecitas intermitentes, seguramente de una guirnalda eléctrica navideña. Quiso sentar a Josefina en el mismo sillón donde se había dormido casi veinte años atrás, pero tuvo que correr a buscar un balde, porque habían empezado las arcadas; Josefina vomitó fluidos intestinales y sintió que el corazón le obturaba la garganta, pero La Señora le puso una mano en la frente.

--Respirá hondo, criatura, respírale.

Josefina le hizo caso, y por primera vez en muchos años volvió a sentir el alivio de los pulmones llenos de aire, libres, ya no atrapados detrás de las costillas. Tuvo ganas de llorar, de agradecerle; tuvo la seguridad de que La Señora la estaba curando. Pero cuando levantó la cabeza para mirarla a los ojos, tratando de sonreír con los dientes apretados, vio pena y arrepentimiento en La Señora.

--Nena, no hay nada que hacerle. Cuando te trajeron acá, ya estaba listo. Le tuve que tirar al aljibe. Yo sabía que los santitos no me lo iban a perdonar, que Añá te iba a traer de vuelta.

Josefina negó con la cabeza. Se sentía bien. ¿Qué quería decirle? ¿Estaría de verdad vieja y ya loca, como había dicho la tía Clarita? Pero La Señora se levantó suspirando, se acercó al altar y trajo de vuelta una foto vieja. La reconoció: su madre y su abuela, sentadas en un sillón, y entre ellas Mariela a la derecha y un hueco a la izquierda, donde debía estar Josefina.

--Me dieron una pena, una pena. Las tres con malos pensamientos, con carne de gallina, con un daño de muchos años. Yo me sobresaltaba de mirarlas nomás, eructaba, no les podía sacar de adentro los males.

--¿Qué males?

--Males viejos, nena, males que no se pueden decir --La Señora se santiguó. --Ni el Cristo de las Dos Luces podía con eso, no. Era viejo. Muy atacadas estaban. Pero vos nena no estabas. No estabas atacada. No sé por qué.

--¿Atacada de qué?

--¡Males! No se pueden decir --La Señora se llevó un dedo a los labios, pidiendo silencio, y cerró los ojos. --Yo no podía sacarles lo podrido y meterlo adentro mío porque no tengo esa fuerza, y no la tiene nadie. No podía fluidar, no podía limpiar. Podía nomás

pasarlos, y los pasé. Te los pasé a vos, nena, cuando dormías acá. El Santito decía que no te iba a atacar tanto, porque estabas pura vos. Pero el Santito me mintió, o yo no le entendí. Ellas te los querían pasar, que te iban a cuidar decían. Pero no te cuidaron. Y yo le tuve que tirar. A la foto, la tiré al aljibe. Pero no se puede sacar. No te los puedo sacar nunca porque los males están en la foto tuya en el agua, y ya se habrá pudrido la foto. Ahí quedaron en la foto tuya, pegados a vos.

La Señora se tapó la cara con las manos. Josefina creyó ver que Mariela lloraba, pero no le prestó atención porque trataba de entender.

--Se quisieron salvar ellas, nena. Ésta también --Y señaló a Mariela --Era chica pero era bicha, ya.

Josefina se levantó con el resto de aire que le quedaba en los pulmones, con la nueva fuerza que le endurecía las piernas. No iba a durar mucho, estaba segura, pero por favor que fuera suficiente, suficiente para correr hasta el aljibe y arrojarse al agua de lluvia y ojalá que no tuviera fondo, ahogarse ahí con la foto y la traición. La Señora y Mariela no la siguieron, y Josefina corrió todo lo que pudo pero cuando alcanzó los bordes del aljibe las manos húmedas resbalaron, las rodillas se agarrotaron y no pudo, no pudo trepar, y apenas alcanzó a ver el reflejo de su cara en el agua antes de caer sentada entre los pastos crecidos, llorando, ahogada, porque tenía mucho mucho miedo de saltar.

## La casa de Adela

Mariana Enriquez

Todos los días pienso en Adela. Y si durante el día no aparece su recuerdo —las pecas, los dientes amarillos, el pelo rubio demasiado fino, el muñón en el hombro, sus botitas de gamuza— siempre regresa de noche, en sueños. Los sueños de Adela son todos distintos, pero nunca falta la lluvia ni faltamos mi hermano y yo, los dos parados frente a la casa abandonada, con nuestros pilotos amarillos, mirando a los policías en el jardín que hablan en voz baja con nuestros padres.

Nos hicimos amigos porque ella era una princesa de suburbio, mimada de su enorme chalet inglés insertado en nuestro barrio gris de Lanús, tan diferente que parecía un castillo, sus habitantes los señores y nosotros los siervos en nuestras casas cuadradas de cemento con jardines raquíticos. Nos hicimos amigos porque ella tenía los mejores juguetes importados. Y porque organizaba las mejores fiestas de cumpleaños cada 3 de enero, poco antes de Reyes y poco después de Año Nuevo, al lado de la pileta, con el agua que, bajo el sol de la siesta, parecía plateada, hecha de papel de regalo. Y porque tenía un proyector y usaba las paredes blancas del living para ver películas mientras el resto del barrio todavía penaba con televisores blanco y negro.

Era fácil hacerse amigo de Adela, porque la mayoría de los chicos del barrio la evitaba, a pesar de su casa, sus juguetes, su pileta y sus películas. Era por el brazo. Adela tenía un solo brazo. A lo mejor lo más preciso sea decir que le faltaba un brazo. El izquierdo. Por suerte no era zurda. Le faltaba desde el hombro; tenía ahí una pequeña protuberancia de carne que se movía, con un retazo de músculo, pero no servía para nada. Los padres de Adela decían que era un defecto de nacimiento. Muchos otros chicos le tenían miedo, o asco. Se reían de ella, le decían monstruita, adefesio, bicho incompleto; decían que la iban a contratar de un circo, que seguro estaba su foto en los libros de medicina. A ella no le importaba. Ni siquiera quería usar un brazo ortopédico. Le gustaba ser observada y nunca ocultaba el muñón. Si veía la repulsión en los ojos de alguien, era capaz de refregarle el muñón por la cara o de sentarse muy cerca y rozar el brazo del otro con su apéndice inútil, hasta humillarlo, hasta dejarlo al borde las lágrimas.

Nuestra madre decía que Adela tenía un carácter único, era valiente y fuerte, un ejemplo, una dulzura, qué bien la criaron, qué buenos padres, insistía. Pero Adela contaba que sus padres mentían. Sobre el brazo. No nació así. Y qué pasó, le preguntábamos. Y entonces ella daba su versión. La había atacado su perro, un Doberman negro llamado Infierno. El perro se había vuelto loco como a veces les pasa a los Doberman, una raza que, según Adela, tenía un cráneo demasiado chico

para el tamaño del cerebro, entonces les dolía siempre la cabeza y se enloquecían. Decía que la había atacado cuando ella tenía dos años. Se acordaba, el dolor, los gruñidos, el ruido de las mandíbulas masticando, la sangre manchando el pasto, mezclada con el agua de la pileta. Su padre lo había matado de un tiro; excelente puntería, porque el perro, cuando recibió el disparo, todavía cargaba con Adela bebé entre los dientes.

Mi hermano no creía esta versión.

—A ver, y la cicatriz donde está.

—Se curó re bien. No se ve.

—Imposible. Siempre se ven.

—No quedó cicatriz de los dientes, me tuvieron que cortar más arriba de la mordida.

—Obvio. Igual tendría que haber cicatriz. No se borra así nomás.

Y le mostraba su propia cicatriz de apendicitis, en la ingle, como ejemplo.

—A vos porque te operaron médicos de cuarta. Yo estuve en la mejor clínica de capital.

—Bla bla bla —le decía mi hermano y la hacía llorar. Era el único que la enfurecía. Y sin embargo nunca se peleaban del todo. Él disfrutaba sus mentiras. A ella le gustaba el desafío. Y yo solamente escuchaba y así pasaban las tardes después de la escuela hasta que mi hermano y Adela descubrieron las películas de terror y cambió todo para siempre.

No sé cuál fue la primera película. A mí no me daban permiso para verlas. Mi mamá decía que era demasiado chica. Pero Adela tiene mi misma edad, insistía yo. Problema de sus papás si la dejan: vos no, decía mi mamá y era imposible discutir con ella.

—¿Y por qué a Pablo lo dejás?

—Porque es más grande.

—¡Porque es varón! —gritaba mi papá, entrometido, orgulloso.

—¡Los odio! —gritaba yo, y lloraba en mi cama hasta quedarme dormida.

Lo que no pudieron controlar fue que mi hermano Pablo y Adela, llenos de compasión, me contaran las películas. Y cuando terminaban de contarlas, contaban más historias. Cuando Adela hablaba, cuando se concentraba y le ardían los ojos oscuros, el parque de la casa se llenaba de sombras, que corrían, que saludaban burlonas. Yo las veía cuando ella se sentaba de espaldas al ventanal, en el living. No se lo decía. Pero Adela sabía. Mi hermano no sé. Él podía ocultar mejor que nosotras. Supo ocultar hasta el final, hasta su último acto, hasta el accidente —hasta el suicidio, le sigo diciendo accidente a su suicidio—.

La verdad es que no recuerdo cuáles de las historias eran resúmenes de películas. Nunca pude ver una película de terror. Después de lo que pasó en la casa les tengo fobia. Si veo una escena por casualidad o error en la televisión, esa noche tengo que

tomar pastillas para dormir y durante días tengo náuseas y recuerdo a Adela sentada en el sillón, con los ojos quietos y sin su brazo, y mi hermano mirándola con adoración. Algunas de las historias que recuerdo: un perro poseído por el demonio —Adela tenía debilidad por las historias de animales—, otra sobre un hombre que había descuartizado a su mujer y ocultado sus miembros en una heladera; esos miembros, por la noche, habían salido a perseguirlo, piernas y brazos y tronco y cabeza rodando y arrastrándose por la casa, hasta que la mano muerta y vengadora mata al asesino, apretándole el cuello —Adela tenía debilidad, también, por las historias de miembros mutilados y amputaciones—; otra sobre el fantasma de un niño que siempre aparecía en las fotos de cumpleaños, el invitado terrorífico que nadie reconocía, de piel gris y sonrisa ancha.

Solamente me acuerdo en detalle de las historias sobre la casa abandonada. Incluso sé cuándo comenzó la obsesión. Fue culpa de mi madre. Una tarde después de la escuela mi hermano y yo la acompañamos hasta el supermercado. Ella apuró el paso cuando pasamos frente a la casa abandonada que estaba a media cuadra del negocio. Nos dimos cuenta y le preguntamos por qué corría. Ella se rió. Me acuerdo de la risa de mi madre, lo joven que era esa tarde de verano, el olor a champú de limón de su pelo y la carcajada de chicle de menta.

—¡Soy más tonta! Me da miedo esa casa, no me hagan caso.

Trataba de tranquilizarnos, de portarse como una adulta, como una madre.

—Por qué —dijo Pablo.

—Por nada, porque está abandonada.

—¿Y?

—No hagas caso hijo.

—¡Decime, dale!

—Me da miedo que se esconda alguien adentro, un ladrón, cualquier cosa.

Mi hermano quiso saber más, pero mi madre no tenía argumentos, solamente su aprehensión. La casa había estado abandonada desde que mis padres llegaron al barrio, antes del nacimiento de Pablo. Ella sabía que, apenas meses antes, se habían muerto los dueños, un matrimonio de viejitos. ¿Se murieron juntos?, quiso saber Pablo. Qué morboso estás hijo, te voy a prohibir las películas. No, se murieron uno atrás del otro. Les pasa a los matrimonios de viejitos, cuando uno se muere el otro se apaga enseguida. Y desde entonces los hijos se están peleando por la sucesión. Qué es la sucesión, quise saber yo. Es la herencia, dijo mi madre. Se están peleando a ver quién se queda con la casa. Pero es una casa bastante chota, dijo Pablo, y mi mamá lo retó por usar una mala palabra.

—¿Qué mala palabra?

—Sabés perfectamente: no voy a repetir.

—Chota no es una mala palabra.

—Pablo, te reviento eh.

—Bueno. Pero está que se cae la casa, mamá.

—Qué se yo hijo, querrán el terreno, es un problema de la familia.

—Para mí que tiene fantasmas.

—¡A vos te están haciendo mal las películas!

Yo creí que se las iban a prohibir, pero mi mamá no volvió a mencionar el tema. Y, al día siguiente, mi hermano le contó a Adela sobre la casa. Ella se entusiasmó: una casa embrujada tan cerca, en el barrio, a dos cuadras apenas, era la pura felicidad. Vamos a verla, dijo ella. Salimos corriendo. Bajamos las escaleras de madera del chalet, muy hermosas, tenían de un lado ventanas con vidrios de colores, verdes, amarillos y rojos y estaban alfombradas. Adela corría más lento que nosotros y un poco de costado, por la falta del brazo; pero corría rápido. Esa tarde llevaba un vestido blanco, con breteles; me acuerdo de que, cuando corría, el bretel del lado izquierdo caía sobre su resto de bracito y ella lo acomodaba sin pensar, como si se sacara de la cara un mechón de pelo.

La casa no tenía nada especial a primera vista, pero si se le prestaba atención, había detalles inquietantes. Las ventanas estaban tapiadas, cerradas completamente, con ladrillos. ¿Para evitar que alguien entrara o que algo saliera? La puerta, de hierro, estaba pintada de marrón oscuro; parece sangre seca, dijo Adela.

Qué exagerada, me atreví a decirle. Ella solamente me sonrió. Tenía los dientes amarillos. Eso sí me daba asco, no su brazo, o su falta de brazo. No se lavaba los dientes; y además era muy pálida y la piel traslúcida hacía resaltar ese color enfermizo, como pasa en los rostros de las geishas o de los mimos. Entró al jardín, muy pequeño, de la casa. Se paró en el camino de baldosas que llevaba a la puerta, se dio vuelta y dijo:

—¿Se dieron cuenta?

No esperó nuestra respuesta.

—Es muy raro, ¿cómo puede ser que tenga el pasto tan corto?

Mi hermano la siguió, entró al jardín y, como si tuviera miedo, también se quedó en el sendero de baldosas que llevaba de la vereda a la puerta de entrada.

—Es verdad —dijo—. Los pastos tendrían que estar altísimos. Mirá, Clara, vení.

Entré. Cruzar el portón oxidado fue horrible. No lo recuerdo así por lo que pasó después: estoy segura de lo que sentí entonces, en ese preciso momento. Hacía frío en ese jardín. Y el pasto parecía quemado. Arrasado. Era amarillo, corto: ni un yuyo verde. Ni una planta. En ese jardín había una sequía infernal y al mismo tiempo era invierno. Y la casa zumbaba, zumbaba como un mosquito ronco, como un mosquito gordo. Vibraba. No salí corriendo porque no quería que mis hermano y Adela se burlaran de mí, pero tenía ganas de escapar hasta mi casa, hasta mi mamá, de decirle

tenés razón, esa casa es mala y no se esconden ladrones, se esconde un bicho que tiembla, se esconde algo que no tiene que salir.

Adela y Pablo no hablaban de otra cosa. Todo era la casa. Preguntaban por el barrio sobre la casa. Preguntaban al quiosquero y en el club; a Don Justo, que esperaba el atardecer sentado en una silla sobre la vereda, a los gallegos del bazar y a la verdulera. Nadie les decía nada de importancia. Pero varios coincidieron en que la rareza de las ventanas tapiadas y ese jardín reseco les daba escalofríos, tristeza, a veces miedo, sobre todo de noche. Muchos se acordaban de los viejitos: eran rusos o lituanos, muy amables, muy callados. ¿Y los hijos? Algunos decían que peleaban por la herencia. Otros que nunca visitaban a sus padres, ni siquiera cuando se enfermaron. Nadie los conocía. Los hijos, si existían, eran un misterio.

—Alguien tuvo que tapiar las ventanas —le dijo mi hermano a Don Justo.

—Vos sabés que sí, ahora que decís. Pero lo hicieron unos albañiles, no lo hicieron los hijos.

—A lo mejor los albañiles eran los hijos.

—Seguro que no. Eran bien morochos los albañiles y los viejitos eran rubios, transparentes. Como vos, Adelita, como tu mamá. Polacos debían ser.

La idea de entrar a la casa fue de mi hermano. Estaba fanatizado. Tenía que saber que había pasado en esa casa, qué había adentro. Lo deseaba con un fervor muy extraño para un chico de once años. No entiendo, nunca pude entender qué le hizo la casa, cómo lo atrajo así. Porque lo atrajo a él, primero. Y él contagió a Adela.

Se sentaban en el caminito de baldosas amarillas y rosas que partía el jardín reseco. El portón de hierro oxidado estaba siempre abierto, les daba la bienvenida. Yo los acompañaba, pero me quedaba afuera, en la vereda. Ellos miraban la puerta, como si creyeran que podían abrirla con la mente. Pasaban horas ahí sentados, en silencio. La gente que pasaba por la vereda no les prestaba atención. No les parecía raro o quizá no los veían. Yo no me atrevía a contarle nada a mi madre.

O, a lo mejor, la casa no me dejaba hablar. La casa no quería que los salvara.

Seguíamos reuniéndonos en el living de la casa de Adela, pero ya no se hablaba de películas. Ahora Pablo y Adela —pero sobre todo Adela— contaban historias de la casa. De dónde las sacan, les pregunté una tarde. Parecieron sorprendidos, se miraron.

—La casa nos cuenta las historias. ¿Vos no la escuchás?

—Pobre —dijo Pablo. —No escucha la voz de la casa.

—No importa —dijo Adela. —Nosotros te contamos.

Y me contaban.

Sobre la viejita, que tenía ojos sin pupilas pero no estaba ciega.

Sobre el viejito, que quemaba libros de medicina junto al gallinero vacío, en el patio de atrás.

Sobre el patio de atrás, igual de seco y muerto que el jardín, lleno de pequeños agujeros como madrigueras de ratas.

Sobre una canilla que no dejaba de gotear porque lo que vivía en la casa necesitaba agua.

A Pablo le costó un poco convencer a Adela de entrar. Fue extraño. Ella parecía tener miedo. Ella parecía entender mejor. Mi hermano le insistía. La agarraba del único brazo y hasta la sacudía. Decidieron entrar a la casa el último día del verano. Fueron las exactas palabras de Adela, una tarde de discusión en el living de su casa.

—El último día del verano, Pablo —dijo. —Dentro de una semana.

Quisieron que yo los acompañara y acepté porque no quería dejarlos. Yo tenía 9 años. Era más chica que ellos pero sentía que debía cuidarlos. Que no podían entrar solos a la oscuridad.

Decidimos entrar de noche, después de cenar. Teníamos que escaparnos pero salir de casa de noche, en verano, no era tan difícil. Los chicos jugaban en la calle hasta tarde en el barrio. Ahora ya no es así. Ahora es un barrio pobre y peligroso, los vecinos no salen, tienen miedo de que los roben, tienen miedo de los adolescentes que toman vino en las esquinas. El chalet de Adela se vendió y fue dividido en departamentos. En el parque se construyó un galpón. Es mejor, creo. El galpón oculta las sombras.

Un grupo de chicas jugaba al elástico en el medio de la calle; cuando pasaba un auto paraban para dejarlo pasar. Más lejos, otros pateaban una pelota y donde el asfalto era más nuevo, más liso, algunas adolescentes patinaban. Caminamos entre ellas, desapercibidos. Adela esperaba en el jardín muerto. Estaba muy tranquila.

Conectada, pienso ahora.

Nos señaló a puerta y yo gemí de miedo. Estaba entreabierta, apenas una rendija.

—¿Cómo? —preguntó Pablo.

—La encontré así.

Mi hermano se sacó la mochila y la abrió. Traía llaves, destornilladores, palancas; herramientas de mi papá, que había encontrado en una caja, en el lavadero. Ya no las iba a necesitar. Estaba buscando la linterna.

—No hace falta —dijo Adela.

La miramos confundidos. Ella abrió la puerta del todo y entonces vimos que adentro de la casa había luz.

Recuerdo que caminamos de la mano, bajo esa luminosidad que parecía eléctrica, aunque en el techo, donde debía haber lámparas, sólo había cables viejos, asomando de los huecos como ramas secas. Afuera era de noche y amenazaba tormenta, una poderosa lluvia de verano. Adentro hacía frío y olía a desinfectante y la luz era como de hospital.

La casa no parecía rara, al principio. En el pequeño hall de entrada estaba la mesa del teléfono, un teléfono negro, como el de nuestros abuelos.

Que por favor no suene, que no suene, me acuerdo que recé, que repetí en voz baja, con los ojos cerrados. Y no sonó.

Los tres juntos pasamos a la siguiente sala. La casa se sentía más grande de lo que parecía desde afuera. Y zumbaba, como si detrás de las paredes vivieran colonias de bichos ocultos bajo la pintura.

Adela se adelantaba, entusiasmada, sin miedo. Pablo le pedía “esperá, esperá” cada tres pasos. Ella hacía caso pero no sé si nos escuchaba claramente. Cuando se daba vuelta para mirarnos, parecía perdida. En sus ojos no había reconocimiento. Decía “sí, sí”, pero yo sentí que ya no nos hablaba a nosotros. Pablo sintió lo mismo. Me lo dijo después.

La sala siguiente, el living, tenía sillones sucios, de color mostaza, agrisados por el polvo. Contra la pared se apilaban estantes de vidrio. Estaban muy limpios y llenos de pequeños adornos, tan pequeños que tuvimos que acercarnos para verlos. Recuerdo que nuestros alientos, juntos, empañaron los estantes más bajos, los que alcanzábamos: llegaban hasta el techo.

Al principio no supe lo que estaba viendo. Eran objetos chiquitísimos, de un blanco amarillento, con forma semicircular. Algunos eran redondeados, otros más puntiagudos. No quise tocarlos.

—Son uñas —dijo Pablo.

Sentí que el zumbido me ensordecía. Abracé a Pablo, pero no dejé de mirar. En el siguiente estante, el de más arriba, había dientes. Muelas con plomo negro en el centro, como las de mi papá, que las tenía arregladas; incisivos, como los que me molestaban cuando empecé a usar el aparato de ortodoncia; paletas como las de Roxana, la chica que se sentaba adelante mío en la escuela; le decíamos Coneja

Cuando levanté la cabeza para mirar el tercer estante, se apagó la luz.

Adela gritó en la oscuridad. Yo solamente escuchaba mi corazón: latía tan fuerte que me dejaba sorda. Pero sentía a mi hermano, que me abrazaba los hombros, que no me soltaba. De pronto vi un redondel de luz en la pared: era la linterna. Dije “salgamos, salgamos”. Pablo, sin embargo, caminó en dirección opuesta a la salida, siguió entrando en la casa. Lo acompañé. Quería irme, pero no sola.

La luz de la linterna iluminaba cosas sin sentido. Un libro de medicina, de hojas brillantes, abierto en el suelo. Un espejo colgado cerca del techo, ¿quién podía reflejarse ahí? Una pila de ropa blanca. Pablo se detuvo: movía la linterna y la luz sencillamente no mostraba ninguna otra pared. Esa habitación no terminaba nunca o sus límites estaban demasiado lejos para ser alcanzados por la luz de una linterna.

—Salgamos —volví a decirle y recuerdo que pensé en irme sola, en dejarlo, en escapar.

—¡Adela! —gritó Pablo. No se la escuchaba en la oscuridad. Dónde podía estar, en esa habitación eterna.

—Acá.

Era su voz, muy baja, cercana. Estaba detrás nuestro. Retrocedimos. Pablo iluminó el lugar de donde venía la voz y entonces la vimos.

Adela no había salido de la habitación de los estantes. Nos saludó con la mano derecha, parada junto a una puerta. Después se dio vuelta, abrió la puerta que estaba a su lado y la cerró detrás suyo. Mi hermano corrió pero cuando alcanzó la puerta, ya no pudo abrirla. Estaba cerrada con llave.

Sé lo que Pablo pensó: buscar las herramientas que había dejado afuera, en la mochila, para abrir la puerta que se había llevado a Adela. Yo no quería rescatarla: solamente quería salir y lo seguí, corriendo. Afuera llovía y las herramientas estaban desparramadas sobre el pasto seco del jardín; mojadas, brillaban en la noche. Alguien las había sacado de la mochila. Cuando nos quedamos quietos un minuto, asustados, sorprendidos, alguien cerró la puerta desde adentro.

La casa dejó de zumbar.

No recuerdo bien cuánto tiempo pasó Pablo intentando abrir la puerta. En algún momento escuchó mis gritos. Y me hizo caso.

Mis padres llamaron a la policía.

Y todos los días y casi todas las noches vuelvo a esa noche de lluvia. Mis padres, los padres de Adela, la policía en el jardín. Nosotros empapados, con pilotos amarillos. Los policías que salían de la casa diciendo que no con la cabeza. La madre de Adela desmayada bajo la lluvia.

Nunca la encontraron. Ni viva ni muerta. Estuvieron dentro de la casa durante horas, toda esa noche y hasta la madrugada. Adela no estaba. Nos pidieron la descripción del interior de la casa. Se la dimos. La repetimos. Mi madre me dio un cachetazo cuando hablé de los estantes y de la luz. “¡La casa está llena de escombros, mentirosa!”, me gritó. La madre de Adela lloraba y pedía por favor dónde está mi hija.

En la casa, le dijimos. Abrió una habitación de la casa, entró y ahí debe estar todavía. Los policías decían que no quedaba una sola puerta dentro de la casa. Ni nada que pudiera ser considerado una habitación. La casa era una cáscara, decían. Todas las paredes interiores habían sido demolidas.

Recuerdo que lo escuché decir “máscara”, no “cáscara”. La casa es una máscara, escuché.

Creían que mentíamos. O que estábamos shockeados. No querían creer, siquiera, que habíamos entrado a la casa. Mi madre no nos creyó nunca. La policía rastreó el barrio entero, allanó cada casa. Incluso detuvieron a algunos vecinos por sospechosos, pero tuvieron que dejarlos libres muy pronto: nada los relacionaba con

un supuesto secuestro. El caso estuvo en televisión: nos dejaban ver los noticieros y leer las revistas que hablaban de la desaparición. La madre de Adela nos visitó varias veces y siempre decía: “A ver si me dicen la verdad, chicos, a ver si se acuerdan”.

Nosotros volvíamos a contar todo. Ella se iba llorando. Mi hermano también lloraba. Yo la convencí, yo la hice entrar, decía.

Una noche, mi papá se despertó en medio de la noche, escuchó que alguien intentaba abrir la puerta. Se levantó de la cama, agazapado, pensando que encontraría a un ladrón. Encontró a Pablo, que luchaba con la llave en la cerradura –esa cerradura siempre andaba mal–; llevaba herramientas y una linterna en la mochila. Los escuché gritar durante horas y recuerdo que mi hermano le pedía por favor, que quería mudarse, que si no se mudaba, se iba a volver loco.

Nos mudamos. Mi hermano se volvió loco igual. Se suicidó a los 22 años. Yo reconocí el cuerpo destrozado. No tuve opción: mis padres estaban de vacaciones en la costa cuando se arrojó frente al tren, bien lejos de nuestra casa, cerca de la estación Beccar. No dejó una nota. Él siempre soñaba con Adela: en sus sueños, nuestra amiga no tenía uñas ni dientes, sangraba por la boca, sangraban sus manos.

Desde que Pablo se mató yo vuelvo a la casa. Entro al jardín, que sigue quemado y amarillo. Miro por las ventanas, abiertas como ojos negros: la policía derrumbó los ladrillos que las tapiaban hace quince años y así quedaron, abiertas. Adentro, cuando el sol la ilumina, se ven vigas, el techo agujereado, y basura. Los chicos del barrio saben lo que pasó ahí dentro. Los chicos creen nuestra versión. Nunca se pudo probar un secuestro. Nunca hubo pistas. Durante una época cambiaban al equipo de investigadores, echaban a policías, temblaba el gobernador. Ahora el caso está cerrado. Adentro de la casa, en el piso, los chicos del barrio pintaron con aerosol el nombre de Adela. En las paredes de afuera también. ¿Dónde está Adela?, dice una pintada. Otra, más pequeña, escrita en fibra, repite el modelo de una leyenda urbana: hay que decir Adela tres veces a la medianoche, frente al espejo, con una vela en la mano, y entonces veremos reflejado lo que ella vio, quién se la llevó.

Mi hermano, que también visitaba la casa, vio estas indicaciones e hizo este viejo ritual, una noche. No vio nada. Rompió el espejo del baño con sus puños y tuvimos que llevarlo al hospital.

No me animo a entrar. Hay una pintada sobre la puerta que me mantiene afuera. “Acá vive Adela, ¡cuidado!”, dice. Imagino que la escribió un chico del barrio, en chiste, o en desafío, para asustar. Pero yo sé que tiene razón. Que esta es su casa. Y todavía no estoy preparada para visitarla.

## ACTIVIDAD DE INTEGRACIÓN UNIDAD 4

### ESCRITURA DE UN CUENTO FANTÁSTICO O DE TERROR

*"La ciudad siempre ha guardado secretos, pero algunos son más oscuros que otros. En un barrio de Buenos Aires, donde las sombras se alargan y el asfalto retiene ecos de historias olvidadas, un objeto cotidiano se convierte en el epicentro de un horror latente. Puede ser una vieja moneda encontrada en la calle, una fotografía amarillenta, un juguete abandonado en un parque, o incluso un grafiti que parece cambiar de forma. Este objeto, cargado de una memoria inquietante, desata una serie de sucesos extraños que perturban la realidad cotidiana.*

- Tu cuento debe explorar cómo este objeto afecta a los personajes, cómo la ciudad misma parece responder a su presencia, y cómo el pasado se filtra en el presente, revelando una capa de horror que siempre ha estado ahí, oculta bajo la superficie.
- Tenga en cuenta las características de cada tipo de cuento trabajado en la unidad. Si es fantástico, debe responder a ciertas características. Lo mismo con cuento de terror.
- Inspiración: Piensa en lugares de Buenos Aires que te resulten inquietantes. Considera leyendas urbanas o historias populares que puedan servir de base para tu cuento.

**¡A ESCRIBIR!**